

LAS GLOBIAS ESPAÑOLAS.

+ 170944
c. 1221852

LIBRERÍA
DE
LOS PEDRÍO.

LAS GLORIAS ESPAÑOLAS.

(TORRIJOS Y LUCAS, *Editores.*)

LAS GLORIAS ESPAÑOLAS.

(Tornillos y Lucas, Editores.)

Españolas
JUSTICIAS

DEL

REY DON PEDRO.

NOVELA HISTORICA ORIGINAL,

por
DON MANUEL TORRIJOS.

DON MANUEL TORRIJOS.

Las Glorias Españolas.

BIBLIOTECA SELECTA DE NOVELAS ORIGINALES ILUSTRADAS.

JUSTICIAS

133

REY DON PEDRO.

ORIGINAL

Esta obra es propiedad exclusiva
de los editores de LAS GLORIAS
ESPAÑOLAS.

DON MANUEL TORRILLOS.

Las Glorias Españolas

MADRID, 1858.—Imp. de Ducazal, plazuela de Isabel II, núm. 6.



12.137443

Glorias

Españolas

JUSTICIAS DEL REY D. PEDRO

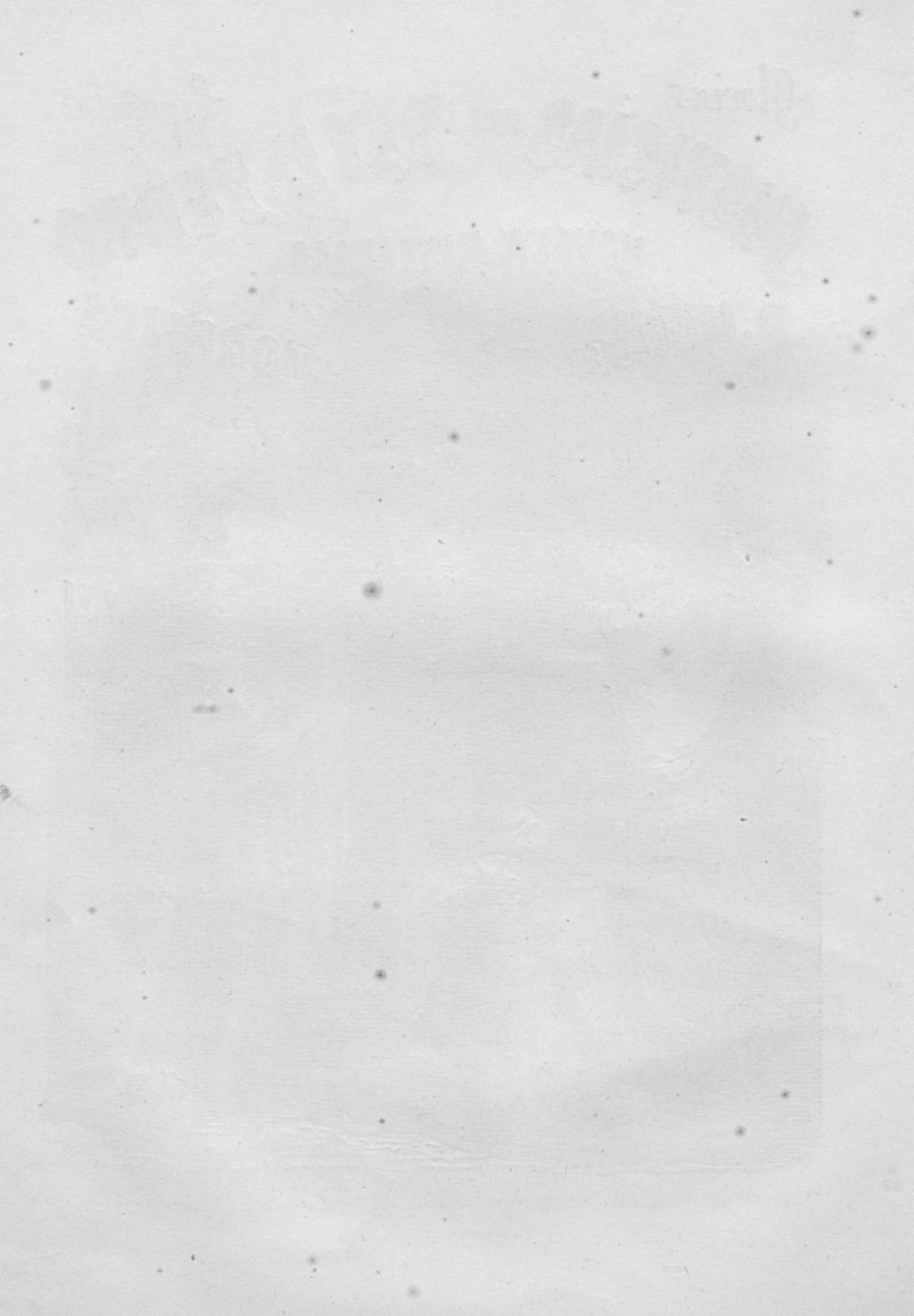
NOVELA HISTORICA

D. MANUEL

por

TORRIJOS







AUN faltaban dos horas para amanecer, ó lo que es lo mismo, aun era completamente de noche; cuando por unos espesos matorrales, por los cuales apenas era posible transitar á pié, venian dos ginetes embozados en largas capas, cubierta la cabeza con gorras de terciopelo azul, y armados de largas tizonas, segun lo que, merced á la escasa luz de sus linternas, podia distinguirse.

Los brutos en que cabalgaban venian sofocados; y como el trozo de camino que en aquel momento se habian visto obligados á atravesar era en extremo intransitable,

los animales se deshacian por avanzar, merced al punzante estímulo de la espuela que frecuentemente solian sentir sobre sus flancos; pero cuanto mas andaban, mas se les figuraba á los ginetes que retrocedian.

La noche era muy oscura, y los densos y apiñados nubarrones que surcaban la atmósfera encapotada, y cierto olorillo á humedad que se desprendia de la tierra, presagiaba á los caminantes que dentro de muy pocos momentos iban á tener que sentir los efectos de la lluvia.

Aunque hombres de guerra al parecer, y acostumbrados por lo mismo á sufrir toda clase de contratiempos, como quiera que venian rendidos de su larga caminata y aun les faltaba un buen trozo que recorrer hasta salir de aquellos espesos matorrales, nuestros nocturnos expedicionarios se desesperaban, y el que marchaba á la derecha solia interrumpir de cuando en cuando el profundo silencio que guardaban, murmurando algun terrible juramento, so pretexto de alentar á su caballo.

El que iba á su derecha le miraba entonces con una impaciencia muy marcada, dando á entender que tenia deseos de decir alguna cosa; pero como su maldiciente compañero no hiciese alto en sus miradas, se consumia interiormente y no hallaba medio posible de romper aquel silencio.

Motivo tenia ya, sin duda alguna, para desatar la lengua en vista de los terribles juramentos que salian de boca de su compañero de viaje; pero alguna razon tendria, sin embargo, para no interrumpirle en su poco cristiana tarea cuando proseguia silencioso.

Por fin comenzó á llover, y decidido á aminorar su ca-

minata con algunas palabras sueltas, dijo las siguientes:

—Esto era lo único que nos faltaba para que nuestro viaje se completase; ladrones, tropiezos, caídas, vientos y calores; de todo esto hemos podido disfrutar hasta ahora: solo nos faltaba el goce de la lluvia.

—Y en despoblado;—repuso el de la derecha, que por su airoso porte y grave entonación que daba á sus palabras, parecia el señor del que le acompañaba.

—Eso no importa; porque en saliendo de estos matorrales, pronto hallaremos sitio donde refugiarnos.

—Mucho dudo que por terrenos tan quebradizos como estos, encontremos una mala venta donde reparar nuestras perdidas fuerzas, mascando unas buenas magras de jabalí, y remojándolas despues con un vaso de vino.

—Venta,—continuó el primero—es casi imposible hallar por estos alrededores; pero unas malas ruinas donde ponernos al abrigo de la lluvia, eso desde ahora os digo que podeis contarlo por seguro.

—Andemos entonces mas depriesa, porque la lluvia menudea y no es justo que nos mojemos pudiendo permanecer bajo un terrado.

—Andemos, sí; á la salida de estos matorrales hay una especie de ermita arruinada, en la cual podemos refugiarnos.

Ambos ginetes metieron espuela á sus caballos, y ya tomando la derecha, ya torciendo hácia la izquierda, lograron por fin salir de aquel confuso y estrecho laberinto de sendas y caminos abiertos por las plantas de los cazadores, y andando como unas cien varas de distancia á campo atravesa, se dirigieron á un cerrillo que habia á la de-

recha, y sobre la meseta del cual se divisaban los restos de un pequeño y antiguo edificio, que al parecer habia desempeñado el papel de ermita.

Quando llegaron á él la lluvia era tan fuerte, que los caballos empezaban á acobardarse, y bajando la cabeza se negaban á obedecer al impulso de la espuela.

Subieron, aunque con trabajo, por una estrecha senda practicada por los viajeros que en ocasiones parecidas se habian visto precisados á guarecerse, y atravesando los umbrales de la que fué puerta del edificio, se apearon de los caballos é internándose en una especie de patio cubierto, cuyo techo á duras penas se sostenia sobre cuatro columnas de granito, sacudieron el agua que habia caido sobre sus capas y gorrillas, quitándose despues los cintos y dejando sus linternas en uno de los rincones de la estancia.

—Sabeis lo que digo, señor?—dijo entonces el mas anciano dirigiéndose al otro caballero.

—Qué decís?—esclamó con sequedad.

—Que puesto que hace frío y á la entrada de esta ermita hay algunos troncos de leña, podemos calentarnos.

—Buena estará la leña con el agua que ha caido.

—Sin embargo, podemos probar....

—Como querais.

El mas anciano, á quien el otro viajero hablaba con cierto respeto, salió de la ermita y á los pocos momentos volvió con un hacecillo de leña debajo del brazo.

Púsola del mejor modo posible para que ardiese pronto, en el centro de la habitacion, y con ayuda de su linterna consiguió reducir á lumbre algunos de aquellos troncos.

Luego que la leña se hubo encendido y aquel reducido fuego tomó los visos de hoguera, el joven caminante se acercó á ella y con toda la calma de un flamenco se colocó al lado, sentándose sobre un tarugo.

—Con que os parece, señor,—dijo el mas anciano—que pasemos aquí la noche hasta tanto que la lluvia cese?

—Me parece lo mas acertado;—contestó con frialdad el compañero.

—Oh! mal viaje hemos traído.

—No muy bueno, señor Mendoza.

—Y luego la lluvia...

—Pero por fin, el camino que nos resta es corto.

—Sí; de aquí á Pina apenas hay una legua de distancia.

—Podemos llegar mañana.

—Y antes de que amanezca, si cesa de llover, señor conde. Pero volviendo á nuestra interrumpida conversacion, de qué medio pensais valeros para reconquistar de manos de don Pedro aquella arma preciosâ?

—No sé, no sé; el judío Abraham me aseguró que era el destinado á dar muerte al rey de Castilla y...

—Indudablemente, señor conde; el judío Abraham es un hombre de talento, y nadie como él posee los secretos de la astrología. Recordad si no las palabras que os dijo cuando tuvisteis con él aquella conferencia: ya sabeis que no solo os leyó dia por dia vuestro pasado, que no solo os hizo una relacion exacta de vuestro presente, sino que hora por hora os predijo tambien la historia de vuestro porvenir.

—Es verdad; el judío Abraham es un hombre especial en esa clase de conocimientos, y dudo que haya en toda Castilla otro astrólogo que le aventaje.

—Desde ahora pongo la mano en el fuego, seguro de que no hay en todos los reinos de vuestro hermano otro mago que le aventaje en conocimientos.

—No hay duda, no hay duda. El judío Abraham es un astrólogo de fama; pero ese puñal, ese puñal... Oh! aun me acuerdo de aquella tarde terrible en que el villano Sanabria me lo arrebató de las manos: á la entrada del puerto de Pico fué; no sé si os acordareis...

—No lo he olvidado, no; tarde terrible en verdad!

—Sin embargo; los vecinos de Colmenar sufrieron despues las consecuencias: ni aun cenizas quedaron de aquel pueblo.

—Y aun tendreis que volver á repetir aquella escena, si os hallais decidido á tomar venganza.

—Oh! sí; me vengaré, no lo dudeis, Mendoza.

—Esta es la ocasion mas á propósito para que lleveis á cabo vuestro pensamiento. El rey de Aragon os presta su apoyo, y las condiciones que os propone son muy ventajosas.

—Las acepto, las acepto: la prediccion del judío tiene que cumplirse. Abraham me ha dicho que seré rey de Castilla, y mas ó menos tarde tengo que ocupar el trono de mi hermano.

—Con arrojo y decision todo se consigue.

—No creo que me falte ninguna de esas cualidades.

Y el conde de Trastamara, pues conde era el jóven viajero á quien hemos acompañado á través de aquellos espesos matorrales, fijaba sus ojos en el fuego como distraido, abismado al parecer en profundas meditaciones.

—Seré rey, seré rey;—volvía á repetir despues de unos cortos instantes de silencio:—Abraham me lo ha profetizado,

y yo tengo mucha fé en las palabras del judío. Rayos del cielo! O poco tengo de poder, ó he de ocupar el trono de Castilla.

—Lo ocupareis, señor conde;—replicaba Pero Gonzalez de Mendoza, dando á sus palabras el tono de sentencias; pero por ahora lo que os conviene es avivar vuestras negociaciones con el rey de Aragon y firmar con él vuestro contrato.

—Creo, señor Mendoza, que no es otra mi intencion al acercarme á Pina.

—Pero estais seguro de que don Pedro IV se encuentra en esa villa?

—Y cómo no, cuando así me lo ha prometido por boca de Alvar García de Albornoz?

—Es cierto: el rey de Aragon es todo un caballero y nunca falta á su palabra. No se parece en eso al de Castilla.

—Oh! callad, callad, Mendoza; no me recordeis sucesos que quisiera olvidar eternamente. Cuando llegue el dia de la venganza, entonces hablaremos; por hoy solo debemos pensar en el presente. El rey de Aragon me ofrece todas las tierras, villas y castillos que los infantes don Juan y don Fernando tienen en sus dominios, y esta promesa es digna, me parece, de ser aceptada por ahora.

—Siempre es mas honrosa que la que os hizo el rey de Francia: aquí, al cabo, solo estais bajo el dominio de don Pedro IV, ó lo que es lo mismo, admitís el vasallage; pero allí militábais ademas bajo las órdenes del conde de Armignac, y ya sabeis que los sueldos del rey de Francia no son muy crecidos.

—Prueba de ello que muchos castellanos se han negado á recibirlos.

—Y si nosotros no imitamos su ejemplo, fué porque nuestra situación no tenia nada de envidiable.

—El conde de Trastamara, sin embargo, no se doblega nunca á las exigencias de los grandes.

De este modo prosiguieron hablando largo rato nuestros viajeros, y ya hacia dos horas que se hallaban refugiados en las ruinas de la ermita, cuando la lluvia comenzó á cesar, y ambos se levantaron como movidos por un mismo pensamiento, dirigiéndose á la puerta de aquel vetusto edificio.

—Me parece, señor,—dijo el privado de don Enrique, Pero Gonzalez de Mendoza—que ya podemos continuar nuestra jornada; la lluvia no lleva trazas de proseguir y poco será lo que nos mojemos desde aquí á Pina.

—Una legua pronto se anda;—replicó el conde:—y por otra parte, yo quisiera que entrásemos en esa villa antes de amanecer; con que si os parece...

—Sí, sí; marchemos: con eso las gentes de Pina no se aperibirán de nuestra llegada, y aunque ninguna razon tenemos para ocultarnos, sin embargo, pudiera suceder que algun espía del monarca de Castilla se aperciese de nuestra entrada en la villa, y siempre es bueno vivir prevenidos.

—Teneis razon, señor Mendoza; dejemos ya las ruinas de esta ermita y prosigamos nuestra marcha.

El conde de Trastamara y su privado tomaron de la brida á sus caballos, y bajando por la pendiente y tortuosa senda que dos horas antes habian subido sin aparse, sa-

lieron al camino, y montando en sus caballos se alejaron á galope de aquellas ruinas, encaminándose á la villa donde el rey don Pedro IV de Aragon los esperaba.

Aun faltaba hora y media para que empezase el dia, cuando el conde y Pero Gonzalez de Mendoza llamaban á las puertas de la casa donde el monarca aragonés se hallaba.

—Quién vá?—gritó desde adentro una voz atronadora.

—El conde de Trastamara á las órdenes del rey de Aragon;—contestó don Enrique desde afuera con imperioso tono.

Las hojas de la puerta giraron sobre sus goznes produciendo un crujido áspero y prolongado, y ambos viajeros atravesaron sus umbrales.

Interin los guardas del rey de Aragon anuncian á su señoría la llegada del conde de Trastamara, bueno será que digamos algunas palabras acerca de la venida de dicho conde, y de los motivos que tuvo el aragonés para llamarle en su auxilio.

Refugiado en Francia el conde de Trastamara, á consecuencia de haber sido derrotado por las gentes del rey don Pedro de Castilla, este, que instigado por su genio belicoso y carácter arrebatado, nunca podia permanecer quieto en sus reinos, empezó á buscar enemigos con quienes combatir despues de declararles guerra.

No hallando ninguno dentro de Castilla, pues tan luego como las gentes del bastardo fueron derrotadas, la paz volvió á restablecerse en todos los rincones de aquel reino, don Pedro el Cruel tuvo necesidad de buscar nuevos enemigos allende las fronteras.

No pasó mucho tiempo antes de que el rey viese satis-

fechos sus deseos: en Sanlúcar de Barrameda se hallaba entreteniéndose en ver cómo se hacia la pesca de la almadraba, cuando al mando del capitán aragonés Francés de Perellós, arribaron á aquel puerto diez galeras catalanas que venian en socorro del rey de Francia, aliado entónces con el de Aragon, para ayudarle en la guerra que aquel tenia con los ingleses.

Cayó el almirante aragonés en la tentacion de dar caza á dos bageles placentinos que aparecieron en aquellas aguas, y so pretexto de que pertenecian á los genoveses, con quienes el rey de Aragon estaba entonces en guerra, los apresó sin otro motivo á presencia de don Pedro de Castilla.

Este, cuyo carácter feroz y susceptible escedia á toda ponderacion, lo tomó por irreverencia á su persona, y dando aviso al almirante Perellós á fin de que les pusiese en libertad, en atencion á que aquella presa se habia hecho en un puerto neutral, le amenazó con prender á todos los mercaderes catalanes residentes en Sevilla, secuestrándoles todos sus bienes si no accedia á su demanda.

El capitán marino, cuyo carácter era tambien tan reuelto como el del rey de Castilla, vendió los barcos genoveses y dióse á la vela para Francia con sus galeras, despreciando las insinuaciones que le habia hecho el monarca castellano.

Irritado entonces don Pedro el Justiciero al ver la desobediencia del marino aragonés, y poco acostumbrado á que nadie le contradijese, cumplió tambien su amenaza, y encaminándose á Sevilla encerró en los mas oscuros calabozos de su alcázar á todos los mercaderes catalanes resi-

dentes en aquella ciudad, y les secuestró todas sus riquezas conforme á Perellós le habia prometido.

Reunidos despues en su real cámara todos los individuos de su consejo, les pidió parecer acerca de si seria ó no conveniente tomar satisfaccion del agravio recibido por medio de las armas, á fin de afianzar mas y más el valimiento del trono castellano. Unos optaban porque debía declararse guerra al monarca aragonés; otros porque era mejor resolver la cuestion por medio de pacíficas negociaciones; y otros, en fin, porque el hecho debía dejarse pasar desapercibido.

Don Pedro el Cruel, dotado de un carácter fogoso y arrojado, jóven de corazon, pues apenas contaba aun veinte y tres años de edad, é inclinado por otra parte al bullicio de las armas y al ruido de los combates, opinó porque el único medio de resolver aquella cuestion decentemente, era el de entrar por las fronteras de Aragon á cuchilladas, no dejando vivo ni un solo habitante de los que poblasen aquellas villas.

No faltó tampoco quien apoyase al rey en sus bélicas inclinaciones; y unos por ambición, otros por miedo, todos, por último, vinieron á convenir con el rey, en que lo mas acertado era declarar la guerra al monarca aragonés.

Gil Velazquez de Segovia fué el encargado de noticiar á Pedro IV de Aragon la resolucion del monarca castellano.

Mediaron algunas contestaciones entre ambos reyes; pero no conviniéndose el de Castilla con ninguna de las proposiciones que le hacia el de Aragon, é irritado este por otra parte al ver la decidida proteccion que don Pedro

el Cruel prestaba á los infantes don Juan y don Fernando, no obstante ser enemigos declarados de Aragon, el reto del de Castilla fué aceptado por el aragonés y la guerra quedó declarada, comenzando la lucha por varios puntos de la frontera.

Don Pedro IV, que con las escasas fuerzas que contaba, no se decidia á entrar en batalla con el rey de Castilla, reclamó el auxilio del infante don Luis de Navarra y del conde Gaston de Foix, que acudieron con unos cuantos centenares de lanzas, y llamó asimismo al conde de Trastámara don Enrique, que hallándose á la sazón en París servia con una reducida hueste de castellanos á sueldo del rey de Francia contra Inglaterra.

Admitida la propuesta por el conde don Enrique se vino para Aragon, y hé aquí explicado el objeto de su viaje con su privado Pero Gonzalez de Mendoza.

Aun no se habia levantado el monarca aragonés, cuando uno de sus camareros entró á noticiarle la llegada del conde don Enrique.

Vistióse inmediatamente, y decidido á ajustar un tratado con el conde, le recibió con suma amabilidad obligándole á que se sentase.

—Os habeis mojado, señor conde?—dijo despues de unos instantes viendo las gotas de agua que se deslizaban por las plumas de su gorra.

—Nos hemos mojado, sí:—contestó don Enrique volviendo la cabeza hácia su favorito, que permanecia de pié junto á las puertas de la estancia.

El rey de Aragon hizo seña á Mendoza de que se acercase, y observado esto por el conde:

—Es mi favorito;—dijo inclinando levemente la cabeza en señal de deferencia hácia Mendoza.

—Sentaos;—repuso el rey viendo la deferencia con que don Enrique le trataba.—Con que es decir—añadió despues dirigiéndose al conde—que habeis caminado toda la noche?

—No toda; porque la lluvia empezó á menudear cuando nos hallábamos ya cerca de esta villa, y tuvimos tiempo de refugiarnos en las ruinas de una ermita...

—A una legua de aquí, sí:—le interrumpió el monarca.—Yá sabreis—añadió despues—el estado en que se encuentran los asuntos de mi reino.

—Sí: sé que su señoría anda en guerra con mi hermano por causas...

—Muy simples por cierto;—volvió á interrumpirle el monarca aragonés:—el capitan marino Francés de Perellós apresó unos bajeles placentinos...

—Todo lo he sabido, y no se me oculta la sinrazon con que mi hermano el rey de Castilla os ha declarado la guerra.

—Yo quise entablar negociaciones por medio de la paz; pero el rey de Castilla las rehusó y me he visto precisado á aceptar su reto.

—Por lo mismo que teneis razon para pelear en contra de mi hermano, es por lo que vengo á ponerme á vuestras órdenes.

—Gracias, señor conde: el infante don Luis me presta tambien su ayuda, y Gaston de Foix se ha brindado gustoso á auxiliarme con las fuerzas de que puede disponer. Los dos me son fieles, y espero que vos...

—Lo seré tambien, don Pedro; las gentes que yo tengo

á mis órdenes son muy escasas; pero en cuanto á mis futuros servicios, seguro podeis estar desde este momento de que haré cuanto esté de mi parte por complaceros. No porque sea mi hermano el monarca de Castilla dejó de reconocer la sinrazon con que ha obrado en estos momentos al declararos guerra. El rey don Pedro es un hombre arrebatado que obra solo por inspiraciones de sus validos, y como don Diego García de Padilla le habia pedido la encomienda de Alcañiz...

—Es cierto, es cierto: el carácter de vuestro hermano es irascible y vengativo; y cuando otro monarca, tan resuelto por lo menos ya que no tan sanguinario como él, se opone á dar cumplida satisfaccion á alguna de sus ridículas exigencias, entonces le declara la guerra aunque no encuentre un motivo razonable para ello. Vos conoceis muy bien todo esto, y veo que no en balde os he enviado á llamar á Paris. Los infantes don Fernando y don Juan se han declarado mis enemigos aliándose con el rey de Castilla; y yo, que tengo motivos muy sobrados para mirarlos con prevencion, os prometo desde ahora mismo todas las posesiones y riquezas que tienen en mis reinos, si vos á la vez me prometeis ser fiel á mis banderas y no abandonarame nunca en la pelea.

—Señor!—esclamó el conde de Trastamara como ofendido.

—No os altereis, señor conde: sé que estais decidido á servirme, y que por ahora no pensais en hacerme traicion: pero si mañana...

—Nunca, don Pedro. El hermano del monarca de Castilla tiene mas discrecion de la que vos os imaginais, y bajo ningun pretesto se alejará de vuestro lado.

—Gracias, gracias, señor conde: desde este momento quedais declarado dueño absoluto de todos los bienes que en mi reino poseen los infantes de Aragon. Ahora es preciso que tratemos de prevenirnos contra las asechanzas del castellano, y opino por lo tanto que debemos emprender nuestra marcha á Zaragoza. El rey don Pedro ha confiscado todas las riquezas que los mercaderes catalanes tienen en Sevilla; yo daré orden para que se confisquen todos los bienes de los mercaderes castellanos residentes en Aragon; aquel reunió su consejo para pedirle parecer acerca de la marcha que debía seguir en adelante: yo convocaré á todos los ricos-hombres para escuchar su dictámen acerca de la resolucion que debo dar á este negocio; don Pedro de Castilla tiene á su lado á los infantes de Aragon; don Pedro de Aragon peleará al lado del conde de Trastamara. Yo por nada me arredro; si el monarca de Castilla es arrojado, arrojado es tambien el monarca de Aragon.

El conde de Trastamara, que lo que deseaba á toda costa era tener ocasion de lanzarse á la pelea en contra de su hermano auxiliado por un ejército poderoso, escuchó lleno de gozo las palabras del monarca aragonés y le dió las gracias por la gran merced que le hacia otorgándole todos los bienes de los infantes de Aragon.

Gonzalo de Mendoza, cuya ambicion era ilimitada, abrió desmesuradamente los ojos al ver los títulos de donacion que don Pedro IV entregaba al conde don Enrique, y no pudo menos de demostrar el asombro y el reconocimiento en la espresion de su semblante. Algunas horas despues el rey de Aragon, acompañado de todas sus gentes, salia de Pina con direccion á Zaragoza.

II.

Algunos días antes de los sucesos que acabamos de referir, el rey don Pedro de Castilla que se hallaba en Sevilla disponiéndose ya para atacar las fronteras de Aragon, se paseaba como de costumbre por su cámara á pasos agigantados, cuando su camarero mayor don Diego García de Padilla se presentó en los umbrales de la puerta.

El rey no reparó en él, y el camarero entró en la estancia silencioso.

—A propósito, señor maestro de Calatrava;—dijo entonces el rey:—qué murmullos son esos que corren entre el pueblo y han llegado hasta mi alcázar?

—Señor!—repuso el camarero como asombrado:—no he oído nada...

—Pues yo sí; y esto debe probarte, que aunque preocupada mi mente con otras muchas cosas en las cuales debo fijar especialmente mi atención, no por eso dejo de saber todo cuanto pasa en torno mio, por insignificantes que sean los sucesos que ocurran en la ciudad.

—Pero señor...

—Esto—prosiguió el rey sin permitir á su camarero que continuase—lo hace el rey de Castilla ocupado como se halla, no obstante, con otras atenciones que le absorben el tiempo... y la paciencia; porque se necesita en verdad mucha paciencia para ver con calma y sangre fria que se

conspira en mi mismo alcázar, y no castigar á los conspiradores. Esto, señor maestre de Calatrava, debe probaros que el rey duerme menos que vos, que observa mucho mas que vos, y que tiene, en fin, mas tacto que vos para descubrir, sin darse á conocer, á los conspiradores. Las gentes de Sevilla murmuran hace dias de una de mis acciones... y líbrelas Dios de que yo me irrite, porque entonces...

Don Diego García de Padilla escuchaba al rey lleno de temor y no se atrevia á murmurar una palabra.

—Murmuran-prosiguió el rey despues de unos cortos instantes de silencio—porque he penetrado en la santa capilla de Sevilla y estraído de ella las preciosas joyas que adornaban las coronas de Alfonso el Sábio. Y esto nada de particular tiene, voto á San Yago! El rey de Castilla se ha apoderado de dichas joyas, porque no tiene confianza en el capellan encargado de su custodia. Guillen Fernandez es un partidario decidido del conde de Trastámara, y pudiera suceder que le enviase dichas alhajas á falta de dinero para pagar á sus soldados. Por esta razon es por la que yo he sacado las joyas de la capilla; estos son los motivos que he tenido para obrar de esa manera. He hecho mal, señor maestre de Calatrava?

Diego de Padilla hizo una señal de asentimiento con la cabeza, pero sin murmurar una palabra.

—No me basta que me indiques que sí, por señas;—continuó el rey:—quiero que me lo digas de palabra; quiero que me espongas francamente tu parecer acerca de este asunto.

—Pero señor...

—Sí; tú opinas del mismo modo que el pueblo; tambien tú censuras mi modo de proceder: pero no importa. Censúrame en buen hora, si mi accion es digna de censura; pero habla con franqueza y no me des á entender lo contrario de lo que sientes.

—Pues bien, señor; puesto que me dais permiso, voy á esponeros mi leal parecer acerca de vuestra conducta. El pueblo murmura de vuestra accion, porque esas joyas no han sido estraidas de la capilla porque su señoría crea que allí no estaban seguras: esas joyas han sido sacadas de allí para reducir las á dinero y poder pagar á vuestras gentes en la guerra que tratais de sostener contra Aragon.

—Y bien;—repuso el rey:—ese ha sido mi pensamiento, sí; no ha sido otro mi objeto al sacarlas de aquel sitio. Pero una vez que ya has adivinado mi pensamiento, tambien puedes comprender que me he portado con lealtad al obrar de esa manera. Yo no quiero que este sacrilegio, como le apellida el pueblo, recaiga sobre el capellan de la capilla, y por esta razon es por lo que he mandado entregar á Guillen Fernandez los recibos de dichas alhajas para descargo de su conciencia. He obrado mal por ventura? No me hé portado como caballero al entregarle esos recibos?

—Es verdad; pero...

—Pero nada, señor maestre de Calatrava; el rey don Pedro medita mucho antes de decidirse á obrar, y sus acciones son siempre por lo tanto hijas de la más madura reflexion. Qué hubiese querido mejor el pueblo? Que para continuar la guerra con el monarca de Aragon le hubiese aumentado los tributos, ó que sacando esas alha-

jas de la capilla no le haya gravado con otro impuesto?

Ante la poderosa fuerza que envolvía este argumento, don Diego García de Padilla nada tuvo que replicar y se contentó con decir :

—Siendo así, su señoría ha obrado con mucha cordura.

—Me alegro de que estés conforme conmigo por una sola vez siquiera. Ya sabía yo que no habías de mirar como desacertada mi medida, no obstante los murmullos de desaprobacion que corren por el pueblo. Cuando yo me decidí á obrar, señor maestre de Calatrava, es porque he meditado mucho antes en el resultado que pueden traer consigo mis acciones; mil veces te lo he repetido ya, amigo Padilla; pero no sé por qué has formado ese decidido empeño de contradecirme en todo.

—Señor, yo no os contradigo nunca; os digo únicamente lo que pienso acerca de vuestro modo de proceder, y aun esto cuando vos me preguntais.

—Es que todos mis vasallos murmuran de mí hace tiempo y es necesario que yo les quite esta costumbre, dándoles una leccion terrible. Pero hablando de nuestro asunto principal, qué noticias tienes de Aragon? Has sabido alguna cosa?

—Segun me ha dicho el caballero Men Rodriguez, vuestro hermano don Enrique ha penetrado en Aragon.

—Lo sé, amigo Padilla: Men Rodriguez me lo acaba de decir hace muy pocos momentos; pero no sabes las condiciones de esa alianza?

—Segun los infantes don Fernando y don Juan, parece ser que el rey de Aragon le ha prometido todas las posesio-

nes que en su reino tienen aquellos nobles, incluidas las de su madre.

—Oh! bien, bien; eso es lo mejor que ha podido hacer don Pedro IV; con eso los infantes de Aragon, interesados como se hallan en esta guerra, me prestarán su ayuda y no me serán traidores.

—Hay tan poco que fiar, señor, en esos caballeros...

—No obstante; como ellos por sí solos serian impotentes para pelear contra el rey de Aragon, y tendrán, como es natural, deseos de volver á recobrar los bienes que don Pedro IV acaba de quitarles, nada de extraño tiene que me sean fieles y traten de ayudarme en contra del monarca aragonés.

—Tened en cuenta que esos dos hermanos obran siempre por conveniencia, y que rara vez prestan su apoyo á nadie sino por cálculo. Acordaos, si no, de vuestra prision en Toro...

—Basta, señor camarero;—repuso el rey enfurecido al oír la última observacion del maestre de Calatrava.—Tambien recuerdo que tú fuiste uno de los primeros que me abandonaste negándote á seguirme hasta aquella ciudad. Tan pronto has olvidado ya tu pasada conducta?

Don Diego García de Padilla tembló al oír la merecida acusacion que le dirigia el rey, y bajó la vista como avergonzado.

—Con mas generosidad obró mi tesorero, y vergüenza debiera darte de que un judío fuese mas caballero en sus acciones que un noble castellano.

—Pero, señor...—esclamó Padilla lleno de agitacion.

—Basta: no puedes alegar excusa alguna en justifica-

cion de tu conducta pasada. Obraste mal, y esto lo sabes tú sin necesidad de que yo te lo repita : despues has tratado de corregir tu hierro, y ya todo lo he olvidado ; pero extraño mucho que trates ahora de recordarme cosas que debieran permanecer calladas para siempre.

—Señor;—dijo Padilla recobrando en parte su serenidad:—si yo obré mal en aquella ocasion, fué únicamente porque creí que habíais de hacer caso de mis consejos. Ya sabeis que os dije que no debíais acercaros á Toro porque imaginaba que trataban de tenderos un lazo ; no por otra cosa dejé de acompañaros, y de esto ya estais vos bien convencido. Cuando llegó la ocasion de vengar vuestro agravio, ya sabeis que fui el primero que embrazando mi escudo y empuñando mi templado acero, me presenté en el campo de batalla y á la vista teneis las consecuencias de mi arrojo. Manco del brazo izquierdo, ya no puedo entrar en pelea con muchos de vuestros enemigos.

—Bien, bien, Padilla;—contestó el rey dirigiendo al maestre una mirada de agradecimiento:—ya sé que por todos los medios posibles has tratado despues de enmendar aquella falta ; todo lo reconozco, amigo Diego ; pero dejemos á un lado estos recuerdos y tratemos únicamente de prevenirnos para la guerra. Dices que no debo tener mucha confianza en los infantes de Aragon...

—Y os lo digo, porque son muy ambiciosos esos caballeros y solo tratan de servir á aquel de quien mas medro pueden sacar.

—Pues bien ; estando prevenidos...

—Es verdad ; de ese modo...

—Podremos saber á qué viento se dirigen. Pero nada

mas sabes acerca de los asuntos de Aragon?

—El rey ha salido de Pina con direccion á Zaragoza.

—Acompañado de sus gentes y de mi hermano bastardo?

—Y del infante don Luis de Navarra, que ha acudido en su ayuda con cuatrocientos caballos, y del conde Gaston de Foix que tambien ha llevado consigo algunas gentes.

—Quién acompañaba al conde don Enrique?

—Su privado, Pero Gonzalez de Mendoza.

—Oh! gran tahir es ese caballero.

—Vuestro hermano le dispensa su confianza...

—Sí; desde que fray Diego Lopez ha decaido en su privanza... pero no importa, no importa: los rebeldes todos tienen que sucumbir, y no ha de pasar mucho tiempo antes de que véamos rodar por el suelo sus cabezas.

—Buena falta hace, señor.

—Descuida, que el rey don Pedro no duerme nunca sobre sus laureles. La liga fué desbaratada, y los pocos individuos que restan de ella, tienen que sucumbir. Pronto sabrán los nobles de Castilla y los rebeldes aragoneses el modo que tiene el Cruel de hacer justicias, cuando las circunstancias requieren que se haga un ejemplar castigo. Conde de Trastamara! el rey don Pedro te buscará, y una vez en tu presencia no volverá á guardar contigo consideraciones. Este es el puñal que destinabas para mí; éste es el puñal con que tratabas de asesinar me; pero gracias á la suerte ese puñal ha venido á mis manos y tiene que hundirse dentro de tu pecho. Oh! rebelde por demás has sido para con el monarca de Castilla; villanamente has obrado con el hijo del rey Justiciero; pero no está muy lejos ya el

dia de la venganza; no tardarás mucho en saber el destino que pienso dar á este puñal. Ira del cielo! y de qué gente tan traidora estaba rodeado..! pero no es tarde... Y tú, maestre de Santiago, tú, que aun persistes en tus escandalosos amores con la que no ha mucho proclamabas reina, tambien llevarás tu merecido. Ni uno solo ha de escapar de la cuchilla del verdugo. Hola! ballesteros!

Los ballesteros de maza se presentaron en la puerta de la cámara, y el rey les dijo con voz de trueno:

—Que venga el señor Sanabria.

Men Rodriguez se presentó, y saludando respetuosamente al rey, se dispuso á recibir sus órdenes.

—Esta misma tarde salimos de Sevilla para la frontera de Aragon. Que se dispongan las gentes para la marcha.

—Nada mas, señor?

—Nada.

Men Rodriguez salió, y el rey quedó solo en su cámara con el maestre.

III.

—Siempre lo mismo;—esclamaba entre tanto doña María de Padilla, que desde su lindo retrete habia escuchado las palabras del rey.—Guerras y mas guerras; sangre y mas sangre. Oh! esto es horrible; esto es insoportable. La cuchilla del verdugo no descansa; la daga del rey siempre está desnuda. Qué va á ser de un rey tan sanguinario? Y

luego, doña Aldonza Coronel... Dios mio! Dios mio! don Pedro no se reconoce, y nunca encontrará límites á sus deseos; caprichosos devaneos, venganzas inmotivadas, sangre inocente vertida, borriones por doquiera... Oh! esto es atroz. Piedad! piedad! qué delito he cometido para ser víctima de un hombre tan cruel, de un rey tan sanguinario? Piedad! piedad!

Y doña María de Padilla cayó desmayada sobre uno de los divanes que adornaban su retrete.



CAPITULO PRIMERO.

En el que da principio la novela.

Corría el año 1355 de la era cristiana, el 1593 de la de César, el 5115 de la creacion del mundo segun los hebreos, el 757 de la misma época segun los mahometanos, y el sexto del reinado de don Pedro I de Castilla, y era una de las noches mas frias y nebulosas del mes de setiembre, cuando un apuesto caballero de mas que mediana estatura y de continente altivo, cruzaba por el callejón del Diablo, sito por aquella época en uno de los extremos de la ciudad de Toledo.

Marchaba silencioso, y apenas se escuchaba el ruido de sus pasos. De cuándo en cuándo volvía la cabeza atrás, como para convencerse de que nadie le seguía, y continuaba despues su camino por una porcion de estrechas y oscu-

ras callejuelas, sucias é intransitables, y muy parecidas á las que aun hoy existen en dicha ciudad.

Detúvose por fin delante de una puerta pintada de verde, que habia practicada á la espalda de un enorme casaron, y sacando una llave de su escarcela, la ajustó en la cerradura.

Triste por demás era el aspecto que presentaba aquella casa á las altas horas de la noche, y quizá no mintámos al decir que era una de las mas viejas y destartaladas que habia en el callejon.

Las dos grandes rejas practicadas á los lados de la puerta, estaban enmohecidas y como bañadas de un rojo colorcillo, á consecuencia de las muchas aguas que por espacio de algunos años seguidos habian caido sobre sus hierros.

El lienzo de pared que formaba la fachada estaba descascarillado y lleno de grietas, y muy pocos eran los transeuntes que obligados á cruzar por aquel oscuro callejon, no aligeraban el paso al encontrarse frente á frente de aquella casa ruinosa y destartalada, que amenazaba venirse abajo de uno á otro momento.

Nuestro nocturno expedicionario abrió, no obstante, la puerta sin el menor recelo, y cerrándola tras sí penetró en aquel antiquísimo casarón, sin cuidarse mucho al parecer de si era de moderna construccion ó de si amenazaba ruina.

Aun no hacia cuatro minutos que habia penetrado en él, cuando un bulto negro se deslizó á través de una oscura calleja próxima á aquel sitio, y pegado siempre á las tapias llegó hasta la puerta por donde momentos antes habia penetrado el caballero.

El traje que llevaba se componia únicamente de

tres piezas en su parte exterior, según lo que merced á la pálida claridad que arrojaba una linterna pendiente de su cintura, podía distinguirse: gorra de terciopelo azul con una pluma blanca, un ancho tabardo de paño oscuro en el que se envolvía el cuerpo, y unas calzas de gamuza atacadadas, á dos colores, verde y encarnado.

Este nuevo personaje era mas jóven que el anterior y aunque no de tanta altura como este, parecia no obstante, mas robusto, y sus ojos, negros como el azabache, brillaban como dos diamantes en medio de la oscuridad.

—Algun asunto especial debia haberle traído á aquel sitio, según daba á entender en la agitación de sus movimientos, y en el interés con que miraba á través de la cerradura.

—Sí; él es:—murmuraba por lo bajo lleno de emoción.— Tres noches hace que le sigo los pasos, pero ninguna hasta ahora he podido averiguar lo que sucede dentro de esta casa. Esta, sin embargo, no será como las anteriores; antes no tenia llave y esta noche la traigo en mi escarcela. Oh! tres maravedises he dado por ella al maestro de la herrería; pero no me pesa: por cinco no la diera yo en este momento. Mas don Fadrique... Qué vendrá á hacer todas las noches en esta casa? ¡Oh! sí, el rey se ha equivocado: don Fadrique viene á conspirar, pero en manera alguna á hacer una visita á doña Blanca. Ni cómo es posible que desde esta casa pudiese comunicarse con la hija del duque de Borbon? El alcázar está bastante retirado; no hay duda, don Fadrique conspira, y esta es la casa donde se reúnen los rebeldes. Sí, sí; la luz ha desaparecido... entremos.

Y Men Rodriguez de Sanabria, pues este era el jóven que tan decidido empeño mostraba en seguir los pasos del que momentos antes habia penetrado en el casaron, sacó otra llave de su escarcela, é introduciéndola con sumo cuidado en la cerradura, abrió la puerta y se coló dentro del viejo edificio sin pensar tampoco en lo ruinoso que se hallaba.

Preciso será que nosotros sigamos tambien sus pasos, si queremos saber lo que pasa dentro de sus paredes.

Men Rodriguez cruzó por tres ó cuatro habitaciones negras y destartaladas, y auxiliado por su linterna consiguió bajar sin tropiezo alguno una pendiente escalera de caracol, al fin de la cual se sentian pasos.

—El es;—volvió á murmurar aplicando el oido y como deseoso de saber la direccion que tomaba el antiguo explorador de aquel terreno.—Esta escalera conducirá á alguna oscura bóveda que tendrá comunicacion, sin duda alguna, con el alcázar. Sigamos sus pasos.

Y esto diciendo, comenzó á descender por aquellos húmedos y desiguales escalones, auxiliado siempre de su linterna, so pena de romperse la cabeza contra las duras piedras que formaban las paredes de aquel profundo recinto de la casa.

Concluyó por fin de bajar escaleras, y entonces se encontró en una estrecha y oscura galería, que segun lo larga que era podia tener comunicacion, no con el alcázar de Toledo, sino con los mas retirados edificios del extremo opuesto de la ciudad.

—Dios de Dios! qué es esto?—esclamó como asombrado viendo que aquella galería era interminable.—A dónde iré

à parar por este camino subterráneo que no tiene trazas de concluir? Oh! esto es admirable; pero los pasos de don Fadrique se sienten desde aquí; no, no voy descaminado: pronto tocaremos al término de nuestro viaje.

El asombro del oficial de la guardia del rey don Pedro subió de todo punto, cuando despues de haber llegado al fin de la galería se encontró con otra nueva escalera de caracol tan estrecha ó mas que la primera, y por la cual reinaba ya una atmósfera muy diferente de la que se notaba en la galería.

Quitóse del cinto la linterna y preparándose á subir el primer tramo;

—Válame el cielo!—dijo—y cuantos sinsabores cuesta el servir á un rey como don Pedro! Si él se entretiene en hacer el amor á las hijas de Fernandez Coronel, despreciando á sus dos esposas y á su bella favorita ¿qué extraño es que su hermano don Fadrique se divierta en enamorar á doña Blanca? Oh! la conducta del rey es incomprensible. Por Cristo vivo! que cada vez comprendo menos el carácter de don Pedro.

Men Rodriguez continuó, no obstante, su ascension por aquellas pendientes escaleras, y aun no habia concluido de murmurar estas palabras, cuando se halló frente por frente de una tapia contra la cual se hubiese dado sin duda alguna un fuerte coscorron, á no haber llevado estendido el brazo izquierdo y asida á su diestra la linterna.

—Qué es esto?—volvió á esclamar por lo bajo luego que se hubo repuesto de su asombro.—Concluye aquí la escalera, ó esta tapia es una puerta secreta que comunica tal vez con el alcázar? Veamos.

Y se puso á examinar detenidamente el lienzo de pared donde terminaba la escalera.

—No hay duda;—volvió á esclamar despues de unos cortos instantes de silencio:—aquí no termina la escalera; esto tiene comunicacion con alguna pieza del alcázar... pero cómo descubrir el secreto que oculta esta pared? Rayos del cielo! se me ha escapado; me es imposible seguirle la pista; pero escuchemos... acaso se oigan desde aquí sus pasos... sí, sí.

Y el asturiano se sentó en uno de los escalones, aplicando el oído al lienzo de pared, conclusion aparente de la escalera.

—Dicen que las paredes oyen;—murmuraba al propio tiempo:—veremos si esta tapia tiene á bien revelarme alguna cosa.

—De veras, Fadrique?—esclamó una voz dulce y melodiosa que salia al parecer de una habitacion contigua á la escalera en que se hallaba Men Rodriguez.

—Como lo oyes, Blanca!—contestó otra voz robusta y hueca, muy parecida á la del maestro de Santiago.

—Oh no hay duda!—murmuró entonces Men Rodriguez:—El rey don Pedro no se ha equivocado. Don Fadrique anda en tratos con doña Blanca; pero escuchemos.

—Tanto tiempo solá en el alcázar!—prosiguió la misma voz de mujer que antes habia nombrado á don Fadrique.

—El rey—continuó la otra—me ha detenido en Sevilla, y como quiera que trata de declarar la guerra al de Aragon...

Men Rodriguez se levantó del escalon como inspirado por un gran pensamiento, y sin detenerse á oír otra pa-

labra del diálogo que los dos invisibles personajes sostenían al otro lado de aquella pequeña muralla, volvió á descender por la estrecha escalera que momentos antes acababa de subir, y desapareció á través de la oscura bóveda, guiado siempre por los pálidos rayos de su linterna.

Sumo cuidado ponía sin duda alguna Men Rodriguez á fin de que no se oyese el roce de sus piés con el pavimento de aquella subterránea galería; porque apenas se escuchaba el ruido de sus pasos, y nadie hubiese dicho que por aquella bóveda marchaba un hombre á la ligera.

—Iré al alcázar;—dijo despues ajustando la llave á la cerradura de la puerta del ruinoso casaron:—iré al alcázar y con esta órden del rey penetraré hasta el aposento de doña Blanca.

Y volviendo á cerrar la puerta con el mismo sigilo que la habia abierto, salió de aquel oscuro callejon y acortando el camino cuanto le fue posible, se dirigió al alcázar de Toledo donde doña Blanca de Borbon se hallaba aprisionada.

—No, Fadrique; no vayas:—decia entre tanto la legítima esposa del rey don Pedro, dirigiéndose al maestre de Santiago.

—Que no vaya?—replicaba este.—Cómo quieres que falte á la palabra que tengo empeñada con el rey? Qué razones quieres que alegue para justificar mi repentino cambio de conducta? Oh! éso es imposible, Blanca; no hallo un medio hábil de complacerte.

—No lo hallas; no; ya lo veo: pero no me estraña, Fadrique. Mucho tiempo hace que me encuentro abandonada y nadie me protege; nada de particular tiene, pues,

que tú tampoco hagas caso de mis palabras. Oh! era yo tan feliz cuando me hallaba en Francia al lado de mi padre! Ahora todo lo encuentro horrible en torno mio; todo me hastia; todo me enfurece.

—Blanca!—esclamó el maestre de Santiago fijando una mirada de reconvencion en el rostro de la jóven:—no tienes motivo para espresarte de ese modo; no hay razon para que hables de esa manera. Por que mi hermano el rey te haya abandonado, por eso te han abandonado ya todos los que te rodean? Ay! Blanca, y cuán cruel eres para conmigo; qué poco aprecio haces de mis palabras, cuando te atreves á injuriarme de ese modo. Te he abandonado yo, cuando solo por tí permanezco al lado de mi hermano? Te he abandonado yo tambien, cuando solo por verte me he decidido á seguir al rey á las fronteras de Aragon? Oh! estimas en muy poco mi modo de proceder, cuando de ese modo tan inicuo me tratas, Blanca mia. Imposible es que hables con serenidad, por que si no... no es cierto, Blanca? no es verdad que hablas con alguna agitacion?

—Sí, Fadrique; puesto que te empeñas, fuerza es confesarlo: yo no soy dueña de mí hace algunos meses; siento un no sé qué dentro de mi corazon que me oprime y arrebatá; quisiera hablar contigo y las palabras no salen de mis labios; qué es esto, Fadrique? qué nuevo pesar es este que ni un solo instante me deja de tranquilidad y que hace tan amarga mi existencia? Oh! esplicamelo, Fadrique; esplicame la causa de este roedor secreto que tanto me hace padecer.

—Y cómo, Blanca?—replicaba don Fadrique:—cómo

quieres que yo adivine lo que pasa en tu interior, cuando aun no me has revelado ninguno de tus secretos?

—Fadrique!

—Sí, Blanca; preciso es que confieses que aun no me has confiado ninguno de tus pensamientos.

—Ninguno!

—Ninguno; y eso que tu nombre y el mio vuelan juntos por Castilla, repetidos acaso de un modo poco conveniente para tu honor y mi fé de caballero.

—Oh! no me lo recuerdes, Fadrique; ya sé que tu hermano el rey ha dudado de tu palabra, y mas que todo de mi inocencia. Ha dicho que soy culpable y que tú me has seducido; pero no importa; Dios que nos escucha sabe muy bien hasta qué punto ha llegado mi inocencia.

—Así es, Blanca: solo Dios puede juzgar con acierto nuestras acciones.

—Es verdad, es verdad; pero...

—Pero qué, Blanca?

La bella princesa rompió á llorar amargamente y no supo responder á las palabras de don Fadrique. Parecia como dominada por un secreto pensamiento que no se atrevia á revelar, y en su semblante apareció una espresion de disgusto muy marcada.

—Qué tienes, Blanca?—la dijo entonces el maestre de Santiago, fijando en ella una mirada dolorosa.—Qué tienes, qué te pasa? por qué estás triste, Blanca miá?

La jóven bajó los ojos, y cubriéndose el rostro con la lindísima falda de su brial, prosiguió llorando sin contestar á las palabras de don Fadrique.

—Oh! algun secreto pesar es el que te tiene tan aba—

tida:—añadió el maestre estrechando entre las suyas la delicada mano de la princesa.—Por qué no me lo dices? qué interés tienes en ocultármelo? Respóndeme, Blanca; atiende por una sola vez á mis palabras, y no me hagas padecer con tu silencio. Qué te pasa? Qué te sucede?

—Nada, nada;—esclamó por fin la jóven dando rienda suelta á su excesivo llanto:—no es nada, Fadrique; quiero estar sola.

El maestre de Santiago permaneció como indeciso durante unos instantes, y haciendo un gesto de disgusto, dijo con voz entrecortada:

—Si esa es la causa de tu pesar, si mi presencia en tu camarín es la causa de tu abatimiento, entonces me retiro, Blanca. Yo ignoraba que te fuese tan molesta mi persona; pero dispensa... Adios!

Y el hermano bastardo del rey se dispuso á salir de la habitacion.

—Qué haces, Fadrique? esclamá entonces la hermosa doña Blanca dirigiendo una mirada de dolor á su cuñado. —Tambien tú me abandonas? Bien, Fadrique, vete, vete y déjame entregada á la mas horrible desesperacion. Tú eras la única persona en quien yo depositaba mi confianza; pero una vez que tambien mi confianza te molesta, puedes obrar como mejor te plazca y apartarte de esta desgraciada mujer, que solo disgustos puede ocasionarte. Adios! adios! Este era el último desengaño que me faltaba que ver, Fadrique.

—Pero, Blanca!—esclamó el maestre de Santiago luego que la hija del duque de Borbon hubo concluido.—¿Quién te ha dicho que tu confianza me molesta? Quién te ha dicho

que tambien yo trato de abandonarte? No acabo de decirte que solo por tí permanezco al lado de mi hermano? No acabo de decirte que solo por tí marchó á pelear contra el conde de Trastamara? Si esto es abandonarte, si esto no es obrar como hombre leal y caballero, entonces qué exiges de mí, Blanca? Qué quieres que haga por complacerte?

—Es cierto, es cierto, Fadrique;—contestó la desconsolada dama llena de agitacion y enjugando las gruesas lágrimas que surcaban sus mejillas.—Soy muy exigente y nada me satisface; pero esto, Fadrique, no consiste en mí; porque hace tiempo que no soy dueña de mi corazon y preciso es revelártelo ya, querido Fadrique. Quisiera que siempre estuvieses á mi lado, que nunca me abandonases y que siempre, en fin, me hablastes de...

La dama no quiso continuar, y un vivo carmin coloreó de repente sus mejillas.

Estaba enamorada de don Fadrique, y se esforzaba por disimular en todo lo posible el fuego de su pasion.

El maestro de Santiago comprendió desde luego lo que la jóven doña Blanca habia dejado por decir, y fijando en ella una mirada de dolor;

—Por Dios! Blanca—la dijo—que nos hemos unido dos seres desgraciados; tú, jóven y hermosa, y despreciada de tu esposo; yo, jóven y guerrero, y obligado á combatir contra un hermano que me quiere, por servir á otro hermano que me detesta. Oh! esto es atroz, Blanca querida. Imposible es que haya en el mundo dos seres tan desgraciados.

—Imposible, sí;—añadió la hija del duque de Borbon dando á sus palabras un acento dolorido difícil de explicar.—Imposible es que haya en el mundo otros dos seres que

con menos culpa sufran el horrible castigo que nosotros estamos sufriendo; pero qué importa, Fadrique? No dicen que en el amor reside la felicidad? Amémonos, pues, y...

La jóven no supo continuar; sus mejillas estaban encendidas de color de grana, y avergonzada de su propia debilidad al espresarse de aquella manera con el maestro, se cubrió el rostro con las manos y las lágrimas volvieron á brotar de nuevo de sus hermosos ojos.

Virgen para el amor y encerrada siempre entre las tapias del alcázar que el rey don Pedro le señalaba para prision, la sobrina del rey de Francia era una planta jóven y delicada, que no habiendo llegado aun al término de su desarrollo, necesitaba mas tierra para vivir, mas aire para respirar, y mas espacio para esparcir su suavísima fragancia.

Los elegantes camarines de una fortaleza no eran bastante estensos para que una jóven como doña Blanca estendiese un poco las alas de su albedrío y diese rienda suelta á los dorados ensueños de su lozana fantasía. Una pequeña ójiva á través de cuyos vidrios de colores no se divisaba mas que un pedazo de cielo, nublado casi siempre, no era lo bastante para que una honrada descendiente de reyes aliviase su corazon del horrible peso de las desgracias de que se veía rodeada.

Jóven, rica, noble, honrada y hermosa, doña Blanca no merecía que el rey don Pedro se portase con ella de ese modo, y si castigos horribles inventaba el monarca de Castilla para escarmentar á los rebeldes, no era menos horrible todavía el que usaba para con esta desgraciada princesa, á quien sin motivo alguno razonable habia repudiado.

La hermosa doña Blanca era una mártir, y su esposo don Pedro el cruel era su verdugo.

Nada de estraño tenia, pues, que una mujer abandonada en la flor de su juventud por su inconstante esposo, buscase alivio á sus pesares y desease lo que el corazon de toda mujer jóven desea: amar y ser correspondida.

El hermano de don Pedro era el único hombre con quien la princesa doña Blanca habia podido tener algun roce desde su entrada en el reino de Castilla; el hermano de don Pedro era el que velando siempre por ella, buscaba una ocasion á propósito para devolverla el lugar que en Castilla habia perdido; y natural era que esta mujer jóven y sensible, reducida por su desgraciada suerte á vivir de prision en prision, de alcázar en alcázar, se interesase por aquel noble decidido y arrojado, que declarándose en guerra abierta contra su hermano, la habia proclamado reina en Toledo, haciendo cuantos esfuerzos estuvieron de su parte por volverla á colocar en el puesto de donde un rey cruel y caprichoso la habia alejado sin motivo.

Doña Blanca estaba, pues, prendada de don Fadrique; y si bien es cierto que el maestro de Santiago no lo estaba menos de doña Blanca, como quiera que esta aparecia á sus ojos como una mujer escrupulosa hasta el estremo; y decidida al parecer á no entregar su corazon á ningun otro hombre en el mundo, á consecuencia del terrible chasco de que habia sido víctima, don Fadrique no se determinaba nunca á demostrar á la desventurada jóven el amor que por ella sentia hacia algunos meses.

Doña Blanca de Borbon fué, pues, desgraciada hasta en la ocasion presente, y no pudiendo ocultar por mas

tiempo su pasión, se vió precisada á declarar el amor á don Fadrique.

Es verdad que este se lo habia demostrado ya en varias ocasiones, tomando armas en defensa suya y tratando de proclamarla reina en Toledo; pero de todos modos fué una desgracia para doña Blanca la de tenerse que declarar á don Fadrique.

—Amémonos, si:—le decia;—y de este modo podremos vivir felices. Tu hermano el rey me ha abandonado; mi padre me ha abandonado tambien, porque no ha procurado vengar la horrible ofensa que don Pedro el Cruel me ha inferido sin razon alguna para ello; mi tio el rey de Francia ha seguido el ejemplo de mi padre; todos me han abandonado, Fadrique; todos me han dejado entregada á la mas triste desesperacion; ni uno solo de mis parientes ha levantado el grito en favor de una familia noble, despreciada en uno de sus mas débiles vástagos. Tú has sido el único que interesándote por mí has procurado sacarme de la triste situacion á que me encuentro reducida; y á tí, sin embargo, te calumnian; pero te calumnian sin razon, y esto Dios que todo lo vé, lo sabe. Mi honor ha sido escarnecido sin razon; pero puesto que el rey don Pedro, despreciándome por completo y dándome ya la última prueba del ódio imotivado con que me mira, ha hecho declarar públicamente que mi matrimonio con él ha sido nulo, yo quiero darle tambien una prueba palpable del desprecio con que he observado esa su escandalosa resolucion. Desde hoy soy tuya, Fadrique; desde hoy tienes derecho para apellidarme esposa.

—Qué dices, Blanca!—esclamaba el maestro de Santiago.

asombrado al oír las últimas palabras de la jóven.—Tú mi esposa!

—Tu esposa; sí; tu esposa ante los ojos de Dios, ya que no puedo serlo ante los ojos de los hombres. Te asombras?

—Y cómo no, cuando...

—No importa, no importa, Fadrique; si tu hermano el rey se ha creído con derecho á abandonarme, alegando un pretexto que nunca ha existido, ¿por qué doña Blanca de Borbon no ha de tener derecho para no acordarse jamás del hombre que burlándose de su inocencia la ha dejado á la tercera noche de su boda, despues de haberla escarnecido? Pues qué, doña Blanca de Borbon es menos noble que el rey don Pedro? Por ventura, el monarca de Castilla tiene algun privilegio para ajar y echar por tierra el honor de una dama como yo? No, Fadrique; hasta hoy tu nombre y el mio han volado por Castilla, prestándose á los maliciosos comentarios que el vulgo suele hacer de las intrigas de la corte; hasta hoy mi honor ha sido puesto en tela de juicio por los nobles castellanos; pero desde hoy quiero que tengan motivo para hablar de esa manera; desde hoy quiero ser tu amante, Fadrique; tu amante, ya que te niegas á darme el título de esposo.

—Pero Blanca...

—Sí, Fadrique; dime que me amas y me doy por satisfecha.

—Oh! y necesitas que te lo diga para convencerte? No lo has podido comprender ya en todas mis acciones? No te hé dado pruebas más de una vez del cariño que te profeso? Cuando te proclamé reina en esta ciudad, cuál fué mi

pensamiento? Al permanecer hoy unido con el rey, qué planes son los míos? Crees que si no te amase iría yo á las fronteras de Aragón á pelear contra mi hermano? No, Blanca; no me separo del rey por no alejarme de Castilla; porque al salir de este reino quiero llevarte en mi compañía á las tierras de mi maestrazgo; allí al menos nadie se opondrá á ninguno de nuestros planes, y solos y apartados del bullicio de la corte podremos vivir felices.

—Muy felices, Fadrique;—repuso doña Blanca de Borbon dirigiendo una mirada amorosa al mestre de Santiago:—ya que todos me abandonan, no me abandones tú.

—No, Blanca; desecha esas dudas y piensa solo en el modo de salir cuanto antes de este alcázar.

—Sí, Fadrique; salgamos cuanto antes de esta horrible prision, donde cada dia que pasa es un siglo de amargura para mí, y huyamos de ese rey cruel y justiciero que tan desgraciada me ha hecho sin motivo.

—Me amas, Blanca?—dijo entonces don Fadrique fijando una ardiente mirada en el rostro de la jóven.

—Te amo, Fadrique;—contestó la dama con dulce acento: Y el mestre de Santiago que estrechaba con efusion la mano de la sobrina del rey de Francia, se la llevó á los labios y posó en ella un ardiente beso, que puso encendidas las mejillas de la jóven.

—Traidor!—esclamó entonces Men Rodriguez de Sana-bria, penetrando en el camarín espada en mano y preparándose á acometer á don Fadrique.

Doña Blanca lanzó un grito de sorpresa, y abrazándose fuertemente á don Fadrique, le impidió que se pusiese á la defensa.



Le dirigió una estocada al costado izquierdo, que el asturiano detuvo...

—De ese modo servís á la causa de vuestro hermano?— prosiguió Sanabria adelantando otros dos pasos y algun tanto mas sereno.—Daos á prision y seguidme en el momento. Muy mal os portais, señor maestre de Santiago; aguardais sin duda á que vuestro hermano se enfurezca contra vos, cuando de un modo tan vil os burlais de él en su ausencia. Seguidme!

—Cómo!—esclamó don Fadrique desasiéndose de los brazos de doña Blanca, é incorporándose con resolucion.—Vil me habeis llamado...

—Y os lo vuelvo á llamar, señor maestre;—contestó el asturiano sin inmutarse.

El maestre de Santiago sacó entonces su acero, y adelantando dos pasos hácia Men Rodriguez, le dirigió una estocada al costado izquierdo que el asturiano detuvo con suma destreza, poniéndose en guardia y decidido á no hacer otra cosa que parar los golpes.

Don Fadrique prosiguió atacando al oficial de la guardia del rey, y viendo este que el maestre de Santiago entraba ya de veras á la carga, se dispuso á acometerle de frente, dirigiéndole una estocada con tanta habilidad, que aunque no tuvo resultados funestos para el maestre, le hizo perder, no obstante, tres piés de terreno.

Ambos eran buenos espadachines y la lucha se prolongó por espacio de algunos minutos, hasta que viéndose el maestre acosado por Men Rodriguez, y en muy mala disposicion para defenderse, fué corriéndose poco á poco hácia uno de los ángulos del camarín, parando sin embargo los golpes que el jóven guerrero le dirigia.

Don Fadrique quedó por fin desarmado, y no restán-



dole ya otro recurso que la huida, se escapó por la puerta falsa que daba á la escalera de caracol, desde donde Men Rodriguez tuvo que volverse por no poder dar con el secreto, y el arrojado oficial de la guardia del rey se quedó triste y desconsolado, aunque alegre por otra parte al contemplar la espada de don Fadrique que habia quedado en su poder.

—Rayos del cielo!—esclamó lleno de cólera:—tienen suerte todos los traidores. A haber sabido yo que este era el sitio de la puerta secreta..? pero si esto parece cosa de brujería..? aquí no se notan indicios de haberse abierto ninguna puerta. Oh! se lo referiré al rey... pero, y si no lo cree? Afortunadamente tengo aquí la espada de su hermano, y en todo caso, aun es tiempo de apresarle; no perdamos tiempo, que á la salida del casaron...

Y Men Rodriguez se dispuso á salir del camarín de doña Blanca; pero la voz severa é imponente del rey que salió de detrás de unos tapices, llamó la atención del asturiano.

—Quieto, Men Rodriguez;—le dijo:—todo lo he presenciado. El rey don Pedro no duda nunca de sus fieles servidores; dame esa espada y sal.

Men Rodriguez entregó al rey la espada de don Fadrique, y haciéndole un reverente saludo, salió de la cámara de doña Blanca.

Desmayada se hallaba esta sobre un sillón blasonado, y acercándose á ella don Pedro, furioso y como dominado por unos rabiosos celos;

—Es hermosa, no hay duda; pero ya no me pertenece. Oh! antes he sido cruel para con ella, pero ahora no merece que la mire. Aparta los ojos de esa víbora engañosa, rey don Pedro de Castilla.

Y don Pedro el Cruel se paseaba por la estancia como dominado por una horrible impresion, esperando al parecer á que su primera y legítima esposa saliese de su desmayo.

Doña Blanca, sin embargo, no volvía en sí; y el hijo de Alfonso XI, cuya impaciencia escedía á toda ponderacion, continuaba sus paseos cada vez mas irritado, hasta que pasados algunos momentos, la desgraciada jóven entreabrió los ojos encontrándose con las terribles miradas del rey.

Este esperó á que la dama se serenase, y procurando á la vez recobrar algun tanto su calma, se sentó en otro elegante sillón que habia al lado del de doña Blanca.

—Estais mejor?—la preguntó por fin lanzando un profundo suspiro, como de rabia y de impaciencia.

Doña Blanca, que á pesar de haber salido de su desmayo, no se habia hecho cargo todavía de quién era el hombre que tenia en su presencia, tembló de pies á cabeza al conocer á don Pedro de Castilla, y no supo qué replicar.

—Que si estais mejor, os he preguntado?—volvió á decir entonces el monarca.

Doña Blanca no contestó tampoco á la segunda pregunta del rey.

—Oh! no teneis palabras para contestar á don Pedro de Castilla?—dijo entonces el rey:—para hablar con don Fadrique bien espedita teneis la lengua; para hablar con vuestro esposo la teneis pegada al paladar.

—Con mi esposo!—esclamó entonces doña Blanca llena de desesperacion y como herida por un rayo al oír las palabras del monarca.—Yo no os reconozco por esposo; vos me calumniáis.

—Os calumnio hé? Malditas calumnias que hacen saber al rey todo lo que piensa y ejecuta doña Blanca.

—Ya sé que me teneis rodeada de espías y traidores.

—Traidores son los que como don Fadrique penetran por aquella puerta falsa. Nunca llegué á imaginar, doña Blanca de Borbon, que alcanzase vuestro talento hasta el punto de mandar abrir puertas secretas, para admitir por ellas á vuestros amantes.

—Esa puerta secreta la mandásteis abrir vos para que penetrase por ella doña María de Padilla.

—Doña Blanca!—esclamó el rey lleno de cólera.

—Sí; esa es la verdad, don Pedro.

—La verdad es que vos teneis por amante á don Fadrique.

—Y bien, don Pedro: me he casado yo con don Fadrique, como vos con doña Juana de Castro?

—Doña Juana de Castro era una mujer honrada y virtuosa.

—Virtuosa y honrada es doña Blanca de Borbon.

—Aun os atreveis..?

—A sostener lo que digo á todas horas.

—Es decir que persistís en negar lo que yo mismo he presenciado?

—Vos no habeis presenciado nada, don Pedro.

—Puedo referiros todo lo que ha pasado aquí.

—Os lo referiré yo primero, si os place.

—Basta ya, doña Blanca; basta de cinismo.

—Repítoos, don Pedro, que doña Blanca de Borbon no tiene nada por qué bajar los ojos ante el rey don Pedro de Castilla. Mi frente se levanta orgullosa sobre todas las de

las damas de vuestra corte, y ni doña Juana de Castro, ni doña María de Padilla, pueden presentarse al lado mío sin bajar la vista avergonzadas. Doña Juana de Castro, porque se enlazó con un rey que no está viudo; doña María de Padilla, porque lleva en su frente marcado el sello de la deshonra.

—Mirad, doña Blanca,—repuso el rey encolerizado—que estoy haciendo todo lo posible por contenerme, y que no sé á donde iremos á parar si de ese modo proseguís hablando.

—Iremos á donde queráis, don Pedro; dos años hace que me teneis prisionera sin motivo alguno, y no me extrañaría nada de cuanto hiciéseis en adelante. Doña Blanca os ha sido fiel hasta la fecha, y no hay razon que justifique vuestro modo de proceder para conmigo: eso es lo que os digo, don Pedro; eso es lo único que tengo que revelaros despues de dos años que hace que no os veo.

—Dos años que hace que tratais con don Fadrique;—contestó el rey con ironía.

—Repítoos que os engañáis, don Pedro.

—Dos años que manteneis con él ilícitos amores;—continuó el monarca.

—Repíto que no es verdad.

—Dos años que estais insultando á vuestro esposo, manteniendo relaciones criminales con su hermano.

—Repíto que mentís:—dijo entonces doña Blanca fijando una mirada aterradora en el rostro del monarca.

—Y esta espada entonces, de quién es?—repuso el rey con serenidad, mostrando á la jóven el arma de que Men Rodríguez habia despojado á don Fadrique.

—Esa espada,—añadió la sobrina del rey de Francia con

desprecio, —la ha puesto en vuestras manos un traidor.

—Traidores, doña Blanca, vuelvo á repetiros, son los que penetran por esa puerta falsa que hay practicada en aquella pared.

—Pues bien, don Pedro;—dijo entonces doña Blanca con resolucion:—puesto que lo quereis, preciso será revelaros la verdad del hecho para que despues obreis en su consecuencia; pero conviene tambien que os diga alguna cosa acerca de vuestra conducta para conmigo. Yo he tenido relaciones amistosas con don Fadrique; pero no relaciones de amor, como vos os habeis atrevido á suponer: le quise primero como amigo, quísele despues como á un hermano; despues le amé en silencio como una mujer casada sin atreverme á revelarle nunca mi secreto padecimiento; y hoy, don Pedro, le amo como una mujer libre, como una mujer cuyo corazon á nadie pertenece. De esa manera ha querido á vuestro hermano la que hasta ahora ha seguido siendo vuestra esposa; de esa manera le amaré de hoy en adelante la que ya no reconoce en vos á su marido. Esa es la verdad de todo cuanto ha pasado, y todo cuanto os refieran en contrario es mentira; quien esto no os afirme miente como un villano. Ahora es necesario que yo explique mi modo de proceder para con vos, á fin de que nunca tengais motivos de disculparos ni inculparme. Yo seguí siéndoos fiel, aun dos años despues de haberme abandonado, porque creí que no estaba muy lejana la hora del arrepentimiento; esperé, no obstante, un dia y otro dia y ese no llegaba; es mas; el rey don Pedro no solo no se acordaba de mí, sino que haciendo circular rumores falsos, me colocaba en un lugar muy poco favorable,

dando margen á que el vulgo murmurase de mi honor, y me tuviese por una mujer escandalosa y sin vergüenza. Esto lo habeis hecho vos, rey don Pedro de Castilla; vos, que á fin de motivar nuestra separacion, pusisteis por pretesto que estaba deshonrada cuando vestida de blanco y con el traje de la inocencia, me acercaba á vuestro lecho; esto lo habeis dicho vos, rey don Pedro, y bien sabeis que no tenias motivo para ello. Sufrí, no obstante, con paciencia esperando como he dicho, que llegara la hora de vuestro arrepentimiento; pero esa hora no llegaba, y no solo me despreciásteis ya, dando lugar á que el vulgo murmurase de mi honor, sino que mandásteis declarar públicamente que mi matrimonio con vos era nulo, á fin de casaros con doña Juana. Si todo esto no era suficiente todavía, os he visto despues al lado siempre de la Padilla, y no ha muchos dias que cortejais á doña María Coronel. Me parece, pues, que he tenido sobrada paciencia, rey don Pedro, cuando sin culpa alguna he permanecido encarcelada por espacio de dos años, sin dejar por eso de seros fiel ni un solo instante de mi vida. Pero hoy que vuestra conducta es incorregible, que no pensais en enmendaros, y que lejos de eso solo buscáis motivos para encarcelarme en otra prision mas reducida; hoy don Pedro, he variado de resolucion, y puesto que vuestro hermano don Fadrique me ha dado pruebas bastantes de cariño, pienso tambien darle pruebas de que le aprecio. No os estrañeis, pues, de lo que pase en adelante; que así como yo no me quejo ya de vuestro vil comportamiento para conmigo, vos tampoco tenéis motivos para quejaros de mi conducta. Vos amais á veinte mujeres á un tiempo; yo, vírgen hasta ahora para

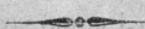
el amor, pienso amar en adelante á don Fadrique. Y doña Blanca se quedó como desfallecida, al terminar su largo discurso.

El rey don Pedro, que con una paciencia sin igual y estraña por demás en su carácter, la habia escuchado sin pestañear siquiera y sin perder ni una sola de sus palabras, la preguntó si habia concluido, y como la dama le contestase tan afirmativamente, el rey la dijo entonces:

—Pues bien, doña Blanca; puesto que segun vos yo no tengo derecho alguno para quejarme de vuestro proceder, bueno será que os haga una ligera advertencia acerca de mi futura conducta para con don Fadrique. Me alegro de que con una franqueza tal os hayais esplicado diciendo lo que pensais hacer y del modo que pensais obrar. Yo tambien voy á hablaros con la misma franqueza. En cuanto á vos, no pienso ocupar mi imaginacion con vuestra persona ni un solo instante de mi vida; en cuanto á don Fadrique, justo es que os declare que pienso mandarle cortar la cabeza, y clavarla despues en una pica en medio de la plaza.

Doña Blanca lanzó un grito de horror, y el rey don Pedro salió de su camarín, sereno y silencioso.

Aquella misma noche cinco peones tapaban la puerta del casaron que comunicaba con el alcázar. La guardia de la régia prisionera se dobló desde aquel dia.



CAPITULO II.

De cómo el rey don Pedro emprendió su marcha hacia la frontera de Aragon.

Don Pedro de Castilla, que como hemos dicho en el prólogo de nuestra novela habia declarado guerra al monarca de Aragon, tan luego como supo los tratos en que este andaba con su hermano bastardo don Enrique, partió de Sevilla con direccion á la frontera de aquel reino, por donde dió principio á su bélica escursion tomando algunos castillos.

Servianle, como hemos dicho, en contra del monarca aragonés, el maestre de Santiago don Fadrique, su hermano don Tello, don Fernando de Castro, don Juan de la Cerda, don Alvar Perez de Guzman, los infantes de Aragon don Juan y don Fernando, y otros poderosos caballeros que acudiendo con el número de lanzas de que

cada cual podia disponer, engrosaban las huestes del rey haciéndolas temibles para don Pedro IV el Ceremonioso.

Estraña en verdad era la alianza que algunos de estos nobles habian hecho con el rey de Castilla; y mas de cuatro personas de las residentes en Sevilla, murmuraban la noche anterior á la salida del rey de aquella ciudad, de una confederacion tan anómala como inesperada, y la cual á su modo de ver habia de dar muy malos resultados.

En las antecámaras del alcázar de Toledo se murmuraba tambien bastante acerca de la repentina marcha del rey á la frontera, y Men Rodriguez de Sanabria, y don Diego García de Padilla que eran íntimos amigos, no eran los que menos hablaban acerca de este asunto.

—Quién entiende esto, señor Sanabria?—esclamaba el maestre de Calatrava, don Diego García de Padilla, dirigiéndose al oficial de la guardia del rey con estrañeza.—Quién entiende el misterio de esta confederacion?

—Por Dios, señor Padilla,—contestaba el asturiano—que yo estoy aun en tinieblas acerca de este asunto.

—Y quién es capaz de ver claro en situaciones tan anómalas como la presente?

—Nadie, en verdad, señor camarero mayor; pero si vos que estais en todos los misterios de la corte, nada sabeis, qué quereis que os diga un pobre oficial de la guardia del rey?

—Oh! sobre eso, señor Sanabria, hubiera mucho que discutir y no nos sobra el tiempo por ahora; todos sabemos hasta dónde alcanza vuestro poder dentro del alcázar, y no teneis motivos para quejaros del puesto que ocupais al lado del rey, porque todos sabemos ya que sois su favorito.

—Cómo!

—Os estrañais, eh? Por vida mia que no creí que fué-
seis tan reservado, caballero Men Rodriguez. Y no hãÿ por
qué, viven los cielos! puesto que no hay una sola persona
en el alcázar, que no sépa que el rey deposita en vos toda
su confianza.

—Oh! muy engañado vivís, amigo don Diego: el rey
no hace otra cosa que mandarme, y mi obligacion es obe-
decer.

—Pero cuando se hacen encargos de cierta especie...

—No os comprendo...

—Pues andais un poco torpe hoy, por vida mia. Y por
Dios que no lo sois, señor Sanabria; pocas son las perso-
nas residentes en el alcázar, que os ganen á talento.

—Es favor que me haceis, señor Padilla.

—Ya sabeis que digo la verdad.

—Direis mucha verdad; yo nunca os creí capaz de de-
cir mentiras; pero permitid que me asombre al oír vues-
tras palabras, porque no acierto á comprenderlas si vos
no os explicais.

—Me explicaré, puesto que así lo deseais; pero no ha-
bia necesidad de esta explicacion; sin ella estoy seguro de
que me habeis comprendido.

—Os juro que no, señor Padilla.

—Prosigo, pues; he dicho y vuelvo á repetirlo, que su
señoría el rey os dispensa toda su confianza, porque os da
ciertas comisiones que á ningun otro se atreveria á dar.

—Pero esas comisiones, cuáles son?

—Tened calma, señor Men Rodriguez, que todo os lo
diré. Esas comisiones son iguales ó parecidas á la que os

encomendó cuando os presentásteis á él por primera vez.

—La de doña Juana de Castro?

—Justamente.

—Y bien: desde entonces, cuál otra me ha dado?

—No una sola, señor Men Rodriguez; aparte de algunas menos importantes que tienen relacion con doña Blanca...

—Oh! Basta, basta, señor maestre de Calatrava; vais equivocado por ese camino. El rey no me ha dado comision ninguna para doña Blanca de Borbon, y si bien es cierto que anoche sorprendí á don Fadrique hablando con aquella jóven, habeis de saber que el rey se hallaba tambien oculto en el camarín de la francesa.

—Qué decís!

—Lo que oís, señor García de Padilla.

—Si otro que vos me lo dijese, me atreveria á ponerlo en duda; pero bien: no es precisamente por eso por lo que yo os hablaba hace un momento. Las cartas que llevábais á doña María Coronel cuando nos hallábamos en Sevilla, quién os las daba, señor Men Rodriguez?

El asturiano se quedó como asombrado al oír la pregunta del maestre de Calatrava, y no supo qué replicar.

—Parece que á eso no me contestais;—repuso don Diego de Padilla sonriendo, y como gozoso de haberle vencido en la polémica.

—En eso os doy la razon, señor maestre de Calatrava;—contestó el oficial de la guardia del rey como avergonzado:—pero si yo fuí conductor de aquellas cartas fué...

—Bien, señor Men Rodriguez; yo no os pregunté el por qué fuísteis conductor de tales mensajes; pero todo esto os

lo he dicho únicamente para probaros lo que os obstinábais en negar; esto es, que el rey os dispensa su confianza. Ahora bien, y volviendo á nuestra cuestion, sabido esto, como todo el pueblo de Sevilla lo sabe, quién comprende la alianza que algunos caballeros han hecho con el rey?

—Es verdad;—contestó Sanabria:—es incomprendible.

—Don Juan de la Cerda, sobre todo,—continuó el maestro,—á quien el rey acababa de insultar requiriendo de amores á su esposa, y don Alvar Perez de Guzman su cuñado... qué puede esperar el rey de la alianza de estos caballeros?

—Y qué puede esperar de don Fernando de Castro y de don Tello?

—Es cierto: el primero tiene motivos para odiarlo, desde el momento mismo en que abandonando á su hermana despues de haberla hecho su esposa, la quitó los castillos de Castrojeriz y Dueñas que en prenda de seguridad le habia entregado á su primo don Enrique Enriquez; el segundo tiene tambien motivos muy sobrados para no ayudarle en la guerra contra el de Aragon, desde que trató de quitarle el señorío de Vizcaya. Esto es incomprendible.

—Y qué me decís de los infantes de Aragon?—repuso Men Rodriguez lanzando un profundo suspiro.—Los infantes de Aragon, á quienes el rey ha jurado asesinar desde que le abandonaron en Tordehumos...

—Pero al fin los infantes de Aragon tienen una razon muy poderosa para olvidar sus pasadas rencillas y unirse con don Pedro. El rey de Aragon los ha despojado de todos sus bienes, dándoselos al conde de Trastamara, y justo es que se hallen resentidos.

—Es verdad; pero convenid conmigo, señor Padilla, en que de esta alianza nada bueno hay que esperar con respecto á la causa de Castilla. Ni que don Fernando de Castro venga con sus gallegos, ni que el hermano bastardo del rey, don Tello, venga con sus vizcainos, ni que los infantes de Aragon y demás caballeros que acompañan al rey, vengan con sus lanzas; el resultado, señor Padilla, es que esta lucha tiene que ocasionar muy malos resultados á Castilla; porque aquí van á pelear hermanos contra hermanos, y esto es inconcebible. Si el conde de Trastamara no se hubiese unido al de Aragon, se comprende que todos esos caballeros ayudasen á don Pedro de Castilla; pero hallándose don Enrique de Trastamara en Aragon, cómo que-reis que peleen contra él sus hermanos don Fadrique y don Tello, y su cuñado don Fernando de Castro? Esto es imposible, señor Padilla; esta guerra tiene que traer muy malos resultados para Castilla, porque el rey don Pedro no cuenta con un solo servidor.

—Es verdad, es verdad;—repuso el maestre de Calatrava reflexivo y cabizbajo:—el rey no cuenta con un solo servidor leal.

En este instante se presentó un escudero en las puertas de la cámara en que Padilla y Men Rodriguez se encontraban, y notició al primero que su señoría el rey le llamaba.

El maestre de Calatrava salió, y Men Rodriguez siguió sus pasos.

Estas y otras conversaciones parecidas eran las que se escuchaban por todos los ángulos del alcázar de Sevilla, algunos dias antes de la salida del rey de esta ciudad; es—

tas fueron las que se escuchaban despues en el alcázar de Toledo, y estas las que fueron escuchándose por todo el camino que siguieron las gentes del rey en su marcha hácia las fronteras de Aragon.

Don Diego de Padilla se presentó en la cámara en que el rey se hallaba, y saludándole respetuosamente:

—Aquí me teneis, señor;—le dijo con humildad.

—Y aquí debieras estar siempre;—le contestó el rey con brusco acento.

—Señor!—replicó Padilla:—creí...

—Basta; tú no debes creer mas que en las palabras de tu soberano.

—Dispensadme...

—Con eso lo compones todo. Cuándo tendré yo un hombre de quien fiarme?

—Pero señor, teneis motivos para dudar de mi lealtad...—replicó Padilla sin atreverse á concluir la frase.

—Y de qué me sirve á mí tu lealtad—le interrumpió el rey con voz atronadora—si nunca sabes lo que pasa en torno mio? De qué me sirve á mí tu lealtad, si yo mismo tengo que convertirme en espía para estar al corriente de cuanto ocurre dentro de mi alcázar? Por Dios, señor Padilla, que con vuestra decantada lealtad me traeis hecho un zarrandillo, y no respondo de lo que sucederá, si de ese modo proseguís sirviendo al monarca de Castilla.

—Pero qué sucede, señor..?

—Qué sucede, eh? Con que es decir que yo tengo que ser siempre el que he de darte aviso, para que te prevengas en contra de las personas que tratan de jugarme una mala partida? No parece sino que habeis perdido el juicio

desde que os hice maestre de Calatrava; si quitándoos el maestrazgo supiese que habíais de recobrar aquella actividad con que antes me servíais... Yo no sé en qué piensas, amigo Diego; yo no sé dónde tienes los ojos ni las orejas; porque ni ves, ni oyes nada de cuanto pasa. Has de saber que no se ha concluido todavía la raza de los rebeldes; que don Juan de la Cerda y don Alvar Perez de Guzman tratan de abandonarme y de levantar su bandera en Andalucía, segun tengo entendido.

—Y bien, señor; eso ya lo preveia vuestro humilde camarero.

—Lo preveias, eh? Lo preveias y no me lo anunciabas? Oh! eres un hombre muy sagaz, y sobre todo muy cumplido. En qué te fundabas para preveer la conducta de esos caballeros?

—En la vuestra, señor;—contestó Padilla con sequedad.

El rey se quedó como asombrado al oír la respuesta del maestre de Calatrava, y su rostro se tornó de siete colores diferentes en un solo momento. La ira, la cólera, la desesperacion, todas estas pasiones aparecieron sucesivamente en el rostro del rey; pero recobrando luego su calma, dijo después de unos instantes:

—No comprendo el sentido que has querido dar á tus palabras.

—Pues es bien fácil de comprender, señor.

—Esplicate, Padilla.

—Como segun públicas voces, habeis requerido de amores á doña María Coronel, nada de extraño tiene que el esposo y cuñado de esa señora, traten de abandonaros aho-

ra que conocen lo crítico de las circunstancias en que os hallais.

—Basta, don Diego: siempre lo mismo; siempre reconvenciones cuando me determino á pedir os consejos. Por Dios! que no se cómo os he escuchado con paciencia. Basta, basta; salid de la cámara y que venga Men Rodríguez.

Don Diego García de Padilla salió de la estancia presuroso á cumplir con la orden del monarca.

Men Rodríguez se presentó á los pocos momentos delante del rey.

—Esta noche,—le dijo—salimos de Toledo con direccion á la frontera. En qué disposicion se encuentran nuestras gentes?

—Señor, si por vuestras gentes entendeis las que vos pagais de vuestro bolsillo, esas ya sabeis que se encuentran siempre dispuestas á pelear. Si en ellas incluis á los nobles caballeros que os acompañan, entonces preciso será que os haga algunas distinciones.

—Esplicáte;—repuso el rey con ansiedad.

—Ya sabeis,—continuó Men Rodríguez—que don Juan de la Cerda y don Alvar Perez de Guzman, andan algo descontentos...

—Sí, sí;—le interrumpió el rey:—qué dicen esos caballeros?

—Dicen tantas cosas, señor... pero como de lo que dicen los rebeldes es preciso rebajar la mitad de las palabras...

—Habla, habla;—dijo el rey con ansiedad viendo que Men Rodríguez no continuaba.

—Nada, señor; que tratan de abandonaros tan luego como llegueis á la frontera.

—Y si ese ánimo tienen, por qué desde ahora no lo ponen en planta?

—Porque temen vuestra persecucion.

—Ah! y una vez allí, creen que no los perseguiré?

—Pero al menos piensan, que ocupado como os hallareis en la guerra de Aragon, no podreis disponer de las lanzas suficientes para perseguirlos.

—Mucho se engañan si piensan de esa manera, amigo Men Rodriguez; pero no importa, no importa: el rey de Castilla vive siempre prevenido, y no se deja sorprender tan fácilmente por gente aventurera. Rebélense en buen hora don Juan de la Cerda y don Alvar Perez de Guzman; pero que tengan presente antes de rebelarse, el fin que tuvo don Alfonso Fernandez Coronel, cuando trató de hacer armas contra mí refugiado en su villa de Aguilar. Que tengan presente aquel ejemplo, y acaso no les quede el ánimo suficiente para rebelarse. Pero hablando ahora de otra cosa, qué te ha dicho mi hermano don Fadrique?

—Nada, señor;—contestó Men Rodriguez con recelo.

—Cómo...!—esclamó el rey;—tambien tú te atreves á mentir delante de tu soberano?

Tal impresion causaron en el ánimo del jóven oficial las palabras del rey, que bajando la vista como avergonzado, le contestó:

—Me ha dicho, señor, que de no entregarle su espada, iba á mandar á sus ballesteros que me cortasen la cabeza.

—Eso ha dicho, eh?—repuso el rey acompañando sus palabras de una maliciosa sonrisa.

—Eso ha dicho, señor; pero ha añadido mas.

—Esplicate.

—Me ha dicho tambien, que si su espada habia ido á parar á vuestras manos, que entonces no se contentaria con cortarme la cabeza, sino que me ataria á la cola de su caballo, y me pasearia por las calles y plazas de Toledo.

—Y á eso tú qué le has replicado?

—Yo, señor, le he dicho que Men Rodriguez tenia armas con que defenderse, y que antes que dejarse aplicar un castigo tan indigno por un traidor á su rey, le mataria.

—Bien dicho, Men Rodriguez; pero mucho dudo que te atreudieses á cumplir esa palabra.

—Señor!—esclamó Sanabria como ofendido.—Si dudais de mis palabras, pronto estoy á poner en ejecucion mi pensamiento; dadme vuestro permiso y vereis como...

—No, no; basta, Men Rodriguez: sé que eres valiente, y no necesito nuevas pruebas... Vete y dí á mi hermano don Fadrique que le llama el rey.

Men Rodriguez salió de la cámara, y el rey se quedó en actitud meditabunda.

—Es un valiente jóven; —dijo despues de unos instantes:— Oh! si don Diego de Padilla fuese como Men Rodriguez... pero en verdad que no tengo motivos para quejarme de don Diego; manco está á consecuencia de la terrible pedrada que recibió en la toma de Toro, y ya no es dable esperar otra cosa de un hombre que por servirme con lealtad se encuentra hoy con un brazo de menos. Él me reconviene con aspereza y achaca á mi escandalosa conducta las estrañas defecciones que continuamente estoy observando en los caballeros que me rodean; pero tiene razon, bien lo conozco.

En este instante se presentó el maestre de Santiago.

—Me llamábais, señor, segun me han dicho, y vengo á recibir vuestras instrucciones;—dijo como avergonzado, y sin atreverse á mirar al rey.

—Te llamaba, sí;—contestó el rey,—porque esta noche vamos á emprender nuestra jornada para Molina de Aragon, y quisiera que nadie tuviese que echar de menos la falta de tu espada en la cintura.

El maestre de Santiago desenvainó la espada que llevaba pendiente de su lujoso tahalí de cuero bordado á la morisca, y se la presentó al rey.

Este, por toda contestacion, desenvainó entonces la que llevaba á la cintura, y le dijo á don Fadrique:

—Creo, señor maestre de Santiago, que no es esa la que llevábais ayer colgada en vuestro cinturon; es esta, si no me engaño, la misma con que anoche tratásteis de defenderos en el camarín de doña Blanca. Me he equivocado, don Fadrique? No es esta la espada que ayer llevábais pendiente de la cintura?

El Maestre de Santiago no supo qué replicar á las palabras del rey, y se quedó como pensativo.

—Vacilais?—repuso entonces el monarca;—pues creo que ninguna duda admite la contestacion: aquí está grabado vuestro nombre.

Don Fadrique tomó la espada que el rey le ofrecia, y replicó:

—Esta es, señor; no puedo disculparme.

—Ya lo sé, hermano Fadrique;—contestó el rey con un acento lleno de amargura:—ya sé que tu modo de proceder no tiene disculpa; has engañado al rey, y el rey ha queri-

do entregarte tu espada para que vieses que todo lo sabia; pero te perdono.

—Cómo, señor!—esclamó don Fadrique:—yo engañaros!

—Sí, Fadrique; y no finjas un asombro que no sientes.

—No os comprendo, señor.

—Pues seré mas claro á fin de que me comprendas: cuando esta espada te fué arrebatada de las manos, estas requiriendo de amores á doña Blanca.

—Señor; quien eso os haya dicho, ha mentido como un villano.

—No me lo ha dicho nadie, Fadrique; lo he presenciado yo; pero basta, basta: no quiero que discutamos mas sobre este asunto. Ahora, hablemos de otra cosa: estás dispuesto á servirme?

—Creo, señor,—repuso el maestre de Santiago,—que no teneis motivo para dudar...

—Bien; y me seguirás á la frontera?

—Qué duda tiene, señor?

—Corriente: llama al infante don Juan.

El maestre de Santiago hizo una profunda reverencia y salió de la estancia presuroso.

—Qué me quereis, señor?—decia despues de unos instantes el infante de Aragon, presentándose delante del rey.

—Siéntate;—le contestó este con dulzura.

El infante don Juan tomó asiento al lado del rey y éste continuó:

—Te agradaria ser señor de Vizcaya?

Don Juan no supo qué contestar á la pregunta del rey, y se quedó como pensativo.

—Por Dios!—esclamó el rey despues de unos instantes,

que vacilas en contestar, amado primo, y no comprendo en verdad la causa de tu vacilacion. Acaso en mi pregunta va envuelto algun misterio que te hace dudar de esa manera?

—Señor;—dijo entonces el infante:—permitid que me asombre al oir una pregunta como esa, porque cuando ningun mérito he hecho para alcanzar ese señorío, nada de extraño tiene que yo vacile al contestaros.

—Tú contesta,—replicó entonces el rey,—que luego hablaremos de lo demás. Te gustaria ser señor de Vizcaya?

—Qué duda tiene?—contestó el infante.

—Es decir, que desearias firmar «Yo el infante de Aragon, señor de Vizcaya, etc.» no es eso?

—Justamente.

—Pues bien, serás señor de Vizcaya; pero es preciso que hagas méritos para ello.

—Hablad, señor.

—Tú no andas en muy buena armonia con mi hermano bastardo don Fadrique; no es eso?

—Sí señor.

—Pues bien; para que te hagas acreedor á mi confianza y merecedor de ese título, es necesario que mates á don Fadrique.

—Señor!—esclamó el infante don Juan como asombrado.

—O te quedas sin el señorío; como quieras.

El infante se quedó unos instantes pensativo, y luego contestó:

—Acepto las condiciones; pero y cómo tratais de despojar á don Tello del señorío?

—Eso corre de mi cuenta; nada temas por ese lado, amado primo.

—Pero, y qué seguridades me dais..?

—Cómo! todavía dudas de mi palabra? Bien: toma esa cédula en blanco con mi sello, y estiéndela á tu gusto; para que veas que yo hago mas confianza de ti, que tu de las palabras del rey.

—Señor, dispensad...

—Basta: quedamos conformes?

—Quedamos.

—Te comprometes á matar al maestro?

—Me comprometo, á trueque de que me deis el señorío.

—Cumple tu palabra, y ahí tienes la cédula de donacion. Ahora dí á don Diego de Padilla si se encuentran ya nuestras gentes en disposicion de emprender la jornada.

—Todo está preparado, señor.

—Y los caballos?

—Todo señor; bien comidos y en disposicion de andar dos leguas por hora.

—Adios, pues.

—A las órdenes de su señoría.

Y el infante de Aragon salió de la cámara del rey reflexivo y cabizbajo.

—Señor de Vizcaya!—salia murmurando lleno de contento.—Así como así, el maestro don Fadrique y yo no andamos muy á gusto el uno al lado del otro, con que una vez que el rey me da permiso... sí, sí, al bajar una escalera, al revolver de una esquina... no hay duda, dentro de pocos dias seré señor de Vizcaya.

Y estas y otras reflexiones parecidas iba haciendo á la salida de la cámara del rey.

Este entre tanto quedó murmurando:

—Ah! infame don Fadrique; pensaste burlarte del rey y lo conseguiste; pero no importa: el rey se burlará de tí.

Media hora despues, el rey don Pedro y toda su comitiva salian de Toledo con direccion á las fronteras de Aragon.

de las palabras del rey.

— Señor, despedido...

— Basta; quedamos con nosotros.

— Quedamos.

— Te comprometes á maliciar al maestro.

— Me comprometo á traerle de que me des el señorio.

— Cuando en palabra, y aún tienes la cédula de don-

don. Ahora si á don Diego de Padilla si se encuentran en

nuestras escuelas en disposicion de emprender la jornada.

— Todo está preparado, señor.

— Y los caballos?

— Todo señor; bien conidos y en disposicion de andar

dos leguas por hora.

— Adios, pues.

— A las órdenes de su señoría.

Y el infante de Aragon salió de la cámara del rey en

hecho y caballos.

— Señor de Vizcaya!—salia murmurando lleno de con-

fianza—Así como así, el maestro don Fadrique y yo no su-

damos muy a gusto el uno al lado del otro, con que me

vox que el rey me ha permitido... si, si, al bajar una es-

calda, al volver de una espina... no hay duda, dentro

de pocas días será señor de Vizcaya.

Y estas y otras reflexiones paradas iba haciendo á la

salida de la cámara del rey.

Esto era, tanto que murmurando:

CAPITULO III.

En el que se incluyen algunos apuntes históricos necesarios para la continuacion de la novela.

—Sabeis, señor conde de Trastamara,—decia Pero Gonzalez de Mendoza algunos dias despues de la salida del rey don Pedro de Toledo,—que el monarca de Castilla acaba de tomar el castillo de Cubel?

—Lo se, amigo Mendoza;—contestó el conde sin inmutarse:—pero no sabes tú mas que eso?

—No, por vida mia;—replicó el favorito del conde como asombrado.

—Pues por Dios que andas muy atrasado de noticias, cuando aun no ha llegado á tus oidos que don Juan de la Cerda y don Alvar Perez de Guzman, se han separado del rey desde la villa de Seron.

—Cómo! Esos caballeros han abandonado al rey?

—Y han partido para Andalucía.

—Y el rey, qué ha hecho al ver su determinacion?

—Lo ignoro, amigo Mendoza; pero vé ahí cómo yo andaba mas adelantado de noticias. En cuanto á la toma del castillo de Cubel y algunos otros de tan poca importancia como ese, nada digo por ahora, amigo Mendoza, porque nuestras fuerzas, como sabes, son bastante mas crecidas que las de don Pedro, y dudo mucho que venza en la pelea tan luego como le hagamos frente.

—Ah! eso por de contado:—repuso Mendoza procurando halagar al conde.

—Lo que yo quiero por ahora—repuso este—es tomar por mi cuenta á Men Rodriguez, á ese diablo de oficial de la guardia del rey que me despojó de aquella arma preciosa en el puerto del Pico... eso es lo que quiero, amigo Mendoza; que lo demás poco me apura. Ni cómo apurarme, vive Dios! cuando sabes que todas las gentes que vienen á pelear en contra nuestra son nuestros amigos? Cómo temer las embestidas de don Fernando de Castro, casado con mi hermana? Cómo temer los golpes de don Tello y don Fadrique, si saben que soy su hermano? Desengáñate, Mendoza, la victoria es nuestra y no del rey de Castilla.

—Yo así lo espero por lo menos.

—Y así debemos esperarlo todos.

Don Pedro I el Cruel, avanzaba entre tanto por la frontera de Aragon, y atacándola por varios puntos, se habia hecho ya dueño de algunos castillos, con no pocas pérdidas por parte de los Aragoneses. En vano don Pedro IV el Ceremonioso habia mandado fortificar á Valencia, poniendo en ella de capitan general á su tio el infante don Ra-

mon Berenguer; en vano, habia estendido gran parte de sus huestes por Molina y Calatayud, poniéndolas todas bajo el mando del valiente y arrojado conde de Luna.

Gutier Fernandez de Toledo por la parte de Aragon, y Diego Garcia de Padilla por la de Valencia, atacaban con las milicias de Murcia los castillos y pueblos de todas aquellas cercanías, y ni uno solo quedaba sin someterse al dominio del monarca castellano. Los hermanos bastardos del rey, halagados convenientemente por don Pedro, peleaban llenos de entusiasmo en contra del aragonés, sin cuidarse siquiera de que el conde de Trastamara se hallaba al frente de las otras filas, y todo iba bien por el momento, no obstante que don Juan de la Cerda y don Alvar Perez de Guzman habian abandonado el campo de pelea y retirádose á la Andalucia.

El monarca de Aragon temblaba ya en vista del giro que iban tomando sus negocios, y mil veces estuvo decidido á poner al almirante Francés de Perellós en poder de don Pedro el Justiciero, y de acceder á todas sus exigencias, con la única condicion de que le dejase en paz y no volviese á presentarse por sus reinos. El conde de Trastamara le hablaba, no obstante, en sentido favorable á su causa, y si bien es cierto que las palabras del conde causaban no poca impresion en el ánimo de Pedro IV el Ceremonioso, como quiera que este veia el mal giro que en realidad iban tomando sus negocios, y que las villas y castillos de sus fronteras iban cayendo todos bajo el dominio del monarca castellano, no podia menos de condolerse y de temer por el resultado de la guerra.

—No temais;—le decia el conde don Enrique procurando

alentarle y desvanecer todos sus temores:—el rey don Pedro tiene que ceder en la demanda, porque todos sus caballeros le van á abandonar.

—Oh! eso andais diciendo hace mas de quince dias—le replicaba el rey—y para uno que le deja, son cuatro los que se pasan á él.

—Por eso no os altereis, señor don Pedro; á las cosas es necesario dejarlas seguir su curso, y por ahora, nada podemos decir de lo que sucederá mas adelante: por el pronto, don Juan de la Cerda y don Alvar Perez de Guzman ya le han abandonado.

—Y eso qué?—replicaba el aragonés mal humorado.

—Que trás ese se irán marchando todos los que le acompañan, hasta dejarle solo.

—Lo que yo veo, señor conde de Trastamara—añadia don Pedro de Aragon—es que vuestros hermanos, que son los que debieran unirse con nosotros, son los que pelean con mas arrojo en defensa del monarca de Castilla.

—Porque todavia no les he hecho ninguna indicacion para que se pasen á vuestro bando; pero descuidad, que muy pronto vereis á nuestro lado al maestre don Fadrique.

—Oh! tantas promesas me habeis hecho, señor conde, que ya no puedo creer en ninguna de vuestras palabras.

—Señor!—esclamó el conde don Enrique como ofendido.

—Sí, señor conde; no os ofendais por eso, que no os digo mas que la verdad.

—Pues bien, don Pedro; sabed que yo me hallo tan interesado como vos en llevar á feliz término esta guerra en contra del monarca de Castilla, y que aun cuando mis her-

manos permaneciesen siempre fieles á la bandera en que hoy militan, no por eso habia de cejar el conde de Trastamara. Yo solo, soy bastante para contrarestar las fuerzas de nuestro enemigo; yo solo soy capaz de pelear cuerpo á cuerpo con el rey y darle muerte, si es necesario, para que no vuelva á alterar la paz de vuestros reinos. Esto lo dice el conde don Enrique, y tened presentes mis palabras, que acaso no pasen muchos dias sin que os convenzais de que no en valde han salido de mi boca.

Con un tono tal de conviccion pronunciaba el conde don Enrique estas palabras, que don Pedro de Aragon se quedaba como asombrado, y apenas se determinaba á dudar ni de una sola de sus promesas.

Don Pedro de Castilla proseguia, sin embargo, atacando los pueblos de la frontera de Aragon, y no se daba trazas de concluir por el momento su bélica escursion, hallándose por el contrario decidido á entrar á saco en Molina tan luego como se le presentase una ocasion favorable para ello.

Don Ramon Berenguer y el conde Gaston de Foix, aunque gefes de unas fuerzas bastante numerosas, nada se atrevian á hacer en defensa del monarca de Aragon, porque este, no partiendo la iniciativa del conde de Trastamara, nada se determinaba á resolver. Triste era, pues, la situacion en que don Pedro el Ceremonioso se encontraba, y no muy desfavorable ya la en que don Pedro de Castilla se habia colocado. Este, á quien en medio de los azares de la guerra, ni uno solo de los incidentes en ella ocurridos se le escapaban, no se olvidó por lo tanto de la mala conducta observada por don Juan de la Cerda y don Alvar Pe-

rez de Guzman, y mandando en su persecucion algunos centenares de lanzas, juró vengarse de ellos mandándolos degollar y haciendo colocar sus cabezas encima de las almenas del castillo de Cubel.

Por fin quiso Dios que la cólera del castellano se aplacase; y el cardenal Guillermo, legado del Papa, que desde medio mes atrás venia interponiendo su influencia entre ambos soberanos, á fin de ajustar las paces y evitar que aquella guerra civil continuase por más tiempo, logró una tregua de quince dias, con la esperanza tal vez de que en aquel término cesarian todas las hostilidades.

Mucho trabajo le costó al legado del Papa el recabar del rey de Castilla esta insignificante tregua, y grande fué el contento que se apoderó del monarca aragonés al saber por boca del cardenal que habia sido concedida: pero la súbita alegría de Pedro el Ceremonioso se convirtió muy luego en tristeza, tan luego como supo que el monarca castellano se habia apoderado de la villa de Tarragona, poblándola con gentes de su reino, sin cuidarse de observar la tregua ni de cumplir con nada de lo pactado.

La desgracia del monarca aragonés fué aminorándose, no obstante, tan luego como llegó á sus noticias que la ciudad de Alicante y algunos otros pueblos y fortalezas, habian sido tomados por su gente.

El rey de Castilla prosiguió, no obstante, sus escursiones por la frontera de Aragon, y encaminándose hácia Borja, donde á la sazón se hallaban acampadas las tropas de don Pedro el Ceremonioso, se dispuso á entrar en pelea con ellas, decidido á penetrar de lleno en el reino de Aragon,

devastando sus campos y apoderándose de todas sus riquezas.

El legado pontificio se presentó, no obstante, segunda vez en el sitio donde don Pedro el Cruel se hallaba, y á fuerza de ruegos, de súplicas y de amenazas, consiguió del monarca castellano que se estableciese otra nueva tregua de un año, aunque bajo condiciones mas firmes que la primera, á fin de evitar un nuevo rompimiento.

El rey de Castilla se obligó, merced á estas condiciones, á dejar en poder del legado pontificio la ciudad de Tarazona y los demás lugares que habia tomado al de Aragon; y este se comprometió tambien á entregar al mismo cardenal Guillermo, la ciudad de Alicante y algunos otros pueblecillos que habia tomado al de Castilla; todo esto con pena de excomunion al que no guardase lo capitulado.

Firmóse este tratado á últimos de mayo de 1357 y pregonado en Tarazona y Zaragoza, ciudades en que ambos monarcas se encontraban, don Pedro de Castilla salió de aquella ciudad dejando en ella á su entonces camarero mayor, por cesion de don Diego de Padilla, Juan Fernandez de Hínestrosa, encaminándose á Agreda donde estuvo acampado por espacio de quince dias. En este término se le separó el infante don Fernando, que desde la villa de Orihuela habia andado en tratos con su hermano el rey de Aragon, y don Pedro de Castilla, á quien segun las crónicas pusieron de muy mal humor estas defecciones de los que se mostraban sus amigos, temiendo que sus hermanos bastardos hiciesen mas adelante lo mismo, tuvo intencion de asesinarlos á todos en la villa de Agreda, incluso á su primo el infante don Juan de Aragon. Pero disgustado al parecer por no

— poder hacer otro tanto con el conde de Trastamara, á la sazón en Zaragoza, desistió por entonces de su empeño, aguardando ocasión mas favorable para llevar á cabo su pensamiento, y se dirigió á Sevilla en compañía de sus gentes.

CAPITULO IV.

De que sirve de continuacion al anterior.

En Sevilla se hallaba el rey don Pedro hacia unos cuatro dias, quando el maestre de Calatrava don Diego García de Padilla, entró en su cámara lleno de satisfaccion al parecer y como ansioso de comunicarle alguna nueva.

—Qué traes, amigo Diego?—le dijo el rey.

—Una noticia que comunicaros;—contestó aquel.

—Siéntate, siéntate y habla:—le dijo don Pedro con dulzura.

—He sabido—prosiguió el antiguo camarero—que el rey de Aragon ha hecho proposiciones á vuestros hermanos...

—A mis hermanos!—le interrumpió el rey lleno de asombro.

—A vuestros hermanos, sí.

—Espílicate, Padilla.

—Segun me han asegurado algunos escuderos, parece ser que un tal Suero García ha llegado de Zaragoza, comisionado por el rey de Aragon, para tratar con don Fadrique y don Tello á fin de que se unan con él.

—No es posible: despues de haberle concedido la tregua...

—Desengañaos, señor; que don Pedro de Aragon es un hombre muy sagaz y tratará por cuantos medios se hallen á su alcance de prevenirse para la guerra.

—Pero cuando por instigaciones suyas he firmado un tratado que por ningun concepto debia de aceptar...

—Pues no os quepa la menor duda. Suero García ha venido á Castilla comisionado por el rey de Aragon, para entrar en tratos con don Tello y don Fadrique.

—Y qué garantías son las que les ofrece?

—Muy aceptables, segun puede ver su señoría si tiene á bien escucharme.

—Habla, habla.

—A don Fadrique le ha prometido tantas tierras como tiene en Castilla, y sueldo para quinientos caballos y otros tantos peones.

—Y á don Tello?

—Lo mismo que á don Fadrique.

—Y se hallan dispuestos á aceptar?

—Parece ser que temen vuestra venganza.

—Oh! Motivos tienen para ello; pero no importa, no importa; que acepten, si les parece, las proposiciones de aragonés: yo llevaré tambien á cabo mi pensamiento.

—Qué pensamiento, señor?—se atrevió á decir Padilla, aunque algo receloso.

—El que debí poner en planta hace algunos meses, y el

que traté de llevar á cabo en Agreda á nuestra venida de Aragon.

—Si no os explicais...

—Ignoras, por ventura, que estuve ya casi decidido á asesinar á mis hermanos bastardos y á mi primo el infante don Juan?

—No sabia, señor, que esa intencion hubiéseis tenido: si no tal vez os hubiese aconsejado...

—Qué?

—Que lo pusiéseis por obra sin detencion.

—Oh! aun no es tarde, aun no es tarde. No crean los traidores que yo me olvido de sus traiciones: el rey don Pedro nunca olvida; el rey don Pedro aparenta olvidar y perdona por el momento, pero hasta que llega la ocasion de su venganza nada mas; hasta que se le presenta una ocasion propicia para llevar á cabo sus sangrientos planes. Maestre de Santiago! aun no he olvidado la escena que tuvo lugar en el alcázar de Toledo; infantes de Aragon! aun tengo presente vuestra salida de Tordehumos; conde de Trastamara! no creas que yo me olvido de mi prision en Toro; doña Leonor de Aragon! no penseis que el rey don Pedro se ha olvidado de los insultos que le dirijisteis en las bóvedas de aquel célebre monasterio; y tú, hermano don Tello! no creas que olvidaré tampoco tus recientes intrigas con el rey de Aragon don Pedro. Todo lo tengo presente, amigos míos, y no tardará mucho en llegar el dia de la venganza. Güay de aquel que entonces levante la cabeza; la cuchilla de mis verdugos la separará de su tronco á una señal mia.

—Hareis lo que debéis, señor;—dijo el hermano de la

Padilla luego que el rey hubo concluido.—Si lo hubiéseis hecho hace algunos meses, mucho hubiera ganado el reino de Castilla.

—Es verdad; pero me llamaban cruel, me llamaban sanguinario, y quise contenerme por espacio de algun tiempo á fin de que el pueblo se acallase; el pueblo, que gime lleno de miseria, oprimido por la planta de los nobles que hacen el papel de su verdugo; de su verdugo, sí, porque le tratan sin compasion y le roban hasta el último maravedí, cargándole de contribuciones so pretexto de que tienen que ayudarme en las guerras. Ya se vé... los nobles de mi corte son dueños de castillos y lugares, y como el pobre pueblo no tiene palacios en que albergarse!.. pero no importa, no importa; ya bajarán la cabeza esos nobles ambiciosos que ahora levantan la frente llenos de orgullo y de soberbia! Y para castigarlos tengo que empezar haciendo un ejemplo en mis hermanos; en mis hermanos, que son los principales motores de toda clase de asonadas y motines.

Don Diego García de Padilla escuchaba al rey con una especie de gozo inesplicable, y ni una palabra osaba murmurar.

—Dentro de pocos dias—prosiguió el rey—tengo que dar el primer ejemplo: y va á ser dentro de mi palacio. No quiero gente ambiciosa en torno mio.

El maestre de Calatrava tembló al oír las últimas palabras del monarca.

—No tiembles, no;—prosiguió el rey notando el efecto que sus últimas frases habian causado en el ánimo de Padilla.—No es en tí en quien pienso hacer el ejemplar castigo

de que acabo de hablar en este momento. Tú no me has dado motivos todavía para que dude de tu lealtad; si me los dices, en ese caso podrias temblar con razon; pero por ahora puedes vivir tranquilo. Te advierto, no obstante, que vivas prevenido; porque en una situacion tal me han colocado, que no sé si tendria calma suficiente para detenerme á reflexionar, y tal vez no te perdonaria.

—Señor!—esclamó el maestre de Calatrava lleno de asombro y de terror.—Creeis acaso que don Diego de Padilla es voluble como todos los caballeros de quienes hasta ahora os habeis visto rodeado, para que de ese modo os abandone ó piense siquiera en haceros traicion? Me haceis muy poco favor al hablar de esa manera, y desearia... Yo sin vos, nada soy en el mundo: por qué, pues, he de apartarme jamás del lado de aquel que me ha puesto en un lugar que yo no merecia?

—Bien, bien, don Diego: estoy convencido de tu lealtad, y ni un solo instante he dudado de tu buena fé, pero...

—Nunca, señor; yo nunca me apartaré de vuestro lado, porque obrar de otra manera, fuera obrar como traidor, y yo no desciendo de raza de traidores.

Algunos instantes despues, el rey se encontraba solo en su cámara y aguardando al parecer alguna cosa.

Men Rodriguez se presentó en ella, y en los ojos del rey brilló un rayo de alegría.

El asturiano venia, no obstante, pensativo, y en el rostro del rey volvió á aparecer la misma espresion de tristeza que antes tenia.

—Has cumplido con mi encargo?—le preguntó don Pedro.

—Conforme me digísteis, señor.

—Y qué resultado has obtenido?

—Ninguno bueno.

—Cómo!

—La puerta ha permanecido cerrada, y nadie ha contestado.

—No llamarías?

—Por trece veces.

—Y nadie contestó?

—Nadie.

—Es decir, que te has vuelto sin verla?

—No, señor.

—Espílicate.

—Esperé largo rato oculto en el quicio de otra puerta próxima á la en que llamaba, y al cabo de dos horas, la puerta se abrió.

—Qué hiciste entonces?—le interrumpió el rey ansioso ya de saber el resultado.

—Me colé dentro derribando de un golpe á la vieja que la abría, y sin encomendarme á Dios ni al diablo, me dirigí á la habitacion de la doncella.

—Y qué la digiste?

—Cuanto me habeis mandado.

—Bien; quiero que me lo refieras.

—Oid, pues. Me eché á sus piés lleno de humildad y la dije: yo, señora, soy Men Rodriguez de Sanabria, oficial y escudero de la guardia del rey, y vengo de parte de su señoría á entregaros su último billete.

—Devolvérselo podeis desde este instante;—me contestó;—porque no pienso abrirlo ni leerlo.

—Pero, señora, tened en cuenta que es el último,

y en el que acaso os hace alguna importante revelacion.

—No quiero saberla;—me replicó.

—Por Dios, señora; no os mostreis tan esquiva, que al fin es letra de mi rey la en que se halla concebido.

—No quiero conocerla;—volvió á contestarme.

—Pero, señora, tanta obstinacion! tened en cuenta que el rey os lo suplica, y no parece bien que una dama como vos, dé un feo de esta naturaleza al monarca de Castilla.

—Repítoos que no quiero leer ese billete; y ahora os mando que salgais de aquí:—me contestó entonces con imperio.

—Señora! tanta obstinacion... Os obedezco; pero permitidme que os haga una pregunta. Si el rey en persona viniese, le recibiríais?

—Sí; para decirle que es el asesino de mi padre:—me contestó.—Este ha sido el diálogo que ha mediado entre la dama y vuestro humilde servidor Men Rodriguez.

—Bien, bien;—répuso el rey:—con que es decir que se obstina en...

—Así parece, señor.

—Y me abrirá la puerta para decirme que soy el asesino de su padre?

—Esas han sido sus palabras, señor; yo no he hecho otra cosa que referirlas por orden vuestra.

—Bien: ha cerrado ya la noche?

—No puede andarse por las calles sin linterna.

—Sígueme entonces.

Y el rey don Pedro salió del alcázar de Sevilla disfrazado el rostro con una barba blanca postiza que le cubria hasta la mitad del pecho.



CAPITULO V.

En el que se prueba que la virtud es mas poderosa que el vicio.

Mucho chocaba en verdad por aquellos tiempos en que todas las gentes se recojian al toque de queda, el ver á dos hombres cruzando á paso acelerado las calles de Sevilla y procurando al parecer que nadie los oyese.

El rey don Pedro tenia, sin embargo, la fatalidad de que le sonasen al andar las choquezuelas de las rodillas (ró-tulas en el lenguaje científico) é inútiles eran por lo tanto cuantos esfuerzos hacia porque nadie le conociese.

La barba cenicienta le habia desfigurado de un modo notable, y nadie hubiese reconocido en el rostro de aquel hombre, al parecer anciano, el rostro de don Pedro de Castilla; pero el maldito ruido que armaban los huesos de sus rodillas al andar, le hubiese delatado indudablemente,

si alguna persona hubiese pasado por las calles de Sevilla á aquellas horas avanzadas.

Cuanto mas de prisa marchaba mas chocante era el ruido de sus huesos , y el rey don Pedro se desesperaba al ver la fatalidad que por todas partes le perseguia.

—Fuerte cosa es—murmuraba por lo bajo—que hasta el último de mis vasallos ha de poder disfrazarse de modo que nadie le conozca , y yo, con ser rey de Castilla, he de verme imposibilitado de caminar de incógnito por ninguna parte. Voto á las calzas de mi abuelo! que no he de poder sustraerme á las miradas de ningun curioso...

Y á medida que avanzaba el rey , mayor era el ruido que armaban sus dislocados huesos.

—Andad despacio , señor;—le dijo Men Rodriguez:—que de nada sirve ese disfraz que os habeis puesto , si ese maldito ruido de vuestras rodillas os va delatando por donde quiera que vais.

—Desgracia es, por cierto, Men Rodriguez;—contestó el rey lanzando un profundo suspiro como de desahogo:—pero ya poco falta que andar por nuestra suerte.

Prosiguieron silenciosos su camino en adelante, y atravesando por una porcion de estrechas y oscuras callejuelas del barrio de Triana , en alguna de las cuales se veia la imágen de un Santo Cristo embutida en la pared é iluminada por los pálidos rayos que arrojaba un sucio farolillo , llegaron por fin á uno de los callejones mas apartados de la ciudad , sito al extremo opuesto del alcázar, y se detuvieron delante de una casa de bastante mediana apariencia , y sobre la cual se veia el escudo de armas de la familia de los Coroneles.

—Llamamos?—dijo el rey en voz baja, dirigiéndose á Men Rodriguez.

—Como queráis, señor, pero...

Men Rodriguez no quiso continuar.

—Pero qué?—replicó el rey.

—Que no os abrirán.

—Oh! eso corre de mi cuenta. Pobre doña Maria! Triste es la noticia que vengo á darla; si ella supiera...

—Qué, señor?—se adelantó á preguntar Men Rodriguez.

—Nada;—contestó el rey:—casi nada; que su esposo don Juan de la Cerda ha sucumbido ya bajo las pesadas mazas de mis verdugos.

—Es posible, señor!

—Y por qué no? tanto de extraño tiene este suceso, que de ese modo te quedas asombrado?

—Señor...

—Ay! Men Rodriguez, y cuán mal conoces todavía el carácter del rey don Pedro; pero ya irás comprendiéndole poco á poco. Esa es la marcha que yo sigo con todos los traidores; el que se rebela contra su rey, no puede esperar otro fin que el de don Juan de la Cerda.

Men Rodriguez de Sanabria se quedó como asombrado al oír las últimas palabras del rey, y no acertó á murmurar una palabra.

—Pues qué;—prosiguió don Pedro:—he obrado mal por ventura al mandar degollar á ese rebelde? La misma suerte cupo al padre de su esposa, don Alfonso Fernandez Coronel; y por Cristo vivo! que no ha de ser esta la última justicia que ha de presenciar el pueblo sevillano.

—Pero , señor ; si la muerte de don Juan de la Cerda no ha llegado á oídos de nadie...

—Y qué falta hace á nadie saber que don Juan de la Cerda ha muerto?

—Es verdad.

—A quién interesa el preguntar por la vida de un rebelde? Las cosas se hacen de ese modo, amigo Men Rodriguez.

El noble descendiente de la Puebla de Sanabria se quedaba estupefacto al oír la esplicacion del rey, y no acertaba á despegar sus labios.

—Pero no es esta, repito,—prosiguió el rey—la última justicia que pienso hacer: dentro de pocos dias te llamaré para que presencias la del maestre de Santiago.

—De vuestro hermano !

—De mi hermano , sí; te estrañas? pues no hay razon, amigo mio. Pero callemos , que aunque hablamos bajo y por estas calles no se divisa un alma , pudiera suceder... dicen que hasta las paredes oyen, y no quiero que se cumpla este refran. Llama á esa puerta ; pero fuerte.

Men Rodriguez obedeció la órden del rey , dando tres fuertes aldabonazos sobre la puerta de la casa de los Coroneles, y volvió á colocarse detrás del rey.

—Vuelve á llamar mas fuerte:—esclamó don Pedro despues de un corto instante, viendo que no abrian.

Men Rodriguez, confuso y agitado, volvió á coger el aldabon , y dando tres golpes uno tras otro á cual mas fuertes, hizo retemblar los cimientos de la casa y atronó todos aquellos alrededores.

—Quién llama?—gritó una robusta voz desde adentro, en tono amenazador.

—Qué contesto, señor?—murmuró Men Rodriguez dirigiéndose en voz baja al rey.

—Su señoría el rey:—repuso éste.

Men Rodriguez obedeció por tercera vez á su señor, y la puerta se abrió de par en par, dejando paso al rey de Castilla y á su escudero.

Un minuto despues giró sobre sus goznes, y la puerta no volvió á abrirse hasta una hora despues, para dar salida á los mismos personajes que en ella habian penetrado.

Sigamos los pasos del rey á través de una espaciosa y tétrica galería, y subiendo por una escalera de piedra practicada en el fondo de la misma, acompañémosle hasta el camarín de doña María Coronel, esposa del desgraciado caballero don Juan de la Cerda.

Sencillo y de sumo gusto era el retrete en que se hallaba doña María Coronel, á la sazón en que una de sus doncellas entró á noticiarla que el rey don Pedro deseaba hablar con ella. Dos preciosos sillones, forrados de terciopelo carmesí, con dos elegantes cogines de la misma tela á sus piés, una mesa de mármol blanco sobre la cual se veian dos preciosos búcaros llenos de flores, y algunos pomos de líquidos diferentes, varias armas blancas colgadas de la pared, y una gran lámpara de metal suspendida del centro del techo, constituian el adorno de aquel sencillo gabinete.

Doña María Coronel, sentada en uno de los sillones, aparecia radiante de hermosura en medio de aquel recinto, si bien en su rostro pálido y algo desencajado se adivinaban las huellas de un profundo sentimiento.

La esposa de don Juan de la Cerda padecia, en efecto,

terriblemente desde la llegada de aquel á Sevilla, donde por órden del rey fué reducido á prision en una de las cámaras del alcázar. Nada habia vuelto á saber de él la desgraciada doña María; y si bien es cierto que el rey habia prometido entregárselo vivo, como quiera que en pago de esta promesa exigia tambien un premio bastante caro para el honor de una dama, doña María Coronel lloraba en medio de su retiro procurando consolarse de la ausencia de su esposo, pero sin acceder jamás á las súplicas del rey; y esta era la causa de que su divino y hechicero rostro se hallase algun tanto desfigurado, á consecuencia de los padecimientos.

Doña María Coronel podria contar unos veinticuatro años de edad: de constitucion débil, aunque de un carácter resuelto é imperioso, los sufrimientos habian agotado algun tanto sus fuerzas, y pasaba todó el dia y gran parte de la noche sentada en el sillón en que ha poco la vimos á la llegada del rey don Pedro á su camarín. Sus cabellos, negros como el ébano, estaban recogidos en dos rizos que le caian graciosamente por la espalda; sus ojos, negros tambien como su poblada cabellera, despedian rayos de fuego cuando miraban con amor, y sus miradas eran capaces de abrasar el corazon mas empedernido; largas y sedosas pestañas adornaban sus sensibles párpados, y negras y arqueadas cejas adornaban tambien la tersa y espaciosa frente de la jóven; su boca casi siempre risueña, era pequeña en demasia; y el vivísimo carmin que coloreaba sus finos y delicados labios, y aquella pequeña y blanca dentadura que aparecia detrás de ellos cuando se sonreia, daba una gracia tan especial á su espresivo rostro, que contribuia en gran par-

te á hacer mas notable su belleza. Sus mejillas, antes de un color vivo y sonrosado, ahora estaban pálidas como el resto de su rostro, y sus ojos estaban tambien como apagados: esta especie de languidez que se notaba en su semblante, la daba, no obstante, un aire de magestad que la hacia mas hermosa á los ojos de todos cuantos la miraban. Triste y reflexiva se hallaba en su sillón, cuando una de sus doncellas entró, como hemos dicho, á noticiarla la llegada del rey.

Al oír esta nueva se sobrecogió de tal modo, que no supo qué replicar; pero repuesta en el mismo instante de su impresion:

—Dile que he salido;—esclamó llena de sobresalto levantándose del sillón y corriendo á ocultarse en el contiguo dormitorio.

—Señora!—replicó la doncella á quien el rey procuraba tener siempre contenta:—eso es imposible; el rey os ha oído hablar, y no me creeria.

—No importa, no importa;—dijo doña María Coronel, cerrando por dentro las puertas de su dormitorio:—dile que he salido de Sevilla; que he desaparecido de casa sin saber por donde.

—Y por qué mentir de esa manera, doña María Coronel?—esclamó el rey penetrando en el camarín de la doncella y abriendo de un golpe la puerta del dormitorio.

La esposa de don Juan de la Cerda lanzó un grito de terror, y se cubrió el rostro con las manos.

—Sentaos, sentaos;—dijo el rey asiéndola suavemente por el brazo, obligándola á salir del dormitorio y sentándola en uno de los sillones.—Por qué mentir de esa mane—

ra, doña María?—prosiguió el rey tomando asiento al lado de la dama.

Esta lanzó un profundo suspiro como de desahogo, y nada replicó.

—Oh! parece que os habeis propuesto atormentarme;—prosiguió el rey:—por qué tratarme de esa manera? Qué delito he cometido para que de ese modo me recibais en vuestro camarín?

—Callad, callad,—dijo entonces la dama,—y no volvais á hacerme esa pregunta.

—Cómo! no os comprendo...—esclamó el rey fingiendo un asombro que no sentia.

—No me comprendeis, eh? pues ya debiérais haberme comprendido, rey don Pedro.

—Si no os explicais...

—Os he dicho mil veces que nada adelantais, ni con billetes ni visitas, y extraño mucho, en verdad, que tan molesto seais para conmigo, que nada os he hecho para que de un modo tan inicuo me trateis.

—Señora, vuelvo á repetiros que no comprendo ni una sola de vuestras palabras.

—Ni las comprendereis jamás, don Pedro; porque cuando un rey se empeña en no comprender á sus vasallos...

—Basta, doña María; y permitidme que os dé un consejo. Si vos quereis ver á vuestro esposo, no os negueis á escuchar mis amorosos ruegos.

—Don Pedro!—esclamó la dama llena de arrebató.

—Sí, doña María; no os sorprendais cuando os hablo de ese modo; os hablo como caballero, y creo que ningun motivo teneis para dudar de mi pasion. No seais tan es-

quiva; por Dios os lo pido, doña María Coronel.

—Callad, callad, don Pedro; no me atormentéis con vuestras palabras.

—No os atormento, doña María; os pido únicamente que me escuchéis.

—Ya os he dicho que no puedo escucharos.

—Pero y por qué, doña María?

—Porque vuestras palabras van llenas de veneno.

—Oh! sed un poco menos cruel, y escuchadme por una sola vez siquiera.

—Jamás!

—Y nunca volveré á molestaros, doña María.

—Imposible!

—Os lo juro por mi fé de caballero, ya que no creéis en mi palabra de rey.

—Vos caballero!—esclamó la dama con un tono sarcástico imposible de explicar.

—Caballero, sí, cuando doy una palabra.

—Vos no teneis palabra, rey don Pedro.

—Qué quereis darme á entender con eso?

—Que yo no puedo fiarme de vos.

—Gracias doña María; pero por Dios; hablad con un poco de calma y no os agiteis de esa manera. Acceded siquiera por esta noche á mis repetidos ruegos, y os juro no volver nunca á molestaros. Acceded, doña María, y no me martiriceis: despues todo lo que me pidais será vuestro, todo os lo concederé, hasta la libertad de vuestro esposo; ahí la teneis estendida en ese pergamino.

Y el rey arrojó sobre la mesa un pergamino enrollado que llevaba en la escarcela.

—Oh! gracias, gracias;—esclamó la jóven abalanzándose sobre la real cédula y posando en ella sus ardientes lábios.—Gracias, don Pedro, gracias por el gran favor que esta noche acabais de concederme.

Y la dama rompió el sello de cera que cubria uno de los estremos del pergamino, y pasó sus ojos por él rápidamente.

—Gracias, gracias;—volvió á esclamar despues de haberlo leído:—gracias, don Pedro.

El rey contemplaba á la dama con una especie de irónica satisfaccion imposible de esplicar; gozaba al ver á la jóven alegre despues de haber leído la real cédula de libertad, y no podia menos de demostrar la profunda satisfaccion que le causaba la mentida alegría que habia hecho sentir á la doncella.

Don Pedro el Cruel, y este era uno de los grandes defectos de su carácter, se complacia en atormentar á sus víctimas y gozaba en verlas sufrir, cuando las ocasionaba algun horrible disgusto. El rey don Pedro en estas ocasiones no era hombre; era un tigre carnicero, que se complacia en despedazar las entrañas de su víctima.

La desgraciada doña María Coronel creía de buena fé en las palabras del rey, y á vista de la real cédula por medio de la cual don Pedro de Castilla ponía en libertad á su esposo, no pudo menos de convencerse de que dentro de pocas horas iba á volver al lado de aquel á quien amaba; pero la jóven infeliz se equivocaba; su esposo habia espirado ocho dias antes bajo los terribles golpes de las mazas de los verdugos.

—Con que persistís en negaros á escuchar mis ruegos?—

dijo el rey despues de unos cortos instantes de silencio, fijando una mirada escrutadora en el rostro de la dama.

—Me niego, sí;—contestó esta:—porque tengo un esposo á quien respetar, y porque Dios me manda que no venda mi honor, don Pedro de Castilla.

—Y sereis tan cruel—continuó el monarca—que no accedais á mis exigencias? Ved, doña Maria, que nadie nos escucha, que nadie ve nuestras acciones, que nadie escucha nuestras palabras. Solos estamos en vuestro camarín, y nadie tiene que ser testigo de nuestro amor.

—De nuestro amor! Qué decís, don Pedro? Creéis, por ventura, que yo os amo? creéis que nunca os he amado ni os amaré? No, don Pedro; vivís muy engañado; doña Maria Coronel tiene un esposo á quien amar, y nunca accederá á los caprichos de su rey.

—Ved, doña María, que no es capricho, como vos le apellidais, lo que yo siento por vos hace unos cuantos meses; yo os amo con delirio, yo os venero como á Dios, y quisiera que pudiéseis leer en el fondo de mi corazon, á fin de que os convenciéseis de lo sincero de mi pasion. Ay! os amo tanto, doña María, que no soy dueño de mí hace unos meses; no sé lo que me pasa desde el momento en que mis ojos tuvieron la dicha de miraros. Pensando en vos por el dia, soñando con vos por la noche... Oh! si supiérais lo que sufro... pero no, no; á qué decíroslo, si como habeis dicho antes, no haréis nunca caso de mis palabras? Esto es muy triste, doña María; mi posicion es bastante angustiosa, y vos sola sois capaz de sacarme del fatal apuro en que me encuentro. Decidme que me amais, una sola vez; decidme que me amais, y no volvais á repetírmelo.

Oh! fuera yo tan feliz si pudiera escuchar esa palabra de vuestros labios! Pero no, no me lo digais, doña María, porque me engañaríais haciéndome desgraciado; pero matadme al menos, y acabad de una vez con todos mis pesares: tomad la daga que llevo á la cintura y clavádmela en el pecho.

Y el rey don Pedro entregó á la dama la daga que llevaba á la cintura.

—Qué haceis, señor?—esclamó doña María llena de sobresalto.

—Sí, matadme;—dijo el rey como fuera de sí en medio de su arrebató:—matadme, ya que no me amais; de este modo seré menos desgraciado.

—Callad, callad y alejaos de aquí, don Pedro; que me estais haciendo padecer con vuestras palabras.

Y la dama dejó caer la cabeza como desfallecida, sobre el hombro de don Pedro.

—Amadme, amadme, doña María;—dijo entonces el rey lleno de agitacion, y estrechando á la hermosa dama contra su seno:—amadme, doña María; amadme por esta noche, aun cuando mañana me desprecieis.

Y el rey don Pedro hizo ademán de acercar sus labios al rostro de la jóven.

—Alto ahí, don Pedro!—dijo la dama con imperioso tono, procurando desasirse de los brazos de hierro que la oprimian.—Alto ahí, ó dejais de ser rey de Castilla.

Y doña María Coronel amenazó al rey con su propia daga, que habia logrado arrancarle de la cintura; pero don Pedro asió fuertemente la mano de la dama que sujetaba el puñal, y consiguió desarmarla en el momento.

—No importa, no importa:—esclamó entonces la esposa de don Juan de la Cerda, luchando todavía por separarse del rey.—No importa que me hayais desarmado; Dios me presta fuerza para combatirlos, rey infame y caprichoso.

—Oh! de poco os sirven las amenazas;—repuso el rey lleno de cólera y arrojando fuego por sus encendidas pupilas.—De poco os sirve vuestro valor en este instante; os habeis negado á escuchar mis palabras por espacio de dos meses; pero inútil será en este instante vuestra débil resistencia. Sabed que sois viuda, doña María Coronel; sabed que vuestro esposo ha muerto á manos de mis verdugos: ya no teneis quien os defienda: inútiles son por lo tanto todas vuestras tentativas.

Trabóse una lucha horrible entre la virtuosa dama y el atrevido rey de Castilla.

Aquello era un fiero combate entre el ángel de la inocencia y el demonio de las pasiones; pero la inocencia debia salir vencedora en esta terrible lucha, y doña María Coronel, merced á un violento esfuerzo que hizo, consiguió desasirse de los brazos de hierro que la oprimian. Dirigiéndose despues con la velocidad del rayo á la mesa de mármol que habia en su camarín, se apoderó de un pomo lleno de un líquido amarillento que habia sobre ella, y destapándole con furia, arrojó sobre su bello y encendido rostro el brebaje que contenia, y volvió á sentarse en el mismo sillón en que don Pedro habia tratado de violarla.

El rey se quedó mudo de espanto al ver la estraña resolución de la doncella, y sus ojos afectaban una espresion de horror indescriptible, al ver los efectos que aquel líquido infernal iba causando en el precioso rostro de la jóven.

El semblante de doña María se fué cubriendo de ampollas amarillas, que reventándose algunos momentos despues, dejaron al descubierto una porcion de sangrientas llagas, con las que el rostro de la jóven habia quedado horriblemente desfigurado.

El brebage contenido en aquel pomo era un violento cáustico, que uno de los judíos de Sevilla habia preparado por orden de la hija de don Alfonso Fernandez Coronel, y su accion fué tan eficaz como han podido ver nuestros lectores.

Don Pedro el Cruel observó detenidamente las pocas gotas de líquido que habian quedado en el frasco, y luego lo guardó en su escarcela despues de haberlo tapado cuidadosamente. Aquel líquido era trasparente y de un color muy parecido al ácido sulfúrico, que hoy se prepara en nuestros laboratorios farmacéuticos.

Doña María Coronel era presa de los mas horribles dolores, y don Pedro de Castilla, no pudiendo permanecer por mas tiempo en el recinto que acababa de ser teatro de aquella fatal escena, salió del camarín de la jóven murmurando:

—Oh! he sido muy cruel; pero ella, ella... quién le habrá dado ese pomo...? Oh! debe padecer horriblemente.

—Juan! Juan!—esclamaba entre tanto doña María Coronel llena de desesperacion.—Dónde estás, que no acudes á mi voz, esposo mio?

—Y cayó desmayada sobre uno de los cogines de grana que habia á los pies de los sillones.

Media hora despues el rey don Pedro, seguido de Men Rodriguez, entraba en el alcázar de Sevilla reflexivo y cabizbajo.

CAPITULO VI.

De cómo el rey don Pedro, no tuvo inconveniente alguno en comer al lado del cadáver humeante de su hermano don Fadrique.

—Señor!—decía Men Rodriguez al dia siguiente, presentándose en la cámara de don Pedro de Castilla.—Un escudero que acaba de llegar de Aragon, me entrega este pliego para su señoría.

El rey don Pedro tomó el pliego que Sanabria le habia presentado, y rompiendo el sello de cera que cubria sus estremos, se puso á leerlo con mucha calma.

—Bien! muy bien!—dijo unos instantes despues de haberle leído.—Los castellanos van abandonando poco á poco al rey de Aragon, y tengo por seguro que antes de concluir la tregua ha de hallarse sin gentes para combatir. Qué te parece, Men Rodriguez?

—Señor,—repuso el asturiano;—yo siempre opiné con vos acerca de ese asunto.

—Y no podia por menos ;—prosiguió el rey :—qué hombres decididos habian de quedarse con el de Aragon? Ninguno. Esta—añadió señalando al pergamino—es una carta de Pero Carrillo en que me anuncia que abandonará con gusto al de Aragon y se vendrá á mi lado, siempre que le haga merced de algunas tierras para vivir decentemente en mis reinos. Voy á contestarle que acepto sus proposiciones, y que desde luego puede contar con la villa de Tamariz para su mantenimiento.

—Bien pensado ;—repuso Men Rodriguez aplaudiendo el pensamiento del rey.

—De este modo—prosiguió éste—acaso me atraiga á los demás á mi partido, y se quede el de Aragon sin una sola lanza para pelear cuando se acabe la tregua.

—Mucho ganaria vuestra causa;—repuso el asturiano.

—Y no perderás tú nada, amigo Men Rodriguez.

El rey se puso á escribir sobre uno de los pergaminos que tenia sobre la mesa, y despues de llenarle con unas cuantas lineas, le puso su sello sobre la cera con que le habia cerrado, y se le entregó á Men Rodriguez.

—Para el escudero que ha sido conductor de este mensaje:—dijo el rey al dársele al oficial.

Men Rodriguez salió de la cámara del rey lleno de satisfaccion, y este quedó en actitud meditabunda.

—No hay duda;—dijo despues de unos instantes :—todos los castellanos residentes en Aragon abandonarán á Pedro el Ceremonioso, y se pasarán á mi partido tan luego como Pero Carrillo les enseñe esa carta de donacion. Pobre her-

mano! cuán engañado vives, si crees que vas á vencerme en la pelea; tengo yo gente valiente en torno mio que está deseando que se acaben mis galeras para embarcarse con direccion á Murcia y emprender el ataque por el mar; el portugués me ofrece tambien sus barcos; los bajeles placentinos se encuentran todos á mi disposicion; con una escuadra tan formidable como la que yo pienso llevar, no es temible ningun encuentro.—Ay, conde de Trastamara! cuán poco tiempo te queda ya para cantar tu gloria; y tú, maestre de Santiago; tú, que pensabas burlarte de mi honor requiriendo de amores á doña Blanca, pronto llevarás tambien tu merecido, que motivos tengo sobrados para mandarte degollar. Ya te haré saber yo que peleando por la causa del rey no puede andarse en tratos con el conde de Trastamara; ya te mostraré las cartas que llevo en mi escarcela, y que gracias á la actividad de Men Rodriguez he podido haber á las manos. Oh! te las remitiré á tu escudero para que de este modo pasase el negocio desapercibido; pero no importa: ya ves cuán pronto ha descubierto la trama el rey don Pedro de Castilla.

El maestre de Santiago, don Fadrique, que á la sazón debia encontrarse en el camino de Sevilla mandado llamar por el rey, mantenia, en efecto, secretos tratos con su hermano el conde de Trastamara, y ambos conspiraban contra el rey de Castilla en favor de la causa del de Aragon.

Esto no habia llegado á noticias de don Pedro, hasta que un dia Men Rodriguez sorprendió uno de dichos mensajes, y en vez de entregárselo á don Fadrique, ó mejor dicho, á su escudero á nombre del cual venia dirigido, se

lo entregó al rey de Castilla, dándole una prueba mas de su lealtad y buen comportamiento.

Como don Fadrique se hallaba á la sazón en Murcia, no pudo apercibirse de esto, y habiendo recibido aviso del rey para trasladarse á Sevilla, vino á esta ciudad sin recelo alguno, y muy ágeno de lo que en ella habia pasado durante su corta ausencia.

Satisfecho por demás entró el maestro á consecuencia de haber ganado al rey de Aragon algunas villas, y gozoso por demás entró en la cámara de su hermano sin sospechar siquiera el modo con que este trataba de recibirle.

—Qué pasa por la frontera?—fué la primera pregunta que le dirigió.

—Nada, señor; la mayor tranquilidad reina en todos aquellos pueblos, y nada teneis que temer por parte del de Aragon.

—Nada debo temer?—replicó don Pedro con sarcasmo.

—Nada:—contestó don Fadrique fijando una mirada investigadora en el rostro de su hermano.

—Es decir, que allí no queda ningun enemigo?

—Todos los que dejásteis allí por fronteros os son fieles!

—Tambien tú?—repuso el rey con cierta especie de curiosidad, que no acertó á descifrar el maestro.

—Cómo!—esclamó don Fadrique:—dudais acaso..?

—No; no dudo;—repuso el rey:—ante estas cartas que tengo á la vista, ya no me es lícito dudar: debo, por el contrario, estar plenamente convencido.

El maestro de Santiago se tornó pálido como un cadáver, y quedó inmóvil como una estatua.

—Ahora, señor maestro,—continuó el rey—me parece que eres tú el que dudas.

—Señor!—esclamó don Fadrique:—yo...

—Tú, sí;—le interrumpió el rey:—tú eres el traidor; tú el que mantienes correspondencia con tu hermano el conde, valiéndote de tu escudero.

El hermano bastardo del rey se quedó mudo de espanto al oír esta revelacion, que le probaba que sus secretos tratos con las gentes de Aragon habian sido descubiertos, y no supo articular ni una sola palabra en disculpa de su proceder.

—Y á esto qué me dices?—repuso el rey.

—Que serán fingidas esas cartas:—contestó el maestre.

—Ahí está la letra de tu hermano;—repuso el rey mostrándole uno de los pergaminos:—esa es su firma, ese es su sello; creo, señor maestre, que no me desmentireis.

Don Fadrique prosiguió mudo y sin saber qué replicar.

--Veis, señor maestre,--continuó entonces el rey--como yo tenia motivos para dudar? veis como no en balde os preguntaba si quedaban enemigos en la frontera? Cuando yo os hacia esta pregunta, era porque estaba convencido de que allí se albergaba algun traidor; y ese traidor, sois vos, señor maestre de Santiago; vos, que me habeis vendido miserablemente en mas de una ocasion, y que os hicisteis mi guardian cuando me pusisteis prisionero en Toro. No creais que á mí se me olvidan las cosas, señor maestre: tengo bastante memoria por fortuna para acordarme de todos los que una vez me han sido infieles, y vivir prevenido en adelante. Pero esta vez, señor maestre de Santiago, habeis andado poco listo; esta vez habeis sido muy torpe para llevar á cabo vuestros ambiciosos planes.

—Señor!

—Ambiciosos, sí; porque hace mucho tiempo que me encuentro rodeado de ambiciosos, y vive Dios! que todo esto hubiera tenido remedio, si en su época me hubiera deshecho yo de toda esa vil polilla que me rodea: pero aun no es tarde; y voy á empezar por vos, señor don Fadrique.

—Pero señor!—esclamaba el maestre de Santiago con acento compungido;—tened en cuenta que los traidores están hasta en vuestra misma cámara, y que pudiera muy bien suceder que alguno de ellos me hubiera delatado, sin tener motivo siquiera para sospechar...

—Basta, señor maestre; basta de cinismo: ante pruebas como las que yo acabo de hacer patentes, á nadie es lícito dudar, y estraño mucho en verdad, señor maestre, que un hombre de vuestro carácter se atreva á desmentir al soberano; al soberano, que dice mas verdad que todos los maestros juntos. Habeis sido un traidor, hermano Fadrique; os habeis portado como un villano, y como villano quiero que terminéis la vida. Ballesteros!

—Señor! señor!—esclamó el maestre de Santiago al oír la exclamacion del rey.

—No es hora ya de súplicas; es hora nada mas que de llevar á cabo los suplicios.

—Perdon, señor, perdon!

—Basta, don Fadrique; inútil es que os esforceis por ablandarme. Don Pedro de Castilla tiene un corazon de roca cuando llegan estas ocasiones, y ningun efecto hacen en él las súplicas de los traidores. *Ballesteros! mata al maestre de Santiago!* (1).

(1) Palabras testuales de la *Crónica*.

Y los ballesteros de maza, Nuño Fernandez de Roa, Juan Diente, Garcí Diaz Albarracín, y Rodrigo Perez de Castro, que á la primera indicacion del rey habian aparecido en la cámara, alzaron sus terribles y pesadas mazas sobre la cabeza de don Fadrique.

El maestre de Santiago tuvo, no obstante, el tiempo suficiente para huir de la habitacion del rey, y salió á uno de los patios del alcázar. Siguiéronle hasta allí los ballesteros con las mazas levantadas, y el maestre de Santiago, viéndose de aquel modo acometido, trató de desenvainar su acero para defenderse; pero en medio de su azoramiento enredáronsele los gabilanes en el cinturon, y no pudo lograr su intento. Corriendo de una á otra galería, pues no le quedaba otro recurso, procuraba por todos los medios posibles evitar la muerte; pero llegó por último á uno de los patios que no tenia salida, y la pesada maza de Nuño Fernandez de Roa le alcanzó por fin, dándole un terrible golpe en la cabeza que le dejó caer en tierra sin sentido.

Abalanzáronse entonces á él los otros tres ballesteros, y descargando sobre el cuerpo del infeliz maestre sus pesadas y terribles mazas, le dejaron por muerto en aquel sitio.

—Sangre! sangre!—esclamaba el monarca de Castilla corriendo furioso por los patios y galerías.—Sangre! y que ni un solo individuo quede de la raza de los traidores.

Sancho Ruiz de Villegas, escudero mayor del maestre de Santiago, apareció en este instante por una de las galerías, y al oír las últimas palabras del rey, huyó despa-
vorido por los patios y corredores, procurando sustraerse de la cólera del monarca justiciero.

Este se lanzó tras él siguiéndole por todas partes como un loco espada desenvainada, y Sancho Ruiz de Villegas se refugió en el camarín de la Padilla, creyendo que una vez el rey en aquel recinto, su cólera se aplacaría; pero el escudero mayor de don Fadrique se engañó; porque don Pedro de Castilla penetró también en aquella estancia, decidido á no dejar con vida ni uno solo de los individuos de la servidumbre del maestro.

Los ballesteros de maza, que seguían al rey por todas las habitaciones, se llegaron á él á la entrada del camarín de la Padilla, y le despojaron de la espada.

Don Pedro entonces sacó el puñal que llevaba á la cintura, y acercándose á Villegas quiso clavárselo en el pecho; pero Villegas habia tomado en sus brazos á la hija mayor del rey, doña Beatriz, y escudándose con ella buscaba en vano un medio de evitar la muerte.

El rey le obligó á que abandonase á la tierna infanta que le servía de escudo, y arrojándose á él como una fiera, le sepultó el puñal en el costado derecho por tres veces.

Fernandez de Tovar, uno de los caballeros de la servidumbre del rey, y amigo íntimo de Villegas, acabó de asesinarle con su daga. Tan grande fué el terror que se apoderó de su ánimo en aquellas críticas circunstancias.

—Sangre! sangre!-seguía gritando el rey dirigiendo sus espantados ojos en torno suyo, como para buscar algun traidor.-Es necesario derramar sangre, si hemos de acabar con todos los traidores; y acabaré, voto al infierno! ó dejaré de ser rey de Castilla. Cuernos de Lucifer! que ni uno solo quede de la raza de los bastardos! Oh! dia lle-

gará en que forme la sangre arroyos y se empiedren las calles con cabezas de traidores!

Y loco y como desesperado, salió del camarín de la Padilla, volviendo á la pieza donde el maestre habia sido rematado.

—Ya acabaste de conspirar;—dijo dirijiéndole una mirada de terror:—no volverás á molestarte con tus intrigas y tratos secretos con el monarca de Aragon. Sangre! sangre! es preciso que la sangre forme arroyos, si se ha de acabar de una vez con los traidores.

Todas las gentes que andaban alrededor del rey estaban como aterradas, y no se atrevian á levantar los ojos del suelo, temerosos de escitar la cólera del soberano.

—Dios de Dios!—proseguia este:—esto es insufrible; matar y matar, y nunca concluir; pero ya concluiremos, ya llegaremos al fin de la jornada. Ballesteros! á mi repostero mayor, que necesito tomar alimento; porque aun no he concluido mi tarea.

Juan Diente desapareció á cumplir la órden del rey, y pocos momentos despues, los individuos de su servidumbre le ponian la mesa al lado del cadáver de su hermano.

—Que venga mi primo el infante don Juan.

Juan Diente volvió á salir de la sala de los Azulejos: así se llamaba la habitacion en que don Pedro se encontraba.

—Ya ha muerto el traidor;—esclamó el rey:—y no tardarán mucho en seguirle todos sus hermanos.

El maestre de Santiago, que aun no habia acabado de morir, entreabrió en este instante sus lánguidos párpados, y quiso dirigir una mirada al rey, que dejó helados á todos

cuantos se hallaban en la estancia ; pero las fuerzas que tenia ya su cuerpo casi cadáver eran muy escasas, y ni aun las suficientes le quedaban para mover los ojos. Estos volvieron á cerrarse, y el rey, para quien no habia pasado desapercibida esta accion, alargó su daga á Juan Diente para que le rematase, y luego hizo salir á todos los presentes de la habitacion.

El infante don Juan de Aragon se quedó solo con el rey, y preciso es decir en honor de la verdad, que temblaba, no á la vista del cadáver, sino á presencia de un rey tan sanguinario, y cuya sola mirada era capaz de causar terror en aquellas circunstancias al hombre de corazon mejor templado y mas endurecido.

—Te he llamado—le dijo el rey con mucha serenidad y como si tal suceso acabase de acontecer—para decirte, que dentro de unos dias pienso salir para Vizcaya, donde se encuentra, como sabes, mi hermano bastardo don Tello. Aunque me prometiste asesinar al maestre, y no me has cumplido la palabra, no obstante, yo sigo ofreciéndote la mia de hacerte señor de Vizcaya á trueque de que mates á don Tello.

—Señor;—repuso el infante tembloroso :—ya sabeis que yo siempre me hallo pronto á serviros, y que á no haber vos mandado asesinar al maestre, este puñal hubiera sido el que hubiese acabado con su vida.

—Ya lo sé, querido primo; pero ahora es preciso que cumplas tu palabra, si quieres llegar á ser señor de Vizcaya.

—Descuidad, señor ; la cumpliré.

Doña María de Padilla lloraba entre tanto sin consuelo dentro de su camarín al lado del cadáver de Sancho Ruiz

de Villegas, que aun los ballesteros no habían acertado á sacar de allí.

—Dios mio! Dios mio!—esclamaba llena de amargura.— Por qué tanto asesinar? por qué tanto verter sangre? Oh! ya están rojos los vestidos de don Pedro de Castilla.

El infante don Juan de Aragón se quedó solo con el rey, y preciso es decir en honor de la verdad, que temblaba en la vista del cadáver, sino á presencia de un rey tan grande y corajoso, y covajoso ántes que capax de causar tanta gran desgracia, y circunstancias al hombre de coraje mejor temido y más envidiado.

—Le he llamado—le dijo el rey con mucha serenidad y como si tal cosa acabase de suceder—para decirle que dentro de unos días pienso salir para Vizcaya, donde se encuentra como sabes mi hermano bastardo don Felipe. Aunque me prometiste asesinar al monarca, como me has cumplido la palabra, no obstante, te sigo ofreciéndote la mitad de mi reino, señor de Vizcaya, si quieres ir conmigo á don Felipe.

—Señor, antes de irme al infante le hablé: ya sabes que yo siempre me falle pronto á servir, y que á no haber vos mandado asesinar al monarca, este punto hubiera sido el que hubiera acabado con su vida.

—Te lo sé, querido primo: pero ahora es preciso que cumplas tu palabra, si quieres llevar á cabo el asesinato de don Felipe.

—Rescúndase, señor: la cumpliré.

—Dona Juana de Padilla lloraba entre tanto silenciosamente de su camarín al lado del cadáver de don Pedro Luis.

—¿Responde esta niña con tanta temeridad en
 el rostro de su padre?—me dijo mi hijo cuando entré
 á casa con la espada de arriba. ¡Ay, que temáis á mi
 en vuestra madre!

Y la hermosa niña se volvió á su madre, como si en
 realidad tratase de defenderla contra los ataques de un
 gran enemigo.

En los labios del rey apareció una sonrisa con
 que iba muy pocas monedas.

—Que tenéis, don Pedro?—**CAPITULO VIII**
 —¿No estáis triste, que os pasa,

don Pedro?

—¿Qué habéis oído de mí?—le dijo el rey, habi-
 do ya un tiempo de haber salido.

En el que el rey don Pedro procura desvanecer los terribles celos de
 la Padilla.

—Ay don Pedro!—decía doña María de Padilla con voz
 débil y angustiada al soberano.—Cuándo van á tener fin
 esas continuas y azarosas luchas en que hace tanto tiempo
 os hallais envuelto?

—Qué quieres, María;—respondía el rey algo mas sose-
 gado y repuesto de su emoción:—las circunstancias lo hacen
 necesario, y contra el curso de las circunstancias, á nadie
 le es dado oponerse.

—Oh! estábais aterrador, don Pedro, cuando persiguiendo
 á Sancho Ruiz de Villegas, penetrásteis en mi camarín.
 Beatriz se asustó... no es verdad, Beatriz?—añadió la her-
 mosa María posando sus rojos lábios en la alabastrina frente
 de su hija.

—Sí;—respondió esta fijando una mirada temblorosa en el rostro de su padre :—me disteis miedo cuando entrásteis aquí con la espada desnuda. Yo creí que veníais á matar á mi querida madre.

Y la hermosa niña se abrazó á su madre, como si en realidad tratase de defenderla contra las asechanzas de algun enemigo.

En los lábios del rey apareció una lánguida sonrisa que duró muy pocos momentos.

—Qué teneis?—dijo doña María dirigiendo al rey una mirada investigadora.—Parece que estais triste, qué os pasa, don Pedro ?

—Nada, María—contestó el rey:—á tu lado soy feliz ; nada deseo, nada me hace falta.

—Oh! si fuese verdad, don Pedro; pero no sé lo que os sucede hace unos dias; os veo tan triste...

—Hasta que acabe con los traidores, nunca me verás contento, María; tengo motivos mas que suficientes para padecer, y mientras esa infame canalla de rebeldes de que por todas partes me encuentro rodeado, aliente en torno mio...

—Por Dios, don Pedro! Aun pensais verter mas sangre?

—Hasta acabar con todos, María. Mis hermanos bastardos tienen que sucumbir, ó dejo yo de ser rey de Castilla.

—Vuestros hermanos !

—Mis hermanos, sí ; mis hermanos, que son los que con mas constancia me persiguen ; los que me atacan por todos lados y minan sin cesar el trono de Castilla. Esos son los primeros que tienen que sucumbir, si quieres que la paz

vuelva á tener asiento hasta en las mas apartadas villas y lugares.

—Oh! siempre sangre, siempre la cuchilla de los verdugos...

—Es preciso, María; no puedo pasar por otro punto.

—Pero otros medios... no pudiérais usar de otros medios menos represivos para establecer la paz?

—No veo ninguno, María; pero no te importe; que dentro de poco ni uno solo osará levantar el grito en cien leguas á la redonda.

—Era yo antes tan feliz á vuestro lado!

—Y ahora no lo eres, por ventura?

—Ahora... ay! ya se acabaron para mí aquellos tiempos dichosos en que entrábais en mi cámara lleno de contento á hablarme de vuestro amor. Ahora ya todo aquello se acabó; ya no me amais, don Pedro.

—Doña María!

—Sí, don Pedro; y no os incomodeis porque os lo diga; antes me amábais con delirio: ahora ya vuestro corazon no me pertenece.

—Qué dices, María!

—Que amais á las hijas de Fernandez Coronel.

Un rayo de desesperacion brilló en los ojos del rey, y nada supo que replicar á las palabras de su favorita.

—Callais, sí; ya lo veo;—repuso esta:—callais porque nada teneis que oponer á mis palabras.

—Qué quieres que oponga María? qué quieres que te conteste? Por ventura, no soy bastante desgraciado en el mero hecho de ser víctima del desden de esas dos damas?

—Don Pedro!—esclamó la Padilla llena de desespera—

cion:—matadme y no me digais esas palabras; matadme y no volvais á repetirmelas. Qué se ha hecho de aquel amor tan puro con que antes me brindábais? Qué se ha hecho de aquel amor espiritual en que antes os abrasábais?

—Está aquí, María;—contestó el rey con acento de tristeza fijando la mano de la Padilla sobre su corazón.—Ese que late dentro de mi pecho es tuyo; á nadie le pertenece: tuyo y de Beatriz; os amo tanto!

—Me engaÑais, don Pedro; no es por mí por quien late vuestro corazón en este instante; es por doña Aldonza Coronel; no me engaÑeis.

—Por doña Aldonza!

—Por doña Aldonza, sí. A qué fingirme un amor que no sentís?

—María!

—Sí, don Pedro; vos amais á doña Aldonza, é inútil es por lo tanto que trateis de convencerme con vuestras palabras!

—Yo no amo á nadie mas que á vos, doña María, y quisiera poder probároslo en este instante. Esos amores por los que con tanta frecuencia me reprendeis, son amores pasajeros, amores del momento, amores que duran solo un día y que los tienen todos los hombres. Por eso no debes resentirte, porque mi corazón es tuyo y á nadie ya mas que á tí le pertenece: cómo quieres que te lo pruebe, María? cómo quieres que te convenza de ello? no has visto mas de un ejemplo por medio del cual puedes asegurarte de que es verdad lo que te digo? No amaba, segun tú, á doña Blanca? no estaba casado con ella y la abandoné? No me casé despues con doña Juana de Castro, y la abandoné

tambien, hermosa María? Y por quién dejé á doña Blanca? por quién dejé á la de Castro? Por tí, María; por tí, que eres la única mujer á quien yo profeso amor sobre la tierra; lo demás no es amor; es pasatiempo.

Y el rey don Pedro pronunciaba estas palabras con un acento tal de verdad, que doña María de Padilla no podia menos de convencerse al oír las palabras del soberano; pero de todos modos su modo de proceder le disgustaba, y en vano trataba el rey de disculpárselo: su conducta á los ojos de doña María era indisculpable.

—Doña Aldonza Coronel dijo despues de unos instantes os ha hechizado, don Pedro; y en verdad que no sé hasta donde alcanzará la fuerza de su hechizo.

—María! dudas aun?

—Dudo porque los rumores del vulgo vienen á desmentir vuestras palabras.

—Mis palabras!—esclamó el rey algo enfurecido.—Es decir que mis palabras valen menos que las del vulgo? es decir que la palabra de un rey tiene menos valor que los caprichosos rumores de la plebe? Oh! bien, bien, María; me alegro de que ese aprecio se haga de las palabras de un rey como don Pedro; pero librete Dios, María, de que este rey falte una sola vez á su palabra.

En las últimas frases de don Pedro iba envuelta una terrible amenaza, y la hermana del maestre de Calatrava tembló de piés á cabeza al oír el tono resuelto con que el rey de Castilla acababa de pronunciarlas.

—Ira de Dios!—prosiguió este cada vez mas enfurecido:—antes se me escuchaba con respeto y nadie se atrevia á replicarme; hoy las cosas han variado de aspecto y todos

se creen con el derecho suficiente para juzgarme: pero no importa, no importa. No está muy lejos el día en que todos habeis de temblar ante mi vista.

Y el rey don Pedro salió del camarín de la hermosa doña María, furioso y arrebatado.

—Señor! señor!—quedó murmurando la desgraciada favorita desahogándose y dirigiendo al cielo sus lánguidas miradas.—Qué delito he cometido para que de un modo tal me trate el rey? Qué crimen es el mio para que de un modo tan terrible me amenace? Yo, que solo pienso en él; yo, que solo vivo por él; yo, que sueño con él á todas horas... Oh! esto es atroz, esto es incomprendible. Señor! señor! perdonádme, si algun delito he cometido.

Y doña María de Padilla lloraba amargamente, cubriéndose el rostro con las manos.

for de aquel retirado camarin, y don Pedro de Castilla, que sin duda alguna no penetraba en él por primera vez, se dirigió con paso silencioso hacia la derecha, é hizo alto en los umbrales de una puerta velada por unas cortinas verdes.

—Por Dios! dijo por lo bajo don Men Rodríguez, tiene su habitación bien amueblada. Ni una silla donde sentarse, ni una mesa donde escribir... ¡Válgame el cielo! y qué estado debe andar mi buen escudero!

CAPITULO VIII.

De cómo el rey don Pedro salió de aventuras del alcázar de Sevilla y escaló el convento de Santa Clara.

Seria poco mas de la media noche, cuando el rey don Pedro, que á consecuencia de la reyerta habida con su hermosa manceba andaba algun tanto mal humorado, se encaminó por una estrecha y lóbrega galería de su alcázar, y abriendo cuidadosamente una de las varias puertas que habia en la rinconada, penetró dentro de una habitación algun tanto espaciosa, pero reducida en comparacion de las demás de que se componia el alcázar.

Aquella habitación estaba completamente desalquilada, y á no ser por una enorme lámpara de hierro que pendia de una de sus bovedillas, cualquiera hubiese dicho que nadie moraba en ella.

Men Rodríguez de Sanabria era, no obstante, el mora-

dor de aquel retirado camarín, y don Pedro de Castilla, que sin duda alguna no penetraba en él por primera vez, se dirigió con paso silencioso hácia la derecha, é hizo alto en los umbrales de una puerta velada por unas cortinas verdes.

—Por Dios!—dijo por lo bajo—que Men Rodriguez tiene su habitacion bien amueblada.—Ni una silla donde sentarse, ni una mesa donde escribir... válgame el cielo! y qué atrasado debe andar mi buen escudero!

Este, que á la sazón dormía á pierna suelta sin ocuparse de si en su habitacion acababa de penetrar una persona estraña, soñaba en voz alta, y daba de cuando en cuando algunos gritos, como si en realidad estuviese disputando.

—Escuchemos;—añadió el rey, ocultándose tras las cortinas sin hacer el menor ruido.—Dicen que se sueña por la noche lo que se piensa por el dia... oigamos y quizá demos al traste con algun misterio.

Men Rodriguez se serenó al parecer y no pronunciaba mas que palabras sueltas.

—Oh! el rey don Pedro es un hombre valiente y arrojado;—decia á media voz:—sí, arrojado... yo siempre le serviré... con lealtad; sí, con lealtad.

—Men Rodriguez!—dijo entonces el rey acercándose al lecho de su oficial y tocándole en el hombro con la punta de su espada.

El noble asturiano se sobrecogió al pronto, y recobrando despues su habitual serenidad;

—Quién me llama?—dijo incorporándose en la cama y restregándose los ojos.

—Yo:—contestó el rey con sequedad.

Men Rodriguez abrió cuanto pudo los ojos, y fijando una mirada de asombro en el monarca:

—Ah! sois vos?—replicó medio dormido.

—Yo, que vengo á robarte el sueño:—le contestó el rey.

—Y qué quereis...?

—Quiero, en primer lugar, que despiertes.

El escudero del rey hizo un ligero movimiento de cabeza como para despejarse, y nada replicó.

—En segundo lugar—prosiguió el rey—quiere que te vistas.

—Nada mas, señor?

—Sí; quiero que me acompañes.

—Fuera del alcázar?

—Naturalmente; creo que no necesitase de tu compañía; si no pensase recorrer las calles de la ciudad.

—Dispensadme!

—Quiero, en tercer lugar, que no duermas tanto en adelante.

—Señor...

—Sí; durmiendo mucho, mal puede observarse á los traidores.

—Tened en cuenta que anoche...

—Todo lo sé; pero ten tú en cuenta asimismo, que el rey don Pedro vela, mientras todos sus vasallos duermen.

—Es verdad; vos...

—Yo soy de carne y hueso, como tú y todos los que me rodean.

—Pero yo no sé... vuestra constitucion debe ser de hierro por fuerza...

—Te engañas, Men Rodríguez; yo estoy enfermo hace unos meses, y sin embargo...

—Estoy asombrado, señor; y en verdad que no acierto á comprender el cómo podéis vivir teniendo tantos asuntos en la cabeza... es para volverse loco...

—Si yo no reflexionara, tal vez; pero el rey don Pedro nunca se acobarda y...

—Ya lo veo, señor; y vuelvo á repetir que me teneis asombrado.

—Bien, bien; déjate de asombros y pon en planta mis órdenes.

—En seguida, señor.

—Te he dicho que te vistas, porque quiero que me acompañes.

—Os obedezco, señor.

Men Rodríguez saltó de la cama, y ya comenzaba á vestirse, cuando el rey don Pedro se retiró del dormitorio, paseándose por la estancia bastante agitado al parecer.

—Es un leal y valiente caballero;—murmuraba por lo bajo interin Men Rodríguez se vestia.

—A vuestras órdenes, señor;—dijo el asturiano despues de unos cortos instantes, presentándose delante del rey armado ya de su tizona.

—Has concluido?—le interrogó el monarca.

—Cuando querais,—repuso Men Rodríguez—podemos salir del alcázar.

—Sígueme, pues.

Y el rey don Pedro salió de la habitacion de Men Rodríguez.

—Ah! se me olvidaba lo mejor, voto á mis calzas!

dijo el rey luego que hubieron atravesado la galería.—Tú no tenias una escala de seda?

—Y la tengo, señor:—contestó el escudero.

—Estamos en grande;—repuso entonces el rey:—vé por ella y vuelve en seguida.

Men Rodríguez desapareció á cumplir con la orden de su señor, y algunos minutos despues ya estaba de vuelta.

—En marcha:—dijo el rey.

—En marcha:—contestó el asturiano.

Triste era el aspecto que la ciudad de Sevilla presentaba aquella noche á una hora tan avanzada. Ni un solo individuo se veia cruzar por sus estrechas y tortuosas calles; el cielo estaba nublado, y á no haber llevado Men Rodríguez su linterna, en muchos apuros debia haberse visto el rey para cruzar por ciertos oscuros callejones. Auxiliados, no obstante, por el pobre farolillo, el rey de Castilla y su escudero lograron atravesar el intrincado laberinto de callejuelas del barrio de Triana.

Llegaron por fin al convento de Santa Clara, sito en uno de los extremos de la ciudad, y dando vuelta á su manzana, hicieron alto en la tapia de su jardin.

—Ya hemos llegado:—dijo el rey rompiendo por fin el lúgubre silencio que habia guardado por el camino.

—Al callejon de San Lázaro; sí;—repuso Men Rodríguez.

—Y al convento de Santa Clara:—añadió el rey.

—Ah! veníamos al convento.

—O por lo menos, si no veníamos, ya nos hallamos en frente de él.

—Es verdad; pero como yo no sabia.

—Echa la escala á esa pared.

Men Rodríguez hizo lo que el rey le ordenaba á la primera tentativa, y don Pedro de Castilla trepó por la escala con suma agilidad.

Luego que se halló encima del muro, volvió la escala al lado opuesto y dijo á Men Rodríguez:

—Espérame dentro del jardín.

—Cómo, señor!—esclamó Men Rodríguez;—si me quitais la escala...

—Pronto la tendrás ahí.

El rey bajó por la escala al jardín del convento; y despues se la devolvió á su escudero por encima del muro.

El noble asturiano hizo la misma operacion que el rey, y dos minutos despues se hallaba dentro del convento.

—Señor! qué me mandais?—le preguntó al rey lleno de asombro.

—Por ahora, té mando que me sigas.

Men Rodríguez siguió los pasos del rey á través de las estrechas calles de arbolillos que habia en el jardín, é hizo alto en una especie de cenador sito en uno de los rincones de la derecha, opuestos á la fachada interior del convento.

El rey tomó asiento en un banquillo de piedra que habia dentro del cenador, y Men Rodríguez continuó de pié.

—Cierra esa linterna;—le dijo el rey:—esa luz pudiera delatarnos, y no conviene.

Men Rodríguez obedeció, y don Pedro añadió entonces:

—Siéntate; que como has de permanecer aquí algun tiempo, justo es que no te canses.

El escudero del rey se sentó maquinalmente, y su asom-

bro aumentaba por grados á medida que don Pedro le dirigia la palabra.

—Parece que estás asombrado;—dijo por fin el rey fijando sus ojos en Men Rodriguez.

—Sí, en verdad;—contestó éste:—lo estoy desde que llegamos al callejon de San Lázaro.

—Pues, por vida mia—repuso el rey—qué no hay motivo para que de un modo tal te asombres.

—Vos lo creéis así...

—Y quién no; voto á mis calzas?

—Creo, señor, que el escalar un convento...

—Hasta hora no hemos escalado mas que el jardín.

—Con todo, á las altas horas de la noche...

—Válame Dios! Men Rodriguez, y cuán poco acostumbrado estás á seguir los pasos del rey.

—Señor, hasta ahora, siempre que vos habeis querido, os he acompañado...

—Y lo mismo será en adelante, amigo Men Rodriguez; pero eso no quiere decir nada. Ya cesará tu asombro, tan luego como llesves un año al lado mio.

—Ya poco falta, señor.

—No importa; hasta ahora el rey ha permanecido silencioso, y no ha habido motivos para que le conozcas. De aquí en adelante...

Y el rey hizo una pausa.

—Me habia engañado;—prosiguió despues:— creí haber escuchado ruido... pero ha sido ilusion. De aquí en adelante, amigo Men Rodriguez, tú, que acompañarás al rey en muchas ocasiones, tendrás motivos para apreciar su carácter y conducta. Hasta ahora...

- Es verdad, señor.
- Qué opinas tú de nuestra entrada en este convento?
- Quién sabe, señor.
- Pero bien; tú qué has imaginado?
- Yo, señor, nada todavía.
- Es decir, que no presumes cuál pueda ser el objeto de nuestra venida?
- Si su señoría no se explica.
- Mas tarde, mas tarde. Recuerdas el primer encargo que te confié?
- El de doña Juana de Castro?
- Justamente.
- Oh! siempre le tengo en la memoria. Nunca se borrarán de mi imaginacion las facciones de aquella vieja grñona y solapada...
- Pues acaso dentro de pocos dias tenga que encomendarte otro encargo parecido.
- Cómo, señor?
- Que acaso dentro de pocos dias tengas que encargarte del robo de otra dama.
- Pero en lugar sagrado...
- El lugar es lo que menos importa.
- Sin embargo.
- Vamos, Men Rodriguez; veo que tienes muy poco razon, y que...
- Y qué, señor?—se adelantó á decir el asturiano.
- Y que no vales para servir á un rey como don Pedro.
- Una espada llevo pendiente de la cintura, y ya sabeis, señor, que á la vista de esa espada tiemblan mas de cuatro valientes; pero aun quando esa espada me faltase...

qué exigis de mí, señor? quereis que acabe con vuestro hermano? quereis que acabe con el conde de Trastamara?

—Oh! mucho menos que eso, Men Rodríguez; no se trata de matar: se trata únicamente de trasladar á una mujer de domicilio.

—Pues bien, señor; seréis servido como lo fuisteis en otra ocasión muy parecida; pero como ha llegado á mis oídos que habeis comisionado á vuestro primo el infante don Juan de Aragon para matar á don Tello, y como pudiera suceder que vos tuviéseis entera confianza en vuestro primo, yo, señor, me tomo la libertad de ponerlos al corriente de éste negocio, y desearia.

—Qué?—le interrumpió el rey:—acaba y dime qué quieren decir esas tus palabras.

—Quieren decir, señor, que no debeis fiaros de vuestro primo, porque anda en tratos secretos con el monarca de Aragon y con su hermano.

—Cómo! será cierto...

—Podeis creerlo, señor. —Pero y qué pruebas me das...

—Creí que os bastaria mi palabra; pero, no obstante, señor, dentro de pocos dias las tendreis en vuestro poder, como tuvisteis las del maestre de Santiago. Os engañé entonces por ventura?

—No; pero...

—Pues bien; seguro podeis vivir de que ahora tambien os digo la verdad.

—Es decir, que todos me venden? qué no puedo contar con un sólo vasallo leal?

—Podeis contar conmigo, señor.

—Gracias, Men Rodriguez; pero no importa, no importa. El rey de Aragon nada adelantará, ni con la ayuda del conde, ni con la de los infantes.

—Eso desde luego, señor; del mismo modo que Pero Carrillo se vino á vos, se vendrán todos los que siguen aquella bandera. Y además, qué motivos son los que obligan al conde á pelear? La ambicion y el deseo de arrojarnos del trono de Castilla: don Enrique, sin embargo, está como anonadado desde el momento en que yo le arrebaté el puñal con el cual habia jurado daros muerte, y ni un solo paso acierta á dar desde aquel dia. Creedme, don Pedro; vuestro hermano no conoce ya ni aun el terreno que pisa.

—No tanto, no tanto, señor Men Rodriguez; desde luego que alguna impresion le debe haber causado el ver la actitud que tomaban las tropas del rey de Castilla cuando combatian en la frontera de Aragon; pero sin embargo...

—Oh! sí; creedme, señor; vuestro hermano don Enrique está atemorizado desde el dia en que le arrebaté el puñal.

—Pero ese puñal...

—Oh! ese puñal ejercia una gran influencia sobre el ánimo del conde. Era un poderoso talisman con auxilio del cual creia librarse de todos los peligros: así es que se tornó pálido, y ya no le quedó otro recurso que la huida, desde el momento en que vió que se lo arrancaba de la cintura.

El rey don Pedro sacó entonces el puñal que Men Rodriguez habia arrebatado al conde don Enrique, y despues

de contemplarlo unos instantes, volvió á colocarle en su talabarte moriseo recamado de oro.

Men Rodriguez de Sanabria estaba, no obstante, como sobresaltado y no acertaba á comprender el objeto de la entrada del rey en aquel convento.

Ni el mas leve ruido se escuchaba por todo el monasterio, y las palabras de nuestros personajes iban á perderse entre la ligera hojarasca que las brisas de la noche hacia moverse en el jardin.

—Vuelvo á repetirte dijo entonces el rey que te veo muy asombrado.

—Si os empeñais, señor... repuso Men Rodriguez.

—No es que me empeñe, no; ya sabes tú que es cierto lo que digo, y me estraña mucho en verdad que me lo niegues.

—Yo negaros, señor...

—La verdad, sí; la verdad estás negando en este instante.

—Ay! señor, y cómo convenceros de lo contrario?

—Hablando con franqueza.

—Siempre la tuve con vos, señor don Pedro, y mucho mas desde que me honrais con favores que yo en realidad no merezco. Me estraña sí, que á una hora tan avanzada hayais escalado este convento; presumo si vendreis acaso á ver á doña María Coronel, pero no sé hasta qué punto serán fundados estos presentimientos. Creo, señor, que os he hablado con entera libertad.

—Es cierto, Men Rodriguez; yo creí que los rumores de la corte habrian llegado ya hasta tus oidos; pero una vez que aun no sabes nada, nada te digo tampoco por

ahora. No tardarás mucho en saberlo sin que yo nada te diga tampoco por ahora; no tardarás mucho en saberlo sin que yo nada te diga.

En este instante apareció iluminada una de las ventanas del convento que daban al jardín, y el rey don Pedro se despidió de Men Rodríguez.

—Espérame aquí;—le dijo:—que pronto volveré.

La luz desapareció de la ventana, y Men Rodríguez quedó en el cenador, cabizbajo y meditabundo.

El rey don Pedro cruzó por varias de las callejuelas que formaba el jardín, oculto siempre entre las sombras, y se detuvo debajo de la ventana que momentos antes había apercibido iluminada.

No obstante la obscuridad de la noche, el rey don Pedro pudo distinguir un lindísimo brazo de mujer que dejaba caer una escala de seda.

CAPITULO IX.

Del diálogo que tuvo Pero Carrillo con el privado del Conde de Trastamara.

Interin estos sucesos tenian lugar en Sevilla, Pero Carrillo, hijo de Gomez Carrillo Mazuelo, que como saben nuestros lectores se hallaba en Aragon al servicio del conde don Enrique, y habia solicitado entrar en pleitesias con el rey don Pedro para venir á su servicio, permanecia en la corte del monarca castellano muy sosegado al parecer y dispuesto á no abandonarle nunca, aun cuando los tratos que le propusiese el de Aragon fuesen muy ventajosos.

Don Pedro de Castilla aceptó como hemos visto la alianza con dicho noble, y le ofreció la villa y castillo de Tamariz con todas las tierras á ella correspondientes. El noble descendiente de Gomez Carrillo Mazuelo aceptó con gran satisfaccion las mercedes que le hacia el rey, prome-

tiéndole no volver á separarse de su bandera, aun cuando las proposiciones que le hiciese el conde de Trastamara fuesen en extremo ventajosas.

Carrillo venia, no obstante, acompañado de un escudero que jamás se levantaba la visera, y que por esta sola circunstancia dió bastante que murmurar á las gentes de Sevilla, afectas de suyo á no dejar en paz á ningun individuo que por cualquier concepto tratase de hacerse célebre.

El escudero que acompañaba á Carrillo no trataba sin embargo de escitar la atencion de los sevillanos, y tanto era esto así, que apenas salia de la casa en que su señor se hospedaba, y si alguna vez salia de ella, solia hacerlo de noche y cuando nadie podia observarle.

La circunstancia de no levantarse nunca la visera, era no obstante, motivo suficiente para que las gentes de Sevilla murmurasen á todas horas sobre la clase de la sociedad á que pertenecía, y unos le tomaban por el infante don Fernando, otros por el mismo conde de Trastamara, y no faltó quien afirmase que era el monarca aragonés.

Estos rumores no habian llegado, sin embargo, á los oídos del rey, y éste, que como hemos visto andaba demasiado ocupado con las hijas de don Alfonso Fernandez Coronel y con los planes de venganza que meditaba contra los rebeldes, no se cuidaba tampoco en averiguar quién era aquel escudero, que con tanto rigor procuraba guardar el incógnito en Sevilla.

El aparente escudero de Pero Carrillo no era tal escudero, y no sin razon circulaban entre el pueblo sevillano aquellos rumores acerca de su persona.

El célebre enmascarado era Pero Gonzalez de Mendoza, favorito del conde de Trastamara, y no sin motivo se cubria el rostro á fin de que nadie le conociese. Si á noticia del rey hubiese llegado que el favorito del conde de Trastamara se hallaba en Sevilla, indudablemente hubiese sobrevivido pocas horas el maestro de Santiago.

Pero Gonzalez de Mendoza guardaba, no obstante, su rigoroso incógnito, y nadie hasta entónces habia sospechado, que bajo aquel modesto traje de escudero se ocultaba el favorito del conde de Trastamara:

En la cámara de Pero Carrillo se hallaba en ocasion en que dejamos al rey escalando el monasterio de Santa Clara, y ambos mantenian el diálogo siguiente.

—Os digo, señor Mendoza, que nuestra posicion es bastante comprometida.

—No tanto como suponeis, señor Carrillo.

—Ah! vos no sabeis hasta dónde alcanza la furia del soberano.

—Demasiado, amigo Carrillo; pero por ahora podemos vivir seguros de que nada nos ocurrirá.

—Acaso os equivoqueis, señor Mendoza: los rumores que circulan entre el vulgo son, por desgracia, bastante significativos y si han llegado á noticia del rey...

—No: hoy por hoy estamos asegurados; mañana quizá se descubra todo el misterio, pero entre tanto ninguna duda debemos abrigar.

—Hablais con un tono tal de conviccion, que francamente me haceis creer...

—Y por qué no, amigo Carrillo?

—Allá veremos, señor Mendoza.

Pero Carrillo procuraba disuadir al privado del conde de Trastamara de su permanencia en la corte, y este, que como buen guerrero tenia bastante decision, no se mostraba muy propenso á seguir los consejos de Carrillo.

—Lo que sí debemos hacer —decia—y no por miedo al rey sino por nuestra propia conveniencia, es salir de Sevilla inmediatamente, dirigiéndonos á Toro, y una vez dentro de aquella ciudad, sacar de su prision á doña Juana de Villena.

—Esa es la idea con que hemos venido á Castilla, señor Mendoza; —repuso Pero Carrillo: —pero me parece que aun no es tiempo de llevar á cabo nuestros planes.

—El diablo que os entienda; —dijo entonces Mendoza incomodado: —acabais de decir que nuestra estancia en Sevilla puede comprometernos, y ahora no os atreveis á marchar á Toro. Por Cristo vivo! que no comprendo vuestra singular manera de proceder.

—Pues es bien clara, señor Mendoza.

—Para vos lo será, sin duda alguna; que para mí...

—Válgame Dios! y qué empeñado estais en contradecirme. He dicho que no nos conviene por ahora marchar á Toro, porque nuestra salida de Sevilla causaria indudablemente grande estrañeza, y mucho mas cuando todos los sevillanos se interesan por averiguar quién es el encubier-to que me acompaña.

—Si tanto reflexionásemos siempre que hubiésemos de decidarnos á obrar, de seguro que no habria sino holgazanes en la tierra; porque despues de tantos miramientos, quién fuera el hombre que se determinase á poner en planta ninguno de sus planes?

—Vamos, señor Mendoza; vos quereis darme á entender con eso que pensais salir de Sevilla muy en breve: no es eso?

—Justamente, señor Carrillo.

—Pues bien: os acompañaré; pero creedme, nos esporemos á que el rey haga con nosotros lo que no ha muchos dias ha hecho con el maestre de Santiago.

—Es decir, que teneis miedo?

—Y quién no; voto á mis calzas! si el rey don Pedro es una fiera?

—A las fieras se las coje con un lazo, y despues se las domestica.

—Decidido estais, por vida mia.

—Ya llegará ocasion en que os haga palpable lo que ahora mirais como imposible.

Pero Carrillo y Gonzalez de Mendoza prosiguieron disputando largo rato acerca del giro que debian tomar en adelante para huir de la cólera del rey, y convenciéndose por fin Carrillo de las razones que el privado del conde don Enrique alegaba, emprendió con él la marcha hácia Toro, saliendo aquella misma noche de Sevilla.

—Vamos, señor, mendaza; vos quereis darme á enten-
der con eso que pensais salir de Sevilla muy en breve: no

—Justamente, señor, Carillo, viene á veros muy ad-

—Pues bien: os acompañare; pero, comedme; nos espe-

remos á dar otro dia con nosotros lo que no ha muchas

—Es decir, que tenais miedo.

—Y quien no; voto á mis calzas! si el rey don Pedro es

CAPITULO X.

—A las tantas se las cogí — un lazo, y despues se las

domesticas para castigar á quien se opone á la ley.

—Escuchad, señor, por vida mia: no os queis ir.

En el que doña Maria de Padilla anuncia á su hermano el maestre
de Calatrava su próximo enlace con el rey don Pedro.

Pero Carillo y Gonzalez de Mendoza proseguieron dis-

—Qué quieres María?—decia el maestre de Calatrava

entrando en el camarín de la favorita del rey, y fijando en
ella una mirada de compasion.

—Oh! gracias á Dios que has venido;—contestó la jóven
con desconsolado acento:—ansiaba por momentos tu presen-
cia; pero siéntate, siéntate y hablemos con detencion.

El maestre de Calatrava tomó asiento al lado de la Pa-
dilla, dispuesto, al parecer, á escuchar con paciencia las
quejas de su hermana.

—Qué hace el rey?—dijo despues de un instante la jóven
doña Maria.

—Lo ignoro, hermana;—contestó el maestre lleno de
sorpresa:—pero, por qué me haces esa pregunta?

—Por nada;—contestó la jóven.

—Oh! sí; algun misterio envuelven tus palabras.

—Ninguno, Diego.

—Dime la verdad, María.

—No acostumbro á mentir, hermano.

—Pero en este instante me ocultas la verdad.

—En ese caso ya debes haber comprendido...

Y la Padilla se detuvo.

—Qué?—repuso el maestre de Calatrava.

—El motivo por qué te hago esa pregunta.

—Si no me lo explicas...

—Oh! hasta mi hermano se niega á escuchar mis que-

jas; hasta mi hermano se opone á darme la razon. Gra-

cias, gracias, amado Diego; no tengo motivo para quejar-

me de la conducta del rey para conmigo, no es cierto? no

es verdad que el rey me ama como antes?

Don Diego García de Padilla quedó como asombrado,

y nada replicó.

—Es decir, que tú tampoco me contestas?

—Qué quieres que te conteste, María? A preguntas co-

mo las que me haces, qué contestacion quieres que tenga?

—Es verdad, para razones como las que yo doy, no hay

contestacion posible.

—Pero si no te explicas, María, cómo quieres que yo

comprenda el sentido que tú quieres dar á tus palabras?

Qué quieres que conteste á preguntas como las que me es-

tás haciendo desde que he entrado en tu camarín?

—Ay Diego! Cuán desgraciada soy, y cuán abandonada

me veo de todos los que antes procuraban consolarme.

Maldito Alburquerque! y cuánto estoy sufriendo desde que

el rey don Pedro pasó por San Juan de Sahagun. Vivía yo tan tranquila al lado de su esposa! Oh! Por qué me sacó de allí don Juan Alfonso? Por qué hizo que el rey se detuviese en aquella villa? Dios mio! Dios mio! cuántos disgustos ocasionan los amores de un monarca!

—Pero qué quieres darme á entender con eso, María? Qué significan todas esas palabras que acabo de escuchar? Tienes celos del rey?

—Oh! muy grandes, Diego: hace tiempo que sufro horriblemente al ver al rey dulcemente entretenido con las hijas de don Alfonso Fernandez Coronel, y todo me lo ocultabas. Creías, hermano Diego, que yo nada habia de adivinar? Creías que los amores del rey iban á pasar desapercibidos para tu hermana? Oh! te has equivocado, Diego; tú tratabas de ocultarme los continuos devaneos del monarca; pero aun hay alguna persona en el alcázar, que interesándose por mí, me refiere todo cuanto el rey hace cuando se aleja de mi lado. Doña María Coronel se ha compadecido de mí, sin duda alguna, cuando negándose á escuchar los amorosos requiebros del rey, se ha desfigurado horriblemente el rostro para causar espanto al monarca de Castilla; esa jóven infeliz ha dado una prueba bien palpable del amor que profesa á su desgraciado esposo, y este tiene que vengarse del rey tan luego como se le presente una ocasion propicia. Oh! don Juan de la Cerda debe estar furioso... y tiene motivos para odiar al soberano. Quiera Dios que don Pedro no purgue de una vez las muchas injusticias que por espacio de algunos meses viene cometiendo. Pero doña Aldonza, doña Aldonza...! qué planes serán los que se haya formado esa jóven desgraciada, para de ese

modo tan audaz escuchar las galanterías de su rey? Oh! don Alvar Perez de Guzman debe sufrir horriblemente al ver la inconstancia de su esposa. Y dicen que es hermosa, Diego. Oh! yo quiero conocerla; quiero conocer á ese ángel malo que me roba el cariño del hombre á quien adoro, y con él mi felicidad y mi sosiego. Le amo tanto, Diego!

El maestro de Calatrava contemplaba á su hermana llenó de tristeza, y no se atrevia á interrumpirla en su amoroso delirio.

—Nada me contestas?—dijo entonces la jóven fijando una lánguida mirada en el antiguo camarero del rey.—Ninguna observacion tienes que hacer á mis palabras?

—Qué quieres que diga, María? Conozco que tienes razon sobrada para hablar de esa manera; pero si lo que exiges de mí es que aconseje al rey que varíe de conducta, bien puedes conocer que mis palabras ningun peso ejercen sobre la conciencia del monarca de Castilla. El rey don Pedro es un hombre feroz é incomprensible, y es de todo punto inútil que yo me determine á hacerle ninguna observacion. Si no hace caso de tus palabras, siendo así que tú eres la única persona á quien él respeta, qué efecto han de causarle las de tu pobre hermano, á quien con tanta frecuencia acostumbra á despreciar? Reflexiona un poco, María, y te convencerás de que es cierto cuanto te digo.

—No, no; no es para que aconsejes al rey para lo que te hé hecho venir á mi camarín; don Pedro desprecia cuantos consejos le dan las personas que se hallan á su lado, y acostumbrado á obrar siempre á su capricho, sin pedir parecer á nadie acerca de sus acciones, en vano seria que tú tratases de convencerle, porque no te escucharia. Te he

llamado únicamente para que me digas la verdad acerca de sus nuevos amores con doña Aldonza Coronel. Qué hay de cierto en esto, querido hermano?

—Lo ignoro, María.

—Oh! no me engañes tú también, querido Diego.

—No, no te engaño; pero estoy completamente á oscuras acerca de ese asunto.

—Imposible: yo sin salir de esta estancia, he llegado á saber que el rey ha requerido de amores á doña Aldonza, y tú que andas libre por Sevilla y hablas con todos los ballesteros, no sabes nada todavía? Oh! imposible, imposible, hermano!

—Te juro, María...

—Oh! no jures, no; tienen tan poco valor tus juramentos.

—Es decir, que dudas...?

—Y cómo no, cuando te obstinas en no decirme nada?

—Pues puedes vivir segura, María, de que tu hermano dice la verdad; y á fin de que te convenzas de que no miento, voy á decirte lo único que acerca de las hijas de Fernandez Coronel ha llegado á mis oídos.

—Habla, habla.

—Parece ser que el rey tan luego como hubo hecho prisionero á don Juan de la Cerda, se dirigió á su esposa y mostrándole una cédula de indulto, le dijo que seria puesto en libertad si accedia á no sé qué pretensiones.

—Sí, sí;—replicó doña María enjugando dos gruesas lágrimas que brotaron de sus ojos:—el rey don Pedro acostumbra á abusar siempre de la desgracia, y no es extraño...

—Doña María Coronel—prosiguió Padilla—rechazó abier-

tamente las escandalosas proposiciones del monarca, y apreciando en mas su honor de mujer casada, que la libertad de su marido, le dijo al rey que no volviese á proponerla otra vez asuntos de aquella especie, porque se taparia los oídos por no escuchar sus palabras.

—Y don Pedro entonces...

—Dejó por el pronto á la hija de Fernández Coronel; pero á los pocos dias volvió á repetirla sus proposiciones, y la dama volvió á negarse á ellas.

—Oh! y yo entre tanto...

—Viendo el rey la obstinacion de doña María, mandó degollar á su esposo, y se presentó á los pocos instantes delante de la viuda. Esta vez don Pedro fué mas allá de lo que marcan los límites de la prudencia, y trató de burlarse de la jóven. Doña María luchó con el rey á brazo partido, y viendo que no le quedaba otro recurso para sustraerse á los incalificables deseos del monarca que destroz completamente su hermosura, se abrasó el rostro con el liquido contenido en un pomo que habia sobre su mesa. El rey entonces se sobrecogió, y al ver los terribles dolores que sufría aquella jóven, antes tan hermosa y ahora horribilmente desfigurada por las quemaduras que cubrian su rostro, salió de la estancia como un loco, y no volvió á presentarse en ella.

—Y el liquido que contenía el pomo..?

—Debia ser una sustancia abrasadora; cuando en tan pocos instantes la dejó desfigurada.

—Y aun persiste en su deseo... Oh! don Pedro es un hombre muy cruel... muy cruel... y sin embargo le amo con delirio.

Don Diego García de Padilla fijó otra mirada de compasión en la Padilla y nada replicó.

—Qué delito he cometido—proseguia la jóven—para que el rey me trate de ese modo? Yo, que por él he renunciado al mundo y no salgo nunca de este camarín; yo, que solo pienso en él, y que por él vivo siempre entre estas cuatro paredes llorando sus desvíos... Oh! soy muy desgraciada, Diego; ayúdame á salir de este maldito alcázar, donde tantos cuadros de horror he presenciado: pero sigue, sigue tu relacion y no me ocultes la verdad, querido hermano. Qué es de doña Aldonza Coronel? qué es del rey de Castilla? Acaso se encuentren los dos en este instante prodigándose ternezas, mientras la pobre esclava del rey permanece encerrada en su retrete. Cuéntame, cuéntame todo lo que sepas, y nada me ocultes, Diego.

—Por Dios, María! te he dicho ya todo lo que sé acerca de los amorosos pasatiempos del rey, porque el rey solo te adora á tí; no vuelvas, pues á hacerme esas preguntas.

—Oh! dí que no tienes ya franqueza con tu hermana, y no me pongas esas disculpas que de ninguna manera puedo creer, querido Diego; dí que temes demasiado al rey para atreverte á descubrir sus secretos, y no me engaños con palabras que ningun valor tienen para mí. Acompañándole como le acompañas á todas partes, cómo quieres hacerme creer que permaneces á oscuras acerca de este asunto? Imposible, imposible Diego; tú me engañas, y no tienes motivo para obrar de esa manera, porque sabes que yo te hablo siempre con franqueza. Me he negado yo á satisfacer tu curiosidad, toda vez que has tenido por conveniente hacerme algunas preguntas acerca de las secretas conferen-

cias que el rey tenía antes conmigo? Me negué yo nunca á contestarte cuando estaba en antecedentes de lo que no pocas veces me decias? No, Diego; y yo siempre te he hablado con franqueza, y no sé qué motivos tienes para observar conmigo esa conducta. Dime que no quieres affligirme descubriéndome misterios que te empeñas en que yo ignore, y no me contestes que nada sabes de cuanto te pregunto.

—María!—volvió á esclamar el maestro de Calatrava conmovido y agitado.—Ignoro las razones que puedas tener para dudar de mí del modo que lo estás haciendo en este instante. Crees que si yo supiese lo que pasa entre el rey y doña Aldonza, te lo ocultaria? No; de ninguna manera.

—Vuelvo á decirte que me engañas, y no te incomodes, Diego; el rey te ha prohibido hasta que entres en mi camarín, y no es otra la causa de tu silencio; pero habla, habla con libertad; que el rey no se encuentra en el alcázar en este momento.

—Cómo! el rey no se halla en el alcázar?

—No, Diego; y en verdad que me causa risa tu estrañeza. Ignoras por ventura que ha salido acompañado de Men Rodríguez?

—El rey no sale nunca despues de anohecido.

—Vamos, Diego; basta ya de ficciones, y no te empeñes en hacerme creer lo que no existe. Si yo que estoy en mi retrete, sé que el rey ha salido esta noche, cómo no has de saberlo tú, que te encuentras casi siempre orilla de su cámara?

—Tendrá alguna puerta secreta por donde...

—No, no; ya sabes que el rey don Pedro obra siempre sin temor á que el vulgo murmure de sus acciones.

—Te engañas, María, y puedo presentarte mil pruebas de lo contrario. Y si nó, supo alguién que don Juan de la Cerda habia sido asesinado por órden suya, hasta que él mismo ha tenido por conveniente el anunciarlo? Quién sabia que mandaba llamar á don Fadrique para darle muerte en su mismo alcázar?

—Es verdad, pero...

—Pero nada, María; conven conmigo en que el rey don Pedro es misterioso, y que nadie se apérbice de sus obras hasta algunos días despues de haberlas llevádolo á cabo.

—Sin embargo...

—No tienes disculpa, María; has tratado de próbarmé que yo te ocultaba la verdad, y no lo has conseguido!

—Oh! si fuese cierto...

—Dudas aun?

—Al menos sabria que hay una persona á mi lado que se interesa por mi suerte.

—Calla, calla, María; porque tus palabras me hacen padecer.

—Era yo tan dichosa cuando me hallaba en San Juan de Sahagun... Y ahora, ahora, despues de lo que há pasado....

Con un misterio tal pronunció la Padilla éstas palabras, que su hermano no pudo menos de sorprenderse, y aproximándose á ella lleno al parecer de sobresalto:

—Qué ha pasado?—la dijo.

—Nada, nada;—contestó la dama ocultándose el rostro entre las manos.

—Oh! algo ha sucedido; refiéremelo, María.

La desgraciada y hermosa hermana del maestre conti-

nuaba guardando silencio, y después de unos instantes rompió á llorar amargamente.

Don Diego García de Padilla, haciendo un poderoso esfuerzo pudo conseguir que no rodáran por sus mejillas dos lágrimas, que en aquel momento aparecieron en sus ojos.

Doña María, enjugándose el llanto con un lindísimo pañuelo en cuyas puntas se veía la corona de Castilla primorosamente bordada, continuaba silenciosa y sin atreverse á variar de posición.

—María! María!—esclamó entonces el maestré todó conmovido:—refiéreme tus penas y no meagas pádecér con tus misterios. Qué tienes, María? qué te pasa? qué te sucede?

—Nada, nada;—contestaba la jóven llena de emoción.

—Oh! sí; algo te sucede María; no me lo ocultes. Te ha abandonado el rey?

Doña María de Padilla lanzó un profundo suspiro y fijando una triste mirada en el rostro de su hermano;—

—Me abandona, sí;—le dijo:—me abandona, porque requiriendo de amores á doña Aldanza Coronel, no se acuerda de mí, ni entra en mi retrete; antes me contemplaba, me veía con agrado y procuraba satisfacer hasta mis mas simples caprichos, pero hoy... hoy es muy diferente para conmigo, Diego; hoy ni siquiera se acuerda de mi nombre. Y cuándo? cuándo desentendiéndose por completo de doña Blanca y de la viuda de don Diego de Haro, se ha decidido á...

Y la Padilla se detuvo.

—A qué?—la interrumpió el maestré.

—A hacerme su esposa.

—Su esposa!—esclamó el maestre lleno de asombro!

—Su esposa, sí; don Pedro me ha prometido que dentro de muy pocos dias se desposará conmigo en este camarín.

—Qué dices, María?—esclamó el maestre lleno de júbilo al parecer.

—Lo que oyes Diego; pero el rey es tan misterioso que me ha impuesto una condicion.

—Cuál?—replicó el maestre.

—La de que á nadie dé cuenta de nuestro enlace.

—A nadie!

—A nadie.

—Ni á tu hermano siquiera?

—A tí, únicamente, y á los que designe por testigos de nuestro enlace.

—Y qué razones ha alegado para imponerte esa condicion?

—Una muy poderosa, Diego.

—Habla, habla María.

—El rey, como sabes, se ha casado ya dos veces; no contento con anular públicamente su primer enlace con doña Blanca de Borbon, ha repudiado tambien á su segunda esposa doña Juana de Castro. Esto le ha ocasionado profundos sinsabores, y su conducta para con esas dos mujeres, no ha sido acaso la causá que menos ha influido para que sus hermanos bastardos y casi todos los nobles de Castilla le hayan declarado guerra. Si en el reino se divulgase, pues, la nueva de que don Pedro se habia casado conmigo, entonces...

—Es verdad, es verdad; casado dos veces... y luego la excomunion con que le amenaza el Papa...

—Esa es la causa, Diego.

—Pero bien mirado, tú tienes muchos derechos sobre doña Blanca y doña Juana para unirte con el rey.

—Sin embargo...

—Ya tenias dos hijos de él cuando vino á España la hija del duque de Borbon: bajo ese aspecto por lo tanto...

—Es verdad; pero hasta ahora he pasado nada mas que por su favorita, y esto como comprendes...

—Es cierto, muy infeliz has sido, querida hermana.

—Oh! y ahora... ahora que ya se ha decidido á reconocerme por esposa, ahora me abandona por doña Aldonza Coronel.

—No, María; no creas en los rumores que corren por Sevilla: el rey don Pedro me ha repetido muchas veces que te adora, y aun cuando nunca me lo hubiese dicho, motivos tengo sobrados para haberme convencido.

—Me adoraba, sí; pero hace tiempo que se ha cansado ya de amarme, y mi presencia le causa hastío.

—No digas eso, María.

—Sí; ya sabes que tengo motivos para hablar de esa manera.

—Nunca, nunca, María: aun cuando el rey demuestra, al parecer, que se enamora de las damas á quienes le entre el capricho de visitar, no por eso te olvida, querida hermana. El rey don Pedro te ama con delirio, y por ninguna mujer del mundo será capaz de abandonarte: estoy bien convencido de ello, María; y tú debes estarlo tambien: deshecha, pues, esos infundados celos que há tiempo te atormentan, porque el corazon del rey es tuyo, tuyo nada mas, María.

—Y si el rey me ama tanto como dices, por qué huye de mí echándose ayer en brazos de doña María Coronel, hoy en brazos de doña Aldonza, y mañana acaso?

—Calla, calla, María; esos no son amores; esos no son mas que devaneos, pasatiempos de placer. ¿no sé cómo apellidarlos; pero de ninguna manera pasiones formales como la que hace tiempo siente por tí.

—Oh! pasatiempos serán, lo creo; pero pasatiempos que me hacen padecer robándome la tranquilidad y no dejándome ni un solo instante de sosiego.

—Pero y la última prueba que te ha dado de su amor; nada significa?

—Por Dios! por Dios! que nadie sepa el secreto que acabo de revelarte: pasaré por manceba suya á los ojos del mundo, pero ya soy su esposa ante los ojos de Dios.

—Descuida, hermana; nadie lo sabrá.

El maestre de Calatrava abrazó con efusión á la hermosa doña María, y esta, triste y desconsolada, prosiguió llorando amargamente.

—María!—esclamó el maestre:—no dudes del rey, porque te ama.

—Oh! dudo, sí;—contestó ella:—pero soy feliz en medio de mi desdicha. Le amo tanto!

En este instante se abrió la puerta del dormitorio contiguo al retrete en que el maestre y la Padilla se encontraban, y la hermosa infanta de Castilla, á quien doña María habia puesto por nombre Beatriz, apareció en ella como desconsolada, y dirigiendo á su madre una mirada de tristeza:

—Llorábais?—la dijo estrechándola con sus bracitos:—Oh!

me ha despertado vuestro llanto. Por qué llorais, madre querida?

—No lloro, no;—contestó la esposa de don Pedro:—lloro de júbilo, hija mia; lloro porque tu padre nos va á hacer muy dichosas.

Y la desconsolada madre posó un beso de ternura en la frente de Beatriz.

—Quiera Dios que no seas tan desgraciada como tu madre;—murmuró por lo bajo llena de tristeza.



Señora pero mas de la media noche, cuando dos caballos montados en toros azules, entraban por la calle Real de Toro á paso bastante acelerado.

El que iba delante podía contar unos treinta y cuatro años escasos y por la sencilla expresion de su semblante, que á decir verdad era bastante colorado, podría verse á deducir que aquel caballero era un hombre sin aspiraciones; un hombre lanzado al ruido de las peñas por una de tantas casualidades como vemos en el mundo, pero interesado por el mismo, de alcanzar algun lance al entrar en combate con sus enemigos.

En efecto estaba algo tanto toronado, y en sus ojos era donde únicamente podía leerse alguna cosa acerca del caracter de dicho caballero. Si es cierto que por la fac-

me ha despertado vuestro llanto. Por qué llorais, madre querida?

—No lloro, no;—contestó la esposa de don Pedro:—lloro de júbilo, hija mía; lloro porque tu padre nos va á hacer muy dichosas.

Y la desconsolada madre puso un beso de ternura en la frente de Beatriz.

—Quieta Dios que no seas tan desgraciada como tu madre:—murmuró por los dientes.

CAPITULO XI.

De cómo una cédula real de donacion, merced á la astucia de un Pero Carrillo, se convirtió en una orden de libertad.

Seria poco mas de la media noche, cuando dos caballeros montados en fogosos alazanes, entraban por la calle Real de Toro á paso bastante acelerado.

El que iba delante podria contar unos treinta y cuatro años escasos, y por la sencilla espresion de su semblante, que á decir verdad era bastante colorado, podria venirse á deducir que aquel caballero era un hombre sin aspiraciones; un hombre lanzado al ruido de las peleas por una de tantas casualidades como vemos en el mundo, pero incapaz por sí mismo de alcanzar ningun laurel al entrar en combate con sus enemigos.

Su entrecejo estaba algun tanto arrugado, y en sus ojos era donde únicamente podia leerse alguna cosa acerca del carácter de dicho caballero. Si es cierto que por la fiso-

nomía pueden adivinarse muchas veces los sentimientos de una persona, los del personaje de que nos ocupamos, no debían ser en verdad los mas propios de un hombre, que como él vestía el traje de caballero.

Su mirada era maliciosa, atrevida y sagaz al propio tiempo. Cualquiera que por primera vez hubiese visto las dos arrugas que formaba su entrecejo, no hubiera vacilado en afirmar que aquel hombre era un traidor; pero no un traidor de esos arrojados, no un traidor de esos que se esponen, sino un traidor cobarde y sin alientos, uno de esos hombres que se atreven á dar el golpe cuando están seguros de poder ocultar la mano.

El individuo que le seguía montaba un hermoso caballo blanco, y aunque llevaba el rostro completamente cubierto con la visera del casco y la redecilla, no obstante, por su porte, mucho menos airoso que el de su compañero, y la actitud cansada en que iba al parecer, cualquiera hubiese adivinado que era mas viejo que el que le precedía.

Vestía el traje de escudero y marchaba á cierta distancia del que parecía su señor; pero el mal humor con que de cuando en cuando tiraba de la rienda á su corcel, los juramentos y aun blasfemias que de tiempo en tiempo salían de su boca, y el poco respeto, en fin, con que trataba al que le precedía, todo daba á entender que ni era escudero ni pensaba en serlo, y que si vestía aquel traje era únicamente porque así le convendría por el pronto.

Silenciosos marchaban por la calle arriba, cuando al caballo del primero se le antojó dar un agudo y prolongado relincho, que indudablemente debió despertar á los que habitaban aquellos alrededores.

—Cuernos del diablo!—esclamó entonces lleno de cólera el que parecía mas anciano.—Podiais, señor ginete, tirar un poco de la brida á ese caballo á fin de que no relinche de un modo tan descomunal. No parece sino que os habeis propuesto hacerlo todo al revés de como os mando.

El que iba delante bajó la cabeza al oír la reprension, y nõ quiso murmurar ni una palabra.

—Meted, meted espuela, y lleguemos cuanto antes á la posada:—continuó el del caballo blanco, en tono de mal humor.—Ya que no habeis podido evitar que continuemos en silencio, poco importa ya que la ciudad entera salga á recibirnos.

El de adelante hizo lo que decia su supuesto escudero, y cruzando por una docena de callejuelas estrechas y sombrías, llegaron por fin á un estrecho callejon por el que apenas podia pasar un caballo medianamente grueso, é internándose en él hicieron alto delante de una puerta destartalada, cubierta toda de clavos y encima de la cual se veia colgada un asta de toro de muy regulares dimensiones.

El que hacia de guia se inclinó un poco sobre la cabeza de su caballo, y levantando un pesado aldabon de chierro que servia de llamador, lo dejó caer por tres veces sobre la enorme herradura en que antes descansaba.

—Quién va?—gritó una voz áspera y bronca desde adentro.

—Quien viene:—contestó con imperio el que montaba el caballo blanco.

—Pues quien viene—repuso el de adentro en tono de mal humor—puede marcharse por donde ha venido, que aquí para nada le necesitamos. Vaya con los fueros..!

—Abre, Guillen;—dijo entonces el que por tres veces habia hecho sonar el aldabon.

—Ah! sois vos..?—replicó entonces el de adentro como arrepentido.

—Sí, Guillen; yo y mi escudero.

El apellidado Guillen abrió una de las hojas de la destartalada puerta de su meson, y ambos ginetes pasaron los umbrales sin apearse.

El dueño de la posada, pues dueño debia ser por fuerza cuando con ínfulas tales despedia á los viajeros, miró de alto á bajo al caballero, y saludándole respetuosamente tuvo de las bridas al bruto mientras se apeaba. Luego dirigió una mirada de desprecio al que parecia escudero, y volviéndose hácia el que habia llamado,

—Por Dios!—le dijo—que teneis un escudero bastante mal educado. Sino fuera...

—Es ya viejo;—repuso con dificultad el interpelado:—y el mal humor que siempre le domina...

—Pudiera guardar su fuero para cuando fuese señor de algun castillo y tuviese gentes á quien mandar; pero...

—Basta, Guillen. Tienes dispuesta alguna cámara?

—Todas las de mi casa están siempre á vuestra disposicion;—contestó Guillen con mucho agrado.—Subid, subid por aquí.

El mas jóven de los ginetes siguió los pasos del dueño de la posada, y subiendo por una estrecha escalera de madera, cuyos carcomidos peldaños amenazaban romperse debajo de los piés de los que por ellos ascendian, penetró en el piso principal de la posada, hasta donde le siguió el incógnito escudero.

—Por Cristo vivo!—dijo el viajero luego que hubo concluido su ascension—que es mas difícil subir al piso principal de la posada, que escalar el castillo de Triana. Ya podias haber pagado á un maestro para que hiciese una escalera como se debe...

—Qué quereis, señor?—repuso Guillen.—Las cosas van muy mal desde que el conde de Trastamara anda otra vez por estos reinos, y no se gana para sustos, cuanto mas para fabricar escaleras... pero hablando de otra cosa... me alegro mucho, señor, de que os hayais acogido á la merced del rey. Ya sabia yo que vos...

El escudero que tan mal recibido habia sido por Guillen pateaba de coraje, y estaba ya incomodado al ver que su compañero de viaje daba pié para que hablase sin cesar el dueño de la posada.

Comprendido esto por aquel, dió dos pasos adelante y le dijo á Guillen:

—Vamos, vamos; hemos caminado mucho y necesitamos descansar. Dónde nos albergamos?

El posadero se sorprendió, pero viendo que no le quedaba otro recurso, abrió la puerta de una bonita sala y dijo:

—Quereis algo mas?

—Nada,—le contestaron.

—Que descanséis.

Y se retiró.

—Gracias á Dios—dijo el encubierto—que nos hemos quitado esa avispá de encima; pero ya se vé, le dan conversacion y él prosigue... Entremos, entremos.

Y esto diciendo penetró en la cámara cuya puerta habia abierto Guillen.

Interin ambos viajeros se acomodan en su nueva habitacion, sigamos nosotros los pasos del dueño de la posada, y digamos algo acerca de él, y de su esposa.

Nuestros lectores al *Puñal de Trastamara*, recordarán que doña María de Padilla tenia una doncella llamada Beatriz; doncella á quien dispensaba toda clase de confianzas, y que era, en fin, la amiga íntima de la desgraciada favorita del rey.

Esta hermosa doncella, recordarán tambien nuestros lectores, que estaba enamorada de Guillen, uno de los escuderos que estaban al servicio de la Padilla. Asi mismo habrán notado todos los lectores de nuestra obra, que desde entonces acá, no hemos tenido ocasion de volver á hablar de dichos personages, y la razon del por qué hemos obrado asi es muy sencilla.

Guillen, que amaba demasiado á Beatriz, y Beatriz, que no amaba menos á Guillen, ambos estaban como afligidos al lado de la Padilla, y sufrían horriblemente cuando el rey iba alguna vez á visitarla.

Cansados, pues, de dar largas á un asunto, que por lo viejo debia hallarse ya demasiado maduro, pensaron en casarse cierta noche y en ahorrar por lo tanto algun dinero para el día en que se decidiesen á llevar á cabo su pensamiento.

Desde aquel instante Guillen solo pensaba en Beatriz, y esta solo se acordaba de Guillen.

Llegó por fin el día en que ambos se decidieron, y Guillen aconsejó á su novia que lo pusiese en conocimiento de su señora la Padilla.

Resistióse la jóven todo lo posible á obedecer en aquella

ocasion á su futuro; pero pudiendo mas las razones que este alegaba, que la vergüenza que la jóven sentia al verse obligada á noticiar á su señora un asunto como este, se decidió por fin, y entrando en el camarin de la Padilla, se echó á sus piés y la dijo:

—Señora! he sido culpable; perdonad...

Doña María de Padilla escuchó llena de asombro las palabras de la jóven, y reponiéndose despues de su sorpresa:

—Habla, habla;—la dijo con acento lleno de ternura.—Qué quieres darme á entender con tus palabras?

La jóven Beatriz se detuvo unos instantes, y luego por toda contestacion rompió á llorar amargamente.

—Beatriz! Beatriz!—esclamó entonces la Padilla.—Qué tienes? qué te pasa? habla, habla, y nada me ocultes, querida amiga.

—Oh! sí;—repuso entonces la desconsolada jóven:—he sido culpable y os pido perdon, señora mia.

—Perdon!—esclamó doña María llena de sobresalto y atacada en aquel instante por los celos.—Oh! acaso—continuó por lo bajo,—acaso el rey...

—Me perdonais, señora?

—Habla:—contestó la Padilla con resolucion.

—Ya sabeis, señora,—continuó entonces la jóven—ó si no lo sabeis debéis haberlo adivinado, que yo amaba á Guillen...

La jóven se detuvo y doña María de Padilla lanzó un suspiro como de desahogo, y añadió:

—Prosigue, prosigue, Beatriz, que ya imagino á dónde vas á ir á parar con tu relacion.

—Yo, como os digo,—continuó la jóven,—amaba al escu-

dero Guillen , porque ví que era un jóven honrado , pundo-
noroso y caballero; le amaba con delirio por todas estas
circunstancias; pero hoy que estoy convencida de su buen
corazon y demás prendas que le adornan, no puedo pa-
sar sin unirme con él , señora mia. Para conseguir esto he-
mos ahorrado , tanto él como yo algunos maravedises , y
él se empeña en que nos marchemos á Toro, de donde es
natural , para fijar allí nuestra residencia y establecer al-
guna industria.

La hermosa doña María escuchaba con atencion las pala-
bras de la jóven ; pero en sus miradas lánguidas unas veces,
y otras arrebatadas , se adivinaba desde luego que la favo-
rita del rey debía padecer. Y la Padilla padecia , en efecto,
al oír las palabras de su doncella , porque en su condicion
de mujer iba envuelta desde luego la circunstancia de en-
vidiosa ; y al ver que su jóven doncella trataba de casarse
con Guillen, cuando el rey , no obstante la palabra que
con ella habia empeñado de hacerla su esposa muy en bre-
ve, no se habia determinado todavía á poner en planta su
pensamiento , padecia horriblemente y hasta llegaba á du-
dar de la pasion del rey.

No era prudente , sin embargo , que ella diese á enten-
der lo que sentia; y como por otra parte doña María ama-
ba de veras á Beatriz , debía aparentar indudablemente
que se alegraba al saber noticia tan alarmante.

Hízolo así dominando como pudo su propia debilidad,
y estrechó entre sus brazos á la jóven. Aquel entusiasmo
era , no obstante, fingido; pero Beatriz , arrebatada en me-
dio de su gozo , y pensando quizá en su futura dicha , nada
comprendió.

—Perdonadme, perdonadme;—repetía, no obstante, en medio de su entusiasmo estrechando también llena de emoción á doña María.—Perdonadme, señora; he sido culpable.

—No, no:—la replicaba la favorita del rey;—no has dado motivo para que yo me ofenda; amas á un hombre y tratas de casarte... haces bien, Beatriz.

—Pero me aparto de vuestro lado, señora...

—Es cierto: pero no importa, no importa; yo sacrifico con gusto una amistad, á trueque de ver feliz á mi mejor amiga.

—Doña María!

—Sí, Beatriz; te quiero como á una hermana; tú has sido la única persona con quien yo me he consolado; la única en quien yo he tenido confianza para referirle todas mis penas; pero es preciso, Beatriz; la suerte ha dispuesto que nos separemos, y debemos respetar su fallo; tú partes gustosa del lado mio; yo quedo contenta, porque te veo marchar feliz.

—Oh! gracias, gracias, doña María.

—Ya sabes que te amo, Beatriz.

—Es cierto, señora. Oh! cómo pagaros yo tanto como os debo?

—No olvidándote nunca de tu amiga;—contestó la hermana del camarero mayor del rey.

—Olvidaros!—esclamó la jóven.

—Y a fin de que no me olvidéis,—continuó la Padilla despojándose de un precioso adorno de perlas que llevaba al cuello—toma ese collar que el rey me ha regalado. Conservale siempre para memoria mia.

—Gracias, gracias;—volvió á repetir la jóven llena de emoción.

Y esto diciendo besaba con delirio la prenda que la Padilla acaba de regalarle.

—Te olvidarás de mí?—le preguntaba esta.

—Nunca, señora;—contestaba Beatriz.

—Entonces vendrás á verme...?

—Cuantas veces querais, señora mia.

Y despues de darse otro abrazo de ternura, ambas amigas se separaron.

Al día siguiente Guillen y Beatriz se desposaban en la capilla del alcázar donde se hallaba la fayerita, y aquella misma noche fueron velados en la propia capilla, siendo madrina de los desposados la hermosa doña María, hermana del camarero mayor del rey.

Una vez casados ambos amantes, salieron de aquel alcázar y se encaminaron hácia Toro, donde Guillen se hizo cargo de la casa de su padre y estableció en ella una posada, que se llamaba la Posada del Toro, por el cuerno que, como han podido ver nuestros lectores, habia colgado encima de su puerta.

Con el dinero que ambos esposos habian reunido hallándose al servicio del rey, y las pequeñas ganancias que su nueva industria les proporcionaba, pasábanlo en Toro mas que medianamente, y no echaban de menos los lujosos camarines de la Padilla, á no ser para recordar los muchos favores que dentro de ellos les habia concedido.

Beatriz, si se quiere, habia perdido indudablemente en el cambio de posicion; pero ella todo lo daba por bien empleado con tal de hallarse al lado del hombre á quien ama-

ba, y Guillen, por su parte, era tambien feliz en medio de las faenas de su posada; de modo que ambos esposos vivian contentos en medio de su retiro.

—Quién ha venido?—dijo Beatriz luego que Guillen hubo bajado á la cocina.

—Don Pero Carrillo:—contestó Guillen.

—Y quién le acompaña?

—Un escudero que tiene mas trazas de señor que de criado. Si tú hubieses visto los fueros con que hablaba... Júrote, Beatriz, que á no haber sido por venir acompañado de quien venia, le hubiese roto la cabeza de un candilazo.

—Y de quién viene acompañado?—repuso Beatriz haciendo un gesto de desden:—de un traidorcillo de mala ley; de un hombre que ayer abandona á don Pedro por unirse al conde de Trastamara, y que hoy deja al conde de Trastamara por unirse con don Pedro.

—Es verdad; pero al fin es un caballero...

—En el nombre, que no en lo demas, Guillen.

—Ahora que recuerdo...—dijo entonces el esposo de Beatriz, golpeándose en la frente como asaltado por otro pensamiento:—en verdad, que tiene razon Carrillo. Sabes lo que me ha dicho, Beatriz?

—Si no me lo dices...

—Que la escalera para subir á las cámaras es muy buena para romperse el alma al ascender.

—Eso ya te lo tengo dicho yo hace mucho tiempo; pero te has propuesto sin duda que yo me rompa la cabeza...

—No, no, Beatriz; mañana mismo haré venir á un maestro y tres peones para que hagan una de yeso como corresponde.

—Gracias á Dios que veo cumplido mi deseo. Ahora que te lo ha dicho Carrillo...

—No, Beatriz; yo siempre procuro complacerte. Pero qué hacemos aquí, voto á San Yago? Esta noche, por lo visto, nos amanece en la cocina.

—Acostémonos, Guillen.

—Eso iba á decirte, Beatriz.

Guillen echó los cerrojos de la puerta de la calle, y se retiró á la cama.

Algunos momentos despues, en la posada del Toro roncaban todos los individuos hospedados en ella, á escepcion de los dos personajes á quienes el lector y nosotros hemos acompañado.

—Con que vos opinais —decia el mas jóven— por que mañana mismo pongamos en planta nuestro pensamiento?

—Qué duda tiene, amigo?

—Es verdad, pero...

—Pero nada; mil veces te he dicho que eres un cobarde, y hoy con doble razon vuelvo á repetirtelo.

Sin necesidad de que nosotros lo digamos, ya habrán podido comprender nuestros lectores, que los personajes á quienes por espacio de algun tiempo hemos seguido desde la calle Real, no eran otros que Pero Carrillo y Pero Gonzalez de Mendoza, recien llegados á Castilla desde el reino de Aragon.

—A vuestras órdenes estoy, señor Mendoza;—dijo Carrillo despues de la corta reprension que le echó el favorito del conde de Trastamara:—pero desde ahora os pronostico que vuestro medio puede fallar.

—Válame Dios!—repuso Mendoza—y qué amigo eres de contradecir!

—No tal; pero hay otro medio...

—Esplicáte.

—No tengo en mi poder la cédula que el rey me ha dado otorgándome la villa de Tamariz con todas sus tierras y vasallos?

—Sí.

—Y no pensamos volver á Aragon, tan pronto como pongamos en libertad á la esposa del conde de Trastamara?

—Sí.

—Nos servirá despues de alguna cosa ese pergamino?

—No.

—No puedo desprenderme de él, por lo tanto, utilizándole en favor de nuestro pensamiento?

—Sí;—contestó Mendoza, que iba quedándose mas asombrado á medida que Carrillo le hacia nuevas preguntas.

—Pues bien;—repuso el hijo de Gomez Mazuelo:—con ese pergamino, yo me encargo de poner en libertad á la mujer de don Enrique.

—Difícil lo veo, amigo Carrillo.

—Mas difícil veo yo la resolución de vuestro plan.

—Habla, habla y veamos.

—Vais á ver cómo.

Pero Carrillo sacó de su escarcela la cédula que el rey le habia dado, otorgándole las tierras de Tamariz, y despues de quitarle cuidadosamente el sello de cera que le cubria;

—Ahora vereis—añadió—como una cédula real de donacion, se convierte en una orden de libertad.

Gonzalez de Mendoza contemplaba lleno de asombro al caballero, y éste, sin cuidarse del asombro del favorito del conde, sacó un pomito de vidrio que herméticamente cerrado llevaba en la escarcela, y destapándolo cuidadosamente lo llevó á las narices de Mendoza diciendo:

—Oled.

El favorito del conde se quedó como atontado, y luego que se hubo repuesto de aquella impresion;

—Por Dios!-le dijo-que tienes unas cosas, amigo Carrillo, como tuyas nada mas. A quién se le ocurre dar á oler un líquido tan penetrante? Por las calzas de don Fruela! que nunca he olido otra cosa como esa!

—Válame el cielo!-repuso entonces Mendoza como tomando la revancha por las muchas veces que aquel le habia llamado cobarde-y cuán poca resistencia teneis! Yo creí que cuando me llamábais cobarde, tendríais vos el suficiente valor para oler este pomito.

—Creo-contestó Mendoza-que ni tú mismo eres capaz de olerlo.

—No hay necesidad;-dijo Carrillo:-ved, ved el efecto que este líquido causa en el pergamino.

Carrillo vertió unas gotas en la cédula del rey, y estudiéndolas por algunas de las líneas contenidas en ella, estas quedaron completamente borradas.

—Es cosa particular;-dijo entonces Mendoza como asombrado.-Quién te ha dado ese pomo?

—Esto no lo dan; lo venden:-repuso Carrillo.

—Y cuánto te ha costado?

—Cinco maravedises de oro.

—Por Dios! que no es caro si se atiende á sus cualidades.

Pero Carrillo continuó su operacion de borrar lo contenido en la real cédula de donacion, y luego que no hubo quedado en ella mas que la firma del rey, lo estendió sobre una mesa diciendo.

—Por ahora, hemos concluido; esperemos á que se seque.

El asombro de Mendoza subia de todo punto á cada palabra que decia Carrillo, y mudo y como espantado, nada se atrevia á decir.

—Ya no tengo nada de cuanto me ha concedido el rey:—dijo entonces Carrillo, viendo que Mendoza no se determinaba á romper el silencio.

—Cómo, si has borrado lo que contenia la cédula?

—Ahora falta que la llene nuevamente á mi gusto, á fin de poner en libertad á doña Juana de Villena.

—Sagaz eres, por vida mia, y en verdad que nunca hubiese imaginado que eras tan atrevido.

—Válame Dios! señor Mendoza y cuán poco me conocéis.

—Ahora comprendo lo que vales.

—Soy astuto, no es cierto?

—Por demás.

—Esto lo he hecho para que os convenzais, de que yo no necesito ayuda de nadie cuando trato de servir á quien bien quiero.

—No canteis victoria todavía;—repuso Mendoza incomodado:—pudiera suceder...

—Descuidad: doña Juana de Villena vendrá con nosotros á Aragon... pero ya está seco el pergamino; estendamos la orden de libertad.

ob el Pero Carrillo escribió con mucha torpeza unas cuantas líneas sobre la que antes era carta de donación, y después que estuvieron secas; el sup para que se recibiera en Castilla.

—Leed;—dijo presentándosela á Mendoza. —Es cierto.

El favorito del conde de Trastámara vaciló unos instantes, y luego dijo en voz alta: «vos sup le sup osojo sup»

«La persona ó personas encargadas de custodiar á la condesa de Trastámara doña Juana de Villena, obedecerán como si fuera el rey, al noble caballero Pero Carrillo, y pondrán en su poder á la alta, noble y poderosa condesa, para que la trasporte al lugar por mí designado. Responden con la cabeza del cumplimiento de esta orden, todas las personas encargadas hasta ahora de la custodia de la prisionera. Dada y firmada en nuestros reales alcázares de Sevilla, á nueve de noviembre del año de nuestro Señor Jesucristo, mil trescientos cincuenta y siete.—EL REY.»

—Por Dios, amigo Carrillo!—esclamó Mendoza algunos instantes después de haber leído la orden—que te pintas solo para estas cosas. Quién diablos te ha enseñado á hacer estas diabluras?

—Esto no se enseña; esto se cavila:—contestó Carrillo con sequedad.

—Por la sombra de Belcebú! que nadie es capaz de decir que esa orden es falsa.

—Y cómo, si va acompañada del sello real y de la firma del rey?

—Es cierto; es cierto: á quién sino á tí se le hubiese ocurrido...?

—Ahí veis, señor Mendoza, cómo Carrillo no se duerme sobre las pajas cuando trata de salir airoso de cualquier

empresa. Por qué si nó habia yo de pedir al rey la carta de donacion de las tierras de Tamariz? No pensando permanecer en Castilla, para qué la necesitaba?

—Es cierto, es cierto: —

—Estais convencido ya de que este medio es mucho mas ventajoso que el que vos me proponiais?

—Sí, sí; Carrillo; quién lo duda?

—De este modo no nos esponemos; porque antes de que la noticia llegue á oídos del rey, ó lo que es lo mismo, antes de que el alcaide le comunique que su órden está cumplida, ya nos hallamos en Aragon.

—Es verdad; pero quién sabe..?

—Nada temais, señor Mendoza: dentro de dos horas vereis el resultado; por ahora descansemos, que luego nos ha de faltar tiempo para dormir.

—Descansemos, sí.

Y ambos individuos se tumbaron sobre las camas, que Beatriz tenia siempre preparadas para los viajeros.

—Quien diablo te ha enseñado á hacer estas diligencias?

—Esto no se enseña, esto se cavió: —contestó Carrillo con seguridad.

—Por la sombra de ~~la cruz~~ que nadie es capaz de decir que ese órden es tal.

—Y cómo si va acompañada del sello real y de la firma del rey?

—Es cierto; es cierto; ¿quién sino á tí se lo hubiese ocurrido?

—Ahí veis, señor Mendoza, cómo Carrillo no se acuerda sobre las pajas cuando trata de salir airado de cualquier

—El rey ha dispuesto que salgais de vuestra prision, en
cuanto podais, y que os dirigais á donde mejor os plazca.

—Oh! gracias á Dios que se ha convenido de su majes-
tad, gracias á Dios que obra una sola vez como prudente.

—Callad, señoras;—dijo Gonzalez de Mendoza hablando
por lo bajo á la condesa:—tened presente que la orden por
medio de la cual os sacamos de la prision es falsa, y que no

podemos perder tiempo en volver al lado de vues-
tro esposo. Salgamos, pues, que nos conviene, algunos de
Castilla.

La estrateja de doña Juana salió de todo punto luego.

En el que el lector puede convencerse de lo empalagosa que es una
conversacion de dos amantes, cuando hablan de su amor.

—Marchemos!—añadió Carrillo por lo bajo.

La condesa de Trastámara se asió por toda respuesta al
brazo del pariente de don Enrique, y dirigiendo en torno

Una hora antes de amanecer, Pero Carrillo y Gonzalez
de Mendoza salieron de la posada del Toro y se encamina-
ban hácia el monasterio de Santo Domingo, donde doña
Juana de Villena se hallaba aprisionada.

Salió el alcaide á recibirlos, y despues de la orden su-
puesta del rey, por medio de la cual quedaba en libertad
la esposa del conde don Enrique, los dejó pasar hasta el
camarin en que doña Juana se encontraba.

—Señora,—dijo Carrillo echándose á los piés de la con-
desa:—desde este instante estais en libertad. Podeis, por lo
tanto, volver al lado de vuestro esposo, que ahora se en-
cuentra en Aragon.

—Cómo!—esclamó doña Juana llena de estraneza:—estoy
en libertad.

—El rey ha dispuesto que salgais de vuestra prision, encaminándoos despues á donde mejor os plazca.

—Oh! gracias á Dios que se ha convencido de su injusticia; gracias á Dios que obra una sola vez como prudente.

—Callad, señora;—dijo Gonzalez de Mendoza hablando por lo bajo á la condesa:—tened presente que la órden por medio de la cual os sacamos de la prision es falsa, y que no podemos perder tiempo, si quereis volver al lado de vuestro esposo. Salgamos, pues, que nos conviene alejarnos de Castilla.

La estrañeza de doña Juana subió de todo punto luego que hubo escuchado las palabras de Mendoza, y nada replicó.

—Marchemos!—añadió Carrillo por lo bajo.

La condesa de Trastamara se asió por toda rēspuesta al brazo del partidario de don Enrique, y dirigiendo en torno una mirada como de despedida á la habitacion donde por espacio de tantos meses habia permanecido, salió de ella temblorosa y agitada.

Pero Carrillo la colocó en la grupa de su caballo, y acompañado de Gonzalez de Mendoza, salió á escape de Toro con direccion á Talavera, á fin de no dar qué sospechar á las gentes del rey.

Una vez alejados de la ciudad, ambos viajeros cambiaron de rumbo, y Pero Carrillo, Gonzalez de Mendoza y doña Juana de Villena, emprendieron su marcha hácia Aragon, donde el conde don Enrique se encontraba.

El rey de Castilla, que como saben nuestros lectores, habia escalado el convento de Santa Clara, cuando le dejamos en uno de nuestros capítulos anteriores para seguir

los pasos de Pero Carrillo, se hallaba ya dentro de la habitación de la jóven, cuyo torneado brazo tuvimos ocasion de ver á través de la niebla de la noche, arrojándole una escala.

—Estás triste, Aldonza? qué te pasa?

Estas fueron las primeras palabras que el rey dirigió á la jóven luego que se halló dentro de su camarín.

La dama no contestó, y por toda respuesta dirigió al rey una mirada desdeñosa.

—Qué tienes?—volvió á interrogarla el rey con acento apasionado.

—Qué he de tener?—replicó la dama haciendo un ligero movimiento de cabeza como de desagrado.—Que no me gusta esa barba blanca que os habeis puesto.

—Esa es toda tu pena?—dijo entonces el monarca:—pues, hija, pronto verás satisfecho tu deseo.

Y esto diciendo, se arrancó de un tiron la barba postiza con que se habia disfrazado el rostro, y la arrojó al jardin como con rabia.

—Que me place;—dijo entonces la dama sonriendo dulcemente.—Oh! estábais tan feo con aquella barba blanca!

Pocas, ó ninguna por mejor decir, eran las personas que se tomaban tanta libertad en el lenguaje con el rey don Pedro de Castilla, como en esta ocasion vemos se tomaba doña Aldonza Coronel: pero no nos estrañará la franqueza con que trataba al rey; tan luego como demos algunos pormenores acerca del carácter de esa jóven hermosa y atrevida, que tenia al rey como hechizado.

Doña Aldonza Coronel era una mujer de unos veinticuatro años escasos, cuya sola mirada era capaz de elec-

trizar al hombre mas insensible : una de esas mujeres que saben hasta dónde alcanza el influjo de su hermosura, y que teniendo el placer de mirar con cariño á todos cuantos tienen la desgracia de pasar por junto á ellas, tienen tambien el capricho de verlos padecer contemplando su esbelto talle y su airoso modo de andar.

Doña Aldonza Coronel era lo que hoy ha dado en llamarse una coqueta.

Pero coquetas tan hermosas como doña Aldonza, indudablemente tenian que causar efecto en la corte de un rey tan caprichoso como don Pedro, y que daba el ejemplo, por lo tanto, á todos cuantos nobles le rodeaban.

Todos amaban á doña Aldonza y ninguno era correspondido ; todos la adoraban y ninguno se decidia á declarar la su pasión ; la hermana de doña María Coronel era perseguida por todos cuantos nobles caballeros se paseaban por Sevilla, pero de ninguno se decia que hubiese logrado sus favores.

Don Alvar Perez de Guzman debia hallarse muy satisfecho al ver que tenia una mujer hermosa como ninguna y virtuosa como la primera. El esposo de doña Aldonza huyó, no obstante, de la cólera del rey tan luego como supo el desastroso fin de su cuñado don Juan de la Cerda, y doña Aldonza entonces quedó como viuda, y mas libre en apariencia para obrar con libertad en adelante.

La hija de Alfonso Fernandez era, no obstante, virtuosa, y debemos decir en honor de la verdad, que si correspondió en esta ocasion á los amores del rey, fué porque ya de antemano le queria ; y debia quererle indudablemente con delirio, cuando no obstante la desastrosa

muerte que dió á su padre en Aguilar; aun proseguia queriéndole y aun soñando con él á todas horas.

Todo esto sucedia, no obstante, sin que llegase á oídos del rey; y cuando don Juan de la Cerda se presentó á pretender la mano de la jóven, tuvo ocasion de notar cierta frialdad en las miradas de esta, que debieron haberle convencido de que el corazon de doña Aldonza no le pertenecia.

Esta jóven, tan hermosa como desgraciada, habia conservado oculto su amor dentro de su pecho por espacio de dos años, y nunca hasta ahora se le habia presentado una ocasion propicia para ver satisfechos sus deseos. El rey don Pedro la cortejaba, y doña Aldonza, que hacia dos años le amaba con delirio, aceptó gustosa los favores del monarca, no sin haberse hecho rogar primero, resistiéndose al parecer, como conviene á toda mujer casada.

Doña Aldonza sabia ya todo lo que habia pasado entre su hermana y el rey, y habia padecido horriblemente al saber los amorosos devaneos del monarca. Alentada, no obstante, al ver la horrible determinacion que para salvar su virtud habia tomado su hermana Maria, se presentó al rey á reprenderle su conducta, pero en medio de la ira que en aquellos momentos no podia menos de sentir, dió á entender por medio de sus miradas, que no era toda ira, sino que los celos iban mezclados tambien con la cólera y la rabia.

Don Pedro de Castilla quedó prendado de ella en esta primera entrevista, y buscando todos los medios posibles de conseguir que su amor fuese correspondido, logró por fin penetrar en el convento de Santa Clara, donde ambas

hermanas se habian refugiado desde que supieron la muerte del honrado caballero don Juan de la Cerda. Amor verdadero, por no apellidarlo locura, debia ser indudablemente el que sentia doña Aldonza por el rey, cuando despues de haber muerto su padre por orden suya, despues de haber muerto su cuñado por lo mismo, despues de haber estado espuesta á morir su hermana por el mismo rey, y despues, en fin, de haberse arruinado su familia entera por el rey, aun le amaba con delirio y le recibia con agrado en el convento, donde dentro de pocas horas iba á entrar acaso en clase de penitente.

Doña Aldonza amaba en efecto al rey, y diciendo que le amaba disculpados están todos sus errores y desaciertos.

El rey don Pedro, cuyo amor hácia la Padilla no reconocia límites, se fué apagando poco á poco á medida que fueron haciéndose mas frecuentes sus visitas á doña Aldonza.

Esta jóven hermosa y hechicera, cuyo retrato no nos determinamos á hacer por temor de dar una idea pobre de su hermosura, estaba satisfecha con que el rey la visitase, y todo por él lo habia olvidado ya, hasta la muerte de su padre y la persecucion de su marido.

Figúrese el lector una mujer de estatura mas que regular y de mirada penetrante; una muger de negra y sedosa cabellera, que formando graciosos y rizados bucles van á perderse por detrás de sus sienes á la espalda; unos ojos grandes y negros, cuyas miradas abrasan como los rayos del sol de agosto; una nariz graciosamente perfilada y copiada del tipo griego; una boca pequeña adornada con dos filas de dientes que pueden competir en blancura con

el marfil; unos lábios flexibles y delgados que se dilatan insensiblemente cuando quieren dar paso á una sonrisa; una barba pequeña y redondeada debajo de la cual empieza á vislumbrarse un cuello blanco y delicado; unas mejillas frescas y rosadas que se encienden de un vivísimo color de fuego cuando se fija en ellas una mirada de cariño; un cútis de un moreno pálido, pero de un moreno que arrebató; un andar sencillo al par que magestuoso, y una gracia especial, en fin, en todas sus acciones, y entonces se habrá podido formar una idea, aunque pobre y desperfecta, de doña Aldonza Coronel.

Su acento era agradable; la espresion de su rostro jovial por lo comun, y sus acciones todas llenas de magestad, como si emanasen de una reina.

El carácter de doña Aldonza era orgulloso; su modo de mandar despótico y altanero; su manera de conducirse muy caballeresca; sus ideas, elevadas todas y envueltas en misterios; doña Aldonza, en fin, habia nacido para don Pedro de Castilla, porque doña Aldonza era una mujer de un talento superior con mucho al de la Padilla, y hubiera sabido dominar al rey. Sus sentimientos, sin embargo, no eran tan generosos como los de doña María; si bien doña Aldonza estaba dotada de un corazon de hierro, dispuesto siempre á luchar con las pasiones, y aun bastante fuerte para rechazar sus bruscos ataques con altanería.

Doña Aldonza Coronel era, en fin, una mujer especial que no tenia compañera en aquella época calamitosa y de amarguras, para vivir en la cual era necesario tener un corazon de bronce para soportar con valor cuantas desgracias podían sobrevenir.

Doña Aldonza era casi hombre y casi mujer; medio ángel y medio diablo.

—Estábais tan mal con esa barba!—volvió á decir despues de unos instantes de silencio, fijando una mirada amorosa en el rostro del rey.—Oh! yo no sé lo que me pasa; quisiera que nunca os apartáseis de mi lado.

—Yo apartarme, querida Aldonza!

—Sois los hombres tan inconstantes...! y luego.

Doña Aldonza se detuvo.

—Qué, angel mio?—repuso el rey.

—Que nunca sois dueños de vuestro corazón.

—Aldonza!

—Sí, don Pedro; quereis hacerme creer que el vuestro es libre? En este instante os lo parece; pero luego volvéis á ver á doña María.

Don Pedro hizo un gesto como de desagrado: las últimas palabras de doña Aldonza le hicieron mala impresion.

La dama lo notó, y volviendo á dirigir al rey una de aquellas miradas de fuego que abrasan el corazón de aquel en quien se fijan, le dijo con acento de tristeza:

—Por Dios! don Pedro; soy muy desgraciada hace mucho tiempo; y no quiero que vos os complazcais también en verme padecer. Oh! cuánto mas vale morir que hallarse en la triste posicion en que yo me veo? Oh! yo, que os amaba ya antes de casarme con Alvar Perez; yo, que no obstante los motivos que tengo para aborreceros, os amo con delirio; yo, que siempre encontraba vuestra sombra por doquiera que iba, y luego, lloraba al ver desvanecida mi ilusion... Oh! soy muy desgraciada, rey don Pedro!

—Aldonza!—esclamó, el rey lleno de sobresalto estrechando con efusion la ardorosa mano de la jóven.

Esta hizo otro tanto con la del rey, y dos minutos después comenzó á llorar amargamente.

El rey comprendió el mal que á aquella desgraciada jóven aquejaba, y guardó silencio por espacio de algunos instantes.

Doña Aldonza lanzó un profundo suspiro, y enjugándose las lágrimas que corrían á través de sus mejillas, cesó por el pronto de llorar.

—Muy desgraciada, sí;—dijo entonces el rey:—erès muy desgraciada, Aldonza; pero yo tambien soy desgraciado.

—Desgraciado!—esclamó la jóven con estráñeza.

—Desgraciado, sí, porque te adoro:—contestó el rey.

—Oh! no me engañeis: vos amarme!

—Con delirio, Aldonza mia!

—Imposible, imposible; esa febril agitacion de que en este instante os sentís dominado, me da á entender claramente que no sois dueño de vos; que el corazon no os pertenece. Oh! viviendo la Padilla, cómo es posible que me ameis? No, no; vos no podeis amarme.

—Los montes, que me mandases allanar, allanaría: hasta ese punto alcanza mi pasion, querida Aldonza. La Padilla ha muerto para mí desde el momento en que despues de tantos meses de ausencia te volví á ver en Sevilla; pero somos muy desgraciados; muy desgraciados, Aldonza.—

—Ya lo sé, don Pedro; no me lo repitais.

—Casado yo;—proseguia el rey;—casada tú! Oh! esto es muy triste; pero nada nos importe, Aldonza: amémonos siempre y echemos á un lado vanas preocupaciones.

—Oh! sois muy infiel, don Pedro, mi esposo me ama y ningun motivo tengo para abandonarle; pero no sé qué influjo magnético tienen vuestras miradas, que me atraen hacia vos y no me permiten retroceder! Oh! os amo mucho; no me abandonéis nunca: por qué seréis rey de Castilla?

—Esta corona pesa mucho sobre mis sienes; tienes razon, Aldonza; por qué seré rey de Castilla? Seríamos tan felices los dos si nadie nos conociese... encerrados en esta cámara ó paseando por las sombrías calles de ese espacioso jardin... Oh! con cuánta felicidad no nos contemplaríamos! Mira, mira, Aldonza; asómate á esta ventana y contempla ese cuadro encantador que presenta la luna derramando su pálida claridad sobre la tierra; mira, mira, ese estanque donde esas mil y mil estrellas vienen á reflejarse: Oh! esto es encantador, Aldonza; ven, ven conmigo y paseemos por las solitarias calles de ese espacioso jardin...

Y el rey asió á la jóven por la cintura, como si tratase en realidad de llevar á cabo un pensamiento en medio de su arrebató.

—Ven, ven, Aldonza;—volvió á repetir despues de unos instantes, llevándose á la jóven hasta el peristilo de la ventana.—Ven Aldonza, y gocemos de esas brisas juguetonas que corren por el jardin.

—Don Pedro!—esclamó la dama apartándose del rey y fijando en él una mirada de terror.—Estais loco, ó qué os sucede?

—Loco, sí;—contestó el monarca:—pero loco de alegria, loco de contento porque me encuentro á tu lado, ángel de mi vida! Oh! fuera yo tan feliz, si pudiese contéplarte á todas horas! pero no, no; deliro, Aldonza mia, porque tú no me amas ni me amarás, ni debes tampoco amarme.

No, no me ames; Aldonza, porque vamos á ser muy desgraciados!

—No importa, no importa;—contestaba la doncella:—quiero ser infeliz á vuestro lado; pero no quiero la felicidad, si otro que vos me quiere brindar con ella. Oh! si pudiéseis leer lo que en este instante pasa dentro de mi corazon... Os amo, don Pedro; os amo con delirio; pero siento una horrible presion dentro de mi pecho, que no me deja respirar como quisiera. Los celos que siento me devoran; el remordimiento que tengo me asesina; el recuerdo de doña María me mata; oh! valiera más no haberos conocido. Por qué nacisteis, don Pedro? Y si nacisteis por qué nacisteis hijo de reyes? Oh! es una carga tan pesada la corona! Horrible es la estrella que me persigue; quisiera amarnos y no puedo; quisiera aborreceros y no me siento con fuerzas para odiaros: yo no sé lo que me pasa, rey don Pedro de Castilla; pero vuestra presencia me intimida, vuestra palabra hiela mi corazon, vuestra mirada me causa espanto. Qué es esto; don Pedro? qué es lo que me pasa? qué es lo que me sucede?

—Te sucede, Aldonza, lo que á mí; te sucede que la fuerza de tu pasion te mata, como á mí me mata tambien el vivisimo amor que te profeso. Por qué nos habremos conocido, Aldonza? O si nos hemos conocido, por qué nos hemos hablado? Oh! era yo tan feliz antes de conocerte; pero tu amor y el mio tienen que causar dos víctimas: las dos personas que nos aman, tienen que sucumbir.—

—Es verdad; pero siento en mi corazon unos horribles celos que me devoran. Qué remedio me dais, don Pedro? Si me dejáseis matar á doña María...

—Aldonza! —esclamó el rey lleno de asombro.

—Oh! la amais demasiado; ya lo veo.

—No tanto que deje de olvidarla cuando estoy en tu presencia.

—Peró cuando no.

—Próculo nó verla á fin de nó hablarla!

—Oh! eso decís.

—Y lo hago, Aldonza.

—Acaso sea así, pero...

—Dudas aun? Piensas que nó te amo?

—No; nó; me amais, es cierto; pero nó os atrevéis á abandonarla.

—Nó hay necesidad, Aldonza. Si doña María tiene magníficos retretes en el alcázar de Sevilla, tú puedes tener elegantes camarines en la Torre del Oro.

—Es decir que quereis...

—Qué me ames nada mas, Aldonza.

—Oh! nunca; nunca; eso nó: amarós cuando yo nó soy la reina de vuestro corazon?

—Mira Aldonza, que tú eres la única mujer por quien deliro.

—Pero nó os atrevéis á abandonar á la Padilla.

—Porque sería dar otro nuévo escándalo en el reino.

—Nó tuvisteis en cuenta esa consideracion cuando os separásteis de doña Blanca?

—Peró doña Blanca fué... mi esposa por compromiso.

—Doña Juana de Castro lo fué por vuestra voluntad.

—Doña Juana nó me amaba.

—Eso podreis decir de mí cuando os hayais cansado de mi amor.

—Aldonza!—esclamó el rey como ofendido.

—No os enfadeis, don Pedro; os hablo con franqueza y por eso no debéis incomodaros.

—No me incomodo, Aldonza; yo jamás puedo incomodarme con la mujer á quien adoro: pero cuando esa mujer duda de mi amor, entonces...

—Oh! confesad que la amais, don Pedro.

—La amo como á una mujer á quien he hecho víctima de mi capricho; la tengo compasion, pero amarla como á tí, jamás; Aldonza!

—Y qué exigís de mí segun eso?

—Que correspondás á mi pasion; eso es lo que exijo, Aldonza.

—Me teneis fascinada, don Pedro; quisiera retroceder y me faltan las fuerzas para ello; quisiera no escuchar vuestras palabras, y toda me vuelvo oidos cuando estoy á vuestro lado. Haced lo que querais de mí; soy vuestra esclava, don Pedro.

El rey abrazó entonçes con efusion á la jóven infeliz que de una manera tal le abria las puertas de su corazon, y doña Aldonza rompió á llorar despues de unos instantes.

—No me abandoneis nunca;—dijo en medio de su llanto:—obrad ahora como gustéis... haced de mí lo que querais.

Don Pedro de Castilla hizo un poderoso esfuerzo como para ahogar la emocion de que en aquel momento se sentia dominado; y dirigiéndose á la jóven con dulce acento, la dijo:

—Amame, Aldonza, que yo nunca te abandonaré; pero accede por una sola vez á mis deseos. Quiero que salgas de aquí esta misma noche, y quedes aposentada en la For-

re del Oro, donde todo está preparado ya para recibirte. Sígueme, Aldonza, y abandona de una vez el convento de Santa Clara: en la Torre del Oro hay magníficos aposentos donde puedes alojarte; allí nada te faltará, ángel de mi vida; te espera allí un lindísimo camarín forrado todo de alfombras y damasco, que deslumbran al que por primera vez las mira; si tienes afición á las flores, hay allí búcaros llenos de ellas que solo esperan tu llegada para esparcir sus aromas por la estancia; por los bellos ajimeces, á través de cuyos vidrios de coloresse divisa el cielo, puedes ver la mansa corriente del Guadalquivir que pasa lamiendo la falda de la torre. Ven, Aldonza, que allí nada te faltará; cuanto apetezcan tus sentidos, otro tanto hallarás allí dispuesto, todo para halagar tu fantasía. Ven, Aldonza; deja ya el convento de Santa Clara, y ven conmigo á morar en la Torre del Oro.

Doña Aldonza Coronel, que sin apartar sus llorosos ojos del rey, habia escuchado todas sus palabras, se echó en sus brazos llena de alegría, y dijo llena de emoción:

—Llevadme donde querais, don Pedro; allí donde vos esteis, allí se halla bien la desgraciada doña Aldonza.

El rey apretó con efusión la mano de la doncella, y asomándose á la ventana, silbó de una manera particular, aunque de un modo casi imperceptible, y volvió al lado de doña Aldonza.

—Venid y nada temais;—la dijo pasándola el brazo por la cintura:—yo saldré primero, vos me seguireis, y una vez puesto el pié sobre la escala, nada temais; que abajo tengo al mas leal de nuestros escuderos, para que en caso de necesidad nos preste su apoyo, doña Aldonza.





El rey descendió con toda la agilidad que le permitía su ligera carga...

Don Pedro de Castilla saltó por la ventana sin desasirse del marco, y fijó los pies en uno de los cordones de la escala de seda, que la bella doña Aldonza le habia tendido para que subiese.

La hija de don Alfonso Fernandez Coronel escaló tambien la ventana, aunque sin gran trabajo por ser bastante baja, y colocando los pies en la escala, llena de temor se echó en brazos del rey, sin desasirse, no obstante, del marco, temerosa de caerse.

—Nada temas!—volvió á repetir el rey de Castilla, asiéndose con su brazo izquierdo á la escala y sosteniendo con el derecho á doña Aldonza, que llena de emocion y casi desmayada, se habia abrazado fuertemente al cuello del rey.

Este descendió con toda la agilidad que le permitia su ligera carga, y aun le faltaban cuatro cordones que bajar, cuando Men Rodriguez le prestó su ayuda, recibiendo en sus brazos á doña Aldonza Coronel.

—Esconde esa linterna;—dijo el rey por lo bajo, señalando á la que su escudero llevaba á la cintura.

Men Rodriguez obedeció, y el rey entonces tomó del brazo á doña Aldonza, que, merced al aire que corria por el jardin, se habia repuesto de su desmayo.

—Nada temas;—volvió á repetirla por tercera vez.

La jóven, por toda contestacion, dirigió al rey una mirada de amor y de ternura.

Atravesaron nuestros tres personajes las sombrías calles del jardin, y escalando las tapias que le cercaban, salieron del convento de Santa Clara cuando ya faltaba muy poco para amanecer.

Doña Aldonza se cubrió el rostro con una especie de toquilla que llevaba en la cabeza, y asida al brazo del rey cruzó varias calles de Sevilla hasta hacer alto en el alcázar.

—Men Rodriguez;—dijo entonces el rey:—una litera y que te acompañen cuatro escuderos hasta la Torre del Oro.

El oficial de la guardia del rey entró en el alcázar, y dos minutos despues se hallaba de vuelta con la litera y los cuatro escuderos que el rey le habia pedido.

—Pero no me acompañais?—dijo doña Aldonza fijando una mirada suplicante en el rostro del monarca.

—Te acompaña mi mejor amigo;—contestó el rey:—confia en su lealtad y en su fé de caballero.

Doña Aldonza Coronel apartó los ojos del rey llena de tristeza, y luego fijó una mirada de curiosidad en el rostro de Men Rodriguez. Éste la correspondió con una reverente cortesía, y doña Aldonza fué trasladada á la Torre del Oro en la litera que el rey habia mandado preparar.

CAPITULO XIII.

De cómo el rey don Pedro recibió una mala nueva en la cámara de su alcázar, y de cómo salió de Sevilla á la cabeza de sus gentes.

Dos dias despues de los sucesos referidos en nuestro capítulo anterior, uno de los ballesteros de maza se presentó en la cámara del rey.

—Qué quieres?—le preguntó este.

—Señor;—contestó el balletero inclinando respetuosamente la cabeza:—el alcaide, encargado de custodiar á la condesa de Trastamara, solicita vuestro permiso para hablar con su señoría.

—Que pase;—dijo el rey con sequedad.

El balletero de maza desapareció.

—Qué querrá?—murmuró el rey por lo bajo:—mucho me choca que así de esa manera, y sin orden especial del rey, abandone su puesto el buen alcaide y se plante en Sevilla

porque así le place. Ya haré yo entender á mis vasallos cómo se ha de servir al monarca de Castilla.

El alcaide anunciado por el ballestero, se presentó en la cámara del rey.

—Qué pasa?—le preguntó éste con desden.—Qué novedad ocurre para que sin mi permiso dejes abandonado el puesto donde te he dicho que permanezcas?

El alcaide se tornó pálido al oír las últimas palabras del rey y no supo contestar.

—Parece que te estremeces;—añadió don Pedro fijando una mirada terrible en el rostro del alcaide.—Qué te pasa?

—Nada, señor;—repuso el interrogado, no acertando á salir de aquel atolladero.

—Cómo que nada, si estás pálido como un cadáver?

—Estoy pálido, señor, porque vuestro trono debe hallarse rodeado de traidores.

—Y por eso tiembblas?—esclamó el rey lleno de cólera.—Pues eso, voto á brios! ya lo sé yo hace mucho tiempo, y solo me faltaba tu presencia para acabar de convencerme.

—Cómo, señor! dudais...

—Y con razon, porque tengo motivos para ello. Quién te ha mandado llamar para que salgas de Toro sin orden mia y vengas á Sevilla? Es este el modo que tienes de servir al rey? Es ese el modo que tienes de cumplir con las órdenes que tienes recibidas del monarca? Vive Dios! que no se cómo me contengo. Oh! ya debiera haberte hecho degollar.

—Señor! señor!—esclamó entonces el alcaide echándose á los piés del rey y entregándole un pergamino.—Yo no

soy culpable; yo he respetado vuestro sello y cumplido con vuestra orden.

El rey don Pedro se puso rojo de cólera, y desenvolviendo el pergamino pasó la vista por él, inquieto y azorado.

—Maldicion! maldicion!—esclamó despues de unos instantes, estrujándolo entre sus manos lleno de furor y arrancándose los pelos de coraje.—Así no se puede gobernar; así es imposible manejar un reino. Todos me venden, todos me abandonan, todos me son traidores. Maldicion! maldicion!

Y se paseaba por la estancia como un loco, fijando sus terribles miradas en el pergamino que el alcaide acababa de entregarle.

—Rayos del cielo!—volvió á esclamar despues de unos instantes de silencio:—es necesario matar, es necesario asesinar, es necesario derramar sangre hasta que forme arroyos, y quede esterminada esa maldita raza de rebeldes! Oh! Pero Carrillo; dia llegará en que caigas por mi banda, y entonces te haré yo ver que no se engaña impúneamente al que es rey de Castilla. Cuernos de Lucifér! y qué gente me rodea: pero no importa; dia llegará en que todos huyan á la voz del soberano. Rayos y centellas! esto es insufrible, esto no puede marchar así. Preciso es que hagamos un horrible escarmiento á fin de que nadie se rebelle: los que hé hecho hasta aquí no bastan por lo visto; pues bien, haré un rosario con las cabezas de todos los traidores y lo haré colgar en las almenas de mi alcázar, para que todos fijen en él su vista. Temblarán entonces mis vasallos? El tiempo me dirá si me equivoco.

Y se sentó en uno de los sillones, apoyando el codo sobre la mesa en actitud meditabunda.

—Qué camino han tomado?—dijo despues de unos instantes dirigiéndose al alcaide.

—El de Talavera :—contestó este tembloroso.

—Ballesteros!—esclamó entonces el rey con voz trueno.

Uno de los ballesteros de maza se presentó en la cámara.

—Que venga el maestre de Calatrava.

El balletero desapareció.

—Es necesario matar, sí ;—continuaba el rey :—es necesario derramar sangre ; pero mucha sangre, hasta que se ahoguen en ella todos los traidores.

—Me llamábais, señor?—dijo entonces Diego García de Padilla saludando respetuosamente al rey.

—Sí ;—contestó este :—te llamaba para decirte que no tengo ni un solo vasallo de quien fiarme ; para eso te llamaba, Diego de Padilla.

—Señor!—esclamó el maestre de Calatrava lleno de asombro.

—Sí ; Pero Carrillo, ese traidorzuelo de mala ley, que fingiendo separarse del conde de Trastamara, vino á acogerse á mis banderas implorando mi proteccion ; ese infame ha puesto en libertad á la mujer del conde por medio de esa órden falsa que no sé quién diablos pueda haber estendido. Oh! desde este instante no necesito chanciller ; el guarda-sellos puede buscar otro oficio, ó cuidar mejor de que no se burlen del rey de esta manera, disponiendo del sello y de las cédulas á su capricho ; pero, por otra parte, esta firma es mia ; no está falsificada, no : aquí está la señal que yo la pongo... Oh! esto es para volverse loco... Quién ha estendido esta órden? Pero basta, basta ; no hay necesidad de quebrarse la cabeza : dí á mis gentes que in-

mediatamente se dispongan para la marcha; que ahora mismo pienso salir para Talavera. Pero qué Talavera...? quién sabe dónde se hallarán en este instante? Acaso hayan fingido que llevaban ese camino y luego hayan cambiado de direccion... Oh! son muy sagaces los traidores; pero no importa, no importa; que se preparen mis gentes, que en seguida vamos á partir.

Doña María de Padilla lloraba entre tanto llena de desconsuelo, encerrada en su retrete.

Don Pedro, sin embargo, no habia entrado á verla desde la noche en que sacó á doña Aldonza del convento de Santa Clara.

La hija de don Alfonso Fernandez Coronel, reinaba por entónces en el corazon del esposo de la Padilla.

—Señor! señor!—esclamaba ésta estrechando contra su seno á su linda hija, Beatriz.—Por qué no me quitais la vida? por qué permitis que viva siempre encerrada en este alcázar, donde ha labrado el rey mi desventura? De qué me sirve todo ese oro que veo en torno mio? de qué esas piedras preciosas y esos ricos cortinajes, si todo es horrible para mí en esta maldita estancia? Todo ese lujo, todo ese esplendor, toda esa magnificencia de que me veo rodeada, la diera yo por cuatro piés de tierra para labrar mi sepultura. Muerta, al menos no padecería: por qué vivir al lado de un hombre á quien adoro y por el cual he renunciado hasta á mi honor, si ese hombre me desprecia, si ese hombre me vende? La muerte, la muerte! yo quiero morir para descansar.

Y la hermana del maestre de Calatrava lloraba amargamente acordándose del rey.

—Todo está dispuesto:—decia entre tanto Diego de Padilla dirigiéndose á don Pedro.

—En marcha, pues:—contestó el rey.

Y seguido del alcaide, del maestro y de sus ballesteros, salió de su cámara y se dirigió á los patios, donde todos los hombres de armas, ginetes, escuderos, honderos, pages y demás gente de su servidumbre, se hallaban dispuestos para partir.

Cualquiera que hubiese visto todo aquel bélico aparato que se ocultaba en los patios del alcázar de Sevilla, hubiera dicho que el rey trataba de romper la tregua con el monarca de Aragon y que salia de su corte decidido á declararle guerra.

El rey don Pedro, seguido de toda su servidumbre, marchaba, no obstante, en persecucion de una mujer, á la cual acompañaban dos hombres á caballo.

—Para esto no se necesitaba tanto aparato;—pensaban muchas de sus gentes.

Pero sus gentes se engañaban al pensar de esa manera, porque el rey trataba de algo mas que de perseguir á Pero Carrillo, y de reducir á prision á doña Juana de Villena.

CAPITULO XIV.

En el que el infante don Juan hizo cuanto pudo por lograr el señorío de Vizcaya, y de cómo el pájaro se le escapó de las manos.

Luego que el rey hubo llegado á Talavera, despachó á varias de sus gentes á fin de que se enterasen del camino que habian seguido los raptores de doña Juana; pero nadie le dió razon, porque la mujer de don Enrique no habia pasado por aquel sitio.

—Infante don Juan!—dijo entonces el rey dirigiéndose al hermano del monarca aragonés:—venid á mi cámara, que tenemos que ajustar unas cuentas atrasadas.

El infante vaciló en seguir los pasos del rey, acordándose del recibimiento que en circunstancias parecidas hizo don Pedro á su hermano don Fadrique, y lleno de temor no sabia qué determinacion tomar.

—Que me sigais he dicho;—repuso entonces el rey fijando en él una mirada aterradora.

Don Juan siguió los pasos de don Pedro, y triste y reflexivo entró con él en su cámara.

—Hace tiempo-dijo entonces el rey paseándose con pausa por la cámara real del alcázar de Talavera—que me prometiste asesinar al maestro de Santiago; entonces no cumpliste tu palabra, y yo mismo tuve que sacar mi daga para enseñarte á tratar á los traidores. Ya sabes que don Fadrique dejó de existir á los pocos momentos de entrar en el alcázar de Sevilla; ahora bien: si quieres que yo te dé el señorío de Vizcaya, es necesario que tú mismo te abras el camino para llegar á ese puesto, que tanto tiempo hace estás ambicionando. Tienes, ó nó, deseos de hacerte señor de Vizcaya?

El infante don Juan reflexionó unos cortos instantes y luego contestó:

—Si su señoría no se niega á concederme ese título...

—Yo no me niego á eso;-repuso el rey;-y extraño mucho que de ese modo te espliques en este instante, cuando sabes que hace tiempo te lo tengo prometido; pero es necesario que hagas algo por mi causa; es necesario que te hagas acreedor á ese título, ayudándome en la guerra contra los bastardos.

—Mandadme, señor;-dijo entonces el infante:-que dispuesto estoy á obedeceros.

—Es necesario-añadió entonces el rey-si quieres hacerte acreedor á ese señorío, que asesines á mi hermano bastardo don Tello, á fin de que nadie tenga que oponerse despues á que goces del señorío que aquel está disfrutando hace mucho tiempo. Me comprendes?

—Sí, señor;-contestó entonces el infante.

—Pues bien ; comienza entonces por averiguar el paradero de don Tello : ese es el primer paso que tienes que dar en tu carrera hácia el señorío de Vizcaya.

—Es decir que tengo que asesinar á don Tello ?

—Quitar la vida á un traidor, no es asesinar ; es hacer un bien á la humanidad y un favor al monarca de Castilla.

—Pues bien , señor ; don Tello morirá.

—Pero no como el maestre de Santiago ?

—Yo mismo le mataré , don Pedro.

—Seguro tienes entonces el señorío.

—Aunque don Tello á mí ningun daño me ha hecho...

—No importa : ten presente al llevar á cabo tu empresa, que si don Diego García de Padilla es maestre de Calatrava , á la muerte de don Juan Nuñez de Prado se lo debe.

—Pero don Diego de Padilla no le asesinó.

—Le mandó asesinar, que es lo mismo.

—Para vos es igual ?

—Lo mismo , amigo don Juan.

—Entonces...

—Tanto monta que tú le mates, como que le mate tu escudero.

—En ese caso, tened por segura la muerte de don Tello.

—Y tú el señorío de Vizcaya.

—Gracias , señor.

—Pero una condicion tengo que ponerte.

—Hablad , señor.

—Quiero que me presentes su cabeza.

—Eso mas , señor ?

—Despues de muerto, qué de extraño tiene que separes la cabeza de su tronco ?

—Es verdad, pero...
—Vamos, concluye.
—Acepto señor; pero permitidme que os diga que me dais con eso una prueba de desconfianza.

—No, no, don Juan; es que quiero tener el placer de contemplarla.

—La contemplareis, señor.

—Cuenta con el señorío.

El infante don Juan salió de la cámara del rey, y este quedó al parecer sumido en profundas meditaciones.

—Señor! señor!—esclamaba algunos momentos despues el mismo infante don Juan entrando en la cámara del rey.

—Qué quieres?—dijo éste saliéndole al encuentro.

—Vengo á decir á su señoría, que podemos emprender la marcha.

—Hacia dónde?

—Hacia Aguilar de Campo.

—Se encuentra allí don Tello?

—Con su esposa doña Isabel de Lara y toda su servidumbre.

—Y si acaso sospecha...

—Nada sospechará, señor: don Tello es amigo mio y...

—Corriente; dí á mis gentes que se dispongan para emprender la marcha.

El infante don Juan salió de la cámara del rey, y media hora despues del diálogo que acabamos de transcribir, don Pedro de Castilla, seguido de toda su corte, marchaba por el camino de Talavera, hacia las tierras de Aguilar.

Cualquiera que hubiese visto el siniestro aspecto que presentaba el semblante del rey á su salida de Talavera,

hubiese adivinado desde luego que don Pedro iba preocupado por algun terrible pensamiento que le dominaba en aquel instante, hasta el punto de hacerle mirar con indiferencia todo cuanto le rodeaba.

En vano trataba don Diego García de Padilla de hacerle menos pesado el viaje, distrayéndole con frecuencia y llamándole la atencion sobre muchos de los objetos con que su vista iba tropezando continuamente por el camino. El rey se hallaba profundamente abstraído, y de todo se desentendia.

Viendo el infante don Juan el continuado silencio del rey, tiró de las bridas á su caballo y acercándose á don Pedro le dijo :

—Por Dios! señor, que vais demasiado pensativo. Os sentís mal?

El rey se sonrió maliciosamente, y fijó una mirada sin espresion en el rostro del infante.

Este quiso leer en el rostro del rey lo que aquella mirada querria significar, pero nada consiguió. Don Pedro habia vuelto á su posicion meditabunda, y no se cuidaba de las observaciones de sus privados.

Llegaron por fin á Aguilar de Campo, y el infante don Juan, interesado como se hallaba en dar muerte á don Tello, á fin de sucederle en el señorío de Vizcaya, procuró por todos los medios posibles averiguar su paradero mostrándose su amigo, á fin de que nada sospechase, ínterin las gentes del rey y su señoría permanecian acampadas á corta distancia de la villa.

Dirigióse con este objeto á la casa del hermano bastardo del rey, y preguntando á los escuderos dónde se en-

contraba su señor, estos le contestaron que se hallaba de caza en el monte, y que aun tardaría algunas horas en volver.

Grande fué la alegría que experimentó don Juan al saber el paradero del que dentro de muy pocos momentos iba á ser su víctima, si algun incidente imprevisto no se lo estorbaba. Volvió, pues, lleno de satisfaccion hácia el sitio en que el rey y sus gentes habian quedado acampados, y noticiando la nueva á su señoría;

—Está de caza en el monte;—le dijo con orgullo:—si su señoría quiere que le sigamos...

El rey por toda contestacion dió orden á sus gentes de que partiesen al galope con direccion al monte de Aguilar, y acercándose al infante en voz baja le dijo:

—Animo, don Juan! que el señorío de Vizcaya os pertenece.

El infante de Aragon se colocó á la cabeza de las gentes del rey, llevando á éste á su derecha, y decidido á dar muerte al señor de Vizcaya, metió espuelas á su caballo soñando ya con hacerse dueño del señorío.

Quiso el diablo, no obstante, descomponer los proyectos de don Juan, y echó mano para conseguirlo de uno de los escuderos de don Tello.

Gutier de Aguera, así se llamaba el escudero del señor de Vizcaya, tan luego como vió que el infante don Juan no iba solo, y que lejos de llevar buenos fines se adivinaba desde luego que sus intenciones no eran las mejores hácia su señor, se encaminó al monte donde se hallaba, y dirigiéndose á él lleno de agitacion, con voz temblorosa le dijo:

—Señor: el infante don Juan de Aragon, so pretesto de

haceros una visita, viene con el rey de Castilla, y sospecho que no traiga buenos fines.

—Dónde le has visto?—repuso don Tello entregando el arco y las ballestas á uno de los escuderos, y resuelto al parecer á no proseguir la caza por aquel dia.

—En vuestra misma casa;—contestó Gutier de Aguera tembloroso.

—Y el objeto de su venida?..

—Parece ser que venia á visitaros; pero á mi modo de ver eran otras sus intenciones; pero no gasteis el tiempo, amado señor, porque el rey don Pedro, seguido de una numerosa escolta, viene en direccion al monte con intencion tal vez de asesinaros como á vuestro hermano don Fadrique.

Con tal agitacion pronunció Gutier Aguera estas palabras, que el hermano bastardo del rey no pudo menos de impresionarse, y dirigiéndose á varios de los caballeros que le acompañaban en la cacería, les pidió consejo acerca del partido que debia tomar en tan crítica ocasion.

—Huyamos;—dijeron unos.

—No os detengais;—dijeron otros.

Don Tello mandó entonces á uno de sus escuderos que tocase la bocina, á fin de que se le reuniesen todos los que con objeto de organizar bien la batida se hallaban esparcidos por el monte, y algunos instantes despues don Tello se encontraba rodeado de todas las gentes de su servidumbre.

—En marcha!—les dijo metiendo espuela á su caballo.

—En marcha!—contestaron todos siguiendo el ejemplo de su señor.

Cuando el rey don Pedro seguido de su numerosa es-

colta llegó al bosque de Aguilar, ya el señor de Vizcaya se hallaba á dos leguas del monte, huyendo á uña de caballo hácia las tierras de su señorío.

—Rayos del cielo!—esclamó entonces el monarca de Castilla, fijando una terrible mirada en el infante de Aragon.—Quién os ha dado la noticia de que mi hermano don Tello se encontraba en este monte? De quién tomásteis los informes, noble infante de Aragon?

El infante don Juan estaba pálido como un cadáver, y no acertaba á responder.

—Dónde está el señor de Vizcaya?—prosiguió el rey cada vez mas irritado.—No decíais que estaba en el monte de Aguilar? Por Dios! señor don Juan, que hemos hecho un viaje muy lucido. Dónde está el señor de Vizcaya, noble infante de Aragon?

—Habrá huido, señor;—contestó entonces el infante bajando la vista como vergonzoso.

—Habrá huido, eh? Si yo dijese otro tanto toda vez que se me escapa de las manos un traidor... pero yo no me contento con decir habrá huido; le busco por los campos y ciudades hasta que le encuentre; eso hago yo, señor don Juan: pero ya se vé... vos os fiais de lo que os dicen sus escuderos... qué ha de resultar?

El infante de Aragon partió como un relámpago hácia Aguilar de Campo, sin escuchar las últimas palabras del rey.

Este se quedó mudo y reflexivo, y tomando parecer de sus caballeros acerca del partido que debia seguir á fin de lograr la prision de don Tello, discutiendo se hallaba todavía, cuando el infante don Juan apareció de nuevo en

el monte espoleando á su caballo, que jadeante y cubierto de sudor parecia que se resistia ya á obedecer al estímulo de la espuela.

—Qué hay?—le dijo el rey con brusco acento.

—Don Tello camina con direccion á Vizcaya ;—contestó el infante.

—Estás seguro?—le dijo el rey.

—Respondo con mi cabeza.

—En marcha pues.

Y don Pedro de Castilla, al frente de sus escojidos hombres de armas, prosiguió su marcha en busca de don Tello, el cual, segun las noticias que las gentes del rey pudieron adquirir por el camino, habia enderezado su ruta hácia Bermeo.

Grandes fueron las jornadas que el rey obligó á hacer á sus rendidas gentes, y grande el ánimo que mostraba el infante de Aragón por lograr lo que el monarca le habia prometido; pero ni los poderosos esfuerzos del uno, ni los buenos deseos del otro, bastaron para conseguir lo que ambos se habian propuesto.

El señor de Vizcaya habia salido de Bermeo refugiado en una lancha, y desembarcando en San Juan de Luz, se dispuso á permanecer en aquella villa; pero noticioso de que el rey habia llegado á Bermeo, y no creyéndose seguro en aquel sitio, se embarcó para Bayona, donde ya se vió libre de la persecucion del rey.

Don Pedro de Castilla, viendo que eran infructuosos todos cuantos pasos daba para lograr la prision de su hermano bastardo, se volvió á Bermeo desde Lequeitio, punto hasta el cual habia conseguido acercarse, no obstante lo

embravecida que se hallaba la mar en aquel dia, y renunciando por entonces á la persecucion de don Tello, se encaminó hácia Guernica, por los motivos que nuestros lectores verán en el capítulo siguiente.

—Don Tello camina con direccion á Vizcaya; con este fin le dije el rey...
—Estas seguras le dije el rey...
—Respondo con mi capataz...
—En marcha por...

Y don Pedro de Castilla, al frente de sus escuadras de armas, prosiguió en marcha en busca de don Tello, el cual, según las noticias que las gentes del rey pudieron adquirir por el camino, había encorvado su ruta hacia Bayona.

Grandes fueron las jornadas que el rey obligó á hacer á sus temidas gentes, y grande el ánimo que mostraba el infante de Aragón por lograr lo que el infante le había prohibido, pero ni los poderosos esfuerzos del uno, ni los buenos deseos del otro, bastaron para conseguir lo que ambos se habían propuesto.

El señor de Vizcaya había salido de Bayona rotando en una lancha, y desembarcando en San Juan de Luz, se dispuso á permanecer en aquella villa; pero noticia de que el rey había llegado á Bayona, y no creyéndose seguro en aquel sitio, se embarcó para Bayona, donde ya se vio libre de la persecucion del rey.

Don Pedro de Castilla, viendo que gran número de los cuantos pasos daba para lograr la prision de su hermano bastardo, se volvió á Bayona desde Peduello, punto hasta el cual había conseguido acercarse, no obstante lo

—Es verdad;—contestaba el rey:—pero confiesa, sin embargo, que has podido hacer mas de lo que has hecho.

—Señor; si conforme he podido averiguar la direccion que ha llevado vuestro hermano, hubiese podido averiguar su paradero, no hubiese fallado un medio para acabar con su vida como os habia prometido. No me culpeis, don Pedro; culpad á la mala estrella que me guia en mi camino hacia el señorío de Vizcaya. No obstante, si creois que aun no he hecho lo bastante...

CAPITULO XV

—No lo has hecho—dijo el rey:—pero por eso yo no te niego el señorío; y en prueba de que estoy dispuesto á cumplirte mi palabra, esta misma tarde salimos de Bermeo con direccion á Guernica, á fin de que te re-

De cómo el infante don Juan de Aragon se encontró con la muerte en Bilbao, yendo en busca del señorío de Vizcaya.

El infante don Juan de Aragon, que á pesar de no haber cumplido la palabra que habia dado al rey de matar á su hermano don Tello, se creia ya con derecho al señorío de Vizcaya; le habló á don Pedro en Bermeo, esponiéndole las razones que le asistian para reclamarle aquella merced. Escuchólas el rey con benevolencia, y aun le afirmó que se hallaba dispuesto á concederle la merced que le pedia, por que en su concepto se habia hecho acreedor á ella.

—Ya ve su señoría—decia el infante don Juan—que si no he cumplido mi palabra, no ha sido por culpa mia; culpa ha sido de ese maldito escudero, que noticiando á don Tello vuestra llegada á Aguilar de Campo, le ha dado tiempo para que se fugue.

—Es verdad;—contestaba el rey:—pero confiesa, sin embargo, que has podido hacer mas de lo que has hecho.

—Señor; si conforme he podido averiguar la direccion que ha llevado vuestro hermano, hubiese podido averiguar su paradero, no hubiese faltado un medio para acabar con su vida como os habia prometido. No me culpeis, don Pedro; culpad á la mala estrella que me guia en mi camino hácia el señorío de Vizcaya. No obstante; si creéis que aun no he hecho lo bastante...

—No lo has hecho, no;—replicaba el rey:—pero por eso yo no te niego el señorío; y en prueba de que estoy dispuesto á cumplirte mi palabra, esta misma tarde salimos de Bermeo con direccion á Guernica, á fin de que te reconozcan por señor los vizcainos.

El infante de Aragon inclinó respetuosamente la cabeza en señal de agradecimiento, y no encontró palabras con que demostrar al rey la profunda satisfaccion que le causaban.

—Estás ya satisfecho, infante de Aragon?—dijo entonces el rey, acompañando su pregunta de una amable sonrisa.

—Cómo no estarlo, señor?—repuso don Juan con humilde tono.

—Ya estás casado con doña Isabel de Lara, hija de don Juan Nuñez, antiguo señor de Vizcaya; como tu cuñado don Tello se ha fugado de Castilla dándome una prueba bien palpable de que ha sido rebelde por quanto que teme mi castigo, el señorío de Vizcaya naturalmente te pertenece: pero ten en cuenta que don Tello te hará guerra y que no podrás gozar en paz del título que hoy te concedo, ¡interin viva tu predecesor; mata, pues á don Tello, y disfruta despues del señorío. De ese modo prestas un gran servicio

al rey de Castilla, porque quitas de en medio á uno de sus muchos enemigos, y te hacés á tí mismo un favor, por que en adelante podrás vivir tranquilo en tus tierras de Vizcaya.

—Descuidad, señor;—repuso el infante de Aragón volviéndolo á repetir las gracias al rey:—mi cuñado don Tello morirá, y nada podeis temer de él en adelante.

—Confio en tu palabra, amado primo.

—Podeis confiar, señor; y en todo caso ahí teneis el señorío de Vizcaya; despojadme de él, si no cumplo lo que prometo.

Nada tuvo que replicar el rey á esta observacion, y dando orden á sus gentes de que que estuviesen preparadas, esperó á que anoheciese para emprender su marcha hácia Guernica.

—En marcha!—dijo tan luego como los últimos rayos del sol hubieron desaparecido.

Y aquella misma noche llegó á Guernica, cubierto de polvo desde las espuelas hasta el casco.

Gran pesar tenia el rey por no haber logrado apresar á su hermano don Tello, para despues haberle entregado á sus verdugos; pero entre dejar que continuase disfrutando del señorío de Vizcaya y dársele á su primo el infante don Juan bajo la condicion de que habia de matarle, se decidió por esto último, consolándose con el pensamiento de que mas tarde ó mas temprano habia de ver su cabeza bañada en sangre y separada de su tronco.

—Es necesario que mueran;—murmuraba por lo bajo (interin se quitaba el coselete y todas las piezas de su armadura:—es necesario que mueran todos mis hermanos, porque

ellos son los que me hacen guerra, y ellos los que no me dejan gobernar. Y ese don Tello... ese don Tello es... no hay duda; él ha sido el que ha facilitado la huida á ese pícaro Carrillo, que fingiéndome amistad ha venido á robar á la condesa de Trastámara : pero no importa, no importa, hoy por hoy no temo al monarca aragonés; la tregua por otra parte aun no ha concluido; la flota que preparo es admirable, y quizá sin pensarlo venga á hacerme dueño del reino de Aragon. Ah! gente ruin y mal aconsejada; cómo tratáis de burlaros del monarca de Castilla.

—Señor;—dijo entonces un ballestero desde la antecámara.

El rey por toda respuesta lanzó un juramento horrible, y el ballestero calló.

Pasaron en silencio unos cortos instantes, y el ballestero volvió á decir aunque en voz baja :—

—Señor, don Diego García de Padilla desea hablaros con urgencia.

—Que pase;—dijo entonces el rey con acento brusco y altanero.

El maestre de Calatrava traspasó los umbrales de la cámara del rey, y viendo que este no se encontraba en ella:

—Os he molestado, señor? dijo con voz débil y temblorosa.

—Pasa;—contestó don Pedro con sequedad :—iba á dormirme ya... pero no importa. Qué tienes que decirme para llamarme con tanta urgencia?

—Señor, he venido á molestaros; pero dispensad, porque vengo á daros una noticia que acaso no haya llegado aun á vuestros oídos.

—Acaba;—repuso el rey con aspereza.

—Otro nuevo traidor se os escapa de las manos...

—Qué quieres decir, Padilla?

—Quiero deciros que os vende vuestro primo, el infante de Aragon.

—Cómo! el infante don Juan...

—Os es infiel como otros muchos.

—Acaba, Padilla.

—La misma marcha que siguió con vos Pero Carrillo, está observando don Juan hace unos días.

—Espícate, espícate, Diego, porque no comprendo ni una sola de tus palabras, y es necesario que el traidor caiga en el lazo antes de que salga el sol, si ser pudiera. Habla, habla, y sácame cuanto antes de esta incertidumbre.

—Vuestro primo, señor, está en relaciones con su hermano, y merced á mi grande actividad, he podido sorprender parte de su correspondencia: ahí teneis, señor, las pruebas de su infidelidad.

Y don Diego García de Padilla arrojó sobre el lecho del rey unos pergaminos, en cuyos sellos de cera encarnada se veían señaladas las armas de Aragon.

Don Pedro de Castilla devoró con ánsia el contenido de aquellos pergaminos, y despues de leerlos por segunda vez, con voz de trueno exclamó:

—Bien por los traidores! Bien por mi noble primo el infante de Aragon! Te doy las gracias, Padilla; dentro de poco puede que te dé algunas villas de las que mi noble primo posee en el vecino reino. Por ahora conténtate con la promesa, pero procura, ya que has cogido uno de los cabos

de la conspiracion, no parar en tus observaciones hasta haber desenredado la madeja, porque indudablemente esta trama debe estar muy bien tejida. ¿Me has comprendido, Diego? Has comprendido lo que quiero darte á entender con mis palabras?

—Os comprendo, señor;—contestó Padilla con humilde tono.

—Ahora bien;—continuó el rey:—es preciso que me sirvas de alguna cosa.

—Mandad, señor; ya sabeis...

—Sí; ya sé que puedo fiarme del maestre de Calatrava: espera.

El rey de Castilla volvió á enrollar cuidadosamente los pergaminos que su antiguo camarero le habia entregado, y devolviéndoselos con una especie de agitacion nerviosa que hacia temblar hasta la cama;

—Toma;—le dijo:—esos mismos pergaminos van á servir esta vez para descargo de mi conciencia.

Padilla tomó los pergaminos sin comprender ni una sola jota de lo que las acciones del rey podrian significar.

—Parece que te asombras;—dijo entonces el monarca fijando en él una mirada escrutadora:—pero no hay por qué, amigo Padilla; mas adelante, mas adelante; acaso mañana...

Y el rey se mordía los labios de coraje.

—Esos pergaminos—continuó despues de unos momentos—son para que tú mismo se los presentes á los nobles vizcaínos de mas valimiento, á fin de que se convenzan de quién es mi primo don Juan, y obren en su consecuencia cuando se lo presente para que lo elijan por señor.

El maestre de Calatrava comenzó ya á ver un poco mas

claro con esta corta esplicacion, y esperaba á que el rey continuase.

Este prosiguió :

—Me alegró mucho, amigo Padilla, de que con tiempo oportuno me hayas hecho esta advertencia: el rey de Castilla no puede estar en todo, y necesita vasallos fieles que le tengan al corriente de las muchas intrigas que se arman en torno suyo. Pero el infante don Juan va á recibir una leccion terrible para escarmiento de traidores: veremos si esta vez los rebeldes se repliegan en vista del terrible espectáculo que pienso dar en medio de la plaza; veremos si esta vez causan alguna impresion mis desahogos.

Padilla acabó de comprender el pensamiento del rey al oírle pronunciar estas palabras, y lleno de satisfacción apretaba entre sus manos los pergaminos.

—Con que de eso trataban, eh?—continuó el rey:—con que trataban de ayudar al conde á fin de que me asesinase? con que trataban de franquearle las puertas de mi cámara á fin de que acabase con mi vida? Bien, bien: no esperaba yo eso del infante don Juan; pero no importa. Aquí está el puñal con que el conde de Trastamara trataba al parecer de asesinarme; pero este puñal tiene que hundirse en su garganta, este puñal tiene que acabar con él y con todos los rebeldes. Anda, anda, Padilla; ve y cumple con mi encargo; que el tiempo urje, y es preciso tenerlo todo preparado. Mañana presentaré al infante delante de los vizcainos, y les preguntaré si lo quieren por señor; pero antes quiero que tú hables con ellos y les hagas sabedores de toda la conspiracion que mis dos primos tramaban contra mí; diles que pensaban asesinarme den-

tro de mi mismo lecho, y que ahí tienen las cartas que lo acreditan. Corre, Padilla; ve y cumple con las órdenes del rey, que el tiempo urje, y es preciso que al menos los vizcainos mas influyentes sepan la noticia. Promételes en mi nombre que yo los tendré presentes para en su dia premiar como debo sus servicios; pero no te detengas Padilla; corre en busca del señor de Ochandiano, Gurrea y otros nobles, reúnelos á todos, y házlos sabedores de los deseos que con respecto á su primo animan á don Pedro de Castilla. Corre, y adios.

—Pero señor!—esclamó entonces el antiguo camarero viendo que el rey se retiraba.

—Qué quieres?—dijo don Pedro volviéndose hácia Padilla.

—Que los vizcainos reconocerán por señor á vuestro hermano don Tello, y si no les digo el por qué le despojais del señorío...

—Porque es un traidor, les dices; y adviérteles de paso, una vez que tienes que entrar de lleno en la cuestion, que no quiero que los vizcainos reconozcan otro señor que el monarca de Castilla. Díselo así, amigo Diego, y de este modo se concluyen las cuestiones.

—Sereis servido, señor.

—Así lo espero, Diego. Adios.

Y el rey de Castilla cerró los ojos, dispuesto á dormirse en aquel instante.

Diego de Padilla se retiró tambien á descansar, y á la mañana siguiente, apenas habia salido el sol, se dirigió á casa de los principales caballeros de Vizcaya, á cumplir con las órdenes del rey.

El infante don Juan, que ni remotamente sospechaba que el rey se hallaba al corriente de la correspondencia que mantenía con su hermano don Fernando, entró en su cámara una hora antes del medio día, y saludándole respetuosamente:

—Me habeis llamado?—le dijo sonriendo.

—No;—contestó el rey:—pero una vez que has venido, quédate aquí y hablemos un rato acerca de los asuntos de mi reino.

El infante de Aragón frunció el entrecejo como adivinando que nada bueno había de resultar de aquella conferencia.

—Qué te parece que hagamos—continuó el rey—de la esposa de don Tello? Ya sabes que la dejé prisionera en Aguilar de Campó á mi paso por aquella villa.

—No sabía nada;—contestó el infante.

—Pues creo que lo sepa ya hasta el último de mis páginas.

—Tened por seguro que yo lo ignoraba completamente, hasta ahora que me lo habeis dicho.

—Pero bien; no es esa la cuestión. ¿Qué te parece que haga de esa viuda? Y ten en cuenta, querido primo, que la llamo viuda, porque estoy seguro de que tú cumplirás tu palabra de matar á su esposo don Tello.

—Oh! podeis estarlo, señor; pero en cuanto á doña Juana... yo, qué quereis que diga?

—Es decir que nada me aconsejas?

—Y de qué os había de servir mi humildísimo consejo?

—Vamos, bien; dejaremos por ahora que continúe en su prision, porque al fin es tu cuñada y...

Don Juan nada replicó.

—A tí—continuó el rey—te agradecerá mas que hablemos de tu señorío, no es verdad, don Juan?

El infante bajó la vista como avergonzado, y continuó guardando silencio.

—Pues bien;—añadió el rey fijando una mirada recelosa en el rostro del infante.—En este mismo momento vamos á salir de Guernica con direccion al árbol histórico donde los vizcainos acostumbran á reunirse para tratar de las elecciones de su señor, y allí te propondré para ese puesto; espero que ningun vizcaino me desairará negándome su voto.

En los ojos del infante brilló un rayo de alegría, al propio tiempo que los del rey dejaron entrever una espresion de cólera mal disimulada; pero abstraído como se hallaba el infante al pensar en la merced que dentro de poco iba á recibir, no fijó su atención en el monarca, y aquella señal inequívoca de odio, pasó para él desapercibida.

—Con que qué dices, amado primo?—añadió el rey despues de unos cortos instantes de silencio, haciendo un esfuerzo poderoso por sonreirse.

—Qué quereis que diga, señor?—repuso el codicioso infante.—Qué tengo mil motivos de agradecimiento hácia vos, y que no sé cómo pagaros tanto como haceis por mí.

—Oh! yo no hago por tí sino lo que todo rey debe hacer por cualquier vasallo que bien le sirve. Yo hasta ahora no tengo motivo de queja con respecto á tu conducta, y espero que en adelante será lo mismo: no es eso, amado primo?

—Podeis dudar, señor?—dijo el infante como ofendido.

—No es que dude, no; pero ten presente que si mañana

ú otro dia te diese la idea de abandonar mis filas, entonces no sabria qué castigo imponerte; pero ten por seguro que escederia con mucho á todos los que hasta hoy has presenciado, por muy horribles que hayan sido.

—Pero, señor!—esclamó el infante,—dudais de mí por ventura para hablar de esa manera. No sé en qué os fundais para espresaros de ese modo: si teneis algun recelo...

—No, no;—respondió don Pedro con gravedad:—no tengo recelo alguno de tí; antes, por el contrario, debo estarte muy agradecido, porque veo todo lo que has hecho por mí en varias ocasiones; y si bien es cierto que en época no muy lejana me abandonaste, fugándote de Tordehumos por venirme con los individuos de la liga, tambien estoy convencido de que no toda la falta estuvo en tí; ya sé que tu hermano te obligó á que le siguieses, hablándote de mí de un modo no muy conveniente. Veo además que has tratado por todos los medios posibles de corregir aquella falta, y en parte has conseguido que olyvide tu pasada conducta; pero pudiera suceder que tu hermano tratase nuevamente de separarte de mi lado, y como ahora voy á otorgarte el señorío de Vizcaya, no me agradaria mucho el tener que montar á caballo segunda vez, para ir en busca del nuevo señor de Vizcaya y aplicarle el castigo merecido. Por eso te lo digo, amado Juan; esto por lo tanto no pasa de ser una advertencia, y espero que no te ofendas, porque por un momento me haya atrevido á dudar de tu buena fé.

El infante de Aragon habia escuchado las palabras del rey lleno de temor, y agitado y tembloroso, aunque disimulando por otra parte cuanto le era posible, nada replicó á las palabras del rey, contentándose con bajar la vista como

ofendido y avergonzado de que don Pedro le hubiese recordado hechos, que él procuraba borrar de su memoria.

—No te ofendas;—añadió entonces el rey disimulando á su vez cuanto le era posible:—ahora sígueme, que voy á presentarte á los vizcainos; pero dame palabra de serme fiel y no abandonar nunca mi bandera.

—Quereis que lo jure, señor?—repuso el infante con resolución.

—No, no;—contestó el rey, admirado al ver el cinismo con que el infante mentía:—me basta tu palabra.

Don Pedro de Castilla salió de la estancia seguido de su amado primo, como él le llamaba, y se encaminó hacia una de las alamedas de la poblacion, donde se hallaban congregados los vizcainos en número de diez mil, alrededor del árbol de Guernica.

El infante don Juan, al ver aquella numerosa reunion de los que dentro de muy poco iban tal vez á declararse sus vasallos, no pudo ménos de alegrarse, y dirigiendo al rey una mirada de satisfacción, quiso demostrarle con ella su agradecimiento.

Don Pedro subió, en compañía de don Juan, á un tablado que á la sombra del árbol habian colocado los vizcainos, y dirigiéndose á ellos como en otra ocasión lo había hecho con los burgaleses, les habló de esta manera:

—Nobles vizcainos: ya sabeis los motivos que he tenido para declararme en contra de vuestro señor y perseguirlo. Mi hermano bastardo, don Tello, relacionado con el conde don Enrique (el infante don Juan se puso pálido), y todos los rebeldes, ha tratado por todos los medios posibles de escitar los ánimos contra el rey de Castilla, preparándolos

en favor del monarca aragonés; yo no temo las asechanzas de los traidores, ni me hacen impresion tampoco las muchas y diversas tramas que contra mí se inventan hasta entre las gentes que se apellidan mis leales servidores (el infante temblaba): el rey don Pedro tiene la energía suficiente para echar por tierra las cabezas de todos sus enemigos, y no teme, por lo tanto, á los autores de esas intrigas. Don Tello habia obrado mal rebelándose contra mí en union de mis demás hermanos, y natural era que yo le persiguiese hasta encontrarle; no lo he conseguido: otra vez seré mas afortunado; pero no por eso ha de escapar de la cuchilla vengadora. Don Tello, pues, ya no es vuestro señor, porque se ha rebelado contra su rey; aquí teneis al noble infante don Juan de Aragon, que con una lealtad á toda prueba me está sirviendo hace ya tiempo, y al cual, en pago de lo mucho que hasta ahora ha hecho por mí, quiero premiar agraciándole con el señorío de Vizcaya. Reconocedle, pues, por señor y prestadle juramento.

—No! no!!!—esclamaron á coro todos los vizcainos tan luego como el rey hubo concluido su discurso.—No reconocemos por señor nuestro al infante de Aragon.

—Tened en cuenta,—continuó el rey despues que hubieron cesado los murmullos—que el infante don Juan no se parece en nada á vuestro antiguo señor, don Tello. El infante de Aragon es un caballero á toda prueba, y nada hará en su señorío que pueda disgustaros; escuchad las palabras de vuestro rey, y reconoced por señor á mi noble primo el infante don Juan.

—No! no!!!—volvieron á esclamar mas de diez mil vizcainos, atronando el espacio con sus espantosos gritos.

—Pues á quién quereis por señor?—añadió el rey fingiendo incomodarse y en actitud severa é imponente.

—A don Pedro de Castilla!!!—contestaron los diez mil vizcainos repitiendo por tres veces la respuesta.—A don Pedro de Castilla!!! A don Pedro de Castilla!!!

El rey entonces dirigió una mirada como de rabia hácia su primo, y acercándose á él;

—Qué hago?—le preguntó en voz baja.

—Dejarlos; contestó el infante, con acento de tristeza.

Don Pedro bajó del tablado seguido de don Juan, y un viva el rey de Castilla! lanzado al aire por los leales vizcainos, hirió los oídos del pobre infante, que aburrido y avergonzado procuraba ocultarse entre los hombres de armas que escoltaban al rey.

—Ya ves,—dijo este continuando en su fingimiento—que los vizcainos no han querido reconocerte por señor; la culpa no ha sido mia; por eso no te apures, que en Bilbao te reconocerán prestándote juramento.

El infante iba muy triste y nada replicó.

Aquella misma tarde antes de anoecer, el rey don Pedro, seguido de su numerosa escolta, salía de Guernica con direccion á Bilbao.

Reflexivo por demás se hallaba el infante de Aragon, y muchos y distintos eran los pensamientos que surcaban por su mente desde que en Guernica habia recibido aquel feo por parte de los vizcainos. Por una parte, creia que el rey habria averiguado alguna cosa acerca de la correspondencia que mantenía con su hermano; por otra, miraba como imposible que don Pedro se hubiese callado si hubiera llegado á su noticia, y ya cavilando acerca de esto, ya pensando en

las causas que habrían influido en el ánimo de los vizcainos, á fin de que no le reconociesen por señor, el resultado es que el infante don Juan no descansaba un solo instante, y que su cabeza estaba trastornada hasta el punto de que él mismo creyó volverse loco.

—Si el rey supiese que yo tengo correspondencia con mi hermano—solía murmurar para sus adentros—cómo es posible que no me hubiese castigado? Tan vengativo como es, no hubiera tratado ya de probarme sus recelos para en seguida mandarme degollar? Oh! sí! el rey don Pedro es muy colérico y á mas de colérico vengativo, y no hubiera podido sufrir que un vasallo rebelde durmiese dentro de su alcázar. Por otra parte, aquellas espresiones que dijo al dirigirse á los naturales de Vizcaya... oh! aquellas espresiones iban dirigidas á mí indudablemente; pero si el rey las dijo por mí cómo es que nada se ha atrevido á revelarme cuando tantas ocasiones hemos tenido en que nadie nos escuchaba cuando hablábamos? No, no; tengo miedo, y el miedo me hace creer lo que no existe; pero lo cierto es, que en estas danzas se juega la cabeza, y que la mía no está muy segura ya sobre mis hombros; empiezo á desconfiar: si supiera... pero no, no; la conferencia que tuvo conmigo... y luego el venir á Bilbao decidido á que los de Vizcaya me reconozcan por su señor... no, no; no es posible que el rey obre con doblez; el carácter de don Pedro es muy arrebatado, y no creo yo que si él tuviese un resentimiento de esa naturaleza con respecto á mi conducta, hubiese guardado silencio hasta ahora. Pero, en fin: vivamos sobre aviso, que hoy por hoy, según andan las cosas por Castilla, es muy fácil acostarse y no volver á amanecer: díganlo si no Pedro Ruiz de Ville-

gas y Sancho Ortiz de Rojas, que en sus mismos lechos fueron asesinados. Oh! aquel fué un espectáculo horrible para Búrgos; pero qué diablo! yo al lado del rey qué espero? vivir siempre con el alma en un hilo esperando á que la maza de un verdugo caiga sobre mi cabeza. Rayos del cielo! si me diese por fin el señorío de Vizcaya... esperemos, y sino lo consigo, á Aragon con mi hermano y el conde de Trastámara. Así como así, don Pedro IV promete devolvernos las tierras y villas que nos ha quitado....

—Señor;—dijo uno de los escuderos del infante presentándose en su cámara.

—Qué quieres?—replicó el infante algun tanto azorado al verse sorprendido.

—Que su señoría el rey, segun me anuncia uno de sus escuderos, os manda que vayais á su casa inmediatamente.

El infante don Juan se hallaba desarmado, y sin esperar á que su escudero le pusiera la espada, ni el casco ni ninguna de las piezas de su armadura, salió de su cámara y se hizo acompañar por dos de sus escuderos.

—Vais en ese traje, señor?—le preguntó uno de ellos sabiendo que el infante se dirigia á casa del rey.

—Sí, porque me manda que acuda inmediatamente; acaso me llame para darme la cédula que me hace dueño del señorío.

Sin hablar mas palabra, se dirigió á la casa del rey, sita en la plaza de la Villa, á pasos bastante acelerados.

La plaza de Bilbao y calles próximas á ella, se hallaban cuajadas de vizcainos, que convocados por el rey á aquel sitio despues de haber conferenciado secretamente con los principales, estaban esperando el resultado de aquel miste-

rioso drama que desde Guernica venia haciendo desear el desenlace.

Todas las gentes del rey y hasta los vecinos de la villa habian ya casi adivinado el pensamiento que tenia don Pedro con respecto al infante; éste y sus escuderos eran los únicos que se mostraban ignorantes al parecer; ó si los escuderos del infante lo sabian, no habian creído oportuno revelárselo.

Don Juan tuvo que abrirse paso con los codos por en medio de aquella inmensa mole de vizcaínos, y á fuerza de empujones y codazos pudo conseguir llegar hasta la casa del rey, que formaba uno de los costados de la plaza.

No era de muy mal gusto su fachada; pero no era la fachada de la casa lo que llamaba la atención de los vizcaínos; era el rey, que asomado á uno de los balcones parecia como que les decia por medio de miradas:

—Esperaos, que aun no ha llegado la hora; tened un poco de calma, que no tardaréis en presenciar el espectáculo.

Algo de siniestro debia haber indudablemente en las fisonomías de los ballesteros de maza del rey, porque tan luego como el infante entró en su casa, se tornó pálido como un cadáver y no acertaba á subir las escaleras.

Agréguese á esto, que la primera persona con quien el infante tropezó á la entrada de la cámara del rey, fué Garcí Díaz Albarracín, uno de los verdugos de quien aquel acostumbraba á valerse para llevar á cabo sus venganzas, y podrán comprender nuestros lectores el gesto que pondria el infante, cobarde de suyo y miedoso en demasia.

Don Juan entró por fin en la cámara del rey, y éste le recibió como siempre, con suma amabilidad.

—Pasa, pasa, amado primo;—dijo acompañando sus palabras de una maliciosa sonrisa.

El infante adelantó unos pasos hácia el rey; pero aquella sonrisa heló la sangre que en aquel momento corría por sus venas.

—Parece que tiembles;—le dijo el rey volviendo á sonreír.—Qué tienes, amado primo?

Con un tono tan sarcástico pronunció el rey estas palabras; que don Martin Lopez de Córdoba, camarero ahora del monarca, por cesion en este cargo de don Digo de Paredilla; no pudo menos de temblar tambien, fijando una mirada de compasion en el infante.

Este adivinó desde luego lo que aquella mirada queria significar, y volviendo la cabeza atrás como receloso de que alguna maza viniese á caer sobre su cabeza, se arrimó á una de las tapias creyéndose mas seguro en aquel sitio.

—Ay! amado primo!—prosiguió el rey en el mismo tono sarcástico con que le habia recibido—y cuán malo te veo! Qué tienes? qué te pasa? qué te sucede? Estas pálido, tiembles... por Cristo vivo! que alguna traicion me has hecho cuando tiembles y palideces de ese modo.

—Señor!—esclamó el infante, decidido á fingir hasta el último momento.

—Qué? me engaño?—repuso el rey.

—Ya sabeis que yo siempre os he servido con lealtad.

—Y ahora tambien, no es cierto?

El infante no contestó.

—No es cierto—volvió á decir el rey—que ahora tambien me sirves con lealtad?

Don Juan continuó guardando silencio.

—Por Dios! amado primo,—prosiguió don Pedro—que te creía capaz de hacer una traición; de cometer un crimen y de hacer, en fin, todas las acciones malas propias de un corazón perverso y corrompido; pero no te creía capaz de mentir con la osadía con que delante del rey lo estás haciendo. Ahí tienes las cartas de tu hermano, en contestación á las que tú le dirigiste no hace muchos dias. Qué dices á esto, noble infante de Aragon?

Don Juan bajó la vista avergonzado, y tembló de pies á cabeza ante las irrecusables pruebas de traición que el rey le presentaba.

—Me has servido con lealtad? has cumplido cómo buen vasallo? Ahora llevarás tu merecido. Ballesteros! matad al infante don Juan!

—Señor! perdon! perdon!—esclamó el infante tratando de huir de aquella estancia; pero la pesada maza de Gonzalo Récio, cayó sobre su cabeza aplastándosela del golpe y dejándole caer en tierra sin sentido.

Los ballesteros de maza, Garcí Diaz Albarracín y Nuño Fernandez de Roa, se arrojaron entonces sobre el infante y le acabaron de matar descargando sobre él sus pesadas armas de hierro.

—Perdon!...—quiso murmurar el infante al caer en tierra sin sentido; pero la voz se ahogó en su garganta, y no pudo concluir la frase.

—Garcí Diaz!—gritó entonces el rey llamando á uno de los verdugos, quienes despues de concluir su encargo se habian retirado á uno de los rincones de la estancia.—Ayúdame á echar el cadáver á la plaza.

Garcí Diaz asió el cádayer del infante por la cabeza, el rey lo cogió por los piés, y arrojándole por el balcon en medio de la plaza;

—Ahí le tenéis;—dijo asomándose despues y dirigiendo su voz á los vizcainos:—ahí tenís al que os pedia que le reconociéseis por señor de Vizcaya.

El gentío que poblaba la plaza de Bilbao se quedó mudo e espanto al oír el ruido que hizo el cadáver del infante al caer sobre las piedras, y fijando la vista en don Pedro no sabían qué admirar mas en aquel rey; si la sangre fria con que mandaba cometer un asesinato, ó la serenidad con que se quedaba despues de haberlo cometido.

—Era un traidor!—esclamó el rey de Castilla á voz en grito sacando su cuerpo por el balcon;—pero no es él el último que tiene que ser arrojado por mis ventanas; aun hay muchas cabezas que cortar; aun hay muchos traidores á quienes segar el cuelló. Los nobles todos tienen que morir á manos de mis verdugos. Mueran los nobles de Castilla! mueran los traidores!

—Mueran los traidores!—gritaron los vizcainos que se hallaban en la plaza.—Vivá don Pedro de Castilla!

—Perdon!...—dixese murmurar el infante al caer en tierra sin sentido; pero la voz se ahogó en su garganta, y no pudo concluir la frase.

—Garcí Diaz!—grito entonces el rey llamando á uno de los verdugos, quienes despues de concluir su encargo se habian retirado á uno de los rincones de la estancia.

Ayudame á echar el cadáver á la plaza.

de su reino, que á decir verdad iban cada vez mas empro-
llados y ni él mismo los entendia.

Don Pedro abia era jóven, pues contaba apenas 25 años, y su corazon, indómito y feroz como su carácter, no sabia contentarse dentro de los límites de la prudencia, arrojando por todo, cuando el incentivo de una pasión no satisfacía aun le devoraba. El rey de Castilla amaba á doña Albornoz Coronel, y como desde su entrevista con ella en el convento de Santa Clara, aun no habia tenido ocasion de volver á verla, **CAPITULO XVII.** una noche salió de se-

que no tiene epigrafe, por habérsele estraviado al autor entre los algodones del tintero.

Triste por demás era la situacion en que el rey don Pedro se encontraba hacia unos cuantos meses; combatido sin cesar por sus hermanos bastardos, obligado ahora á sostener una lucha encarnizada contra el monarca de Aragon, precisado asimismo por lo crítico de las circunstancias á pedir auxilio á los demás reyes aliados para poder combatir con ventaja al aragonés, y condenado, en fin, por su carácter indómito y feroz, á no gozar ni un solo instante de tranquilidad y á vivir siempre envuelto entre sangre; el rey de Castilla padecia horriblemente, y no tenia ni una sola persona de confianza á quien comunicar los secretos padecimientos de su espíritu, ni á quien pedir consejo acerca de la marcha que debia dar en adelante á los negocios

de su reino, que á decir verdad iban cada vez mas embrollados y ni él mismo los entendia.

Don Pedro además era jóven, pues contaba apenas 23 años, y su corazon, indómito y fogoso como su carácter, no sabia contenerse dentro de los límites de la prudencia, arrojando por todo, cuando el incentivo de una pasion no satisfecha aun le devoraba. El rey de Castilla amaba á doña Aldonza Coronel, y como desde su entrevista con ella en el convento de Santa Clara, aun no habia tenido ocasion de volver á verla, pues aquella misma noche salió de Sevilla en persecucion de Pero Carrillo, ansiaba vivamente poner término á su impensado viaje para tornar á la Torre del Oro en busca de doña Aldonza.

Mal se le presentaban, no obstante, sus asuntos para volver á Sevilla tan pronto como él ansiaba. Deseoso, sin embargo, de vencer cuantos obstáculos se opusiesen á la realizacion de sus pensamientos, salió aquella misma noche de Bilbao con direccion á la villa de Roa, donde la madre y esposa del infante don Juan se hallaban.

No contento aun el monarca de Castilla con haber dado muerte al infante don Juan, hizo llevar su cadáver atado á los lomos de una mula con el fin de que lo viesen los habitantes de todos los pueblos por donde pasaban; y encaminándose á Roa, convirtió á aquella villa en teatro de otra escena, no menos espantosa que la que algunas horas antes habia tenido lugar en la plaza de Bilbao.

La reina viuda de Aragón, doña Leonor, madre del difunto infante, y la esposa del mismo doña Isabel Nunez de Lara, se hallaban en dicha villa ignorantes del trágico suceso de que habia sido víctima don Juan.

Don Pedro de Castilla, queriendo gozarse hasta mas no poder con la muerte de aquel traidor, hizo gustar hasta las heces la copa de la amargura a las desdichadas madre y esposa del infante, y llamando a Juan Fernandez de Hines-trosa le dijo:

—Manda venir á la madre del infante don Juan, doña Leonor, y á su viuda doña Isabel Nuñez de Lara.

—Y he de decirlas, señor...—repuso Hine-strosa temblo-roso y sin atreverse á concluir la frase.

—No has de decirlas nada;—contesto el rey con sequedad:—y me parece que no te hablo en latin para que me hagas esa pregunta.

—Pero... y si se resisten...?—añadió el viejo.

—Voto á brios! señor Hine-strosa;—repuso el rey inco-modado:—no parece sino que os habeis propuesto abrumarme con vuestras preguntas.

—Señor!...

—Si se resisten, las agarras de un brazo y las traes aqui; y si de un brazo no basta, las arrastras de los pelos. Vive Dios! que estais de broma!... pues cuidad de que el rey no se incomode, porque sin respeto á vuestras canas, man-dará que os cuelguen de una almena!

Juan Fernandez de Hine-strosa se apeó de su caballo, y alejándose de la presencia del rey con toda la ligereza que la debilidad de sus piernas le permitia, se dirigió á la casa en que doña Leonor y doña Isabel se hallaban, decidido á llevar á cabo la orden del rey, tal y como la habia reci-bido.

El sitio en que esta escena tenia lugar era la plaza de Roa; y las gentes del pueblo, no obstante los grandes de-

seos que al principio habian mostrado de ver al rey, temblaban de piés á cabeza al ver el modo que tenia de tratar á los individuos mas allegados de su servidumbre y se retiraron á sus casas presurosos, temiendo que la cólera del rey viniese á descargar sobre sus cabezas. Asomadas, sin embargo, á las ventanas ó acurrucadas detrás de una puerta y mirando á través del agujero de la llave, procuraban enterarse de lo que el rey hacia, sin que este lo advirtiese.

Don Pedro de Castilla y todos los individuos que le acompañaban se hallaban á caballo, formando círculo.

Dentro de este círculo se hallaba el rey, al lado del cadáver del infante, que como hemos dicho iba atravesado en una mula. El cadáver se hallaba á la sazón cubierto con un lienzo.

Doña Leonor de Aragon y doña Isabel Nuñez de Lara, seguidas de Juan Fernandez de Hinestrosa, aparecieron en este instante por una de las callejuelas que daban á la plaza, y á una señal del rey varios ginetes se replegaron hácia derecha é izquierda, dejando el paso franco para que dichas señoras entrasen en el círculo.

Alguna resistencia opusieron al principio; pero obligadas mas por la voz de trueno con que las llamó el rey hácia sí, que por las dulces amonestaciones de Hinestrosa, se acercaron á don Pedro, y el círculo volvió á cerrarse quedando las jóvenes aprisionadas.

—Gracias á Dios que os veo, doña Leonor;—dijo el rey fijando en su astuta tia una mirada rencorosa.—Gozais de salud, segun parece.

La reina viuda doña Leonor, que era una mujer con corazon de hombre, una de esas mujeres que lejos de

temer los peligros suelen complacerse en encontrarlos, miró al rey de alto á bajo como quien dice «no te temo» y volviendo despues la cabeza para mirar uno por uno á todos los individuos que componian su escolta, nada contestó á las palabras del monarca.

Este, que acostumbrado á hacerse respetar con solo un gesto, á hacer temblar con solo una mirada y hacer huir con una palabra descompuesta, no gustaba mucho de encontrarse á veces con personas de corazon tan bien templado como el suyo, hizo un gesto de orgullo, y dando un fuerte espolazo á su caballo que le obligó á encabritarse, con voz de trueno exclamó dirigiéndose á su tia:

—Por Dios! señora, que sois orgullosa hasta la muerte; solo vos, que sin duda no conoceis aun al rey de Castilla, fuérais capaz de mirarle como hoy acabais de hacerlo, sin temor á escitar sus instintos de venganza. Os acordais de mi prision en Toro?

—Me acuerdo; contestó la reina con aplomo.

—Y os acordais de lo que entonces me dijisteis?

—Tanto, que me hallo dispuesta á repetíroslo.

—Señora!

—Lo que oís, don Pedro.

—Tened en cuenta que estais metida en un circulo de lanzas, y que ese vuestro orgullo, lejos de escitar mi compasion, pudiera despertar sentimientos muy distintos.

—Sé de todo lo que sois capaz, don Pedro; pero nada me intimida.

—Tan valiente sois, señora?

—Vos no comprendeis esa palabra, é inútil es por lo tanto que yo os conteste.

La esposa del infante don Juan permanecía silenciosa, y cubierto el rostro con la falda de su brial, derramaba lágrimas abundantes.

—Qué quereis darme á entender con eso?

—Quiero daros á entender—contestó doña Leonor—que sois un hombre muy cobarde.

El rey don Pedro hizo un poderoso esfuerzo por contenerse, y despues de unos instantes añadió:

—Vuelvo á repetiros que estais rodeada de gentes del rey, y que aun resuenan en mis oídos los insultos que me dirigisteis en las bóvedas del monasterio de Santo Domingo. Callad, pues, doña Leonor, ó contestadme al menos con mas mesura, porque pudiera suceder, si así no obrais, que la calma del rey se convierta en destemplanza, y lo que á vos os parece un exceso de paciencia, sea un arrebatado de cólera que os venga á costar la vida.

—Amenazas á mí?—repuso doña Leonor fijando una orgullosa mirada en el rostro del rey.—Ya sabeis, señor rey de Castilla, que en mí no hacen efecto las amenazas; porque tengo el corazon muy bien templado, y tanto miedo me inspiran las lanzas de vuestras gentes como el sable de madera del último de mis pages.

—Es decir que nada temeis?

—Nada.

—Y que no temblareis ante mi vista?

—Tampoco.

—Aunque os mande encerrar en un calabozo?

—Aunque me mandeis quitar la vida.

—Y si os dijese que ibais á llorar?

—Llorar!

—Llorar, sí; os extrañais?

—Y cómo no, cuando escucho de vuestros labios esas cosas?

—Ay! doña Leonor; y cuán pronto ya á convertirse en llanto vuestra altanería.

—Vos lo creéis así?

—Y os lo voy á probar en este instante.

El rey don Pedro levantó el lienzo que cubria el cadáver del hijo de doña Leonor, y fijando en ella una mirada de compasion acompañada al propio tiempo de una sarcástica sonrisa.

—Ese es vuestro hijo!—esclamó con voz de trueno:—contemplad á vuestro esposo, doña Isabel de Lara.

Doña Leonor de Aragon lanzó un grito de dolor, y arrojándose sobre el cadáver de su hijo, le estrechaba entre sus brazos con frenético delirio; pero ni una sola lágrima brotó de sus espantados ojos.

Doña Isabel Nuñez de Lara cayó desmayada al lado de su suegra, exhalando un espantoso grito que dejó helados á todos los presentes, á escepcion del rey.

Don Pedro de Castilla tenia el corazon hecho á prueba de sufrimientos, y ni el cuadro mas horrible le conmovia. Interin algunos de sus soldados contemplaban llenos de tristeza á la jóven y hermosa viuda doña Isabel, desmayada á los piés del caballo de don Pedro, éste, sereno é inmóvil como una estatua, fijaba sus ojos en el cadáver, gozándose al parecer en contemplarle.

Doña Leonor de Aragon proseguia abrazada á su difunto hijo, y el noble viejo Juan Fernandez de Hinestrosa, volvió la cabeza á fin de que el rey no viese rodar por sus

mejillas dos lágrimas, que en aquel momento se habían desprendido de sus ojos.

El cadáver del infante, que desde Bilbao había sido conducido á Roa en uno de los mas calurosos días del mes de junio, empezaba ya á despedir olores, y desde el instante en que el rey lo descubrió, estos comenzaron á hacerse insoportables.

Doña Isabel volvió de su desmayo despues de unos cortos instantes, y la reina doña Leonor cayó como atontada á los piés de la jóven y desgraciada viuda.

Sus ojos, sin embargo, permanecian secos; ni una sola lágrima había humedecido sus mejillas.

El rey llamó á Hinestrosa, y despues de avisar á sus gentes que se replegaran hácia la izquierda á fin de no atropellar en su marcha á aquellas dos infelices mujeres, dijo al tío de la Padilla:

— Juan Fernandez: ahora mismo montarás á caballo, y seguido de cuatro escuderos, conducirás á esas dos mujeres al castillo de Castrojeriz en clase de prisioneras. Tú te encargas de custodiarlas hasta recibir nuevas ordenes del rey; pero órdenes, que deberán serte entregadas precisamente por alguno de los individuos de mi servidumbre.

El rey al hablar de esta manera, se acordaba de la fuga de la condesa de Trastámara.

— Nada mas ordenais, señor?—dijo Hinestrosa haciendo lo que el rey le mandaba.

— Nada por ahora.

El tío de la Padilla montó á caballo, y haciendo montar á las desconsoladas mujeres en los corceles de dos de

los escuderos que llevaba en su compañía, salió de la villa de Roa con dirección á Castrojeriz.

El rey, seguido de todas sus gentes, partió para Burgos, hasta donde hizo llevar el cadáver del infante.

—Qué hacemos de él?—dijo á sus caballeros tan luego como hubo llegado á la ciudad.

Ninguno de los interrogados contestó.

—Qué hacemos del cadáver, Garci Diaz Albarracín?—volvió á preguntar el rey dirigiéndose á uno de sus verdugos.

—Descuartizarlo y colgarlo en los caminos para pasto de los buitres;—contestó el sayon frunciendo el entrecejo y dando á su atezado rostro una espresion feroz.

—Mejor es destinarlo á pasto de peces;—replicó el monarca.

Garci Diaz permaneció callado.

—Qué te parece Garci Diaz?—añadió el rey.

—Me parece, señor, una excelente idea;—contestó el sayon, que conocia ya punto por punto el carácter de don Pedro.

—Al Arlanzon, pues!—añadió el rey, y que sirvan de pasto á los peces las entrañas de ese traidor.

Garci Diaz Albarracín y algunos otros ballesteros se encaminaron hácia el río, y arrojaron á él el cadáver del infante con la mula que le habia conducido sobre sus lomos.

El animal salió á nado hasta la orilla; el cadáver se sumergió por el pronto; pero luego volvió á aparecer sobre la superficie, hinchado y asqueroso siguiendo el curso de la corriente.

Aquel espectáculo fué una verdadera fiesta para Garci

Díaz Albarracín y los ballesteros que le acompañaban.

Cualquiera que hubiese presenciado las escenas que en Bilbao y Roa habían tenido lugar, hubiese dicho que el rey era un hombre sin conciencia, un hombre sin corazón, un hombre, en fin, que por nada se inmutaba, y al cual no le causaban impresión ni aun los cuadros más desgarradores: pero el rey don Pedro padecía, tanto ó más que las personas á quienes él designaba por víctimas de sus coléricos desahogos.

El deseo de verter sangre era una especie de manía que se había apoderado del rey don Pedro, y los que le observaban de continuo, acostumbrados como se hallaban á estudiar día por día y aun hora por hora su carácter, no se extrañaban de que el rey tomase medidas tan violentas, toda vez que cualquiera circunstancia imprevista venía á escitar sus instintos sanguinarios.

En Burgos se hallaba hacia ya dos horas, cuando uno de sus ballesteros de maza, el que con más furor había descargado sus golpes sobre el maestro de Santiago en el alcázar de Sevilla, se presentó en el monasterio de Santo Domingo, solicitando permiso para hablar con su señoría.

Aquel ballestero era Juan Diente, uno de los hombres de menos conciencia y de instintos más sanguinarios que rodeaban al rey, y el único por lo tanto que podía simpatizar con un monarca tan cruel como don Pedro. Este le confiaba por lo mismo las empresas más difíciles de llevar á cabo, y las que requerían por consiguiente un brazo de hierro y un corazón de piedra.

Cuando el rey trataba de degollar á alguno de sus vasallos, Juan Diente era el encargado de segar el cuello de

aquella víctima; porque el rey estaba bien convencido de que solo Juan Diente era el hombre á propósito para llevar á feliz término esta clase de negocios.

Juan Diente era el hombre necesario en una época tan azarosa, como la en que tenia la desgracia de reinar don Pedro de Castilla.

Los ballesteros de maza del rey recibieron á Juan Diente llenos de júbilo, y todos le preguntaron el objeto de su repentina marcha de Sevilla.

Juan Diente por toda respuesta señaló á una enorme caja de madera pintada de negro que traia sobre su caballo, pero sin murmurar una palabra.

—Que pase;—dijo el rey tan luego como los ballesteros le noticiaron la llegada de su verdugo.

Juan Diente pasó á la cámara del rey dejando á la entrada la caja negra.

—Has cumplido con mi encargo?—le preguntó el rey.

—Todo lo he hecho segun me ordenó su señoría.

—Es decir que han muerto esos rebeldes?

—Todos seis han sucumbido.

—Los sorprendiste por ventura?...

—Allí donde los hallé, allí les descargué el golpe.

—Bien, Juan Diente: toma en pago de tu servicio.

Y el rey entregó á su verdugo un pesado bolsón lleno de monedas.

—Señor, tantas mercedes...—repuso Juan Diente tomando el bolsón que el rey le presentaba.

—Es justo; has cortado seis cabezas, y por cada una te entrego cincuenta maravedis de plata.

Juan Diente inclinó su cabeza en señal de reconoci-

miento, y fijando una mirada en la caja que habia dejado á la puerta de la cámara, llamó la atención del rey sobre ella.

—Qué traes en esa caja?—le preguntó con estrañeza.

—Señor, dispensadme...—contestó Juan Diente temblando.

—Habla, habla;—replicó el rey:—qué traes en esa caja?

—Señor, traigo las cabezas de los traidores. Mirad.

Y Juan Diente destapó la caja negra, y volviéndola del revés, dejó caer sobre el pavimento seis cabezas pálidas y desencajadas, cubiertas de sangre en la mayor parte de sus rostros.

—Oh! sangre! sangre!—esclamó el rey con frenético delirio, gozándose en contemplar las seis cabezas que acababan de rodar á sus piés.—Aun no es bastante; se necesitan todavía otras cuarenta y nueve cabezas para formar un rosario y colgarlo despues de las almenas de mi alcázar. Bien, Juan Diente; á seis por dia, dentro de ocho podremos adornar mi alcázar de Sevilla; y la primera tiene que ser la del conde de Trastamara: detrás de esa irá la del monarca de Aragon; verás de ese modo cómo se limpia Castilla de rebeldes.

—Yo, señor,—contestó el verdugo—me hallo dispuesto á cortar otras tantas cuantos sean los traidores que pueda haber á las manos.

—Sí, sí;—repetia el rey:—no podemos pasar por otro punto; ahí tienes ya á esos seis traidores degollados; mira sus cabezas mutiladas; toma, toma, que no tardarás mucho en volver á ejercer tu oficio.

Y el rey don Pedro entregó á Juan Diente otra nueva bolsa llena de monedas.

—Señor...—esclamó Juan Diente.

—Sí; bien vale esa bolsa de dinero el placer que yo tengo al contemplar esas seis cabezas de rebeldes rodando bajo mis piés. Mira: aun las conozco á pesar de hallarse desfiguradas; esa es la de Gonzalo Melendez, á quien yo tenia preso en el castillo de Mora; esa otra es la de Pero Cabrera de Córdoba, el traïdorzuelo de mala ley, que ayudando al conde don Enrique se vendia por amigo y me juraba fidelidad; aquella, que con los ojos entreabiertos parece que trata de atemorizarme con sus miradas, es la de Ferrand Alfonso de Gahete; buen traïdor; por vida mia! Oh! ya hace años que debia haber sucumbido bajo el cortante filo de tu cuchilla; mira aquí la de Alfonso Jufre Tenorio, el promovedor de motines en Salamanca; ah! buen pícaro estaba ese traïdor; pero ya le ha llegado tambien su hora. Y Alfonso Perez Fermosino, el protector de los de la liga en Toro? Oh! no volverá ya á hacerme mas traiciones. Toma, toma mas oro, y no descansas ni un momento, que es preciso cortar muchas cabezas! Rayos del cielo! cuándo se acabará esa maldita raza de rebeldes!

El rey don Pedro estaba encendido de cólera y los ojos parecia que iban á saltársele de sus órbitas.

Juan Diente estaba como aterrado, y no acertaba á murmurar una palabra: fijos los ojos en las seis cabezas que habia arrojado sobre el pavimento, parecia como que se gozaba tambien en contemplar el horrible aspecto que presentaban.

Uno de los ballesteros de maza se presentó en este instante en la puerta de la habitacion del rey, y se quedó asombrado al ver el espectáculo que se ofrecia ante su vista.

Reponiéndose despues de un breve instante de su emocion;

—Señor,—dijo á media voz y en tono casi imperceptible;—vuestro escudero el señor Men Rodríguez, solicita permiso para hablar con su señoría.

—Adelante!—contestó el rey con sequedad.

El noble descendiente de la Puebla de Sanabria se adelantó con paso lento hácia el rey, y despues del contemplar, aunque sin inmutarse, el cuadro que presentaba aquella estancia, se colocó al lado de don Pedro, dominado al parecer por algun horrible presentimiento.

—Qué tienes, Men Rodríguez?—le dijo el rey fijandó en él una mirada investigadora:—parece que estás triste: te han causado mala impresion esas cabezas de traidores que yacen tendidas á mis piés?

—No, don Pedro;—contestó Men Rodríguez con aplomo:—A buscaba entre ellas la de vuestro hermano el conde; pero no la encuentro entre todas.

—Oh! ya la verás algun dia; y no ha de pasar mucho tiempo, vive Dios! no es cierto, amigo Juan Diente?

—Así es, señor; y ¡ojalá que esta misma noche se me presentase ocasion de traérsola lasida de los cabellos.

—No es tarde, y no es tarde;—dijo el rey meditabundo.

Men Rodríguez lanzó un triste suspiro; y el rey volvió á fijar en él sus espantados ojos.

—Qué pasa?—le preguntó comprendiendo que alguna mala nueva venia á noticiarle:—no te detengas, Men Rodríguez; habla, habla, que el rey don Pedro por naúa se impresiona.

—Sucede, señor—dijo entonces Men Rodríguez—que la tregua con el de Aragon, se ha roto ya.

—Cómo! —esclamó el rey:—alguno de los fronteros se ha atrevido...

A: —No; no; no han sido vuestros vasallos los que han roto la tregua..

—Explicatelo.

—Vuestro hermano el conde ha sido el que internándose en Castilla.

—Es posible? —esclamó el rey interrumpiendo á su escudero lleno de sobresalto:

—Lo que oís, don Pedro; vuestro hermano don Enrique se encuentra en Soria...

—En Soria!

—En Soria, sí; y el infante don Fernando acaba de entrar por Murcia y combate á Cartagena.

—Qué dices?

—Esa es la verdad, señor.

—Es decir, que otra vez tengo que prepararme para la guerra? No importa, no importa; afortunadamente la mar por este tiempo se halla sosegada, y al mando de mis galeras podré atacarlos por Valencia. Nada temo por hoy; mas adelante...

—Sí, sí; conviene que os prepareis, porque en Castilla hay muchos traidores.

—Lo sé, lo sé; pero no importa. Mas qué motivos alegan para romper la tregua?

—Irritado el conde de Trastamara al saber la muerte que habeis dado á su hermano...

—Ah! sí, sí; no me acordaba. La misma que pienso darle á él; pero no; la suya tiene que ser mucho mas horrorosa. Conde de Trastamara! güay de tí si llegas á mis manos.

—Difícil lo veo, señor; el condé cuenta con un número muy crecido de lanzas...

—No importa; las fronteras están bien guarnecidas... ¡A Sevilla! que es preciso preparar las naves..

El rey don Pedro, seguido de Men Rodriguez y de Juan Diente salió de su habitacion.

Media hora despues, salia del monasterio de Santo Domingo acompañado de su escolta, y tomando el camino de Sevilla partió al galope, con intencion, al parecer, de proseguir del mismo modo durante la jornada.

cia del primo del rey. En el alcazar era donde únicamente solian oírse algunas preguntas acerca de dichos bailarines, pero ninguna de ellas obtenia una respuesta satisfactoria, por parte de los individuos que habian sido testigos de su terrible muerte.

Los bailarines de maxa Garcia Diaz Albaracin, Juan Fernandez de los Ros y Rodrigo Perez de Castro, se veian aco- sados por las damas y pagos de la servidumbre real, quienes con una curiosidad excesiva a toda ponderacion les preguntaban la causa de su muerte.

CAPITULO XVII.

De cómo doña Maria de Padilla seguia llorando en su retrete, mientras el rey continuaba enamorado de doña Aldonza.

Aun no hacia media hora que el rey se hallaba en Sevilla, cuando ya todas las gentes de la ciudad tenian noticia de su llegada.

Unos á otros se preguntaban cuál habia sido el resultado de la persecucion de don Tello, y ninguno sabia una palabra acerca de este asunto: las gentes del rey guardaban el mas profundo silencio sobre los sucesos ocurridos en Roa y en Bilbao, y los sevillanos se entretenian en inventar mil curiosos cuentos acerca de la entrevista que, segun ellos, habia tenido el rey con su hermano bastardo; pero ninguno sabia nada con referencia á la muerte del infante don Juan, y como don Pedro habia entrado de noche en Sevilla, ningun sevillano se apercibió de la ausen-

cia del primo del rey. En el alcázar era donde únicamente solian oirse algunas preguntas sueltas acerca de dicho caballero; pero ninguna de ellas obtenia una respuesta satisfactoria, por parte de los individuos que habian sido testigos de su terrible muerte.

Los ballesteros de maza Garcí Diaz Albarracin, Nuño Fernandez de Roa y Rodrigo Perez de Castro, se veian acusados por las damas y pages de la servidumbre real, quienes con una curiosidad escesiva á toda ponderacion, les preguntaban la causa de que el infante no hubiese vuelto con el rey.

—Se habrá quedado en la frontera;—decian unos.

—Habrá cambiado de bando y se habrá unido con don Enrique;—añadian otros.

—En caso se habrá internado en Aragon á reclamar del rey los castillos y tierras que le habia quitado;—añadia una graciosa dama de ojos azules y cabello rubio, cuyas lánguidas miradas eran capaces de entusiasmar á un hombre de piedra.

—Vamos, señor Diaz de Albarracin;—replicaba un pajeillo;—decidnos la verdad, qué ha sido del infante?

Garcí Diaz callaba y se sonreia maliciosamente.

—Y vos, señor Fernandez de Roa;—añadió otro pajeillo muy travieso—vos no nos sacareis de esta maldita duda en que todos nos hallamos?

Nuño Fernandez callaba tambien imitando la conducta de su compañero de maza.

—Vamos, señor Rodrigo de Castro: decidnos la verdad y os prometemos...

—Qué?—dijo el balletero acercándose á la hermosa

dama, que llevando su curiosidad hasta el estremo le habia prometido no sabemos qué, por no haberse determinado á concluir la frase.

Rodrigo Perez de Castro era un hombre de muy buena presencia, y atusándose las largas guias de su bigote parecia como dispuesto á satisfacer la curiosidad de la dama.

Esta se habia ruborizado, y con los ojos fijos en el suelo no se atrevió á volver á preguntar por la suerte del infante.

Malas lenguas se atrevian á asegurar que aquella doncella de la Padilla mantenia relaciones con el infante, y la estremada curiosidad que ahora demostraba por saber de su salud, vino á confirmar sus no infundadas sospechas.

Fernandez de Roa tenia fijos sus ojos en la jóven, y esta despues de unos instantes añadió:

—Con que es decir, que no quereis contarnos la verdad? Nuño Fernandez de Roa se acercó entonces á la dama, y la habló unas palabras al oido.

La jóven se tornó pálida como un cadáver, y se retiró silenciosa de la estancia en que esta escena tenia lugar.

Los demás individuos en ella reunidos comprendieron desde luego lo que la turbacion de la hermosa dama queria significar, y media hora despues todas las gentes del alcázar se decian al oido:

—El infante don Juan ha muerto. Aquella misma noche lo sabian ya todos los habitantes de Sevilla.

El rey á todo esto no habia parecido por el alcázar, y doña María de Padilla, que triste y desconsolada lloraba en su retrete los desvíos de su esposo, llamó á uno de los pagedillos que habia en su antecámara y le dijo:

—Es preciso que me traigas el traje nuevo que te pones cuando acompañas al rey en los días de ceremonia.

—Nada más quereis, señora?—repuso el page, que era un jovencito de unos quince años de edad, rubio como el oro y jugueton como una cabra.

—Nada más;—contestó la reina.

El page desapareció saludando respetuosamente á doña María desde la puerta de la cámara.

—Oh! cuán desgraciada soy;—esclamó la esposa del rey después de unos cortos instantes de silencio.—Sola en mi retrete, abandonada de todos y despreciada por él, que es la única persona á quien adoro... Oh! esto es horrible. Señor! Señor! por qué no me arrancais de este mundo miserable, donde todo es mentira, hasta la pasión de un amante, hasta el cariño de un esposo? Yo, que le amo con delirio, que sufro cuando le veo triste, que lloro cuando él padece... Señor! Señor! permitid que muera esta jóven desgraciada.

Y la jóven doña María, en cuyo hermoso rostro iban dejando ya profundas huellas los padecimientos, fijaba sus ojos en el cielo, como buscando alivio á sus pesares en otra region mas apartada y menos llena de ficciones.

Sus ojos, antes llenos de animacion y de dulzura, estaban ahora como apagados y carecian de expresion! Tristes y abatidos, sus miradas causaban una profunda sensacion en las personas en quienes por acaso se fijaban. Los ojos de doña María decian desde luego que aquella mujer debia sufrir horriblemente: hasta sus mejillas, antes sonrosadas, estaban ahora cubiertas de la palidez de la azucena.

La Padilla amaba mucho á don Pedro, y no podía

mirar con indiferencia el desden con que este la trataba, desde que por desgracia suya sacó á doña Aldonza Coronel del convento de Santa Clara. Grandes eran los esfuerzos que hacía la pundonorosa jóven por apartar de su mente los tristes pensamientos, que con respecto á los nuevos amores del rey la asaltaban de continuo; pero la imágen de doña Aldonza Coronel estaba siempre presente ante su vista, y la desgraciada esposa del rey no podia menos de llorar y desesperarse en medio de su retrete, sin encontrar alivio á su amarga pena.

Amaba mucho á don Pedro, y doña Aldonza le robaba su cariño. Furiosa, pues, é instigada por los celos en medio de la horrible desesperacion de que era víctima, trataba de vengarse de la que de un modo tan cruel le desgarraba el corazon; pero reflexionando despues y mirando las cosas bajo otro aspecto diferente, comprendia que la culpa no era toda de doña Aldonza; sino de aquel rey caprichoso y libertino, que sin atender á las funestas consecuencias que podia traer consigo su inconstancia, se echaba en brazos de su manceba, despreciando los sagrados deberes que tenia contraidos para con su esposa, y procurando no mas que dar gusto á sus pasiones.

Doña María de Padilla era ya esposa del rey; pero se acordaba, no obstante, de cuando no era mas que su manceba. Entonces el rey la amaba con delirio; ahora la posponia al amor pasagero de cualquier mujer.

Su hermano don Diego procuraba consolarla en todo lo posible, y haciéndola compañía todos los ratos que sus muchas ocupaciones le dejaban libres, la hablaba con dulzura del porvenir, procurando alejar de su mente el recuerdo de doña Aldonza.

—No estés triste;—la decía sonriendo :—el rey te ama y no tienes motivo para dudar de su pasión:

—Oh! calla, calla, Diego; no vuelvas á repetirme esas palabras. Si el rey me amase como dices, no hubiera venido á verme desde el momento mismo en que se hubiese apeado del caballo? Oh! en vano es que trates de disipar mis dudas; el rey ama á doña Aldonza y no se acuerda de mí.

—María!

—Sí; no creas que se me oculta nada de cuanto pasa en este instante. Don Pedro no ha entrado todavía en el alcázar.

—Cómo! quién te ha dicho que el rey?

—Mil veces te he repetido, amado Diego,—le interrumpió la jóven—que hay personas á mi lado que me tienen al corriente de cuanto pasa. No te estrañes, pues, de que sepa dónde se encuentra el rey en este instante.

—Esas personas son las que tienen que perderte, María; esas personas son las que tienen que acabar con tu existencia. Si tú hicieses caso de mis palabras y no te fiases de gente adulatora, no padecerias tanto ni te acordarias de doña Aldonza. El rey te ama, vuelvo á repetirte, y no tienes motivos para dudar de su pasión. Quien te diga lo contrario, miente; y te lo dice no mas que por complacerse en verte padecer: tú eres muy cándida, María, y no quieres convencerte de que quien te dice la verdad es tu hermano Diego, y esa maldita obstinacion tiene que hacerte desgraciada. No comprendo tu modo de proceder, María; no sé por qué dudas, no solo del rey, sino de tu hermano.

—Dudo—contestó la jóven—porque tú y el rey me engañais á cada paso.

—Pero es posible... —

—Y si nó, por qué me niegas que el rey no ha entrado todavía en el alcázar? —

—Porque quiero que sepas la verdad, y no te fies de las palabras de los aduladores; pón eso. —

—Pues me engañas en ese caso, Diego; porque el rey apenas entró en Sevilla, se dirigió á la torre del Oro en busca de doña Aldonza. —

—Eso no es verdad, María. —

—Pues bien; llévame á su cámara, y veamos si se encuentra en ella. —

—Aunque no se encuentre en el alcázar, no por eso has de deducir que está en la Torre del Oro. —

—Y entonces dónde se halla? —

—En el puerto, mandando armar las galeras suficientes para combatir por mar el reino de Aragón. —

—En el puerto, eh?—repuso doña María sonriendo maliciosamente. —

—Qué dudas todavía..? —

—Dentro de poco me convenceré. —

—Segun eso... —

—Pienso salir del alcázar. —

—Y dirigirte á la Torre del Oro? —

—Sobre eso, Diego, nada puedo decirte en este instante. —

—Oh! María; no des lugar á que el rey... —

—No temas, Diego; tu hermana obra siempre segun las inspiraciones de su corazon. —

—Bien: obra como quieras; pero una cosa te advierto. —

—Habla. —

—Que no me mezcles para nada en el asunto, si llegas á hablar al rey.

—Descuida; tu hermana no te compromete.

—Por Dios te suplico, María, que no des lugar á que el rey se encolerice, porque la ocasion no es la mas á propósito.

—Por qué?

—Porque el rey está demasiado enfurecido, y pudiera suceder...

—Que mandase hacer conmigo lo que acaba de hacer en Bilbao con el infante?

—Cómo! ya sabes que el infante..?

—Vuelvo á repetirte, amado Diego, que hay personas á mi lado que me tienen al corriente de todo lo que hace el rey.

El maestre de Calatrava se mordió los labios de coraje y nada replicó.

—Es decir que te empeñas...—añadió despues de unos instantes sin atreverse á concluir.

—Sí, Diego;—contestó la jóven con resolucion:—me empeño en averiguar la verdad por mis propios ojos, ya que tú y todos mis parientes os empeñais en cubrírmelos con una venda.

—Adios, María;—dijo entonces el maestre incomodado.

—Adios, Diego;—contestó la dama con aplomo.

El maestre de Calatrava salió de la estancia de la Padilla, y aun no hacia cinco minutos que habia salido, cuando el travieso pagecillo á quien momentos antes habia pedido su traje, volvió á presentarse en su retrete.

—Aquí lo teneis;—la dijo.

—Es este el que te he pedido?—repuso doña María.

—El mismo, señora.

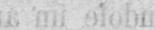
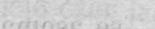
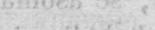
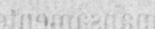
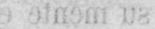
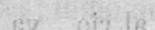
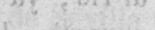
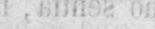
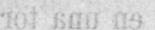
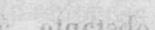
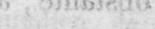
—Toma y vete.

Y le alargó una pequeña bolsa de terciopelo, bordada de oro y llena de monedas de plata.

El page la estrechó entre sus manos alegremente y salió de la estancia murmurando :

—Es un ángel, doña María; Oh! mujeres como esta debieran vivir eternamente.

CAPITULO XVIII

Don Pedro tornó, no obstante, a Sevilla, y en vez de convento para encerrarla en una torre. Pensaba en arrojarse al río, ya que el rey fingiéndola un amor que según ella no sentía, la había sacado de un yendo que el rey, fingiéndole un amor que no sentía, la consolaba en su bello camarín de la Torre del Oro, y creyendo no había vuelto a verla, la había también des-
 ——
 ——
 ——
 ——
 ——
 ——
 ——
 ——
 ——
 ——
 ——
 ——
 ——
 ——
 ——
 ——
 ——

—En este el que te he pedido?—repuso doña María.
 —El mismo, señora.
 —Toma y véte, que yo no quiero que se quede.
 Y le alargó una pequeña bolsa de terciopelo, dorada de
 oro y llena de monedas de plata. Como se vio lo
 El pago la estrechó entre sus manos alegremente y
 salió de la estancia murmurando:
 —Es un ángel, doña María; ¡Oh! mujeres como esta de-
 bieran vivir eternamente.

CAPITULO XVIII.

Que no es otra cosa que la continuacion del XVII.

Doña Aldonza Coronel, que desde su salida del convento no habia vuelto á ver al rey, lloraba tambien desconsolada en su bello camarín de la Torre del Oro, y creyendo que el rey, fingiéndole un amor que no sentia, la habia reducido á prision, se asomaba á los balcones con frecuencia, y contemplando la limpia corriente del Guadalquivir, que se deslizaba mansamente á los piés de la torre, media con la vista la altura de la misma, y un siniestro pensamiento cruzaba por su mente en aquel instante.

Pensaba en arrojarle al rio, ya que el rey fingiéndola un amor que segun ella no sentia, la habia sacado de un convento para encerrarla en una torre.

Don Pedro tornó, no obstante, á Sevilla, y en vez de

dirigirse al alcázar, encaminó su caballo por las afueras de la ciudad é hizo alto en la Torre del Oro, deseoso ya de ver á doña Aldonza.

Durmiendo se hallaba la desconsolada jóven; cuando el rey entró en su camarín, cubierto de polvo desde el casco hasta las espuelas.

El sueño de la hermosa manceba del rey no era tranquilo; soñaba en aquel instante que se arrojaba por uno de los balcones y que sus doncellas la detenían.

El rey puso la mano sobre el costado izquierdo de la jóven, y el corazón le latía con violencia.

—Infeliz!—esclamó el rey:—cuánto la amo!

Doña Aldonza Coronel despertó en este instante; é incorporándose en el lecho miró llena de sobresalto al rey, creyendo que era ilusión lo que veía.

—Soy yo, Aldonza;—dijo entonces don Pedro con acento apasionado:—yo, que acabo de llegar á Sevilla y vengo á visitarte.

La esposa de don Alvar Pérez del Guzmán fijó entonces una mirada penetrante en el rostro del monarca, y después de haberle reconocido dejó caer la cabeza sobre su pecho, rompiendo á llorar amargamente.

—Aldonza!—esclamó entonces el rey.—Qué tienes? qué te pasa? lloras?

Y la jóven prosiguió llorando.
—Oh! no me martirices; dime qué tienes, hermosa mía! Estás triste porque salí de Sevilla sin hablarte? Oh! perdóname, perdóname, que no tuve yo la culpa.

Doña Aldonza levantó entonces la cabeza; y fijando en él rey una mirada melancólica, le dijo:

—Lloro, porque creí que ya nunca os volveria á ver; por eso, lloro, señor. ¡Oh! soy tan desgraciada. . .

El rey hizo un gesto de desagrado y se sentó á la cabecera del lecho.

—No comprendo el por qué;—dijo despues de unos instantes con desden.

—Porque os amo tanto, señor,—añadió la dama—que no puedo vivir sino á vuestro lado.

—Y estás lejos de mí por ventura?

—No; pero los celos. . .

—Y de quién, Aldonza?

—Hasta del aire que respirais.

—Oh! eres muy loca;—dijo el rey sonriéndose y mirando á la jóven con dulzura.

—No; no soy loca: os amo demasiado y esta es la causa de que me muestre tan afligida.

—Con qué porque me amas.

—Justamente, señor; si no os amase tanto, poco me importaria que saliéseis de Sevilla ni que fuéseis á la guerra; pero os amo demasiado y temo por vuestra vida.

—Oh! si es por eso, nada temas, hermosa mia; el rey don Pedro es arrojado, y contra él nadie se atreve; aun no se ha fabricado la flecha que tiene que atravesarme el corazon, ni hay acero tan bien templado que pueda entrar en pelea con el mio sin salir hecho pedazos. Al rey de Castilla le temen todos; su nombre solo hace temblar á los que le oyen repetir. No temas, pues, Aldonza mia, que al rey don Pedro nada le sucede.

Y el rey tenia razon al hablar de esta manera.

Gentes habia en Sevilla que tan solo al oir pronunciar el

nombre de don Pedro temblaban de piés á cabeza creyendo que algun terrible mal iba á sucederles; y no mentiremos al decir que habia algunos que tan luego como divisaban al rey por la calle en que vivian, cerraban las puertas de sus casas, temerosos de que á don Pedro le diese la idea de entrar en ellas.

El rey de Castilla era temido por todos sus vasallos, y las terribles justicias que en los pocos años que llevaba ocupando el trono habia mandado hacer, esparcieron el terror por todos los ángulos de su reino, y hasta en las naciones extranjeras le temian sin conocerle. No mentia, pues, al afirmar que contra él nadie se atrevia.

Doña Aldonza Coronel, que como hemos dicho al principio de este capítulo, estaba triste y desconsolada, creyendo que el rey la habia reducido á prision, so pretesto de que queria tener siempre á su lado, fingia ahora que se hallaba triste con motivo de las frecuentes ausencias del rey, y que lloraba por no poderle tener siempre á su vista. Doña Aldonza era una mujer de talento, é ideaba mil maneras de atraerse la voluntad del monarca.

Esté la llamaba de veras, y no presumia que doña Aldonza fuese capaz de fingir lo que no sentia su corazón.

—Con que estás triste?—la decia con dolorido acénto.

—Lo estoy, sí;—contestaba la jóven!—estoy triste porque os amo y quisiera que nunca os separáseis de mí.

—Eso es imposible, Aldonza; un rey tiene que mirar por la prosperidad y sosiego de sus pueblos: aquella sin este no puede existir; mis pueblos no podrán disfrutar de paz, ínterin yo no corté unas cuantas cabezas de rebeldes.

doña Aldonza se tornó pálida al oír las últimas palabras del rey; y en un momento se desvaneció en sus brazos.

Se acordaba de su padre, y de la muerte que el rey le dió en Aguilar.

—Sí, Aldonza;—proseguía don Pedro:—yo quisiera estar siempre contigo; porque también necesito descansar; me hace daño ya el polvo de las batallas, y el olor de los cadáveres me trastorna; pero es preciso por ahora: no puedo pasar por otro punto.

—Oh! callad, callad;—decía doña Aldonza:—no me doís repitais, don Pedro; soy tan feliz cuando me encuentro á vuestro lado.

Y por las sonrosadas mejillas de la jóven surgieron dos lágrimas, que fueron á caer entre los menudos pliegues que formaba la lindísima falda de tul blanco que vestía.

El rey la contempló lleno de emoción y respetando su profunda melancolía, nada le dijo en aquel momento.

Pasaron así unos cortos instantes de silencio; doña Aldonza sollozando, y el rey sin atreverse á interrumpir los tristes suspiros que de cuando en cuando salían del pecho de la jóven, hasta que por fin esta se calmó, y don Pedro entonces le dijo:

—Mucha pena me causa, Aldonza mía, el verte entregada de ese modo al llanto y á la desesperación; pero no comprendo en verdad cuál es la causa de tu tristeza; no comprendo, ángel mio, los motivos que puedas tener para llorar. Pienso dejarte, por ventura? Pienso alejarme de tí, para que de ese modo te entristezcas haciendo que yo me entristezca también? Ay! Aldonza, mal conoces al rey don Pedro; qué idea tan errónea te has formado de su carácter!

—Crées que las pasiones de un rey son pasajeras? crees que en el pecho de un monarca no puedes haber amor? Te engañas, Aldonza! míame, te engañas si eso piensas de mí; yo te amo con delirio y quisiera que nunca llorases en mi presencia: sienta tan bien una sonrisa en los sonrosados labios de tu boca! No llores, no; escucha mis palabras y no te acuerdes de mis ausencias.

—Por Dios, don Pedro; dejadme sola y no me martiriceis. Ahora me estáis haciendo concebir doradas ilusiones que nunca acaso veré cumplidas; y mañana tal vez!

—Qué Aldonza?

—Que mañana tal vez me dejareis!

—Dejarte!

—Dejarme, sí.

—No te comprendo.

—Doña María de Padilla, esa divina mujer que os tiene hechizado hasta los ojos...

—Aldonza!

—Sí, don Pedro; no me lo ocultéis; vos amais á doña María de Padilla; esta mujer tiene para vos muchos atractivos que nunca ha tenido doña Aldonza; y es natural que la adoreis. Pero desengañadme de una vez; decidme que la adorais; decidme que delirais por ella; y ya que no vuestra amante, seré al menos vuestra esclava.

—Calla por Dios, Aldonza; no vuelvas á repetirme esas palabras. Te he dicho mil veces;

—Que la amais;—le interrumpió doña Aldonza:—pero nuncá que la aborreceis.

—Aborrecerla, Aldonza... nunca la aborreceré; porque la Padilla ha sido demasiado buena para mí, y aun ahora

—mismo lo está siendo, porque lejos de visitarla á mi llegada á Sevilla, no solo no he entrado en el alcázar sino que tirando de las riendas á mi caballo, me he dirigido á la Torre del Oro tan solo por verte á tí.

—Por verme á mí? —Cómo! dudas todavía?...

—No, no; pero...

—Pero nada, Aldonza; mil veces te he repetido que el rey de Castilla nunca miente, y no tienes motivos por lo tanto para pensar de esa manera. Yo amo á la Padilla como á una hermana, como á una mujer que todo lo ha sacrificado por mí; hasta su honra; pero mi corazón es tuyo, Aldonza; tuyo hasta la muerte.

—Oh! si fuese verdad...

—Vuelvo á decirte, María...

—No os enfadeis, don Pedro: los celos me hacen dudar de esta manera.

—Repito que mi corazón es tuyo, y no de doña María.

—Gracias, señor; gracias.

—Gracias, sí,—gritó entonces una voz de mujer, que salía al parecer de detrás de uno de los tapices que adornaban las puertas del camarín de doña Aldonza:—debeis darle las gracias repetidas, porque os entrega su corazón haciendo infeliz á otra mujer.

Y esta voz era tan parecida á la de la Padilla, que el rey se quedó como sorprendido y no acertaba á articular una palabra.

Doña Aldonza fijó sus miradas en el rey, quedándose tambien como asombrada.

—Qué decís?—esclamó la dama despues de unos instantes,

rompiendo el silencio sepulcral en que ambos habian quedado al oír el métal de aquella voz.

—El rey no contestó.

—Oh! estais pálido, don Pedro; qué os pasa?—replicó la dama.

—Nada, nada;—contestó el rey reflexivo y cabizbajo.—Esa voz que hemos creído oír, ha sido una ilusion.

—Ilusion!—repuso doña Aldonza:—no, don Pedro; no es ilusion, es realidad; pero quién puede oirnos á estas horas?

El rey estaba convencido de que aquella voz no podia ser la de la Padilla, porque en la Torre del Oro no podia entrar nadie sin orden espresa suya, y mucho menos doña María, á quien con doble motivo debia negársele la entrada, y mucho menos en una noche en que el rey estaba hablando con doña Aldonza.

El rey por lo tanto estaba confundido, y no sabia qué pensar acerca de aquel imprevisto accidente: la voz era indudablemente de la Padilla, pero cómo era posible que hubiese entrado en la Torre del Oro?

Sobre estos dos puntos hacia mil comentarios diferentes el rey, y no acertaba á comprender lo que veia.

—Salid, señor;—dijo por fin doña Aldonza algún tanto mas serena:—salid y convenceos de si es cierto que nos escuchan.

El rey no se movia.

—Si es cierto que me amais, si es cierto lo que acabais de decirme en este instante, haced lo que os digo, don Pedro; y salvad, ya que no mi honor, las apariencias al menos.

—Nada temas, Aldonza;—dijo entonces el rey:—todo ha sido ilusion; ya ves como la voz no vuelve á oirse.

Un pagecillo lindamente portado, aunque demasiado sério para la corta edad que representaba, apareció entonces en el dormitorio en que doña Aldonza y el rey se hallaban.

—Villano!—esclamó entonces el rey como fuera derisivo tirando de la espada.

Afortunadamente se le enredaron los adornos de la empuñadura en los cordones de la escarcela, y no pudo desenvainarla.

El page lanzó un grito de dolor, y cayó al suelo desmayado.

—Matadme! matadme!—murmuró al caer.

El rey reconoció en aquella voz la de su esposa doña María, y acercándose á ella, la levantó del suelo yendo á colocarla sobre uno de los sillones que adornaban el dormitorio de doña Aldonza.

La hija de don Alfonso Fernández Coronel contemplaba esta escena llena de asombro, y no acertaba á comprender lo que veía.

Don Pedro proseguía tembloroso al lado del lindo pagecillo, y no acertaba á murmurar una palabra.

—Piedad! piedad!—esclamó entonces el page, que como ya habrán comprendido nuestros lectores! no era otro que la Padilla.—Tened compasion de mí, y matadme de una vez.

Don Pedro estaba enternecido, y notando que de sus ojos iban á desprenderse dos lágrimas, volvió la cabeza á fin de que doña Aldonza no lo notase.

La Padilla respiraba con dificultad y parecía próxima á la muerte.

—Matadme!—volvió á decir con voz débil y acento dolorido.

Por las mejillas del rey surcaron entonces dos gruesas lágrimas, que fueron á caer sobre el brillante peto que llevaba.

Esta fué la primera vez que el rey don Pedro se mostró conmovido, y esta la primera vez que brotaron lágrimas de sus ojos.

Doña Aldonza proseguia silenciosa y fijas sus miradas en el rey; pero este no se acordaba de ella en aquel instante. La presencia de la Padilla en aquella estancia le causó una sensacion profunda, hasta el punto de hacerle cambiar de pensamiento.

Don Pedro estaba arrepentido; y al ver á la Padilla desmayada, habia vuelto á recordar los muchos excesos de su pasada vida, y la estraña é injustificable conducta que aun ahora mismo estaba observando para con ella.

La hermana del maestre de Calatrava volvió en este instante de su desmayo, y encontrándose en los brazos del rey;

—Don Pedro!—le dijo llena de emocion y empezando á llorar amargamente.

—María!—esclamó entonces el rey estrechándola contra su seno.

Doña Aldonza Coronel quiso saltar de su lecho al oír la esclamacion del rey; pero una terrible congoja causada por los celos de que en aquel instante se sintió acometida, le impidió llevar á cabo su pensamiento, y cayó en el lecho lanzando un gemido doloroso.

El rey don Pedro estaba como aterrado, y no sabia

qué determinacion tomar en tan crítica ocasion! Acudir á doña Aldonza era escitar los celos de la Padilla; dejarla abandonada á su congoja era una crueldad; el corazón del rey era presa en aquel instante de los mas terribles remordimientos. Amaba á doña Aldonza y amaba á la Padilla; estas dos pasiones sostenian un combate encarnizado dentro de su corazón; pero las reflexiones que en aquellos terribles momentos consiguió hacerse en un instante de quietud, acabaron por alejar su ánimo de doña Aldonza, acordándose no mas que de la desgraciada doña María.

Esta fué serenándose poco á poco, y levantándose del sillón y dirigiendo una mirada de odio á doña Aldonza, salió del retrete asida al brazo de su esposo.

Este llamó á una de las doncellas que habia en la antecámara, y noticiándole el estado en que se hallaba doña Aldonza, dispuso que la auxiliasen con sus cuidados.

Doña María de Padilla, que mediante la presentacion de un pase del rey habia logrado penetrar en la Torre del Oro, disfrazada con el traje del pagecillo del alcázar, salió de allí triste y silenciosa, aunque mas satisfecha por otra parte, al ver la súbita mutacion que se habia obrado en el monarca, tan luego como ella se hubo puesto en su presencia.

El rey don Pedro marchaba á su lado sin murmurar una palabra; pero en todas sus facciones se veia grabado el sello del arrepentimiento.

El rey don Pedro estaba como atarado, y no sabia

en entrecruza en la Torre del Oro con doña María de Padilla, ansí como salió de la ciudad á fin de echar al olvido aquel triste recuerdo, mandó apartar algunas naves con toda la actividad posible, para en seguida embarcarse con dirección á las costas de Valencia. Dijo la casualidad de que por aquellos días arribasen á aquellas aguas seis galeras genovesas, las cuales como saben nuestros lectores andaban también en guerra con el monarca de Aragón, á consecuencia del apresamiento de

CAPITULO XIX.

El almirante Franco, en otro tiempo de otras seis naves de la misma bandera, auxiliado por ellas y por otras doce mas que pudo reunir en Sevilla, se hizo á la vela para Valencia y llegó á sus costas sin contrar-

En el que se da cuenta de algunos sucesos necesarios para la inteligencia de esta novela.

Don Enrique de Trastámara, que como hemos dicho en uno de nuestros capítulos anteriores, había entrado por tierra de Soria al frente de sus tercios, se había retirado á Aragon al ver la fuerte resistencia que las gentes de aquella comarca le oponían.

El infante don Fernando, que profundamente irritado al saber la horrible muerte que el rey de Castilla había hecho dar á su hermano, estaba ansioso de llevar á cabo una venganza mas terrible todavía que las que el rey don Pedro acostumbraba á hacer, entró por el reino de Murcia lleno de cólera, y combatió á Cartagena con una lucida hueste, causando bastante destrozo en las gentes de aquella ciudad.

El rey don Pedro, que fuertemente impresionado desde

su entrevista en la Torre del Oro con doña María de Padilla, ansiaba salir de la ciudad á fin de echar al olvido aquel triste recuerdo, mandó aparejar algunas naves con toda la actividad posible, para en seguida embarcarse con direccion á las costas de Valencia.

Dió la casualidad de que por aquellos dias arribasen á aquellas aguas seis galeras genovesas, las cuales como saben nuestros lectores andaban tambien en guerra con el monarca de Aragon, á consecuencia del apresamiento que el almirante Francés de Perellós hizo en otro tiempo de otras seis naves de la misma bandera, y auxiliado por ellas y por otras doce mas que pudo armar en Sevilla, se hizo á la vela para Valencia y llegó á sus costas sin contratiempo alguno.

A mil doblas castellanas por mes ascendia el sueldo que el rey daba á los tripulantes de cada galera; cierto es que las arcas del Tesoro real sufrían una rebaja considerable con el pago de estas gentes; pero esto nada era, si se quiere, atendiendo á los grandes servicios que los genoveses podrian prestar al monarca castellano.

El rey don Pedro, cuyo valor é intrepidez tuvieron ocasion de observar todos los que le acompañaban en esta expedicion, se puso al frente de la villa de Guardamar perteneciente á los dominios del infante don Fernando, marqués de Tortosa, y haciendo salir de sus galeras grandes compañías de castellanos y genoveses, dispuso el ataque con tanta habilidad, que ayudado del inmenso número de ballesteros que traía consigo, tomó la villa despues de unas cuantas horas de pelea, y entró en ella, obligando á sus moradores á que se refugiasen en el castillo.

Tenia lugar todo esto el viernes 16 de agosto de 1558, como á cosa del medio dia, y combatiendo se hallaba el castillo donde las gentes de Guardamar se habian refugiado, cuando un viento fuerte é impetuoso que á la sazón se levantó en aquellas agitados aguas, estrelló las naves unas contra otras, y las rompió y deshizo, á escepcion de dos, una genovesa y otra castellana, que hallándose mas dentro del mar, no sufrieron las consecuencias de la borrasca y arribaron al puerto de Cartagena.

Este funesto é inesperado contratiempo, obligó al rey de Castilla á encaminarse á Murcia, desde donde comunicó las órdenes mas enérgicas y terminantes para que en las Atarazanas de Sevilla se construyesen, reparasen y armasen cuantas embarcaciones se pudiera; ordenando al propio tiempo que de las costas de Vizcaya, Guipúzcoa, Asturias y Galicia, se recogiesen cuantos deños y maderas hubiese esparcidos por sus montes, sin permitir que fuesen fletados y para otro punto que Sevilla, á fin de formar una gruesa armada, para combatir con ventaja al monarca de Aragon.

Hízose todo como él mandaba, é inquieto, azorado y obedeciendo siempre á sus instintos belicosos, salió de Murcia, entró por varias villas y castillos, que aunque pertenecientes á su reino se habian rebelado contra él, y acometiéndolos con ímpetu al frente siempre de sus escogidas compañías de ballesteros, los recobró y ganó, dejándolos guarnecidos de gentes de su confianza.

Inmediatamente marchó segunda vez hácia Sevilla con el fin de activar la construccion y reparacion de naves, y en esto pasó el resto de aquel año.

Como su objeto era el de atacar las costas de Aragon,

al frente de una lucida y numerosa armada, envió mensages al rey de Portugal, su tío, y al rey de Granada Mohammed, para que le auxiliasen si podian con algunas galeras; diez le prometió el monarca portugués, y tres le pudo prestar el moro granadino. Los aparejos para la guerra no podian, pues, ser mas formidables.

Grandes eran los temores que mostraba el monarca de Aragon al ver los preparativos navales que hacia el rey de Castilla para combatirle; pero por fortuna suya el cardenal Guido de Bolonia, legado del Papa Inocencio IV, llegó por aquel tiempo á Almazán con el fin de poner paz entre ambos reyes, y enviando al rey don Pedro al Abad de Fiscan, despues cardenal de Amiens, le preguntó si se hallaba en la disposicion de entablar las paces.

Don Pedro de Castilla, que á decir verdad, estaba ya cansado de una guerra que ninguna ventaja le reportaba y sí muchos perjuicios, no tenia, al parecer, intenciones de proseguirla, y encaminándose á Almazán habló con el legado pontificio, á fin de que este llevase á cabo el tratado de paz mediante ciertas condiciones.

Celoso y diligente se mostró el venerable mediador en las conferencias que alternativamente celebraba con el Castellano y el Aragonés, y andando continuamente de Almazán, donde se hallaba el rey de Castilla, á Zaragoza, donde estaba el de Aragon, procuraba por todos los medios posibles cortar en su principio una guerra sangrienta, y que ninguna ventaja podria reportar ni á uno ni á otro soberano.

Pedia el rey de Castilla, como condiciones para la paz, que le fuese entregado el capitán marino Francés de Pere-

llós, autor del desacato de Sanlúcar de Barrameda, para aplicarle el castigo á que segun él se habia hecho acreedor; que echára de sus reinos á los hermanos bastardos don Enrique de Trastamara, don Tello y don Sancho, al infante don Fernando y á todos los castellanos que temiendo los resultados de su cólera, se habian refugiado en Aragon; que le devolviese las villas y castillos de Orihuela, Alicante, Guardamar, Elche, Crevillente, Elda y Novelda, que don Jaime de Aragon habia tomado durante la minoría y tutela de su abuelo don Fernando de Castilla; y por último, que le diese por gastos de guerra quinientos mil florines de Aragon.

Don Pedro IV, el Ceremonioso, que á decir verdad obró con mucha hidalguía en la ocasion presente, admitia desde luego algunas de las condiciones propuestas por el monarca castellano, y estaba dispuesto á hacer juzgar y castigar, si resultase culpado, al marino Perellós, y aun á entregársele tambien en caso de que fuese condenado á muerte; no se negaba tampoco el aragonés á hacer salir de su reino si la paz se firmase, á don Enrique y sus hermanos, y á los demás caballeros de Castilla que allí se hallaban; pero rechazaba abiertamente las condiciones de espulsar de Aragon al infante don Fernando, que era hermano suyo, y la de pagar los quinientos mil florines que por gastos de guerra le exigia el de Castilla. En cuanto á lo de entregarle las villas y castillos que habia heredado de su padre, tampoco se conformaba el monarca de Aragon.

Don Pedro de Castilla en vista de esta respuesta renunció desde luego, aunque de mala gana, á las otras peticiones, menos á la de que se le devolvieran las villas y

castillos mencionados. El aragonés entonces, mediante el consejo de sus ricos-hombres y por unánime dictamen de estos, declaró que no podía desmembrar territorio alguno de los dominios de su corona, pero que en último resultado la cuestión podía someterse al juicio del Papa, alegando cada uno de los soberanos su derecho.

Esto solo bastó para que el rey de Castilla renunciase de todo punto á entrar en negociaciones, y declarando no querer hablar mas del asunto, se dirigió á Sevilla á activar los preparativos de la guerra. Antes de salir de Almazan dictó públicamente su sentencia de muerte contra el infante don Fernando, contra su hermano don Enrique, y contra todos los castellanos que en Aragon se hallaban.

A su salida de Almazan con dirección á Sevilla, dejó por fronteros á don Juan Fernandez de Híhnestrosa, don Fernando de Castro, don Diego García de Padilla, don Gutierre Fernandez de Toledo, don Juan Alfonso de Benavides y don Diego Perez Sarmiento.

Si el rey de Castilla se hubiese contentado con dictar sentencia de muerte contra sus primos y hermanos, la posteridad no le hubiese tildado con el nombre de Cruel; pero el rey don Pedro en la ocasion presente, dió pruebas de tener el corazon de piedra, como podrán ver nuestros lectores en el capítulo siguiente.

A dos leguas de Almazan se hallaba ya el rey en el camino de Sevilla, cuando llamando hácia sí á Garcí Diaz Albarracin, uno de sus ballesteros de maza, le dijo:

—Garcí Diaz; es preciso que arrincones la maza por unos dias, para hacer uso de otro instrumento mas seguro y que acabe con la vida en el momento.

El ballestero se tornó pálido y nada replicó.

—Parece que te asombras;—le dijo el rey.—He querido darte á entender, que es preciso que afiles tu cuchilla.

—Señor,—repuso entonces el ballestero;—mi cuchilla ya sabeis que está bien afilada.

—No importa, no importa; vas á segar el cuello de unas víctimas débiles, y es preciso que te esmeres en la preparacion de la cuchilla.

—Cómo, señor!—esclamó el ballestero;—voy á matar acaso...

—Lo que vas á hacer lo sabrás mas tarde; por ahora, calla, que es lo que te conviene.

—Señor..!

—Basta, si no quieres sufrir las consecuencias de mi horrible desesperacion.

El ballestero tembló y bajó la vista como aterrado.

—Juan Diente!—esclamó el rey despues de unos instantes.

El ballestero se acercó al rey.

—Estás dispuesto á matar?—le dijo don Pedro.

—Si vos me lo mandais...

—No es eso lo que te pregunto.

—Señor...

—Que si tienes deseos de verter sangre?

—Oh! siempre que sea de rebeldes,—dijuesto estoy á cortar cuantas cabezas querais.

—De rebeldes es, Juan Diente; pero esta vez son mujeres las destinadas para víctimas.

Juan Diente se asombró.

—Tambien tú?—dijo entonces el rey haciendo un gesto

de desagrado.—Yo, creí que era solo Garcí Diaz el que se asombraba al oír esta noticia; pero veo que también á tí te hace impresion. Es necesario matar, repito.

—Mataré, señor:—añadió Juan Diente.

—Por ahora no quiero que mates. Mete espuelas al caballo, encamínate á Sigüenza, saca del alcázar á doña Blanca de Borbon y llévala á Medina-Sidonia: ahí tienes la orden autorizada con mi sello.

—Nada mas, señor?

—Parte al galope.

Juan Diente metió espuelas á su caballo, y como un relámpago desapareció del sitio en que el rey se hallaba.

—Garcí Diaz,—dijo entonces don Pedro volviéndose hácia el otro ballestero:—marcha á Castrojeriz, entra en el castillo, saca de él á doña Juana de Lara, esposa de mi hermano don Tello, y llévala hasta Almodovar del Rio, donde permanecerás con ella hasta recibir nueva orden.

—Nada mas, señor?

—Sí; antes de salir del castillo de Castrojeriz, es necesario que dejes en él un cadáver.

Garcí Diaz tembló.

—Has comprendido lo que te quiero decir con eso?—prosiguió el rey.

—Sí señor; que es necesario que mate á una persona.

—Y sabes qué persona es, esa?

—Si vos no me lo decís...

—La madre de los infantes de Aragon.

—Doña Leonor morirá; si nada mas me mandáis...

—Nada.

El ballestero de maza hizo un respetuoso saludo, y me-

tiendo espuela á su caballo, desapareció como Juan Diente de la presencia del rey.

—Nuño Fernandez de Roa!—esclamó tercera vez el rey, dirigiéndose al otro de los ballesteros que hacian el oficio de verdugos.

Nuño Fernandez se acercó.

—Es preciso que sigas los pasos de Garci Diaz, y le acompañes hasta Castrojeriz. Comprendes?

—Comprendo, señor.

—Garci Diaz lleva el encargo de conducir á doña Juana de Lara hasta Almódovar del Rio; tú te encargas de llevar á su hermana doña Isabel, viuda del infante don Juan, hasta Medina-Sidonia, donde hallarás á Juan Diente que acompañará tambien hasta aquel punto á doña Blanca de Borbon.

—Corriente, señor; todo se hará cual deseais.

—Una vez en Medina-Sidonia, esperarás las órdenes del rey.

Nuño Fernandez de Roa inclinó su cabeza en señal de asentimiento.

—Marcha!—dijo el rey.

Y el ballestero desapareció al galopé por el mismo camino que Garci Diaz Albarracin.

—Es necesario matar;—dijo el rey despues de unos instantes, dirigiéndose á Men Rodríguez de Sanabria.—Es necesario acabar con toda esa raza de rebeldes. El infante don Fernando ha tratado por todos los medios posibles de disuadir al rey de Aragon, para que lleve á cabo el tratado de paz que proponia Guido de Bolonia; pero no importa, no importa; mis naves estarán preparándose en Sevilla, y una vez dada la señal de ataque, me haré á la

vela para Aragon atacando las fronteras y villas vecinas á la costa. Entonces tendré ocasion de medir mis armas con el infante, como tuve ocasion de medir mi astucia con su hermano; con su hermano, sí, que fingiéndome amistad y mostrándose, al parecer, uno de mis mas leales servidores, me atacaba por la espalda entrando en tratos con el monarca de Aragon. Pero no importa, no importa; el infante don Juan sucumbió, y su madre sucumbirá tambien en el castillo de Castrojeriz, bajo la pesada maza de Garci Diaz. Oh! es tan grato verter sangre de traidores... Y don Tello? Oh! tambien su esposa morirá, ya que no he podido vengarme de su persona; ni uno solo ha de quedar con vida de todos los traidores; ni uno solo ha de escaparse de la cuchilla de mis verdugos. Noble infante de Aragon! tu madre morirá dentro de pocos dias. Y tú, don Tello, dentro de poco serás viudo: oh! cómo os desesperareis, pero eso es lo que busco; eso es lo que quiero; que os desesperéis, que lloreis lágrimas de sangre; que os arranqueis el corazon hecho pedazos al saber estas noticias; y entrad despues por las fronteras de mis reinos, que no ha de pasar mucho tiempo sin que os aplique tambien el castigo merecido.

Don Pedro hablaba furioso como un loco, y ni él mismo sabia las palabras que salian de su boca.

Mén Rodriguez le miraba lleno de compasion, y murmuraba por lo bajo:

— Está loco, está loco.

Y el noble asturiano tenia razon: el rey don Pedro estaba trastornado; las muchas traiciones de que habia sido víctima, le habian hecho perder la cabeza.

Men Rodriguez, no obstante, guardaba silencio y fijaba sus tristes miradas en el rey; pero sin atreverse á murmurar una palabra.

—A galope!—dijo don Pedro despues de unos cortos instantes, como asallado por un nuevo pensamiento.

Las gentes que componian su escolta metieron espuela á sus caballos, obedeciendo á la órden del rey.

Este se dirigió á Men Rodriguez y le dijo:

—Qué será de doña María? qué será de doña María?

El asturiano acabó de convencerse entonces, de que el rey era presa de un horrible vértigo.

Y en efecto; los músculos de su rostro estaban fuertemente contraídos: su mirada era fria unas veces, ardiente otras y melancólica las mas.

En la mente del rey bullian á un tiempo mil pensamientos diferentes, y no era estraño que su razon anduviese algun tanto estraviada.

Men Rodríguez, no obstante, guardaba silencio y fijas sus tristes miradas en el rey; pero sin atreverse á murmurar una palabra.

— ¿Así lo dijo don Pedro después de unos cortos instantes, como asallado por un nuevo pensamiento. Las gentes que componían su escolta hicieron espuela á sus capallos, obedeciendo á la orden del rey.

Esto se dirigió á Men Rodríguez y le dijo: — ¿Qué será de doña María? ¿qué será de doña María? El asturiano echó la cabeza atrás, entonces, de que

CAPITULO XX

De la conversacion que tuvo doña María de Padilla con el rey, y de lo satisfechos que ambos quedaron después de su conferencia.

Doña María de Padilla, que desde la noche en que sorprendió al rey con doña Aldonza Coronel en la Torre del Oro, estaba triste y desconsolada, lloraba en el mas apartado rincon del alcázar de Sevilla la ausencia de su amante, rogando á Dios que cuanto antes le volviese á su lado para siempre.

La desgraciada hija de don Alfonso Fernandez Coronel, lloraba tambien en su lindo camarín de la Torre del Oro, y ansiaba por momentos que tornase el rey á Sevilla, para pedirle esplicaciones acerca de la escena ocurrida en su dormitorio con el supuesto page, y obrar en su consecuencia.

El rey llegó por fin, pero doña Aldonza no logró lo que queria; don Pedro se encaminó al alcázar luego que hubo

entrado en la ciudad, y penetrando en el retrete de su infeliz esposa:

—María!—la dijo con apasionado acento.

—Don Pedro.—esclamó la dama como fuera de sí.

—Me esperabas?—añadió el rey.

—Oh! se me hacía tan larga vuestra ausencia... pero acercaos, acercaos; quiero hablar con vos toda la noche.

En los ojos de don Pedro brilló un rayo de felicidad, y doña María de Padilla fijó en él una mirada de ternura.

—Me amais todavía?—le dijo con voz débil y angustiosa.

—Por qué me haceis esa pregunta, doña María?

—Oh! porque os amo demasiado, y soy muy infeliz.

—Por Dios, María! que no vuelva yo á escuchar esas palabras de tus labios. Por qué eres infeliz?

La jóven posó una mirada de amor en el rostro de don Pedro, y nada contestó.

—Respóndeme, María;—dijo entonces el rey;—quiero saber por qué eres desgraciada.

—Porque tengo celos;—contestó la dama.

—Oh! ya no tienes motivo para tenerlos, María; mi razon es tuyo, y tuyo ha sido siempre; pero hoy mas que nunca, porque solo pienso en tí.

—No me engañais, don Pedro?

—No, María; te digo la verdad.

—Si siempre me la dijeseis...

—Perdóname, María; perdona mis ligeros extravíos, y consuélate con pensar que eres la mujer mas querida del mundo; porque es imposible que hombre alguno ame como yo. Oh! estoy arrepentido, María; estoy arrepentido de lo mal que he obrado en ocasiones; pero tú me perdo-

narás; no es cierto? No es verdad que me querrás como antes, y que siempre nos amaremos?

—Oh! y por qué no, don Pedro?—replicaba la Padilla.— Por qué no hemos de amarnos siempre, si sabéis que hemos sido muy felices? Vos nunca me abandonéis, que yo siempre os amaré como hasta aquí. Me habeis hecho sufrir tanto...

—Perdóname, María; perdóname y no vuelvas á recordarme mis pasados extravíos.

—Perdonado estais, don Pedro; yo por eso nunca os dejé de amar, pero me hicisteis padecer; eso va lo sabéis, don Pedro.

—Lo sé, lo sé, doña María; pero por Dios os pido que no me lo recordéis. Soy tan feliz á vuestro lado!

La hermana del maestro de Calatrava, lloraba de gozo al oír las últimas palabras del rey, y echándole los brazos al cuello:

—Amadme siempre;—le dijo con acento lleno de ternura:—amadme siempre, y nunca me abandonéis.

Don Pedro por toda respuesta, posó sus labios sobre la frente alabastrina de su cándida esposa, y no pudo articular una palabra.

Estaba conmovido, y la voz se habia ahogado en su garganta.

Cualquiera que hubiese visto al rey don Pedro comer al lado del cadáver de su hermano, arrojarse por el balcon el cuerpo exánime de su primo, y no alterarse, en fin, á la vista de seis cabezas de nobles arrancadas de sus troncos, y le hubiera visto ahora enternecido al escuchar las palabras de una jóven, hasta el punto de no poder articular

una palabra, no hubiera podido menos de creer que en el corazón del rey aun quedaba alguna fibra sensible y en estado de responder al que tenía el talento suficiente para tocar en ella.

Todos los que rodeaban á don Pedro, creían que su corazón era de piedra; pero el corazón del rey sufría también como el de todos los que caían bajo el peso de las mazas de sus verdugos. Su carácter feroz y violento, era el que le hacía aparecer á los ojos de los que le contemplaban como un tigre carnicero que se complacía en desgarrar las entrañas de sus víctimas; pero después de estos cuadros de horror, de sangre y de sentimiento, en el corazón del rey se obraba una reacción súbita y fuerte, que le hacía padecer tanto ó mas que habían padecido sus desgraciadas víctimas.

Su carácter colérico y arrebatado, y la espresion terrible de su rostro, le hacían aparecer, no obstante, como un hombre de piedra que por nada se conmovía.

El rey, sin embargo, se alteraba en algunas ocasiones, y aquel corazón de hierro que no temblaba nunca ante los cuadros mas terribles de sangre y desolacion, se enternecía al escuchar un «te amo» de su dama, hasta el punto de no poder articular una palabra.

No hay corazón por insensible que sea, que deje de conmovirse al oír ciertas espresiones, vertidas por los labios de una mujer hermosa y desgraciada.

—Ángel mío!—dijo por fin don Pedro después de haberse repuesto de su primera impresion.

—Don Pedro!—esclamó la Padilla conmovida.

Ambos se contemplaron por espacio de algunos ins-

tantes llenos de emoción, y las dudas de la Padilla se desvanecieron, luego que el rey la hubo dado toda clase de satisfacciones con respecto á la conducta observada con doña Aldonza Coronel.

—Olvidala;—le dijo con triste acento.

—La he olvidado ya;—contestó don Pedro.

La hermana del maestre de Calatrava, contemplaba al rey llena de gozo, y este, fijas en ella sus miradas, habia olvidado por completo á doña Aldonza, y juraba en su interior no amar á otra que á la que pocos meses antes habia declarado su esposa.

Este fué uno de los pocos ratos de sosiego y felicidad que gozó don Pedro de Castilla en los veinte años escasos de su reinado.

CAPITULO XXI.

De cómo el rey don Pedro continuaba haciendo justicias, sin respeto á sexos, edades ni personas.

Dos semanas hacia que don Pedro se hallaba en el alcázar de Sevilla, cuando uno de los ballesteros de maza se presentó en su cámara :

—Qué quieres?—le dijo el rey.

—Señor;—contestó el balletero con humilde tono :—Juan Diente que en este instante acaba de llegar á Sevilla, solicita permiso para hablaros.

—Que pase ;—contestó el rey con sequedad.

Juan Diente entró en la cámara.

El rey le miró de piés á cabeza, y sin responder al respetuoso saludo de su balletero, le dijo :

—Empolvado vienes, por vida mía! Cómo así, Juan Diente?

—Dispensadme, señor;—contestó el balletero tembloroso:—los deseos de comunicar á su señoría el resultado de la mision que me encomendó á dos leguas y media de Almazan...

—Acaba.

—Que vuestra orden está cumplida.

—Has llevado á doña Blanca á Medina Sidonia?

—Allí la he dejado, señor.

—Cuando fuiste á Sigüenza, qué te dijo?

—Nada, señor; ni una palabra.

—Cómo! cuando la noticiaste la orden que llevabas...

—Me preguntó que si tratábais de matarla.

—Y qué la contestaste?

—Que no.

—¿Con que es decir que recelaba?

—Así parece, señor.

El rey se mordió los labios de corage.

—Y cómo está esa buena señora?

—Oh! está muy pálida;—contestó Juan Diente en tono compasivo.

—Nada mas que pálida?

—Y muy flaca, señor.

—Es decir que ya no la conocería?

—Lo dudó mucho, señor.

—Y nada te ha dicho con respecto al rey?

—Me ha dicho que si la nombrábais alguna vez.

—Y tú, que la has contestado?

—Nada, señor.

—Bien, bien; según eso, parece ser que se acuerda de mi.

Diente?

—Dice que siempre os tiene en la memoria.

—Es natural ; desde que ha muerto mi hermano don Fadrique.

Juan Diente hizo un gesto de desaprobacion.

—Parece que no te conformas con lo que digo ;—repuso el rey.

—Señor ;—dijo Juan Diente :—hablad como querais de doña Blanca ; pero con respecto á ese asunto, creo que estéis equivocado.

—Cómo! equivocado y yo mismo presencié la escena. Silencio, Juan Diente, si no quieres sufrir las consecuencias de mi arrebato.

—Matadme, señor ;—dijo entonces el balletero ;—pero permitidme que defienda el honor lastimado de esa jóven.

—Lastimado con razon , debieras añadir ;—repuso el rey fijando en Juan Diente sus espantados ojos.—Pues qué , no tuve razon por ventura para matar á don Fadrique?

—Oh! no, eso es diferente, señor ; don Fadrique era rebelde y andaba en tratos secretos con su hermano el conde de Trastamara ; pero con respecto á doña Blanca...

—Basta, Juan Diente, vuelvo á decirte por segunda vez ; y ten entendido que el rey no acostumbra á repetir las cosas ;—dijo el rey lleno de cólera, levantándose del sillón en que se hallaba.

Juan Diente, que no temblaba nunca, tembló en aquel instante.

—Doña Blanca es culpable, vuelvo á repetir ;—continuó el rey ;—pero aun cuando no lo fuese, no me hallo en el caso de darte esplicaciones.

—Os creo, señor ;—dijo entonces el balletero deseoso de

acabar cuanto antes su improvisada polémica con el monarca:—pero si es culpable, algunos meses hace que está purgando su delito.

—Y qué me quieres decir con eso? que tenga compasión acaso?

—Yo, señor...

—No hay compasión para nadie en adelante; se ha concluido ya el tiempo de los perdones.

—Pero, señor...

—Ya sé que nada quieres darme á entender con eso; pero te lo digo, porque todos tienen que sucumbir al filo de tu cuchilla. Si estás cansado ya de cortar cabezas...

—Señor!—esclamó Juan Diente como herido en su amor propio:—aun tengo ánimos suficientes para cortar veinte por día, pero...

—Pero qué?

—Que no habrá necesidad de cortar la de doña Blanca, porque dentro de poco será cadáver. Yo me temía que no llegase viva á Medina-Sidonia.

—Bien, bien:—repuso el rey algún tanto alterado, pero haciendo un poderoso esfuerzo por dominarse.—Quién ha quedado en Medina-Sidonia?

—Nuño Fernandez de Roa, que cumpliendo con vuestras ordenes ha conducido á dicha villa á doña Isabel de Lara, la viuda de vuestro primo.

—Y doña Isabel, qué dice?

—Nada, señor; llora desconsolada.

—Eso debía haber hecho antes á fin de disuadir á su esposo el infante don Juan de la idea que le dominaba.

—Dice que nada sabia, señor.

—Oh! la hija de don Juan Nuñez de Prado es una jóven de talento. Si no fuese tan hermosa...

Juan Diente estaba lleno de asombro y no apartaba sus ojos del semblante de don Pedro.

Este guardó silencio por espacio de algunos instantes, y luego exclamó;

—Ballesteros!

El ballestero que habia anunciado á Juan Diente apareció en la puerta de la cámara.

—Que venga Men Rodriguez.

El rey se quedó en actitud meditabunda y Juan Diente le contemplaba con estrañeza.

El noble asturiano se presentó en la cámara en aquel instante.

—Es preciso,—dijo don Pedro encarándose con él,—que uno de los ballesteros mas de tu confianza salga esta misma noche de Sevilla con direccion á Medina-Sidonia.

—Irá, señor;—contestó Men Rodriguez.—Nada mas...

—Espérate;—le contestó el rey.

Y escribió cuatro líneas sobre uno de los pergaminos que tenia sobre la mesa. Despues trazó en él cuatro rayas horizontales por debajo del sello real, y se lo alargó á Men Rodriguez diciendo:

—Que le entregue esa orden á Nuño Fernandez de Roa.

Men Rodriguez inclinó respetuosamente la cabeza, y salió de la cámara.

Juan Diente se tornó pálido al ver el pergamino que el rey habia entregado al oficial de su guardia.

Le habia visto trazar en él las cuatro rayas horizontales, y no pudo menos de conmovérsele.

Aquellas rayas significaban muerte lenta.

El rey tenía un signo diferente para cada uno de los castigos que mandaba aplicar, y usaba de ellos siempre que para mandarlos hacer tenía que valerse de un escrito.

—Señor;—dijo uno de los ballesteros de guardia asomándose á la puerta:—el señor Garcí Diaz de Albarracín desea hablar con vos.

—Adelante!—contestó el rey.

El ballestero de maza pasó.

Su semblante estaba algun tanto descompuesto, y sus calzas, que eran de ante, manchadas de sangre al parecer.

—Cumpliste con mi encargo?—le dijo el rey.

—Esta es sangre de vuestra tía;—contestó el ballestero mostrando las manchas de su calzado.

—Ha muerto?—le preguntó don Pedro fijando sus ojos en las calzas del ballestero.

—Por muerta la he dejado;—repuso Garcí Diaz.

—Y doña Juána de Lara...

—En Almodóvar del Río la he dejado, segun vos me ordenásteis.

—Pues qué no has recibido aviso de traerla hasta Sevilla?

—Señor!—esclamó Albarracín lleno de asombro...—Yo aviso!...

—Bien, bien; no importa:—contestó el rey:—Sancho Ruiz que es el que te lo llevaba, habrá tomado otro camino...

—Si quereis que vuelva, señor...

—No; has muerto á doña Leonor y basta por ahora:

dentro de poco quizá... además Sancho Ruiz la traerá á Sevilla.

—Como querais, señor.

—Sí, sí, dejadme solo; que necesito descansar. Yo os avisaré; tened preparadas las cuchillas.

Y el rey se recostó sobre el respaldo de su sillón.

—Buen lecho, por vida mia!—murmuró por lo bajo despues que los ballesteros hubieron salido de la cámara:—pero es preciso; el rey de Castilla no puede dormir mientras velan los traidores. Oh! qué envidiable es la vida de un monarca en estos tiempos: traiciones y mas traiciones, rebeldes y mas rebeldes... Oh! esto es una delicia: pero no importa, no importa; poco á poco me iré deshaciendo de esa pícara canalla que me rodea. Hoy por hoy, ya me he desembarazado de dos poderosos enemigos; porque no hay duda, mi tia doña Leonor era uno de los enemigos mas terribles con quienes yo tenia que luchar; débil como mujer para ceñir la espada, era lo bastante fuerte para manejar la pluma y tener al corriente á su hijo don Fernando de lo que pasaba por Castilla; y luego, auxiliada por su hijo don Juan... pero ya don Juan ha sucumbido; su viuda sucumbirá tambien como su hermano; doña Juana de Lara morirá asimismo dentro de pocos dias, y su esposo don Tello, el antiguo señor de Vizcaya, espíará tambien su delito bajo el cortante filo de la cuchilla. Todos morirán, no hay duda; ni uno solo ha de quedar con vida de esa maldita casta de rebeldes: y tú, conde de Trastamara, tú, que tan entusiasmado estabas con el maldito puñal que Men Rodriguez te arrebató combatiendo contigo cuerpo á cuerpo, tambien á tí te llegará tu hora; tambien tú tienes

que sucumbir bajo el peso de la maza vengadora. Sangre! sangre! es preciso verter mucha sangre hasta volver la paz al reino de Castilla; sangre! sangre!

Y el rey de Castilla se quedó como sin fuerzas para proseguir, al pronunciar sus últimas palabras.

Algunos instantes después dormía sobre su sillón; pero su sueño era ligero; el aleteo de una mosca le hubiera despertado.

condujese á Sevilla cuantos seños y maderas se pudiesen cortar de los montes de Guipúzcoa, Asturias y Vizcaya, activada sin cesar las obras que para la construcción y reparación de buques estaban haciéndose en las Alavanas de Sevilla.

Llegó por fin el día en que estas estuvieron acabadas, y entonces el rey se dirigió al lindo camarin de la Tabilla, con el fin de noticiarle su marcha hacia las costas de Aragon.

CAPITULO XXII.

Al este se hallaba el castre de Calatrava cuando el rey entró en su reino.

Habiendo con su hija Beatriz, que á la sazón contaba apenas seis años de edad, la estrechaba contra su pecho, cuando el rey don Pedro anuncia á la hermana del maestre su próxima marcha de Sevilla.

— ¡Amame siempre, hija mía! — la decía con dulzura este príncipe.
 Interin estos sucesos tenian lugar en Castilla, el conde de Trastamara, que como saben nuestros lectores se habia retirado á Aragon despues de entrar por la tierra de Soria, donde los castellanos le habian hecho una furiosa resistencia, trataba con don Pedro IV el Ceremonioso de activar los preparativos para la defensa, por todos los medios posibles, á fin de combatir con arrojo al rey de Castilla en caso de que entrase por las fronteras de Aragon; pero el conde de Trastamara y don Pedro IV trabajaban en balde con respecto á este asunto, porque don Pedro de Castilla no pensaba atacar por tierra los dominios de su vecino.

El rey don Pedro, que como hemos dicho en uno de nuestros capítulos anteriores, habia dado orden para que se

condujesen á Sevilla cuantos leños y maderas se pudiesen cortar de los montes de Guipúzcoa, Asturias y Vizcaya, activaba sin cesar las obras que para la construccion y reparacion de buques estaban haciéndose en las Atarazanas de Sevilla.

Llegó por fin el dia en que estas estuvieron acabadas, y entonces el rey se dirigió al lindo camarín de la Padilla, con el fin de noticiarle su marcha hácia las costas de Aragon.

Alegre se hallaba la hermana del maestro de Calatrava cuando el rey entró en su retrete.

Hablando con su linda hija Beatriz, que á la sazón contaba apenas seis años de edad, la estrechaba contra su seno, inculcando al propio tiempo en su cándido corazón las ideas mas sanas de amor hácia sus padres, y las máximas mas saludables de virtud.

—Amame siempre, hija mia;—la decia con dulzura estrechándola contra su seno:—ámame siempre, y no desoigas jamás los mandatos de tu padre.

La niña Beatriz se abrazaba entonces al cuello de la Padilla, y besando una y mil veces sus ya lívidas mejillas, se sonreia dulcemente, dándole á entender con sus tiernas miradas que siempre la obedecería.

—Tu padre—continuaba la Padilla—te ama mucho, Beatriz, y no quiere que llores; siempre que entre aquí, abrázate á él y dile que le quieres tanto como tu madre; bésale tambien, hija mia, y procura que no se enfade.

—Oh! no se enfadará, no;—replicaba la inocente niña:—yo le abrazaré y le daré besos para que no se ponga sério contigo.

—No, hija mia; no es eso:—decia la Padilla procurando vencer la triste emocion que en aquel instante la dominaba.—No es conmigo con quien se pone sério; es contigo, porque no le abrazas, y dice que no le quieres.

—Oh! no, no;—continuaba la inocente niña:—yo he visto que se pone furioso cuando tú le hablas de no sé qué mujer; no, no; no creas que yo no lo he visto; lo he escuchado un dia por detrás del tapiz del dormitorio.

—Beatriz!—esclamó la infeliz madre tratando de reprender á su inocente hija; pero le faltaron los ánimos, y solo le quedaron los bastantes para estampar un beso sobre su frente.

Te enfadas?—dijo la niña.—Estás triste? Ay! perdóname; no volveré á hacerlo jamás.

La jóven é infeliz doña María estrechó nuevamente á Beatriz entre sus brazos, y la colmó de besos llena de placer.

—Me quieres?—dijo la niña con tristeza.—Oh! sí; no es verdad que me quieres mucho?

—Sí, hija mia; mucho:—contestó la madre loca de contento.

En este instante apareció don Pedro en las puertas del camarín, y la Padilla se quedó como sobrecogida.

La niña Beatriz, que adivinaba siempre el pensamiento de su madre, saltó de su falda, y dirigiéndose presurosa á la puerta del camarín;

—Don Pedro!—dijo abrazándose al rey.

—Hija mia!—esclamó este tomándola en sus brazos y posando un beso sobre su frente.

La niña se estremeció, y empezó á llorar al ver la es-

presion triste y sombría que habia aparecido en el rostro de su madre.

—Qué tienes, hija?—la dijo el rey.—Por qué lloras?

—Porque no quereis á mi madre; contestó la niña.—
Miradla; está triste porque no venís á verla.

—Sí, hija mia: vengó á verla;—contestó el rey enterne-
cido.

La niña se abrazó al cuello de su padre besándole en la frente.

Y el rey don Pedro, aquel rey tan cruel y sanguinario que no se enternecia nunca aunque viese rodar á sus piés veinte cabezas humeantes todavía, se enterneció por tercera vez en la ocasion presente, y disimuló cuánto pudo su emocion colmando de besos á su hija.

—María!—dijo despues dirigiéndose á su esposa.

Esta le contestó con una mirada de ternura, y el rey se sentó á su lado.

Era tan hermosa la Padilla, le sentaba tan bien aquella mortal palidez que cubría su semblante, que don Pedro no podía menos de admirarla sin atreverse á interrumpirla.

El rey, por su parte, era admirado á la vez por la Padilla, y ambos esposos se creian felices en aquella ocasion, tan poco comun para ellos por desgracia.

Don Pedro padecía interiormente, porque amando con delirio á aquella hermosa jóven, que tan desgraciada habia hecho con sus continuos devaneos, sentia separarse de ella y no podia pasar por otro punto.

Doña María comprendia que el rey tenia que revelarla alguna mala nueva y padecia tambien tanto como don Pedro.

Pasaron así unos cortos instantes, ambos contemplándose llenos de ternura, hasta que el rey se decidió por fin á romper aquel silencio diciéndola:

—Eres feliz, María?

—Y cómo no—contestó la jóven—si os tengo en mi presencia?

Don Pedro se entristeció.

—Por qué me haceis esa pregunta?—dijo entonces la Padilla fijando una mirada investigadora en el rostro del monarca.

—Por nada, María;—contestó el rey.

—Oh! sí; por algo me lo decís, don Pedro.

—Porque te amo mucho, María.

—Si siempre me amáseis así...

—Y por qué no?

—Si supiéseis qué feliz me considero al teneros á mi lado!

El rostro del rey afectó una espresion sombría.

—Por qué vivir sujeto á esa corona que tantos disgustos nos depara?

—Por qué... no lo sé, María; el trono y la corona son una carga muy pesada en los tiempos que atravesamos; y por fin, si ese don Enrique...

—No os acordeis de él, don Pedro.

—Y cómo no, María? puedo olvidar acaso...

—Olvidadlo, sí; Dios perdona, y justo es que los reyes se muestren tambien misericordiosos.

—Pero cuando no se arrepienten los pecadores...

—Ya se arrepentirá; no lo dudeis.

—Oh! que no lo dude me dices? y cómo nó, cuando estoy observando su conducta.

- Perdonadle, y no la recordeis.
- Es imposible, María; ya sabes que no há mucho entro en Castilla por la tierra de Soria cuando aun no se habia concluido la tregua, y esto el rey nõ puede olvidarlo.
- Pero tened en cuenta, señor, que algunos dias antes hicisteis matar á su hermano don Fadrique.
- Porque don Fadrique era un traidor.
- No importa, no importa; el conde de Trastamara mira la cuestion de un modo muy diferente y...
- Repito, María, que he tenido motivos sobrados para obrar de esa manera, y que ya se ha acabado el tiempo de los perdones.
- Sin embargo, tened en cuenta que es vuestro hermano, y no os arrebateis.
- Cómo! porque es mi hermano he de dejar que entre á saeo por mis reinos, como no ha mucho lo hizo el difunto don Fadrique, penetrando en la judería de Toledo?
- Pero entonces estábais en guerra declarada contra ellos.
- Y ahora nõ, por ventura?
- Ahora la teneis con el monarca de Aragon.
- Y el conde de Trastamara, á las órdenes de quién milita?
- Es verdad, pero...
- Pero nada, María; confiesa que tengo mucha razon al preparar mi armada contra el monarca aragones, y que si combatiendo á don Pedro IV atacó tambien al conde de Trastamara, es porque el conde ha abrazado la causa de mi enemigo. Y aun cuando nõ, hé de olvidar yo, por ventura, que don Enrique llevaba siempre consigo esta arma

—fratricida con la cual pensaba asesinarme? No, María; este puñal tiene que hundirse en su garganta, ó dejó yo de ser rey de Castilla.

—Si os empeñais, señor!..

—No es que me empeñe; es que tengo razones poderosas para obrar de esa manera.

—Pero sin embargo, debierais ser mas generoso que don Enrique, y darle una prueba de que aunque es vuestro enemigo, le mirais todavía como á hermano.

—Pero hermano bastardo, y á mas de bastardo, rebelde, María;—repuso el rey lleno de cólera.

—Es decir que pensais..?

—Salir de Sevilla cuanto antes.

—Cómo!—esclamó la Padilla llena de sobresalto y con acento dolorido :—pensais salir de Sevilla?

Don Pedro fijó una mirada de compasion en el rostro de la jóven, y no se atrevió á contestar á su pregunta.

—Habládme, por Dios, don Pedro;—continuó la jóven conmovida :—decidme lo que pensais hacer y no me tengais en esta incertidumbre.

—Si, María;—contestó don Pedro decidiéndose por fin á sacar á la jóven de la situacion violenta en que la habia colocado.

Doña María de Padilla se quedó triste; é inclinó la cabeza sobre el hombro izquierdo del rey.

—No te entristezcas, María,—dijo entonces don Pedro jugando con los rubios y sedosos cabellos de la dama :—mi ausencia será corta y.

—Oh! callad, callad; no me lo digais: por qué llevais esa maldita corona sobre las sienes? Cuántos disgustos me

ocasiona ese maldito trono que heredásteis de vuestro padre! Si no fuéreis rey, cuántos sinsabores me evitaráis!

—No te impacientes, María; es necesario proseguir la guerra, y una vez que don Enrique y mi primo don Fernando han roto la tregua...

—Callad, callad; no me lo digais.

—Pero crees por ventura que no he de volver nunca á tu lado?

—Quién sabe!

—Oh! no abrigues temores, que la armada que yo llevo es invencible; no hay gente en Aragon capaz de hacerla frente. Y sobre todo, he salido mal hasta ahora en ninguna de mis empresas? Pues lo mismo ha de suceder en adelante: el rey don Pedro por nada se intimida; allí donde haya valientes, allí está el rey de Castilla pronto á medir sus armas con todos ellos. El rey de Aragon no ha querido aceptar las condiciones de paz que yo, á instancias del cardenal, le proponia, y ¡por Cristo vivo! que le ha de pesar dentro de poco, sí; porque mañana mismo salgo con la armada en direccion á las costas de Valencia, y tomaré cuantos castillos y villas tenga por aquella parte de sus reinos; los tomaré, no hay duda, y regresaré á Sevilla cargado de botin; no temas, pues, María, que el rey don Pedro nunca se acobarda y al frente de sus compañías de ballesteros, no teme á nadie ni huye de tener ningun encuentro. No te entristezcas, pues, María, que antes de dos semanas, me tendrás otra vez de vuelta de mi expedicion; vendré, sí; pero vendré despues de haber derrotado á Pedro de Aragon y á todos sus partidarios!

Y don Pedro se entusiasmó de tal modo al pronunciar

sus últimas palabras, que la Padilla no pudo menos de conmovirse, y hasta participó del mismo sentimiento que el rey habia demostrado.

El rey era valiente, y la Padilla apreciaba mucho esta circunstancia en un hombre que públicamente se habia declarado su amante, ya que no su esposo, por no dar tanto escándalo en el reino.

—Volved pronto;—le dijo despues de unos cortos instantes de reflexion.

—No tardaré!—contestó el rey entusiasmado y algun tanto mas tranquilo.

—Volvereis mañana?—le preguntó Beatriz acercándose á su padre.

—Sí, hija; mañana volveré:—contestó el rey enterrecido.

Y estrechándola contra su seno, la dió un beso en la frente.

Algunos instantes despues salió de la estancia conmovido.

—Vuelve mañana;—dijo la cándida niña acercándose á su madre.

—Sí, hija mia;—contestó la Padilla sentándola sobre su falda.

Don Pedro se detuvo.
—Sí, señor; ya lo he asesinado;—contestó el ballestero, que no era otro que Sancho Ruiz, el mismo á quien el rey habia enviado á Almodovar del Rio en busca de don Juan de Lara, esposo de su hermano bastardo don Tello.
—Es decir, que reclamais los cinientos maravedis que os he ofrecido?

—¿Qué quieres?—le dijo.

—Noticiaros que vuestra orden está cumplida.

—Cómo!—esclamó el rey.—Aun no hace seis horas que

doña Juana se halla en Sevilla, y ya la has...

Don Pedro se detuvo.

—Sí, señor; ya la he asesinado:—contestó el ballestero,

que no era otro que Sancho Ruiz, el mismo á quien el rey

habia enviado á Almodovar del Rio en busca de doña Juana

de Lara, esposa de su hermano bastardo don Tello.

—Es decir, que reclamas los cincuenta maravedís que

te he ofrecido?

CAPITULO XXIII.

—Yo nada os reclamo, señor;—contestó el ballestero con acento dolorido.

—Cómo!—esclamó el rey:—tan rico estás que los desprecias?

—No los desprecio, señor; pero quisiera que nunca me mandáseis ejecutar órdenes como esa.

—Qué dices, Sancho Ruiz?—repuso el rey enfurecido.

—Digo, señor, que doña Juana os ha maldecido al espirar.

—Oh! me ha maldecido... no importa, no importa; mas me maldecirá su esposo don Tello cuando lo sepa.

—Me ha dado lástima, señor.

—Lástima! de los traidores no debe un buen servidor del rey compadecerse.

—Pero doña Juana nada os habia hecho!

—Era esposa de don Tello y basta.

Sancho Ruiz nada replicó.

Otro ballestero anunció en este instante á Nuño Fernandez de Roa.

Sancho Ruiz se retiró haciendo una profunda reverencia.

—Ha espirado?—dijo el rey dirigiéndose al recién llegado ballestero, que venia cubierto de polvo hasta las cejas.

—Ha espirado, señor;—contestó Fernandez de Roa conmovido.

—Todos venís tristes;—repuso el rey:—por vida mia! que voy creyendo que todos andais en tratos con los rebeldes cuando tanto los compadeceis.

—Señor!—esclamó el ballestero sorprendido.

—Justamente;—continuó el rey.—No parece sino que to-

dos os habéis dado de ojo para venirme con la misma relación.

— Señor! volvió á esclamar el balletero. —

— Basta ya de exclamaciones, y no finjas tanto asombro por mi vida; porque no hay motivos para que hagas tantos aspavientos. Tienes algo de extraño por ventura el dar muerte á una mujer sin que ella misma se aperciba? Creo que no, amigo Nuño; y por el contrario: se la quiere demasiado cuando se la da una muerte dulce á fin de que no padezca; ninguna lástima debe haberte inspirado. Pues, doña Isabel,

— Vos lo creis así...? —

— Y por qué no? —

— Oh! si vos la hubiéseis visto padecer —

— Hubiese llorado sin duda alguna, no es eso? —

Nuño Fernandez de Roa se quedó asombrado al oír las últimas palabras del monarca, y nada replicó.

— Qué ha dicho al morir? — añadió el rey. —

— Deliraba, señor, y os llamaba cruel y sanguinario. Muerto! muerto! — esclamaba la infeliz. — Y era que en medio de su delirio se le presentaba el cadáver de su esposo, muerto en Bilbao por orden vuestra. —

— Infeliz! — murmuró el rey por lo bajo. — Un enemigo menos y una víctima mas, — añadió luego en voz alta. —

El balletero continuaba mirando al rey lleno de asombro. —
— Llama á Men Rodriguez; — dijo don Pedro despues de unos instantes. —

Nuño Fernandez de Roa salió. —

— Es preciso; — murmuraba el rey: — es preciso seguir cor-

tando cabezas hasta formar con ellas un rosario para adorar con él las almenas de mi alcázar. Ah! conde de Trastámara! no tardarás mucho en caer bajo mis manos.

—Men Rodríguez apareció en la puerta de la cámara.

—Pasa;—le dijo el rey como distraído.

—El asturiano se acercó.

—Te mando venir,—continuó don Pedro,—para darte un encargo.

—Mandad, señor, que dispuesto estoy á obedeceros.

—Esta misma tarde salgo de Sevilla al frente de mi armada; quiero que acompañes hasta Tordesillas á la hermana del maestre de Calatrava.

—La acompañaré, señor.

—Pero quiero,—continuó el rey,—que la acompañes con toda clase de respetos y consideraciones, porque está enferma y pudiera empeorarse en el camino.

—No necesitábais advertírmelo, señor.

—Conviene que lo sepas.

—Yo guardo respeto á todo lo que tiene relación con su señoría.

—Así cumple obrar á todo buen vasallo.

—Nada mas me mandais, señor?

—Que lleves una buena guardia de ballesteros á tu disposición, y que permanezcas allí hasta que yo te avise.

—Sereis servido, señor.

—Adios, Men Rodríguez.

Y el noble descendiente de la Puebla de Sanabria, salió de la cámara del rey.

—Oh! si tuviese yo una docena de vasallos como este;—murmuró don Pedro luego que Men Rodríguez se hubo re-

tirado:—no habria tantos traidores en torno mio; á buen seguro que no tendria que hacer entonces tantas justicias; pero ya se acabará esa pícara gavilla de rebeldes que sin descanso me ataca por todas partes; no ha de pasar mucho tiempo sin que antes vea yo colgadas sus cabezas.

Y esto diciendo, salió de su cámara silencioso y pensativo.

—Morirán, morirán;—murmuraba de vez en cuando.

Dos horas despues, el rey don Pedro al frente de una escogida y numerosa armada surcaba las aguas del Guadalquivir, y saliendo á los mares lleno de gozo al parecer, tomó rumbo hácia Levante, decidido á atacar las costas de Aragon.

Respetable era la fuerza con que contaba para llevar á cabo sus belicosos planes. La armada se componia de cuarenta galeras, ochenta naos, tres galeotas y cuatro leños, embarcaciones tripuladas todas por espertos marinos y grandes compañías de guerreros.

La galera en que entró el rey, era notable por sus grandes dimensiones y una de las maravillas que se vieron por aquellos tiempos; tripulaban ciento setenta hombres de armas, y ciento veinte ballesteros; veíanse sobre ella tres castillos, en uno de los cuales iba el capitan de la nave, Pero Lopez de Ayala.

Las demás embarcaciones eran bastante mas reducidas que la galera á bordo en la cual iba el rey de Castilla; pero entre todas juntas componian una armada formidable, y de las mas grandes que se habian visto por aquella época. Aun no habia llegado á Cartagena, cuando vino á aumentarse con otras diez galeras que le enviaba su tio el rey de

Portugal. Toda esta lucida y numerosa armada iba guiada por el almirante de Castilla Micer Gil Bocanegra, y por otros espertos capitanes y hábiles marinos, como Garci Alvarez de Toledo, Ferrand Alvarez de Toledo, Garci Jufre Tenorio, Ferrand Sanchez de Tovar, Pero Fernandez de Velasco, Diaz Gutierrez de Ceballos, Juan Rodriguez de Villegas el calvo, Juan Gonzalez Orejon, Pero Gomez de Porres, Micer Bartolomé Botafuego Genovés, Micer Bartolomé Bocanegra, y otros varios que fuera prolijo enumerar, todos á cual mas entendidos en lo que por entonces se sabia con respecto á la marina.

Tan luego como el rey hubo llegado á las costas de Valencia, combatió con su escuadra la villa y castillo de Guardamar, que antes se habia visto obligado á abandonar á consecuencia de la borrasca, y la tomó sin grande esfuerzo, avanzando en seguida á la costa de Aragon.

Aun no habia llegado á la embocadura del Ebro, cuando el celoso é infatigable legado pontificio, el cardenal Guido de Bolonia, que como hemos dicho arriba hacia cuantos esfuerzos estaban de su parte á fin de restablecer la paz entre ambos soberanos, aparececió nuevamente á la presencia de don Pedro de Castilla y habló con él con objeto de poner alguna tregua.

Don Pedro de Castilla, que desde que el monarca aragonés se habia negado á aceptar las condiciones, no se hallaba dispuesto á transigir, rechazó rotundamente las palabras del activo cardenal, y siguió su derrotero á Barcelona, donde se hallaba á la sazón el monarca aragonés.

Cavizbajos y reflexivos se quedaron los catalanes tan luego como divisaron aquella numerosa armada, mecién-

dose en las aguas del Mediterráneo. Acostumbrados á dominar con su escasa aunque bien montada marina todo aquel espacio de mar que abarcaban con su vista, no sabian qué partido tomar para hacer frente á una escuadra tan numerosa.

Acudieron al sitio por donde el castellano trafaba al parecer de dar el ataque, cuantos marinos y gentes de guerra se hallaban en Barcelona, y tal maña se dieron en el manejo de las bombardas, truenos, ballestas y otras armas ofensivas los intrépidos ballesteros catalanes, que las gentes del castellano, no obstante su arrojo, valor y decision nunca desmentidos, se vieron muy apurados para defenderse contra aquella infernal maquinaria de armas de fuego, que por primera vez habian visto usar á los marinos aragoneses.

Terrible y sangriento fué el combate naval que ambos reyes sostuvieron en aquella costa, y grande fué el número de muertos que se contó en una y otra parte.

Los marinos catalanes, tenidos, no obstante, por los hombres mas espertos y arrojados, perdieron el pleito en la ocasion presente, porque si bien es cierto que el castellano no consiguió tomarles ninguna de sus naves, de todos modos era casi una afrenta, aquello de haberse visto combatidos en las mismas puertas de su casa por un rey que hasta entonces se habia creído no podia disponer de ninguna fuerza naval.

Don Pedro de Castilla, luego que hubo peleado contra los catalanes de aquella costa, emprendió su derrotero para Ibiza, con intencion de combatir á las Baleares; pero habiendo juntado el aragonés hasta cuarenta galeras, el rey

don Pedro, por consejo de su almirante, no quiso pelear en aquellas aguas, y se volvió á la costa de Almería, siendo perseguido, no obstante, por la escuadra aragonesa.

Las galeras del rey de Portugal se despidieron de él en Cartagena, y las demás embarcaciones siguieron su rumbo hácia Sevilla, por disposicion del rey.

Este se encaminó á Tordesillas, donde la hermosa Padilla debia encontrarse escoltada por Men Rodriguez y una escogida compañía de ballesteros.

don Pedro, por consejo de su amante, no quiso pelear en aquellas aguas, y se volvió á la costa de Almería, siendo perseguido, no obstante, por la escuadra aragonesa. Las galeras del rey de Portugal se despidieron de él en Cartagena, y las demás embarcaciones siguieron su rumbo hácia Sevilla, por disposición del rey. Hasta se encaminó á Tordesillas, donde la hermosa Pa-

CAPITULO XXIV.

En el que se trata de una batalla dada por el conde don Enrique, y del mal gesto que puso el rey al recibir la nueva.

Grata por demás fué la nueva que el rey recibió á su llegada á Tordesillas.

La jóven y hermosa doña María habia dado á luz un hijo, que se llamó don Alfonso, y el corazon del rey no cabia de gozo dentro de su pecho al saber que tenia un sucesor á su corona. El rey se engañó, sin embargo, al creer que su hijo habia de sucederle en el trono: Dios tenia dispuestas las cosas de un modo muy diferente, y los pensamientos del rey no se realizaron.

Dejemos, pues, al rey de Castilla, entregado al placer de contemplar el nuevo fruto de sus amores, y encaminándonos hácia Soria, veamos lo que pasa por aquellas tierras.

Cuatro personajes, para nosotros muy conocidos, pa-

sean por los pueblos de aquellas cercanías sin temor á los ataques que pudieran dirigirles las gentes del castellano.

El conde de Trastámara, su hermano don Tello, Pero Gonzalez de Mendoza privado del conde, y el insigne Pero Carrillo, que sin temor á la cólera de don Pedro de Castilla, habia sacado de Toro á doña Juana de Villena, mujer de don Enrique; todos cuatro seguidos de una hueste escogida y numerosa, y de la ilustre familia de los Lunas de Aragon, habian invadido aquel territorio por la parte de Agreda.

Atrevidos eran los planes que trataba de llevar á cabo don Enrique, é indudablemente los hubiese puesto en práctica, á no haberle venido á la imaginacion el recuerdo de su hermano; don Enrique de Trastámara temia á don Pedro de Castilla, y no obstante la despreocupacion y sangre fria con que acostumbraba á mirar las cosas, nunca se determinaba á presentarse delante de su hermano, y en aquellos momentos se acordaba de su puñal.

—Ira de Dios!—esclamó lleno de agitacion, dirigiéndose á su amigo Pero Gonzalez de Mendoza;—no sé qué determinacion tomar, una vez que nos hallamos en tierra de Castilla.

Mendoza, que aunque algo entrado en edad conservaba todavia el brio y decision de sus juveniles años, fijó en el conde una mirada de despecho, y le dijo:

—Entrar á saco en todos los pueblos que hallemos en el camino; eso es lo que debemos hacer, señor conde de Trastámara.

Don Enrique vaciló unos cortos instantes y despues dijo á su privado:

—Si todos se hallasen tan decididos como tú para entrar en pelea, desde luego; pero no todos se encuentran con los ánimos que tú; no todos piensan como tú, en ocasiones como la presente.

—Es decir, señor, que no teneis confianza en los de Luna?

—Oh! y tanto que la tengo, amigo Mendoza; pero los de Luna no componen toda la cuarta parte de nuestras fuerzas.

—Es verdad, pero...

—Pero, nada, Mendoza; desde aquella tarde terrible en que Men Rodriguez me arrancó el puñal de la cintura...

Oh! desde entonces no he podido disfrutar ni un solo instante de sosiego. La sombra de don Pedro me persigue por todas partes horrible y amenazadora. Morirás!—repite una voz que continuamente oigo resonar en mis oídos;—y esta voz me aterrará, amigo Mendoza, me roba los ánimos para combatir y me deja como petrificado. Quisiera luchar y no puedo; quisiera encontrar enemigos contra quienes combatir y siento helárseme la sangre dentro de mis venas, cuando me imagino que estoy próximo al combate. Oh! aquel puñal, aquel puñal...—vale una corona—me dijo el judío Abraham despues de observarle detenidamente. Y Abraham tenia razon; si don Pedro se conserva en el trono de Castilla, á Men Rodriguez le debe esta merced; con ayuda de aquel puñal ya le hubiese yo arrancado la corona.

Y el conde de Trastamara se quedaba pensativo.

—Y se le arrancareis;—decia Mendoza como para animarle.

—Oh! es imposible, imposible;—replicaba el conde.

—No veo la razon, amado don Enrique.

—Desde la horrible tarde en que sostuve aquella lucha encarnizada en el puerto del Pico, créeme, amigo Mendoza, ni aun ánimos me quedaron para empuñar la espada.

—Sin embargo, buenos escarmientos hicisteis en Toledo.

—Pero fué porque mi hermano don Fadrique me ayudaba.

—Pues bien; animaos ahora con su recuerdo, y vengad su muerte como cumple á un bizarro caballero.

El conde de Trastámara se quedó unos instantes pensativo, y luego añadió lleno de entusiasmo:

—Me vengaré, sí; vengaré la muerte de mi hermano, y ni un solo vasallo del rey de Castilla he de dejar vivo en sus reinos; pero no, no; los vasallos no tienen culpa de los desaciertos que puedan cometer sus reyes. La sangre de don Fadrique tiene que ser lavada con sangre de don Pedro: este es el único medio honroso de llevar á cabo mi venganza. Rey don Pedro! no tardarás mucho en sucumbir al filo de mi espada.

Y el conde don Enrique se entusiasmó de tal modo al pronunciar estas palabras, que Pero Gonzalez de Mendoza, en un súbito arranque de servilismo, no pudo menos de aplaudirle y aun de escitarle á que entrase á saco por el término de Soria.

El hermano bastardo del rey tomó en cuenta el consejo de su privado, y despues de proponer á los Lunas su pensamiento, se esparció por Agreda con toda su gente, sembrando el terror por todos los puntos por donde pasaba.

Llegó esto á noticia de los fronteros castellanos que el rey habia dejado en Almazan á la vuelta de su bélica expedicion por el Mediterráneo, y saliendo al encuentro de las gentes del conde don Enrique, lograron alcanzarlos en los campos de Araviana, donde se empeñó una lucha sangrienta y horrible, funesta por mas de un concepto para el monarca de Castilla.

A ochocientos ascendia el número de caballos con que peleaba el conde, y á mil quinientos llegaba el que tenian los fronteros castellanos. La desigualdad de fuerzas como se ve era muy notable, y cualquiera que hubiera presenciado los principios del ataque hubiese dicho que lo ganaban las gentes del rey don Pedro.

El conde de Trastamara y la valiente familia de los Lunas peleó, no obstante, con tal ahinco y bizarría en la ocasion presente, que los fronteros de Castilla, viéndose ya tan mal parados, huyeron por donde les fué posible, quedando algunos de ellos en poder de las gentes del rebelde, y no pocos sin vida sobre el campo de batalla.

Don Juan Fernandez de Hinestrosa, tío de la Padilla, camarero mayor que era del rey y uno de sus mas honrados y pundonorosos caballeros, sucumbió en aquel combate.

El comendador mayor de Leon, Gomez Suarez de Figueroa, Ferrand Garcia Duque, Pero Bermudez de Sevilla, don Gonzalo Sanchez de Ulloa y algunos otros ilustres caballeros y próceres del reino, sucumbieron asimismo en los campos de Araviana á poca distancia de Moncayo.

Iñigo Lopez de Orozco y otros varios fueron echos prisioneros por las gentes del conde don Enrique, y don Fer-

nando de Castro y algunos otros tuvieron la buena suerte de poder escapar á uña de caballo de aquel campo sangriento donde quedaban los cadáveres de muchos de sus amigos.

No tardó mucho el rey don Pedro en saber esta noticia.

Men Rodriguez de Sanabria, á quien como saben nuestros lectores, dispensaba el rey toda clase de confianzas, entró en su cámara uno de los últimos dias de setiembre, y saludándole respetuosamente, le dió á entender por medio de una lánguida mirada, que tenia que comunicarle alguna mala nueva.

—Por Dios! señor Sanabria,—dijo el rey tan luego como le hubo divisado—que estais de mal humor hace unos dias. Qué teneis? andais enamorado?

Men Rodriguez se sonrió con el rey por toda respuesta.

Don Pedro estaba de buen humor, desde que á su llegada á Tordesillas habia tenido ocasion de abrazar al nuevo hijo dado á luz por la Padilla.

Quince dias estuvo en aquel punto; hasta que obligado por los asuntos del reino á trasladarse á la corte, emprendió su viaje á Sevilla, donde se hallaba á la sazón en que Men Rodriguez se presentó á hablarle.

—Estás mal humorado?—volvió á preguntarle.

—Y cómo no?—repuso Men Rodriguez.

El rey comprendió que aquellas palabras envolvian algun triste significado, y depuso su gesto de buen humor.

—Pues qué pasa?—le dijo.

—Pasa, señor, que es necesario acabar de una vez con los rebeldes, si no quereis que á las puertas mismas de vuestro alcázar vengan á matar á los que bien os sirven.

—Cómo! acaso se han atrevido á hacerte alguna traición?

—A mí, señor, nada me han hecho; y aun cuando eso fuera, yo no me quejaria.

—No te comprendo.

—Me explicaré, señor; pero, por Dios! que me cuesta mucho trabajo el verme obligado á referiros ciertas cosas...

—Acaba.

—Don Enrique y los Lunas de Aragon han entrado segunda vez por tierra de Soria, y vuestros fronteros se han visto obligados á combatirlos...

—Y han perdido la batalla, no es eso?

—Dejadme acabar, señor.

—Concluye, Men Rodriguez.

—Los caballeros que en Almazan dejó su señoría por fronteros, han sido vencidos, desbaratados, y muchos de ellos hechos prisioneros.

—Pero muertos, no ha habido ninguno?

Men Rodriguez continuó:

—Muertos hay muchos tambien, señor.

—Acaba.

—Don Gonzalo Sanchez de Ulloa, Pero Bermudez de Sevilla, Garcia Duque, Suarez de Figueroa, Juan Gonzalez de Bahabon y algunos otros caballeros, han muerto en los campos de Araviana.

—Ira de Dios!—esclamó el rey lleno de sobresalto.

—Esto,—continuó Men Rodriguez—sin contar con un crecidísimo número de ballesteros, peones, ginetes, ondeiros, escuderos y demás gente menuda...

—Cuernos de Satanás!—volvió á esclamar el rey coléri-

co y arrebatado.—Con que es decir, que ha muerto la flor de los caballeros de Castilla? Con que es decir que han sucumbido mis vasallos más pundonorosos y leales? Ah! conde de Trastamara, y cuán cerca veo ya el día de la venganza! Prosigue, prosigue, Men Rodríguez.

El oficial de la guardia del rey tomó aliento para continuar, y añadió en voz baja:

—Ha muerto también don Juan Fernandez de Hinestrosa.

—Cómo! ha muerto también el tío de la Padilla? También ha sucumbido el noble y pundonoroso viejo Juan Fernandez de Hinestrosa? Oh! maldición! maldición! maldito sea el conde de Trastamara; malditas las gentes que le han prestado ayuda en la pelea; maldito el rey de Aragon, á la sombra del cual combaten. Rayos del cielo! cuándo acabaré de escuchar estas noticias! cuándo acabaré de luchar con los rebeldes!

Y don Pedro de Castilla fijaba sus espantados ojos de una manera horrible en el rostro de Men Rodríguez, y este temblaba al escucharle.

—Es necesario matar;—continuaba el rey:—pero matar como matan los traidores; matar cuando se presente una ocasión favorable para ello, sin atender á las circunstancias en que las víctimas se encuentren. Sangre! sangre! es preciso derramar mucha sangre todavía; hasta que forme arroyos, Men Rodríguez; hasta entonces... hasta entonces nada habremos conseguido. Esto de luchar y luchar sin que de las luchas resulte nunca un hecho decisivo, eso no conviene ya, amigo Men Rodríguez; es necesario buscar al conde de Trastamara y clavarle este puñal dentro de su pecho; el puñal que tú le arrancaste de la cintura; eso es

preciso, Men Rodríguez; y eso es lo que el rey de Castilla tiene que llevar á cabo: lo demás nada de nuevo ni notable tiene. Eso lo vemos todos los días y á todas horas en medio de las calles; insultar, acometer, asesinar y huir, eso se hace hoy á la vuelta de cualquier esquina; es preciso mas que eso; es preciso degollar al conde don Enrique, matarle cuerpo á cuerpo, y arrastrar luego su cabeza por las calles de Sevilla.

Don Pedro se sofocaba ya al pronunciar sus últimas palabras, y se detuvo.

—Qué queréis que hagamos, pues?—dijo Men Rodríguez aprovechándose del silencio del rey.

—Quiero que pasemos por Soria inmediatamente y busquemos al conde don Enrique.

—Segun eso, doy orden...

—Sí, sí; que toda la gente se disponga para la marcha.

—Con vuestra venia, señor...

—Despachá.

Y Men Rodríguez se retiró tembloroso y agitado.

—Sangre! sangre!—murmuraba entre tanto don Pedro de Castilla:—la sangre de Hinestrosa tiene que ser vengada de una manera horrible. Por cada gota vertida, una cabeza de la maldita raza de los traidores. Conde de Trastámara! desde este instante te maldigo y renuncio á combatir contigo como hermano. Guerra á muerte! y venza el que pueda, don Enrique!

—Las gentes están dispuestas, señor.

En marcha.

Y el rey salió de su cámara seguido del oficial de su guardia.

CAPITULO XXV.

En el que el lector verá otra nueva prueba del carácter sanguinario de don Pedro de Castilla.

Desde este instante el rey de Castilla no gozó ni un solo día de tranquilidad; furioso, colérico, arrebatado, lleno de desesperacion y brotando sangre por sus hinchados ojos, don Pedro, mas que rey, parecia un asesino combatido sin cesar por los horribles remordimientos de su conciencia; mas que hombre, parecia un leon furioso que habia logrado romper los hierrós de su jaula.

Fogoso era el bruto en que cabalgaba á su salida del alcázar de Sevilla; pero fogoso se hubiese vuelto sin duda alguna, aunque no hubiese podido moverse, tan luego como el rey de Castilla montó en él. Al primer golpe de espuela que le dió, el indómito animal dió un bote terrible que hizo saltar al rey hasta las ventanas de los pisos principales;

todos creían que el monarca de Castilla iba á caer de su caballo; pero el rey don Pedro estaba demasiado furioso para no apoyarse con rabia en los estribos: y aun cuando el indómito animal se hubiese encabritado ochenta veces, y hasta hubiese botado por encima de los demás ginetes, estamos seguros de que el rey don Pedro no hubiese saltado por eso de la silla ni perdido siquiera su habitual serenidad.

Salió por fin de Sevilla seguido de una escogida y numerosa hueste de gentes de armas á su servicio, y Men Rodríguez, Juan Diente, Garci Diaz Albarracin, Nuño Fernandez de Roa y Rodrigo Perez de Castro, marchaban á su lado pensativos, procurando leer en sus miradas angustiadas el horrible pensamiento que en aquel instante le dominaba.

Don Pedro marchaba cabizbajo y sin murmurar una palabra; de cuando en cuando metía espuelas á su caballo dejándole partir al galope, y en todos sus gestos, en todas sus acciones se adivinaba desde luego la fuerte emoción de que en aquellos momentos se hallaba poseído.

—A galope! á galope!—esclamó por fin despues de una media hora de silencio, volviendo atrás la cabeza y dirigiéndose á sus gentes.

Estas le obedecieron metiendo espuelas á sus caballos. Pero á todo esto, ni el rey ni sus caballeros, ni ninguno de los individuos de que se componía la formidable hueste, sabia á dónde iban dirigidos aquellos pasos.

Unos decían que marchaban con dirección á Medina-Sidonia, donde se hallaba doña Blanca; otros que á la frontera de Aragon en persecucion de don Enrique; quie-

nes afirmaban que iban á Soria á hacer un ejemplar castigo en las gentes de aquella comarca, por la escasa resistencia que habian opuesto á don Enrique y la sangre fria con que le habian combatido; y quienes, en fin, creian que el rey iba á Tordesillas á despedirse de su esposa, para despues emprender la marcha hácia Granada, con el fin de pedir auxilios al rey moro de aquella ciudad. Cada uno vertia su especie; cada uno decia lo que tenia por mas probable, ó aquello que se imaginaba, pero todos iban muy lejos del pensamiento del rey; y decimos de su pensamiento, porque al ordenar á sus gentes que partiesen al galope, le habia ocurrido uno muy horrible, que despues llevó á cabo como verán nuestros lectores.

Don Pedro de Castilla dirigió sus pasos hácia Carmona, y ya no le faltaban mas que algunos para llegar á dicha villa, cuando llamando hácia sí á uno de sus escuderos:

—Parte al galope—le dijo—con direccion á las fronteras de Aragon, y busca por allí á don Gutierre Fernandez de Toledo, mi repostero mayor. Dile de mi parte, que vuelva á organizar la desbaratada hueste en los campos de Araviana, y que reunido con todos mis caballeros espere en Almazan las órdenes del rey. Dile que le nombro fronterero de aquel punto. Has comprendido?

—Sí, señor;—contestó el escudero.

—A galope.

Y el escudero partió como un relámpago, de los alrededores de Carmona.

—Garci Diaz!—dijo entonces el rey dirigiéndose á uno de sus ballesteros de maza.

Garci Diaz de Albarracin se presentó.

—Dentro de poco te daré un nuevo encargo;—prosiguió el rey.

—Cuando querais, señor;—repuso el ballestero.

—Has cumplido con el que últimamente te dí?

—He cumplido, señor.

—Es decir que tu cuchilla...

—Está en disposicion de cortar veinte cabezas por dia.

—No tantas, no tantas;—repuso el rey:—por ahora hay que ir mas poco á poco; luego será otra cosa.

Entraron por fin en Carmona las gentes del rey precedidas de su señor, y todos los habitantes de aquella villa se quedaron sorprendidos.

—A qué vendrá?—decian unos.

—Cuál será el objeto de su venida?—preguntaban otros.

—Dicen que viene á poner en libertad á sus hermanos bastardos don Pedro y don Juan.

—Cómo ha de venir á eso,—replicaban algunos,—si ahora mas que nunca está en guerra abierta con el conde de Trastamara?

—Estas y otras eran las preguntas que solian hacerse los habitantes de Carmona, tan luego como supieron la llegada del rey á aquella villa.

Don Pedro se dirigió á la casa-castillo que habia á uno de los extremos de la poblacion, y llevándose consigo á Garcí Diaz de Albarracin y á Men Rodriguez de Sanabria, entró en ella como arrebatado.

—En Carmona van á empezar de nuevo mis justicias;—dijo al atravesar el pórtico.

Men Rodriguez y Garcí Diaz cambiaron una mirada de asombro.

—Sancho Illan!—continuó el rey dirigiéndose al alcaide de aquella fortaleza.—Dónde están mis hermanos bastardos?

—Los prisioneros, señor, están en las torres;—contestó el interrogado lleno de temor.

—Guíanos;—repuso el rey.

El apellidado Sancho Illan torció á la derecha por un pasillo oscuro y de techo bajo, y dirigiéndose al rey con amabilidad estrema, le dijo:

—Cuidad de no tropezar, señor, que aquí hay dos escalones.

El rey murmuró un juramento, y siguió los pasos del alcaide.

Subieron por una escalera de caracol bastante destalada, y al fin de ella se encontraron en un largo pasillo que recibia la luz por una enorme claraboya practicada en su techumbre.

A cada extremo de este pasillo habia una puerta claveteada y asegurada con un candado y tres enormes cerrojos.

—Cuerpo del diablo!—esclamó el rey haciéndose cargo de las cuádruples cerraduras.—Cómo es posible escaparse de una prision que tiene una puerta con tanto hierro?

Men Rodriguez y Albarracin volvieron á cambiar una mirada significativa.

—Ira de Dios! qué haces, Sancho Illan—continuó el rey—que no abres esa puerta?

El alcaide tembló de piés á cabeza al oír la esclamacion del soberano, y abriendo una tras otra las cuatro cerraduras, dejó franca la entrada en la prision del hermano bastardo del rey.

Triste era el espectáculo que dentro de esta pieza se ofrecía.

Un joven que apenas contaba catorce años de edad, un niño todavía, cuya rubia y sedosa cabellera caía por sus hombros formando bucles, cuya mirada dulce al par que atrevida se fijaba de un modo penetrante en el rostro de su hermano, y cuya mortal palidez indicaba desde luego que padecía horriblemente al verse encerrado en los estrechos límites de su prisión; yacía en el fondo de aquella estancia preocupado al parecer por mil tristes pensamientos.

—Garcí Diaz;—dijo el rey en voz baja dirigiéndose al balletero:—ha llegado la hora de que cumplas con el encargo de que no há mucho te hablaba el rey. Prepara el hacha, que la cabeza de ese infeliz tiene que ser separada de sus hombros; mirale, Garcí Diaz; parece que ha adivinado mi pensamiento; su mirada triste y melancólica se fija en mí de una manera vaga; parece que se aterra ante el brillo de tu cuchilla. Prepárate, Garcí Diaz; que yo te daré el aviso.

Garcí Diaz de Albarracín estrechó con una especie de frenético delirio el mango del hacha que llevaba en su diestra, y apoyando su otra mano en el puñal que llevaba en la cintura, se retiró á uno de los rincones de la estancia dispuesto á esperar las órdenes del rey.

Men Rodríguez estaba agitado y no acertaba á apartar sus ojos del rostro del monarca.

Adivinaba lo que este había querido dar á entender á Garcí Diaz al hablarle en voz baja y decirle que estuviese preparado, y no pudo menos de conmovérse al ver aquel

inocente niño que sin culpa alguna iba á ser víctima de la cólera del rey.

Don Pedro se dirigió á su hermano, y fijando en él una sarcástica mirada;

—Parece que estás triste;—le dijo;—qué te pasa, hermano querido?

El hijo bastardo de Alfonso XI de Castilla, que no obstante su corta edad comprendia demasiado bien lo que podia esperar de un rey como don Pedro, que sin miramiento de ninguna clase habia mandado degollar, no solo á su primo el infante de Aragon sino á su propio hermano don Fadrique, hizo un gesto de desden al oír sus últimas palabras y nada replicó:

—Qué tienes?—volvió á preguntarle el rey.

Don Pedro, que así se llamaba tambien el jóven prisionero, despreció segunda vez las palabras del monarca y nada contestó.

—Estás triste, vuelvo á decirte?—continuó el rey furioso ya al ver la poca impresion que ejercian sus palabras en el corazon de aquel jóven decidido.—Qué tienes?

—Deseos de vengarme;—contestó por fin el hermano bastardo del rey con sequedad.

—Deseos de vengarte!—esclamó don Pedro de Castilla con sarcasmo.

—Deseos de vengarme, sí!—volvió á repetir el jóven.

—Y de quién, hermano mio?

—De vos, que me haceis esa pregunta.

—De mí?

—De su señoría el rey.

—Qué daños te he causado, pues, para...

—Callad, rey de Castilla;—repuso con entereza el jóven prisionero:—callad y no insulteis al hombre desvalido, que á no estar desarmado y en la prision en que me teneis...

—Qué hicieras, hermano mio?

—Tomar satisfaccion de todos los agravios que á mí y á mis hermanos nos habeis hecho.

—No te comprendo.

—Ni es posible que me comprendais: teneis un corazon de hiena y no podeis comprender lo que sufre un hombre cuando sin motivo alguno se vé obligado á vivir entre las cuatro paredés de una torre.

—Por Dios, hermano! no os acaloreis, porque pudiera suceder...

—Qué?—repuso con entereza el jóven.

—Que os mandase cortar la cabeza en este mismo instante.

El hijo de doña Leonor de Guzman fijó una mirada de desprecio en el rostro del monarca, y replicó:

—Valiente sois por vida mia; pero es cuando teneis á vuestro lado quien os defienda.

—Niño, niño;—repuso el rey incomodado.

—Aunque niño, señor, tengo el corazon de un hombre, y sé lo que debo á los que estan á mi alrededor.

—Respeto y veneracion;—le interrumpió el rey.

—Respeto, cuando respetan; escarnio, cuando sonrien.

—Es decir, que...

—Que no os temo, don Pedro, y que no me hacen impresion vuestras amenazas.

—Acaso mé temas dentro de unos instantes.

—Creo que os engañan vuestros fallos.

—Allá veremos; seguidme.

El jóven prisionero siguió los pasos del rey tembloroso y agitado; pero no á consecuencia del miedo, sino de la estrema debilidad de sus delicados miembros.

Condenado á vivir entre los estrechos limites de aquella jaula, porque jaula podia llamarse la habitacion donde se hallaba el jóven prisionero, hasta el aire le faltaba para poder respirar libremente. Qué delito habia cometido, por otra parte, para que el rey le tratase de aquel modo? Era hijo de doña Leonor de Guzman, madre tambien del conde de Trastamara, y esto era motivo suficiente para que don Pedro de Castilla le encarcelase.

El rey se dirigió al otro extremo de la galería, y mandando al alcaide que abriese la otra puerta, frunció el entrecejo en señal de desagrado.

—Ira de Dios! no acabas?—esclamó lleno de cólera viendo que el alcaide tardaba un poco en dar vuelta á la llave del candado.

Sancho Illan tembló de piés á cabeza como un azogado.

—Cuernos de Lucifer! y qué gente tan lista es la de Carmona;—añadió el rey dando un fuerte golpe sobre el pavimento con la punta de su espada.

La puerta se abrió, y el rey entró en la prision de su otro hermano don Juan, seguido de todos los que le acompañaban.

Unos diez y nueve años representaba el nuevo prisionero á quien don Pedro de Castilla entraba á visitar. Rubio como su hermano, aunque mas pálido que él, su mirada triste y melancólica se fijaba en los objetos de una ma-

nera vaga; su frente, estrecha y deprimida, indicaba desde luego que don Juan no era tan pensador como su hermano, y en todas sus acciones se dejaba entrever que era un hombre rudo nacido para la guerra.

Asomado á la ventana cuando el rey entró en su habitación, se entretenía en disparar ballestas á las palomas que se albergaban en aquella torre.

Tan luego como oyó correr los cerrojos de la puerta, se apartó de la ventana y salió al encuentro del alcaide con el arco de ballesta en la mano. Al ver al rey se detuvo como asombrado, y fijando en él una estúpida mirada, se echó á sus piés agitado y tembloroso.

—Bien por don Juan!—dijo entonces don Pedro lanzando una sonora carcajada.—Bien por mi querido hermano.

Men Rodriguez y Garci Diaz Albarracin, volvieron á mirarse. Sus miradas esta vez fueron de estrañeza.

—Cuernos del diablo! y qué contento estás;—continuó el rey indicando á don Juan que se levantara.

Este obedeció, y retirándose hasta la ventana, se recostó sobre ella con mucho desembarazo.

—Por Dios, que tienes buen génio! y sobre todo buen humor;—continuó el rey.—Tú estas aquí como en un palacio, no es verdad, querido hermano?

—Y por qué no?—contestó este sonriendo.—Aquí al menos nadie me incomoda; yo me divierto en disparar flechas á las pobres palomitas que pasan por delante de mi ventana, y todos los dias lleno mi panza con sus pechugas.

El rey se quedó admirado, y luego le preguntó:

—Pero vienen á caer aquí dentro por ventura?

—Ah! precisamente á caer aquí no vienen; pero caen

por lo común á los piés de la torre, ó á muy poca distancia de ella.

—Y luego te las traerán los escuderos..

—Por de contado, señor; si nó, cómo queríais..! yo no salgo de aquí hace no sé cuantos meses.. y la verdad, no me pesa; aquí estoy yo muy divertido. Si fuera un poco mas grande esta sala... pero apenas se puede pasear por ella... en fin, nó es mala del todo; que otras hay mas chicas que ella.

El otro hijo de la Guzman escuchaba lleno de desesperacion las sandeces de su hermano, y parecia como que queria tragársele con la vista.

Don Juan no comprendia, sin embargo, lo que aquellas miradas querian significar, y prosiguió hablando con el rey.

—Cuántas cazas al dia?—volvió á preguntarle este.—

Don Juan se sonrió sin contestar una palabra.

—Vamos, vamos, me gusta que estés tan entretenido;—prosiguió don Pedro fijando en su otro hermano una mirada aterradora.

—Juan;—dijo entonces el mas jóven prisionero dirigiéndose á su hermano:—acuérdate de nuestra madre, acuérdate de nuestro hermano don Fadrique.

Don Juan se quedó como asombrado al oír estas palabras, y reponiéndose al parecer de su primera impresion, fijó una mirada de tristeza en el rostro del rey y murmuró:

—Es cierto, es cierto; yo no debo conversar con vos: vos sois el asesino de mi madre.

—Asesino de nuestra madre, sí;—añadió el menor de los hermanos fijando sus espantados ojos en el rostro del monarca.

—Cómo asesino!—esclamó don Pedro de Castilla haciendo retemblar el pavimento bajo sus piés:—qué quereis darme á entender con eso? qué quereis decir con eso, hermanos míos?

—Hermanos!—esclamó Pedro lleno de despecho:—no quiero yo ser hermano de un rey tan cruel y tan injusto como don Pedro de Castilla.

—Injusto, eh?—replicó el rey mordiéndose los lábios de coraje.

—Y sanguinario;—añadió el jóven con resolucion.

—Qué os parece de esto, don Juan?—preguntó el rey dirigiéndose al mayor de sus hermanos, que apoyado en el borde de la ventana empezaba á sentir bullir la sangre dentro de sus venas.

—Me parece, señor,—contestó el interrogado—que tiene mucha razon mi hermano al espresarse de ese modo! Qué motivos habeis tenido si no para encerrarnos? Niños todavia, qué daño podian hacer os dos hermanos que nunca habian visto vuestro rostro?

—Oh! parece que ya va desatándose tu lengua;—murmuró el rey.

—Y bien, señor, qué quereis darle á entender con eso?—repuso el jóven don Pedro saliendo al medio de la estancia y mirando con descaro al rey.

Este se sorprendió al ver tanto arrojo y sangre fria en el pecho de un niño como su hermano, y encarándose con él, decidido ya á cortar aquella conversacion:

—Quiero darle á entender—respondió—que pudiera mandársela cortar á fin de que no fuese tan libre en sus espresiones.

—De todo es capaz el rey de Castilla;—dijo don Juan por lo bajo.

—Hasta de degollaros con mi propia daga;—repuso el rey.

—No mienten las apariencias;—replicó el mas jóven de los prisioneros:—teneis trazas de asesino.

El rey don Pedro hizo intencion de arrojarle sobre el que aquellas palabras acababa de proferir; pero conteniéndose en el mismo instante, exclamó con voz de trueno:

—A la sala de las justicias!
Y precedidos del alcaide, bajaron la escalera de caracol por donde momentos antes habian ascendido.

El rey iba cabizbajo y silencioso. Sus dos hermanos, custodiados por Men Rodríguez y Garci Diaz, bajaban con grandes ánimos al parecer, según lo que podía adivinarse en sus miradas.

Entraron por fin en la sala que el rey había apellidado de las justicias, y el hermano mayor del rey tembló al poner los piés sobre el pavimento.

La sala de las justicias podria tener unas diez varas en cuadro de estension; sus paredes estaban cubiertas de paños negros; no recibia luces por claraboya alguna, y estaba iluminada por una enorme lámpara de hierro que había suspendida de una de las bovedillas que formaban su techumbre. Un sillón blasonado, forrado tambien de negro, y colocado bajo un dosel del mismo color, una mesa de pino pintada tambien de negro, sobre la cual se veian un crucifijo y una calavera; y en uno de los rincones de la estancia un pesado tronco de roble que hacia las veces de tajo; estos eran los únicos muebles que adornaban la sala de las justicias.

Nada de extraño tenia, pues, que don Juan hubiese temblado al entrar en aquella oscura y lúgubre habitacion.

El rey ocupó el sillón que habia debajo del dosel sin murmurar una palabra.

Men Rodriguez se puso á su derecha; el ballestero de maza Garci Diaz de Albarracin se colocó á la izquierda, y el alcaide Sancho Illan se quedó en la puerta de la sala.

—Vais á morir; reconciliaos con Dios:—dijo el rey con voz de trueno dirigiéndose á sus hermanos bastardos.

El menor de ellos, don Pedro, permaneció inmóvil y sin apartar la vista del rostro del monarca: á don Juan se le erizaron los cabellos al oír aquellas palabras.

—Garci Diaz!—prosiguió el rey:—prepara el hacha; y tú Men Rodriguez, ayúdale á sacar el tajo de aquel rincón.

El noble asturiano acompañó al verdugo hasta el sitio donde el pesado madero estaba arrinconado, y asiéndolo cada cual por una de las argollas que tenia clavadas en sus costados, le trasladaron hasta el centro de la sala, colocándole enfrente del crucifijo.

—Teneis algo que pedir?—añadió el rey dirigiéndose á sus hermanos.

El sarcasmo y estúpido placer con que el rey hacia estas preguntas, hicieron temblar á Men Rodriguez, y debemos decir en honor de la verdad, que la sangre que corria por sus venas quedó detenida un breve instante como si se hubiese congelado.

Los hermanos bastardos del rey temblaron tambien al ver el horrible aparato que aquel desplegabá para mandarlos ajusticiar siendo inocentes; pero el mas jóven, que como han tenido ocasion de observar nuestros lectores, te-

nia un corazón muy bien templado, fijó una mirada amenazante en el rostro del soberano, y se hubiese lanzado sobre él indudablemente, á haberle hallado solo en aquella estancia.

—Teneis que pedir alguna cosa al rey?—volvió á decir don Pedro con voz atronadora.

—Sí;—contestó don Pedro con energía.

—Habla:—repuso el rey.

—Voy á pedir á Dios que os arranque cuanto antes esa corona, que tan mal sienta ya sobre vuestras rojas sienes.

El rey se sonrió.

—Y pido tambien á Dios, que se valga de mi hermano el conde para vengar la muerte de estas dos inocentes víctimas, á quienes por capricho ó por costumbre nada mas, mandais cortar la cabeza.

El rey se sonrió segunda vez.

—Nada más tengo que pedir;—añadió don Pedro.

—Y vos, don Juan, dijo entonces el rey dirigiéndose al otro hermano—teneis algo que pedirme?

—Perdon, señor!—contestó el jóven tembloroso.

—Cobarde!—gritó entonces el otro sentenciado amenazando tragársele con la vista.—Pide venganza y no te acuerdes de pedir perdón á un hermano tan cruel como el que acaba de hacerte esa pregunta; pide venganza, que tu madre y don Fadrique la están reclamando tambien hace algun tiempo. Pide venganza; ó deja en este instante de ser mi hermano.

—Venganza!—esclamó entonces don Juan desfallecido.

—Garcí Díaz;—dijo entonces el rey dirigiéndose al ballestero:—cumple tu obligacion.

El ballestero de maza ató los brazos por la espalda á los sentenciados, y dando un empujon á don Juan, le hizo caer de rodillas junto al tajo.

El hermano del rey inclinó la cabeza sobre el madero, y el hacha de Garci Diaz cayó sobre el cuello de la víctima, partiéndole de un solo golpe y separando la cabeza de su tronco.

Luego arrojó el cadáver á un rincón, y cuando volvió al tajo, ya el otro hermano habia colocado en él su cabeza.

—Venganza!—esclamó en el mismo instante en que la cuchilla de Albarracin caia sobre su cuello.

La sangre de esta valiente é inocente víctima, salpicó el rostro y las vestiduras del rey.

Men Rodriguez se quedó aterrado y apartó los ojos de aquel cuadro desgarrador.

—Albarracin!—esclamó entonces el rey:—aun no has concluido; aun tienes que matar á mis otros dos hermanos. El conde de Trastamara y don Tello tienen que sucumbir tambien bajo el cortante filo de tu cuchilla. Sangre! sangre! Es preciso cortar muchas cabezas, si hemos de ver á Castilla libre de traidores. Sangre! ó nunca habrá paz dentro de mis reinos!

Y el rey don Pedro se lanzó á las galerías, saliendo de aquella estancia como un loco.

—Señor! señor!—le decia Men Rodriguez asiéndole por el brazo izquierdo:—no derrameis tanta sangre, que ya están rojas vuestras vestiduras. No mandeis hacer tantas justicias, si quereis conservaros en el trono.

Pero el rey no escuchaba las palabras de Men Rodriguez.

Estaba desesperado, y hasta el juicio le faltaba en aquellos terribles instantes de arrebató en que gritando sangre, solo pensaba en cortar cabezas para luego mirarlas á sus piés hechas pedazos.

CAPITULO XXVI.



Estaba desahogado, y hasta el juicio le faltaba en aquellos terribles instantes de arrebato en que gritando sangre, solo pensaba en cortar cabezas para luego mirarlas á sus piés hechas pedruzcos.

CAPITULO XXVI.

En el que el autor prosigue la relacion de los hechos precedentes, con ayuda de Dios y con permiso de sus lectoras.

Horrible fué la muerte que el rey don Pedro hizo dar á sus hermanos en la fortaleza de Carmona.

Niños todavía cuando el rey los hizo degollar, y niños que hasta entonces ninguna ocasion habian tenido de serle infieles, el rey de Castilla cometió uno de los crímenes mas horribles de que hay ejemplo en la historia, y este borron nadie ha podido ocultarlo al reseñar los hechos de su agitada quanto escandalosa vida.

Nunca hasta ahora habíamos tenido ocasion de hablar de dichos jóvenes en nuestra simple narracion, porque nunca hasta ahora se habian hecho dignos de figurar en ella, y la primera vez que los nombramos nos vemos en la pre-

cision de tomar la pluma para reseñar el trágico episodio de su muerte.

Luego que el rey hubo concluido de desempeñar su terrible mision en Carmona, salió de dicha villa, y haciendo alto en sus alrededores le dijo á Men Rodriguez:

—Qué te parece, amigo Sanabria? Obra el rey con energía?

—El asturiano se mordió los labios, y luego contestó:

—Me parece, señor, que no debiérais desplegar tanto rigor en casos como este.

—Cómo te compadeces por ventura?—esclamó el rey.

—No es que me compadezca, señor; es porque está ya nadando en sangre vuestro trono!

—No importa, no importa;—contestó el rey:—aun es preciso derramar mas, si he de verme libre de fraidores.

—Como querais, señor;—repuso Sanabria con impaciencia.

—Pues qué?—dijo entonces el rey.—No tengo motivos muy sobrados para obrar de esta manera? aun cuando hiciese degollar á todos los nobles de Castilla, te parece que no lo tienen merecido? Sí, y Men Rodriguez, es preciso matar, pero sin descanso; desde que sale el sol, hasta que vuelve á aparecer, de otro modo, nunca nos veremos libres de traidores. Y aun hay gentes, por vida mia, á quienes degollar! Ahí están si nó el adelantado mayor Diego Pérez Sarmiento, el fronteró de Murcia Pero Hernandez de Velasco, el adelantado mayor de Leon, Pedro Nuñez de Guzman, el mismo don Pedro Alvarez de Osorio, y otra porcion de caballeros, que son pretexto de que eran muy crecidas las gentes de Trastámara, abandonaron el campo

de Araviana, dejando perecer al noble caballero Juan Fernandez de Hínestrosa, y otros muchos que con igual arrojo se lanzaron á la pelea. Pues qué, estos no son tambien traidores? por ventura, el abandonar el campo de batalla cuando mas falta hace combátir, no és hacerme traicion? Sí, amigo Sanabria, y ó poco es mi poder, ó hé de concluir con esa gavilla de rebeldes; porque rebeldes son todos los que se niegan á cumplir con las órdenes del rey; pero no importa, no importa; aun no es tarde y quizá los encuentre todavía. En marcha!

Y las gentes del rey partieron al galope con direceion á Almazan donde Gutierre Fernandez de Toledo debia hallarse en compañía ya de todos los caballeros que don Pedro de Castilla habia dejado por fronteros de Aragón.

Grandes fueron los esfuerzos que hizo el rey por dar caza á los que segun él le habian hecho traicion en los campos de Araviana; pero estos habian huido sin duda alguna temerosos de la venganza de don Pedro, y no fué posible hallarlos por aquellos alrededores.

Cambió, pues, de rumbo el rey, y dejando las tierras de Soria, se encaminó hácia Valladolid donde pensaba hallar á algunos de los traidores.

—No mas perdon!—esclamaba metiendo espuelas á su caballo, que acostumbrado ya á los impetuosos arranques de su ginete, partia como un relámpago tan luego como sentia el contacto del acero.—No mas perdon para los traidores! sangre! sangre! hasta que ni uno solo quede por las tierras de Castilla.

Cuanto mas muertes mandaba hacer el rey y mas sangre veia derramar, mas deseos le entraban de matar y pro-

siguiendo su marcha en busca de rebeldes, no dejaba pueblo ni casa que no registrase hasta dar con los que ansiaba tener delante de sus verdugos.

Llegó por fin á Villanubla á cosa del medio día, donde según noticias que le habia dado un labrador, se hallaba don Diego García de Padilla, y acompañado como de costumbre de los ballesteros de maza de quienes él acostumbraba á valerse siempre que trataba de hacer alguna justicia, se dirigió á casa de su antiguo camarero, con intencion de llevársele consigo, á fin de que le ayudase en la persecucion de los rebeldes.

— ¡Elegó por casualidad á la hora en que el maestre de Calatrava se hallaba sentado á la mesa con Pedro Alvarez de Osorio, uno de los caballeros que según sus noticias habian huido de los campos de Araviana dejando solos á los demás.

Verle y dirigirse á él como una hiena, con la espada desnuda, todo fué uno.

Pedro Alvarez de Osorio se sobrecogió como era natural, y ni aun tiempo tuvo siquiera para levantarse de la silla en que se hallaba, y ponerse á la defensa.

— ¡Traidor! — le dijo el rey con voz de trueno fijando en él una mirada penetrante capaz de atemorizar al hombre mas valiente. — Por qué dejaste los Campos de Araviana? Por qué dejaste que las gentes de don Enrique matasen á la flor de mis caballeros? A él, Juan Diente! A él, Garci Diaz!

Y los ballesteros á quienes el rey acababa de nombrar, se arrojaron sobre Pedro Alvarez de Osorio, y ni aun tiempo le dejaron siquiera para que se disculpase.

La maza de hierro de Juan Diente, cayó sobre la cabeza del frontero de Leon, aplastándosela contra el borde de la mesa donde comia.

Garci Diaz descargó otros dos golpes sobre el cadáver, que pudieran llamarse los de gracia, y Rui Gonzalez de Atienza, uno de los escuderos del rey, cortó la cabeza al noble, de orden de su señor.

—No tiembles, Padilla;—dijo el rey dirigiéndose al maestre de Calatrava, que lleno de horror se habia retirado de la mesa:—no tiembles, porque esto no es nada todavía; aun no ha comenzado el rey á hacer justicias. Veinte cabezas por día es necesario cortar, si queremos vernos libres de traidores. Sigüeme, Padilla.

Y el rey salió de la casa donde se hospedaba el maestre, seguido de sus verdugos.

Padilla iba á su izquierda tembloroso y agitado.

—Es necesario matar, prender, herir, envenenar á toda esa maldita gavilla de rebeldes que por todas partes me persigue. Ira del cielo! ni uno solo ha de quedar vivo antes de siete dias. Garci Diaz! prepara tu cuchilla, que vamos á Valladolid.

Garci Diaz de Albarracin participaba ya en parte del frenético delirio del rey, y solo ansiaba tener una víctima delante para en seguida cortarle la cabeza. Tan luego como oyó sus últimas palabras estrechó con furor el mango de su hacha, murmurando por lo bajo:

—Sangre! sangre! tiene razon don Pedro; es necesario verter mucha sangre si han de quedar sus reinos limpios de traidores. Yo, por mi parte, estoy dispuesto á degollar á media Castilla, si el rey don Pedro me lo ordena.

García Díaz de Albarracín y Juan Diente, eran después de Padilla y Men Rodríguez los dos vasallos en quienes el rey tenía más confianza, y los que hacían por él todo cuanto podían y se hallaba al alcance de sus manos.

Salió don Pedro aquella misma tarde de Villanueva seguido de su numerosa falange de guerreros, y una hora después entraba en Valladolid, dispuesto á mandar degollar á cuantos rebeldes encontrase.

Tropezó por desgracia con los hijos de Fernán Sánchez, uno de los caballeros que huyendo de don Enrique se habían alejado de los campos de Araviana, y ya que en el padre no pudo vengarse, hizo también que fuesen degollados por sus verdugos, aterrando á todos los habitantes de Valladolid con aquella horrible crueldad.

—Señor! señor!—volvía á repetirle Men Rodríguez;—no derrameis tanta sangre, que ya están rojas vuestras vestiduras; no mandéis hacer tantas justicias, que está nadando en sangre vuestro trono.

Los ojos del rey estaban encendidos y parecía que iban á saltársele de sus órbitas.

Sus pajes y escuderos le miraban espantados, y Diego García de Padilla no se atrevía á mirarle, temeroso de encontrarse con sus miradas aterradoras.

—Sangre! sangre!—volvió á repetir el rey vivamente excitado, como siempre que acababa de presenciar alguna de aquellas escenas de dolor.—Sangre! y no descansemos ni un momento, que pronto le llega el turno al conde de Trastámara: á Burgos!

Y sin detenerse en Valladolid más que el tiempo suficiente para presenciar la ejecución de los hijos de Fernán

Sanchez, salió de aquella ciudad con direccion á Búrgos, donde pensaba castigar á otro de los rebeldes, el arcediano don Diego Arias Maldonado, á quien habia conducido prisionero hasta aquella ciudad.

Aterrados estaban ya todos los que le acompañaban, y ninguno se atrevia á mirarle de frente, temeroso de escitar su cólera y desesperacion.

Don Diego de Padilla marchaba á su lado silencioso, y acordándose de su infeliz hermana, se entristecia, pensando en lo que aquel rey cruel y sanguinario la haria padecer.

Don Pedro de Castilla no hacia caso de ninguno de los que le rodeaban, y únicamente á Juan Diente y Garcí Diaz de Albarracin, era á quienes dirigia de cuando en cuando miradas de inteligencia.

Ocho dias permaneció en Búrgos el rey don Pedro, y al cabo de ellos, viendo que ninguno de sus caballeros á quienes habia enviado á recorrer los pueblos de aquella provincia con objeto de buscar á varios de los fugados de los campos de Araviana, nada averiguaba con respecto á su paradero, se decidió á salir de aquella ciudad, no sin hacer primero que el arcediano don Diego Arias sucumbiese bajo los terribles golpes de maza de sus verdugos.

—A él, Juan Diente!—esclamaba en medio de su arrebató lanzando sarcásticas carcajadas en son de burla.—A él! y que ni aun rastros queden de la huella de ese traidor.

Juan Diente y Diaz de Albarracin descargaron sus mazas sobre la cabeza del respetable arcediano, y le dejaron tendido en tierra exhalando gemidos de dolor.

Algunos instantes despues, el arcediano de Valladolid era cadáver.

Honda fué tambien la impresion que esta nueva justicia del rey causó en la ciudad de Burgos: don Pedro, si se quiere, no tuvo un motivo razonado que justificase su conducta en la ocasion presente. Tan solo por sospechas de que el arcediano mantenía correspondencia con el conde de Trastamara, le hizo matar en su misma prision; despues de muerto se registraron todos sus papeles, y las cartas no parecieron.

Este fué otro de los borriones que el rey de Castilla echó sobre su reinado, dejándose arrastrar por el ímpetu de sus pasiones.

—Señor! señor!—le repetía Sanabria:—no derrameis mas sangre, que ya están rojas vuestras vestiduras; no mandeis hacer tantas justicias, que está nadando en sangre vuestro trono.

El rey, sin embargo, estaba de un parecer muy diferente y no escuchaba las palabras de su escudero.

Algunos instantes después, el arcediano de Valladolid

era caáver.

Honda fué tambien la impresion que esta nueva justicia del rey causó en la ciudad de Burgos: don Pedro, al ser quiere, no tuvo un motivo razonado que justificase su conducta en la ocasion presente. Tan solo por sospechas de que el arcediano mantenia correspondencias con el conde de Trastámara, le hizo matar en su misma prision; después de muerto se registraron todos sus papeles, y las cartas no parecieron.

CAPITULO XXVII.

Este fué otro de los dolores que el rey de Castilla echó sobre su reinado, dejándose arrastrar por el impulso de sus pasiones.

De cómo el rey don Pedro, no contento ya con cortar cabezas, mando cocer y asar vivos á varios personajes, entre ellos á un fraile de Santo Domingo de la Calzada.

Terrible y formidable era la hueste con que el rey don Pedro salió de Burgos, después de dar muerte al arcediano.

Aun no habia salido de la ciudad, cuando tuvo noticia de que sus hermanos don Enrique y don Tello habian entrado nuevamente en Castilla y apoderádose de Haro y de Nájera, donde sus gentes habian hecho una horrible matanza de judíos, como en otro tiempo lo habian ejecutado en Toledo so pretexto de proclamar reina á doña Blanca de Borbon.

El rey de Castilla se enfureció de tal modo al oir esta mala nueva, que poniendo en órden todas sus gentes y acrecentando cuanto pudo el número de lanzas, salió de Burgos al frente de cinco mil caballos y diez mil hombres

de á pié, jurando castigar con mano fuerte las atrevidas irrupciones de sus hermanos por las tierras de sus dominios. —Ya no basta cortar cabezas;—decia dirigiéndose á sus ballesteros:—tu cuchilla y tu maza están de más por ahora, Garcí Diaz de Albarracín; hoy es preciso cocer, desollar, asar vivos y descuartizar á todos los rebeldes. Ira de Dios! que ya me voy cansando de combatir con gente tan traidera; pero no importa, no importa; ahora comienzan de nuevo mis justicias; y tienen que ser horribles ¡vive Dios! ó deajo de ser rey de Castilla.

Los verdugos de don Pedro temblaron al oír sus últimas exclamaciones, y se miraron unos á otros sobrecojidos.

Todos sabian hasta dónde alcanzaba la cólera del rey, y convencidos por esperiencia de que cuando daba una palabra la cumplia, no pudieron menos de sorprenderse, cambiando entre sí miradas de terror.

—Fuego del cielo!—continuaba cada vez mas encolerizado:—esto es atroz, esto es insufrible; esto no puede continuar así por mucho tiempo. Guerra á muerte! y que caigan las cabezas de todos los traidores. Sangre! sangre! y que no quede ni una sola gota dentro de las venas de esa canalla maldecida.

Men Rodríguez temblaba, y temia por la vida de su rey.

—A dónde vais, señor?—murmuraba por lo bajo hablándole al oído:—A dónde vais á parar con tanta muerte? Qué dirá el reino de Castilla cuando sepa todas las crueldades que habeis hecho cometer? Ved que vuestro hermano se

fortalece, que su suerte crece de dia en dia, y que á vos os abandonan vuestros mas decididos partidarios; no corteis ya mas cabezas, que vuestro trono está nadando en sangre.

El rey, sin embargo, no le oia, y jurando en medio de su frenético delirio, prosiguió su marcha hácia Pancorbo, enviando delante al prior de San Juan don Gutier Gomez de Toledo, con bastante compañía de ginetes y ballasteros.

El conde don Enrique habia salido, no obstante, de aquella villa, y el rey don Pedro continuó su espedicion hasta Bribiesca; pero tampoco en esta poblacion pudo haber á las manos al conde de Trastámara, y furioso, irritado, lleno de desesperacion se llegó hasta Miranda de Ebro, donde mandó hacer otras dos justicias, que dejaron aterradas á todas las gentes de dicha ciudad.

Pero Martinez, hijo del chantre de aquella iglesia, fué cocido dentro de una caldera colocada en medio de la plaza, á la cual aplicaban fuego los mismos escuderos del rey.

Pero Sanchez, amigo del anterior, fué asado vivo encima de unos hierros puestos en forma de parrillas, y ambos sucumbieron en medio de los mas acerbos dolores, causando el espanto y admiracion de todas las gentes de aquella villa.

El rey salió inmediatamente de Miranda con direccion á Najera, y en las inmediaciones del pueblo de Azofra le salió un fraile al encuentro, quien saludándole respetuosamente, y echándose á sus piés, con voz débil le dijo:

—«Señor: Santo Domingo de la Calzada me vino en sueños, é me dijo que viniese á vos, é que vos dijese que

«fuédes cierto, que si non vós guardádes, que el conde
«don Enrique vuestro hermano vos habia de matar por
«sus manos (1).»

Don Pedro de Castilla, que en medio de ser valiente y
arrojado era tambien bastante supersticioso, se sobrecojió
de tal modo al escuchar el siniestro augurio de aquel frai-
le, que no supo qué replicar á sus palabras. Repuesto, no
obstante, de su primera impresion, le dijo:

—Quién os ha mandado en busca mia para que me deis
esa noticia?

—Nadie, señor ;—contestó el fraile tembloroso.

—Y si nadie te envia, cómo me dices eso?

—Porque entre sueños me lo ha revelado el glorioso
Santo Domingo.

—Es decir que te empeñas en no contestarme?

—Señor, he contestado á todas vuestras preguntas.

—Pero no has dicho la verdad.

—La verdad, señor, es la que acabo de deciros!

—Quemadle!—esclamó el rey lleno de cólera fijando una
mirada amenazante en el rostro del agorero.

Los ballesteros de maza Juan Diente y Garci Diaz de
Albarracin, se arrojaron sobre el fraile, y sujetándole fuer-
temente le hicieron sentar en medio del camino.

Nuño Fernandez de Roa y Rodrigo Perez de Castro, cor-
rieron en busca de leña, y algunos instantes despues vol-
vieron con dos haces de troncos y ramas secas y dos teas
encendidas.

(1) Palabras testuales de la *Crónica*.

El fraile se conmovió al ver las rojas llamaradas que despedían las teas.

Fernandez de Roa y Rodrigo Perez, amontonaron parte de la leña como á unos veinte pasos del camino, y la prendieron.

Luego que la leña estuvo bien encendida, Juan Diente y Diaz de Albarracin condujeron al sentenciado hasta la hoguera y le arrojaron á las llamas.

Esta honda sensacion causó en todos los circunstantes el horrible espectáculo que el rey acababa de poner ante su vista.

El fraile de Santo Domingo gritaba como un loco y queria fugarse de la hoguera; pero las espadas de Juan Diente y Garci Diaz, apuntaban á su pecho, y se veia obligado á retroceder.

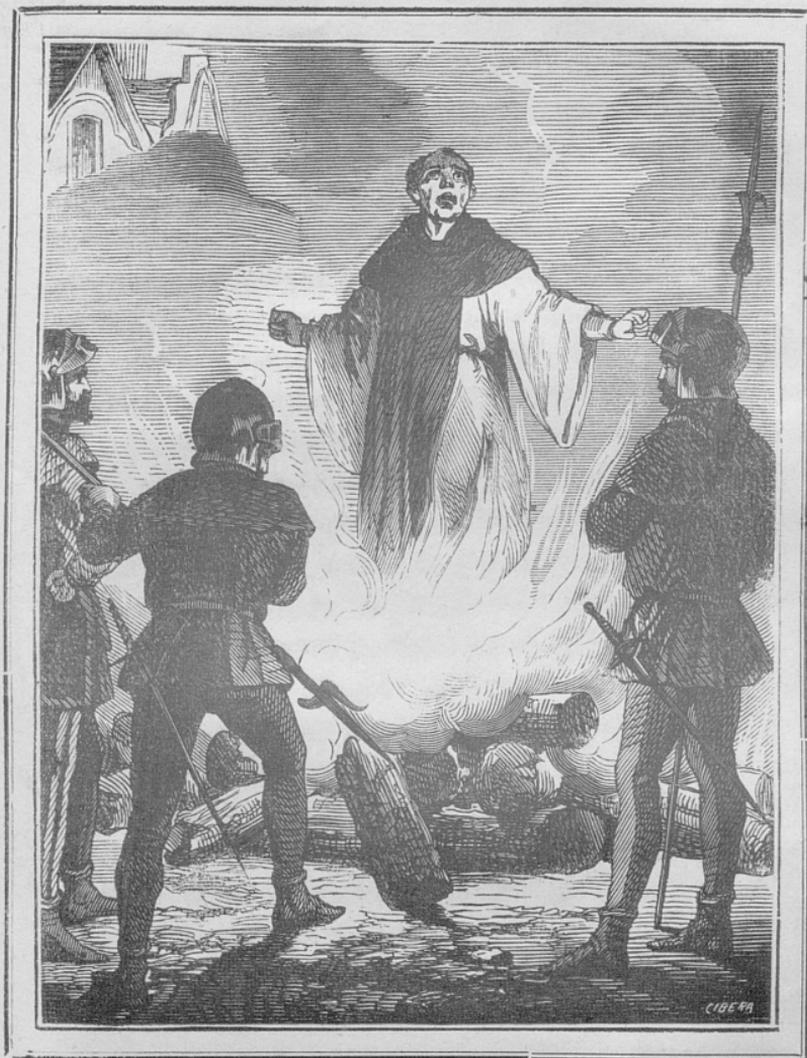
Nuño Fernandez de Roa y Rodrigo Perez de Castro, aviaban entre tanto el fuego aumentando las llamas con nuevos troncos, y el profeta sucumbió abrasado, exhalando espantosos gemidos de dolor.

Don Pedro de Castilla habia presenciado el espectáculo con una especie de fruccion que no le dejaba respirar, y luego que las llamas se hubieron estinguido, mandó á sus ballesteros que separasen el cadáver de las cenizas.

Juan Diente y Albarracin obedecieron.

El cuerpo del fraile de Santo Domingo estaba carbonizado.

—Bien! bien!—esclamó entonces don Pedro lleno de furor:—así han de morir muchos rebeldes; abrasados por las llamas como el fraile de Santo Domingo, ó cocidos en calderas.



Y el profeta sucumbió abrasado...

Las gentes del rey le contemplaban con asombro.

Men Rodriguez que se hallaba á su izquierda no acertaba á murmurar una palabra.

—Guerra á muerte!—prosigió el rey:—guerra á los traidores!

Y sus gentes todas gritaron á un tiempo:

—Guerra!!!

El asturiano se acercó entonces al rey y por cuarta vez volvió á repetirle sus palabras; pero don Pedro estaba sordo como antes, y no las comprendía.

—Sangre! sangre!—murmuraba entre dientes apoyando su mano izquierda en la empuñadura de su espada.

Las gentes del rey le contemplaban con asombro.
 Men Rodríguez que se hallaba á su izquierda le acerta-
 ba á murmurar una palabra.
 —Guerro á muerte!—gritó el rey:—guerra á los tri-
 boros!
 Y sus gentes todas gritaron á un tiempo:

—Guerro!

El asturiano se acercó entonces al rey y por cuarta vez
 volvió á repetirle sus palabras, pero don Pedro estaba sor-
 do como antes, y no las comprendía.
 —Sangre! sangre!—murmuraba entre dientes apoyando
 su mano izquierda en la empuñadura de su espada.

En el que sucede lo que el lector menos esperaba.

Poco feliz anduvo por esta vez el fraile de Santo Domingo en su pronóstico; puesto que emprendida nuevamente la pelea entre don Pedro y don Enrique, este quedó completamente derrotado, su pendon en poder de las gentes del rey, y el mismo conde tan mal parado á consecuencia de la precipitación con que tuvo que hacer su retirada, que apenas le quedó tiempo para refugiarse con unos cuantos de sus soldados dentro de los muros de Nájera.

Perdido estaba ya el conde don Enrique; y su hermano el rey, que tenía ya grandes deseos de encontrarse frente á frente con Trastámara, se decidió á entrar de incógnito en Nájera, acompañado de sus verdugos y sorprender á su hermano en su misma cámara.

Un poco de trabajo y algo mas de dinero le costó al rey el conseguirlo; pero una vez dentro de la casa donde el conde se habia hospedado, no cabia de gozo dentro de su cuerpo, creyendo que era ya llegada la hora de su venganza.

—Garci Diaz, Garci Diaz!—decia volviéndose hácia su balletero:—ya hemos cogido en la trampa al lobo; ahora es menester que no se escape.

—Así es, señor!—contestó Garci Diaz;—cuidad, pues, de que eso no suceda.

—Ah! no se escapará, si Dios quiere, de mis manos. Conde de Trastamara! llegó la hora de que tarde ó temprano tenia que disponer el rey; llegó la hora de mi venganza.

Y el rey fijaba sus espantados ojos de una manera tal en el rostro de Juan Diente, que este y Garci Diaz temblaron al mirarle.

—Rabo de Satanás!—continuó el rey:—no ha de burlarse de mí el conde de Trastamara.

Y seguido de sus balleteros se dirigió á la cámara de don Enrique.

Durmiendo en un sillón se hallaba el conde cuando en ella penetró don Pedro de Castilla.

El hermano bastardo del rey, toda vez que se encontraba en casos como el presente, huia por lo comun de desplegar toda clase de aparato que pudiese delatarle á los ojos de sus enemigos; así es, que ni aun á su escudero llevaba consigo cuando despues de alguna batalla andaba oculto por las casas de alguna villa.

—Conde de Trastamara!—dijo el rey con voz de trueno

aproximándose al sillón en que don Enrique reposaba.

Este abrió los ojos como asustado, y fijándolos en el rey se quedó sobrecogido.

—Tiembblas?—esclamó don Pedro con sarcasmo.

El conde, repuesto ya de su primera impresion, se habia púesto de pié.

—Que si tiembblas te pregunto?—volvió á decir el rey.

—Temblar!—esclamó don Enrique con fiereza.

—Temblar, sí; te asombras?—volvió á decir el rey.—

—Y cómo no, cuando me haces esa pregunta?

—No es el primero que ha temblado y tiembla aun ante mi vista.

—Muy cobardé será, señor don Pedro.

—No tanto como el conde de Trastamara; pero tiembla; sin embargo.

—Cómo! qué dices?—esclamó el conde lleno de furor.

—Lo que oyes, hermano; que eres un cobarde: pero dejando á un lado la cuestión de tu valor y bizarría, conoces bien por ventura al rey don Pedro?

—Conozco al asesino de mi hermano;—contestó el conde.

—Pues ya conoces tambien á tu asesino.

Don Enrique de Trastamara tembló, y en los ojos del rey brilló un rayo de alegría.

—Cobardel—esclamó don Pedro de repente asiendo á su hermano por el cinto de cuero que llevaba á la cintura.—Cómo ahora no me matas? cómo ahora no me asesinas? dónde echaste aquel puñal con el que tratabas al parecer de arrancarme la corona? tienes ánimos suficientes para hundirlo en mi corazon? Toma, toma, porque si ánimos tienes todavia, el rey don Pedro te lo ofrece; toma esa arm a

envenenada con la que tratabas de dar muerte á tu hermano; toma ese puñal, amado Enrique.

Y el rey ofrecia al conde el puñal que Men Rodriguez le habia arrebatado en las fragosidades del puerto del Pico, despues de unos cortos instantes de pelea.

Don Enrique contemplaba el arma con una especie de delirio incomprensible, y no acertaba á murmurar una palabra.

—Ah traidor!—continuaba el rey lleno de rabia.

El conde fijó en él una mirada amenazante.

—No me mires así, conde de Trastamara;—continuó don Pedro:—que esa mirada es de traidores. Háblame con franqueza y dime cuanto tengas que decirme; nada me ocultes, querido hermano, que tampoco yo te oculto mis sentimientos.

—Si así lo quieres... repuso el conde tembloroso!

—Sí; es mejor aclarar las situaciones. Yo te aborrezco, conde de Trastamara.

—Y yo te odio tambien, rey don Pedro de Castilla.

Ambos hermanos se miraron llenos de rabia y de despecho por espacio de unos instantes, y el rey rompió por fin aquel silencio murmurando:

—Si no fuese porque estás solo y desarmado...—

—No importa, no importa;—repuso don Enrique haciendo ademán de arrojarse sobre el rey.

—No, no;—continuó este:—te encuentras desarmado y no quiero que digan que te maté á traicion. Aparta, aparta.

Y el rey de Castilla hizo caer á su hermano sobre el sillón alejándole de sí.

—Es decir que rechazas la lucha?—replicó el conde levantándose.

—No, hermano Enrique;—contestó don Pedro:—pero no quiero que mis vasallos me llamen asesino.

—Y qué has hecho hasta ahora mas que asesinar?

—Como quieras, hermano; seré asesino: pero ten presente que ninguna de las muertes que yo he mandado ejecutar, ha sido injusta.

—Ninguna!

—Ninguna; y ahí está el pueblo que pide á gritos tu cabeza.

—Ese mismo pueblo que hoy te favorece, llegará un día en que te arrojará del trono, arrastrándote despues por las calles y plazuelas. Esto te lo dice tu hermano, y ten presentes sus palabras, porque no ha de pasar mucho tiempo sin que las veas cumplidas.

El rey lanzó una sarcástica carcajada, y luego prosiguió:

—Quisiera que me citases una sola de las injusticias que segun tú he cometido, al mandar degollar á varios de los rebeldes que apoyando tu partido se levantaban contra mí.

—Pues qué fué justa la muerte que hiciste dar á don Fadrique?

—Don Fadrique era un traidor, y á mas de traidor hombre sin conciencia. Doña Blanca de Borbon vivía retirada en su alcázar de Toledo, y el maestre de Santiago tuvo la osadia...

—De qué?—le interrumpió el conde.

—De insultar al rey de Castilla diciendo amores á la que fué su esposa.

—Te engañas, Pedro; mi hermano jamás ha tratado de insultarte y...

—Calla, Enrique; calla y no me hagas recordar los mil y mil excesos de tu pasada vida; tú y tu hermano habeis sido unos traidores, me habeis combatido sin descanso cuando ningun motivo teniais para ello, habeis escandalizado el reino de Castilla con vuestros continuos desaciertos, y no sé, no sé cómo me contengo al recordar...

El rey se detuvo.

—Prosigue, hermano;—le dijo el conde con insultante acento.

Pues bien;—repuso el rey encolerizado:—no sé cómo me contengo al tenerte en mi presencia cuando hace tanto tiempo que estaba ansiando esta ocasion. Te miro y no puedo menos de aborrecerte; quisiera matarte, y un exceso de compasion detiene mi mano en la empuñadura de la espada. Conde de Trastamara! eres un traidor!

El hermano bastardo del rey frunció el entrecejo, y clavando una mirada de ódio en el rostro de don Pedro de Castilla, quiso hablar; pero se ahogó la voz en su garganta.

—Cuernos de Lucifer!—esclamó el rey despues de unos instantes:—con que aun tengo que callar? con que aun tengo que darte la razon? Confiesa, hermano Enrique, que tengo motivos muy sobrados para mandarte degollar, y que si no lo he hecho todavia, ha sido, no por compasion, sino porque quiero luchar contigo frente á frente, pero donde todo el mundo nos vea, donde todos nuestros guerreros puedan presenciar la lucha. Por eso me contengo en este instante, hermano Enrique; por eso no te atravieso el corazon con la punta de la espada: porque no quiero que nadie sospeche que he sido traidor; porque quiero que Cas-

tilla entera presencie nuestra lucha. Si no, ¡conde de Trastamara, ahora mismo caería tu cadáver á mis piés, como en otro tiempo cayó tambien el del maestro de Santiago. Has comprendido, hermano Enrique, lo que he querido darte á entender con mis palabras? Has comprendido lo que quieren significar mis frases? Quieren significar, que no te temo ni solo ni acompañado, conde de Trastamara; quieren significar qué tengo deseos de matarte, pero en el campo de batalla y á presencia de todos nuestros guerreros. Si llega la ocasion, y no tardará, ¡voto á San Yago! en presentarse, no huyas el cuerpo, hermano Enrique; prepárate á la defensa y luchemos como cumple á todo noble que lleva un escudo de armas sobre su pecho. Eso he querido darte á entender, rebelde hermano; eso quiero que tengas presente para en adelante; porque si huyes cuando yo me presente en el campo de batalla, entonces, en tu casa, en tu tienda y hasta en tu mismo lecho, te mandaré degollar, conde de Trastamara; que á hombres tan cobardes como los que huyen á vista del enemigo, debe cortarles la cabeza la cuchilla de un verdugo.

—El conde de Trastamara estaba desesperado, y no acercaba á murmurar una palabra.

—Ira de Dios!—esclamó por fin después de unos instantes lleno de cólera:—tú me tienes por cobarde, hermano Pedro, y voto al cielo! que siento no haber una espada á la mano para hacerte ver en este mismo instante, que no se insulta impunemente al conde de Trastamara llamándole traidor. Dame una espada, y acabemos de una vez nuestra cuestion, hermano Pedro.

—Ten en cuenta—repuso el rey—que á una simple señal

que yo hiciera en este instante, se echarian sobre tí mis ballesteros, y acabarian con tu vida.

—Ni te temo á tí, ni temo á tus ballesteros.

—Calla, Enrique, que estoy obrando ya con demasiada calma, y pudiera suceder que me irritase, y entonces... aplaca un poco tu rencor, que yo tambien lo aplaco; y cuando llegue la ocasion, nos batiremos cuerpo á cuerpo, en medio del campo de batalla: entonces podremos dar rienda suelta al exceso de ódio que nos devora. Si quieres el puñal con el cual pensabas asesinarme, tambien te lo cedo, hermano Enrique. Puede hacer mas un rey por uno de sus mas acérrimos enemigos?

—Gracias, gracias;—repuso el conde mordiéndose los lábios de coraje.

—Lo que sí te advierto, hermano Enrique—añadió el rey—es que salgas de Nájera en seguida, si no quieres que mis gentes acaben con tu vida. Huye, pues, y sigue los consejos de tu hermano, que ni puede ser mas generoso contigo, ni tratarte con mas consideracion.

—Gracias, gracias;—volvió á repetir el conde cada vez mas irritado.

—Vine con intencion de castigar tu rebeldia—repuso el rey—y de vengar los insultos que tú y tus hermanos me hicisteis en Toro, y soy tan caballero, que no quiero manchar mi espada con la sangre de tus venas. Si despues de todo esto aun persistes en decir que soy un asesino y que no obro con generosidad, entonces nada tengo que hablar, hermano Enrique, porque los hechos para tí nada significan. Huye de Nájera, y procura encontrarme cuanto antes al frente de tu hueste, porque el ódio que nos profe-

samos es muy profundo, y es preciso que acabemos de una vez; ó tú ó yo: ó tú me reconoces por rey declarándote mi vasallo, ó me matas y dejas de ser rey de Castilla. Reflexiónalo bien, Enrique; tengo en mis manos tu vida, y te dejas escapar libre. No puede ser mas generoso contigo don Pedro de Castilla.

Y el rey salió de la estancia silencioso y pensativo.

—No puedo, no puedo;—murmuraba por lo bajo algunos instantes despues:—quisiera matarle y no me atrevo; quisiera vengarme de él y no me determino. Oh! maldicion! maldicion! Cuántos disgustos cuesta el ser rey de Castilla.

Don Enrique de Trastamara esclamaba entretanto lleno de corage:

—Sí, sí: le mataré; le clavaré el puñal en el corazon y lo sepultaré en su garganta veinte veces. Oh! me ha perdonado la vida, porque indudablemente la ha tenido en sus manos; pero no importa, no importa; esos alardes de generosidad suelen convertirse despues en alardes de tiranía. Don Pedro de Castilla tiene que morir; y morirá, vive Dios! ó dejas yo de ser conde de Trastamara.

Cualquiera que antes hubiese visto al rey, colérico y arrebatado, recorriendo las tierras de Búrgos, Soria y Valladolid, y haciendo degollar, cocer, asar y descuartizar á cuantos rebeldes encontraba por delante, y le hubiese visto ahora en presencia de su hermano sin atreverse siquiera á mandar á sus ballesteros que le apresasen, hubiese creído que don Pedro temblaba delante del conde don Enrique; pero don Pedro no temblaba á presencia del conde, ni habia temblado jamás ante ningun valiente.

Lo que don Pedro tenia era una especie de remordi-

miento por haber mandado degollar en Carmona á sus dos hermanos inocentes, y no se atrevia ni aun siquiera á hacer prisionero á don Enrique, por la sola circunstancia de ser su hermano.

No se crea, sin embargo, que el rey don Pedro pensaba siempre de la misma manera; pensaba cuando el recuerdo de las dos justicias hechas en Carmona le venian á la imaginacion; que si en otra ocasion cualquiera hubiese cojido á don Enrique, es muy posible que le hubiese hecho degollar en el mismo instante.

Quiso Dios que la sangre del conde no fuese derramada por su hermano, y don Pedro se contuvo por esta vez.

El conde de Trastamara siguiendo el consejo de su hermano, se retiró nuevamente á Aragon, y el rey volvió á la Andalucía ordenando lo conveniente para la guarda y defensa de la frontera de aquel reino, encargo que encomendó entre otros al maestre de Calatrava don Diego García de Padilla,

miento por haber mandado degollar en Carmona á sus dos hermanos inocentes, y no se alivia ni aun alivia á sus dos prisioneros á don Enrique, por la sola circunstancia de ser su hermano.

No se crea, sin embargo, que el rey don Pedro pensaba siempre de la misma manera; pensaba cuando el acuerdo de las dos justicias hechas en Carmona le venían á la imaginación; que **CAPITULO XXIX.** es posible que le hubiese hecho degollar en el mismo instante.

Quiso Dios que la sangre del conde no fuese derramada por su hermano, y don Pedro se contentó por esta vez

En el que el autor trata de las nuevas justicias ordenadas por el rey don Pedro á sus verdugos.

á la Abadía ordenando lo conveniente para la guarda y defensa de la frontera de aquel reino, encarga que enco-

Cuando el rey don Pedro llegó á Sevilla, su jóven esposa se hallaba enferma de peligro.

El médico árabe que la asistia, predijo al rey que la vida de doña María tenia que ser muy breve, y faltó muy poco para que don Pedro le hiciese colgar de una de las almenas de su alcázar.

La Padilla proseguia enferma y sin experimentar alivio; el rey suspendió por el pronto la guerra con el monarca aragonés, y sentado junto á la cabecera del lecho de la infeliz y virtuosa hermana de don Diego de Padilla, procuraba consolarla por todos los medios posibles y no se apartaba de su lado ni de dia ni de noche.

—María;—solia decir la aprovechando los momentos en que

notaba algun alivio:—me quieres dejar solo en el mundo? quieres morirte y dejarme entregado á la desesperacion? Oh! ponte buena, María; procura mejorarte y no pienses en la muerte; piensa en mi, que te adoré con delirio y no quiero apartarme de tu lado.

—Pedro!—esclamaba la jóven entreabriendo sus amortiguados ojos y fijando sus miradas en el rey:—no estés triste, que yo no pienso abandonarte; quiero estar siempre á tu lado.

—A mi lado, sí;—replicaba el rey:—al lado del que te adora. Si supieses, María, cuánto he padecido en los pocos dias que me he detenido en la frontera! Y luego esos malditos rebeldes que por todas partes me acosan y persiguen... Qué pesada es la corona, María!

—Oh! si no fueses rey... por qué naciste hijo de reyes? por qué te has sentado en el trono de Castilla?

El rey don Pedro bajó los ojos como abismado en profundas reflexiones.

—Esos rebeldes son los que siempre te tienen alejado de mí, Pedro querido. Cuándo se retiran á sus casas esos infames que ni un solo instante te dejan de sosiego? Los capitanea el conde todavía?

—Todavía;—contestó el rey con tristeza.

—Es decir, que no se aviene...

—A nada, afiliado á las banderas del monarca de Aragon, ya tiene un pretexto para saquear mis villas y lugares.

La Padilla se puso triste.

—Pero nada importa eso, María;—continuó el rey:—porque los rebeldes todos tienen que sucumbir, incluso el conde de Trastámara.

—Qué dices, Pedro?

—Sí, María; es preciso obrar de esa manera so pena de que nunca se concluya esta guerra mortífera y sangrienta, con pretexto de la cual se lanzan al pillaje todos los aventureros y gente perdida.

—Pero tu hermano

—Oh! esa consideracion es la que ha descompuesto todos mis planes; en mis manos le he tenido, María, y me ha faltado el valor para hacerle degollar; mas aun: no me he determinado siquiera á traerle prisionero.

La Padilla, que conocía mejor que nadie el carácter del rey, se quedó como asombrada al oír esta declaracion, y no supo qué replicar.

Le parecia mentira que un rey tan cruel y sanguinario como su esposo, que no se habia parado jamás en ningun género de consideraciones cuando habia tratado de deshacerse de cualquiera de sus enemigos, se hubiese detenido ahora á reflexionar que el conde de Trastamara era su hermano, siendo así que antes que hermano era enemigo, y enemigo irreconciliable á quien habia jurado asesinar.

Ignoraba la Padilla muchas de las horribles justicias que el rey habia mandado ejecutar en Carmona, Valladolid, Azofra y Miranda de Ebro, y se estrañaba como era natural, de que enemigo como era el conde don Enrique y enemigo encarnizado además, no le hubiese encerrado siquiera en un castillo, ya que no se hubiese decidido á mandarle quitar la vida.

Esto causó una profunda sensacion en el ánimo de la Padilla, y hasta esperimentó un notable alivio, pensando en si el rey habria cambiado ya de modo de pensar y de

carácter; pero la desgraciada hermana del maestro se engañaba, y bien pronto tuvo ocasión de convencerse de cuán aventurados eran sus juicios.

Aun no hacia una semana que se encontraba en Sevilla, cuando llamando á su balletero de maza Garcí Diaz de Albarracin le dijo :

—Una nueva comision tengo que darte. Te atreves á encargarte de ella?

El balletero de maza fijó en el rostro del rey una mirada penetrante, y respondió:

—Pláceme, señor, que me hagais esa pregunta. Dudáis por ventura de mi lealtad? He dejado de cumplir alguna vez con los encargos que habeis tenido la bondad de encomendarme? Me parece, señor, que ningun motivo teneis de queja; y si alguno teneis no será por culpa mia, porque mis deséos nunca han sido otros que los de agradaros.

—Lo sé, lo sé, Garcí Diaz;—repuso el rey con un acento marcado de satisfacción:—sé que tengo en tí uno de mis mas valientes y leales servidores, y ningun motivo de queja abrigó todavía con respecto á tu comportamiento; pero la comision que tengo que encomendarte es demasiado difícil de llevar á cabo, y quiero que oigas mis instrucciones.

Mandad, señor;—repuso Garcí Diaz inclinando respetuosamente su cabeza en señal de asentimiento.

—Tú ya sabes—prosiguió el rey—que mi repostero mayor Gutier Fernandez de Toledo, se encuentra en Molina en calidad de frontero contra Aragon; Garcí Alvarez de Toledo, á quien como sabes agracié con el maestrazgo de Santiago á la muerte de don Fadrique, se halla á la vez en Alfaro con mi camarero mayor Martin Lopez de Córdoba. Parte

pues á galope con direccion á Molina, y di de mi parte al repostero mayor, que inmediatamente se ponga en marcha para Alfaro, donde el maestro le espera para darle una comision de parte mia; tú le acompañas hasta Alfaro y entregas á Garcí Alvarez esta céduda que es la orden de muerte del repostero.

Garcí Diaz de Albarracin se quedó lleno de asombro al oír las últimas palabras del monarca y nada replicó.

Ningun motivo tenia el rey, segun dicen las crónicas, para dar muerte á un caballero como Gutier Fernandez, el cual lejos de hacer traicion á su soberano, habia sido hasta entonces uno de sus más valientes y leales servidores.

Llególe, pues, la noticia de que se trasladase á Alfaro, y sin recelo alguno, como hombre que nada teme confiado en su inocencia, obedeció la orden terminante del rey y se trasladó á la villa que este le designaba.

Grande fué su sorpresa cuando llegándose á él el nuevo maestro de Santiago y el de Alcántara, don Juan Martinez, le hicieron prender conduciéndole á la posada del primero.

—Por qué me prendéis?—dijo Gutier Fernandez dirigiéndose lleno de asombro á los que le acompañaban.

Ninguno de los circunstantes se atrevió á responder al repostero, y éste, sin apartar la vista de los que le habian prendido, volvió á decirles con acento triste:

—Por qué me prendéis?

—Os prendemos, señor,—contestó el camarero mayor, Martin Lopez de Córdoba,—porque os manda prender el soberano.

—Don Pedro de Castilla!

—Don Pedro, sí; el rey.

—Y qué motivos tiene para mandarme prender?

—Lo ignoramos, señor; como asimismo, los que tiene para mandaros matar.

El repostero mayor Gutier Fernandez de Toledo, se quedó mudo de asombro al oír estas palabras, y tornándose pálido como un cadáver exclamó:

—Yo nunca fice cosa por la que mereciese muerte.

El maestre de Alcántara don Martin Lopez de Córdoba y el maestre de Santiago, no supieron qué replicar á estas palabras; pero la orden del rey era terminante, y no podía detenerse la ejecucion ni un solo momento.

Condujeron, pues, al repostero mayor á una cámara colgada toda de negro, y en el centro de la cual se veía un enorme tajo cubierto tambien con un paño del mismo color, y haciéndole hincar de rodillas delante de aquel triste aparato que habia de servir para cortarle la cabeza, le digeron:

—Perdonadnos, señor repostero mayor; que nosotros no hacemos otra cosa que cumplir con las órdenes del rey.

—Estais perdonados;—dijo Gutier Fernandez de Toledo con voz débil y angustiada:—pero suplicoos que me concedais un favor antes de morir; es el último ya que puedo pedir, y espero que no me le negareis.

Todos cuantos presenciaban aquella escena, se quedaron como asombrados al ver la cristiana resignacion é increíble sangre fria con que el repostero mayor caminaba á la muerte, y mirándose unos á otros llenos de asombro, no sabian qué responder.

—Pedid, señor Gutier Fernandez;—dijo por fin el maestre

tre de Santiago, decidiéndose á romper aquel profundo y melancólico silencio:—pedid lo que querais, que si en vuestra mano está, desde luego lo teneis concedido.

—Muy poca cosa es la que pido;—repuso el repostero mayor esforzando la voz cuanto le fué posible á fin de que le oyesen:—Pido que antes de morir, me deis permiso para escribir una carta á don Pedro de Castilla; está en vuestra mano conceder este último favor que os pide el repostero mayor del rey?

Todos inclinaron levemente su cabeza en señal de asentimiento, y uno de los escuderos allí presentes trajo á Gutier Fernandez recado de escribir.

Estendió el ilustre caballero un pergamino sobre el tajo que dentro de poco iba á regarse con su sangre, y escribió una estensa carta al rey, en la que se quejaba de la alevosa muerte que sin motivo alguno le mandaba dar.

Cinco minutos despues de haberla escrito, la cuchilla de Garci Diaz caia sobre el cuello del ilustre repostero mayor, separando la cabeza de su tronco.

Un grito de horror lanzado á un mismo tiempo por todos los circunstantes, fué á perderse en las doradas molduras que adornaban los ángulos de aquella cámara.

Garci Diaz fué el único individuo en quien no ejerció impresion alguna la muerte del repostero.

Limpio el hacha con una sangre fria admirable, y encerrando despues en un saco de lienzo la cabeza de Gutier Fernandez, salió de la estancia con direccion á Sevilla donde el rey le esperaba, ansioso sin duda alguna, de saber el resultado de su caprichosa orden de muerte.

Hablando con la Padilla se encontraba el soberano,

cuando uno de sus ballesteros de guardia le notificó que Garci Diaz de Albarracin deseaba hablarle.

Salió el rey inmediatamente de la cámara de su esposa, y aun no habia dado ocho pasos por una de las galerías que daban á la antecámara, cuando tropezó con el ballestero de maza, que pocos momentos antes acaba ba dellegar de Alfaro.

—Qué traes?—le dijo con imperioso tono.

—La cabeza de Gutier Fernandez de Toledo;—contestó Garci Diaz de Albarracin.

Y esto diciendo, destapó el saco en que venia la cabeza del repostero mayor del rey, y sacándola de él se la mostró á don Pedro horriblemente desfigurada.

Cualquiera que no hubiese sido el rey de Castilla, se hubiese aterrado y conmovido á presencia de aquel horrible espectáculo que el ballestero de maza ponía ante su vista.

El rey don Pedro la contempló con una especie de alegría estúpida imposible de describir, y luego dijo sonriendo maliciosamente:

—Aun no hemos concluido, amigo Garci Diaz; aun te resta que cortar unas cuantas cabezas de traidores.

—Mandad, señor;—repuso el ballestero.

—Mira, Garci Diaz; María está enferma: yo no puedo velar como antes por los asuntos de mi reino, y sospecho que mi tesorero mayor Samuel Leví, está esquilmando á mis pueblos con esas indecorosas exacciones que de vez en cuando suele hacerles con pretesto de los tributos; esto, como comprendes, ninguna ventaja reporta al rey, porque solo es favorable á las ambiciosas miras del judío. Como

la guerra de Aragon absorbe tanto dinero, y ocasiona tantos gastos, he pedido varios cuentos de maravedís á mi tesorero, y me los ha negado diciéndome que no hay ni un solo cornado dentro de mis arcas. Quiero, pues, que rinda cuentas del tesoro, y aplicarle por lo tanto la rueda del tormento.

—Señor; si ahora mismo quereis...

—Sí, sí; préndele y condúcele de mi parte á las Atarazanas.

—Nada mas, señor...

—Cuida bien de ese judío; porque esos lobos hambrientos suelen escaparse...

—Descuide su señoría, que don Samuel será hecho prisionero antes de dos horas.

—El ballestero de maza desapareció, y el rey de Castilla quedó murmurando por lo bajo:

—No es posible, no es posible; sin verter mucha sangre nadie puede gobernar en estos tiempos: pero este pergamino que me ha dado Garci Diaz sin decirme una palabra... veamos, veamos de quién es.

Y desenrollándolo cuidadosamente lo leyó en voz baja; decia así:

«Señor: yo, Gutier Fernandez de Toledo, beso vuestras manos, é me despido de la vuestra merced, é vó para otro señor mayor que non vos. E, señor, bien sabe la vuestra merced, como mi madre, é mis hermanos, é yo, fuimos siempre desde el dia que vos nacisteis en la vuestra crianza, é pasamos muchos males, é sufrimos muchos miedos por vuestro servicio en el tiempo que doña Leonor de Guzman avia poder en el regno. Señor, yo siem-

«pre vos serví; empero creo que por vos decir algunas cosas que complan á vuestro servicio, me mandasteis matar: en lo cual, señor, yo tengo que lo ficisteis por cumplir vuestra voluntad: lo cual, Dios vos lo perdone; mas yo nunca vos lo merecí. E agora, señor, dígoos tanto al punto de la mi muerte (porque este será el mi postrero consejo), *que si vos non alzades el cuchillo, é non escusades de facer tales muertes como esta, que vos ha vedes perdido vuestro regno, é tenedes vuestra persona en peligro.* E pídovos por merced que vos aguardedes, ca lealmente fablo con vosco, ca en tal hora estó, que non devo decir sinon verdad.»

Esta carta, escrita á la hora de la muerte por un tan antiguo y leal servidor (dice un historiador moderno), y el fatídico pronóstico con que terminaba, hubieran debido hacer estremecer de remordimiento al autor del suplicio, si su corazon estuviera menos empedernido.

Don Pedro se contentó, sin embargo, con murmurar:

—Si no se la hubiesen dejado escribir, no me dijera tantas cosas: qué poco habla de la correspondencia secreta que mantenía con los aliados del de Aragon... ya se vé, aquello es de rebeldes... Oh! qué gentes tengo yo por Castilla!

Y rompió la carta de coraje.

En todas partes veía ya el rey de Castilla aliados del conde de Trastamara, y ya prendiendo á uno por ser pariente de los aliados, ya matando otro por encontrarle cartas de Aragon, el rey don Pedro continuó su horrible matanza por Castilla, hasta el punto de que sus mismos verdugos estaban atemorizados, y no acertaban á

dar el golpe sobre el cuello de sus infelices víctimas.

—Don Samuel Leví, á quien el rey tuvo el capricho un día de pedirle sus tesoros, fué preso en las Atarazanas de Sevilla al propio tiempo que todos los parientes que tenia esparcidos por el reino.

—Don Pedro halló en su poder unas ciento sesenta mil doblas de oro, cuatro mil marcos de plata, ciento veinticinco arcas de paños de oro y seda, y ochenta moros y moras. Sospechaba el rey, sin embargo, que aun debía tener mas tesoros, y aprisionándolo como han visto nuestros lectores en las Atarazanas, le mandó aplicar la rueda del tormento á fin de que declarase.

El viejo y ambicioso israelita maldecia en medio de sus espantosos dolores al soberano, y no obstante, las terribles pruebas á que por mandato del rey fué sometido, consintió morir descoyuntado, cubierto su cuerpo de llagas y martirizado, en fin, desde los piés á la cabeza; antes que declarar dónde ocultaba las demás riquezas, si es que, como se imaginaba el rey, las tenia.

Don Samuel Leví tenia el cabello y la barba encanecidos por los años; pero su corazón era robusto y fuerte como el de un joven vigoroso.

Interin estos sucesos tenian lugar por Sevilla, en Medina-Sidonia ocurría otra escena no menos dolorosa, que la que en las Atarazanas acababa de representarse, siendo la víctima el tesorero mayor del rey don Samuel Leví.

Doña Blanca de Borbon, primera esposa del rey, que como saben nuestros lectores se hallaba presa en el castillo de Medina bajo la custodia de Inigo Ortiz de las Cuevas, era bárbaramente asesinada por el ballestero de maza Juan

Perez de Rebolledo, quien con desapiadado corazon y brazo de gigante, ejecutó sin escrúpulo alguno la sangrienta órden del monarca de Castilla.

Así acabó su vida esta ilustre y virtuosa princesa, viniendo á aumentar el número de víctimas sacrificadas al capricho de don Pedro el Cruel.

So pretesto de que esta ilustre dama habia influido con el fraile de Santo Domingo para que le profetizase al rey su temprana muerte si no se corregia, don Pedro el justiciero que en ocasiones como la presente se diferenciaba muy poco de Atila, mandó á uno de sus ballesteros que la diese yerbas, y no contento todavia, hizo que Juan Perez de Rebolledo la acabase de matar.

Veinticinco años tenia la desgraciada reina de Castilla doña Blanca de Borbon, cuando despues de una vida tan llena de amarguras, sucumbió á manos de Rebolledo, uno de los ballesteros de maza en quien el rey depositaba tambien gran parte de su confianza.

La sobrina del rey de Francia era un modelo de virtud y resignacion; jóven inocente, condenada por la desgracia á andar siempre de castillo en castillo, de calabozo en calabozo, se hizo acreedora á la compasion de todo el pueblo castellano, que tan luego como tuvo noticia de su muerte, se agitó de tal manera, prorumpiendo en imprecaciones contra el rey, que faltó muy poco para que algunas ciudades se levantasen proclamando á don Enrique; pero á don Pedro sin embargo, todos le temian, y esta era la causa de que muchos no se determinasen á llevar á cabo tan atrevidos planes.

—Sangre! sangre!—repetia, no obstante, el rey fijando

sus espantados ojos en el oficial de su guardia Men Rodríguez.—Es preciso verter aun mucha sangre si queremos que en Castilla se acaben los traidores. Sangre! sangre! y que ni un solo rebelde se encuentre por mis reinos.

—Señor! señor!—volvía á decirle Men Rodríguez tocándole en el hombro:—no derrameis tanta sangre, que ya estan rojas vuestras vestiduras; no mandéis hacer tantas justicias, que está nadando en sangre vuestro trono.

Don Pedro, como de costumbre, volvía la cabeza sin hacer caso de sus palabras.

CAPITULO XXX.

En el que se refiere un suceso triste por demás, y que hizo verter lágrimas á don Pedro de Castilla.

La virtuosa hermana del maestre de Calatrava iba empeorándose de dia en dia; y el rey don Pedro, que como hemos dicho anteriormente no se apartaba ni un solo instante de su lecho, comprendia ya que la situacion de su jóven esposa era demasiado triste, y que dentro de poco tal vez iba á bajar á la tumba, si proseguia en el mismo estado.

Ni los eficaces auxilios de la ciencia, ni los poderosos esfuerzos del médico árabe que la asistia, bastaron para mejorar la delicada salud de la infeliz Padilla; y el rey don Pedro, triste y melancólico, se paseaba por su estancia lleno de agitacion.

Terrible era el aspecto del monarca en aquellas cri-

ticas circunstancias en que la única mujer á quien desde niño habia hecho dueña de su corazon, iba á dejarle abandonado para siempre, alejándose de un mundo donde tanto habia padecido, por culpa las mas veces de los repetidos caprichos de su esposo.

Los ojos del rey estaban inyectados de sangre, y sus miradas vagas al par que penetrantes, se fijaban de una manera horrible en todos los objetos; cárdenos y amaratados estaban sus lábios, y lívido por demás era el color de sus mejillas; las facciones de su rostro estaban como nunca contraidas, y cualquiera que hubiese visto la siniestra expresion de su semblante, hubiese tomado al rey ó por un loco que acababa de escaparse de su jaula, ó por un hombre enfermo y de alma vigorosa que luchaba brazo á brazo con la muerte, por alargar un poco mas los cortos instantes de su vida.

El rey no habia dormido en cinco noches consecutivas, y su cabeza estaba como trastornada; hablaba solo y sin saber lo que decia; despreciando toda clase de alimentos y desoyendo los consejos de todos cuantos le rodeaban, habia dado orden á sus ballesteros de que á nadie permitiesen la entrada en el camarín de la Padilla.

El médico era el único que se hallaba escludido de esta regla, y él el único á quien el rey solia dirigir la palabra algunas veces preguntándole por el estado de la enferma.

En el alcázar reinaba el mas profundo silencio, y este silencio era transmitido á todos los ángulos de la ciudad, cuyos habitantes enterados de la triste situacion á que la reina se hallaba reducida, participaban tambien del dolor del rey, porque la Padilla era querida y respetada

por todos cuantos la conocian, ó habian oido hablar de ella alguna vez.

El mal proseguia haciendo progresos en la débil constitucion de la hermosa jóven, y el rey estaba desesperado, colérico é insufrible.

Paseándose por la cámara contigua á la en que su infeliz esposa se encontraba, dirigia sus miradas hácia todos los objetos, y todo parecia que le estorbaba, todo le causaba hastío; hasta las mismas flores, con las cuales formaba ramilletes la Padilla antes de hallarse enferma.

—Ira de Dios!—solia murmurar algunas veces lleno de desesperacion:—por qué ha de morir la única mujer á quien yo quiero en el mundo? por qué ha de alejarse de mi lado la única persona á quien yo adoro? No hay remedios en la ciencia con bastante virtud para curarla? No hay médicos en el mundo que puedan curar á mi María? Oh! cuernos de Lucifer! y á cuán poco alcanza el talento de los sábios! De qué les sirven, pues, esos estudios? De qué les sirve tanto encanecer procurando descifrar los misterios de los libros, si luego no tienen el talento bastante para arrancar una víctima á la muerte? Es ciencia la ciencia cuyo poder de nada sirve, la ciencia cuyo poder no alcanza á nada? Oh! farsantes astrónomos y médicos embusteros! cuánto misterio y cuánto aparato desplegais para nada que sabeis! Pero no importa, no importa; vale más mi fuerza de voluntad que todas las ciencias del universo. Ayudadme, Señor, que quiero salvar la vida á mi infeliz esposa.

Y el rey don Pedro se lanzó al dormitorio de la Padilla, furioso, desesperado y lleno de esperanza y de fé por otra parte.

—María! María!—la dijo tocando con sus labios la frente de la doncella:—no temas, que está á tu lado el rey don Pedro de Castilla; el rey, que hasta ahora todo lo ha podido, y que en adelante lo podrá tambien. María, María; mírame; que vengo á arrancarte de los brazos de la muerte.

Y el rey don Pedro fijó sus espantados ojos de una manera tal en el rostro de la Padilla, que esta no pudo menos de conmovirse haciendo temblar en medio de su repentina emocion hasta los elegantes cortinajes de su lecho.

—María! María!—volvió á repetir el rey lleno de entusiasmo:—dime que me amas y que nunca me abandonarás; dime que me amas y no pienses por ahora en dejar el mundo!

Doña María de Padilla fijó una mirada amorosa en el rostro de don Pedro; pero aquella mirada estaba ya falta de espresion, y el rey comprendió entonces por completo los motivos que el médico tenia para dudar del restablecimiento próximo ó lejano de su desventurada esposa.

—No hay duda; muere:—murmuró por lo bajo.

Y estrechó con frenético delirio la helada mano de la Padilla.

—Pedro!—esclamó entonces la jóven con voz débil y angustiosa.

—Qué quieres, María?—repuso el rey clavando sus penetrantes miradas en el rostro de su esposa.

—Quiero hablarte por última vez:—contestó esta llena de emocion, y entreabriendo sus ojos dulcemente.

—Por última vez!—esclamó el rey desesperado.

—Por última vez, sí; porque mi vida va á ser muy breve. Oyeme, Pedro; acércate á mí, y no te apartes de mi lado, que dentro de poco seré cadáver.

—María!—volvió á esclamar el rey, furioso como un loco y estrechando con efusion la delicada mano de la jóven.

—No te agites, no; que cuando Dios dispone que muera, será porque así nos conviene, Pedro; pero óyeme y no me interrumpas, que me voy sintiendo desfallecer y acaso no pueda continuar. Escucha.

El rey prestó atencion, é inclinándose sobre el lecho volvió á cubrir de besos la frente de la Padilla.

—Voy á morir;—continuó esta:—y quiero antes de alejarme de este mundo, hablarte de mi amor, como nunca hasta hoy me he determinado á hacerlo.

—Habla, María;—repuso el rey enternecido.

—Cuando te ví en San Juan de Sabagun por vez primera, me quedé prendada de tí, querido Pedro; desde entonces acá ni un solo instante he dejado de quererte. Cuantos mas dias pasaban, mayor era el amor que te tenia; has obrado muy mal conmigo y me has tratado con bastante crueldad; pero todo lo perdono, Pedro: tus amores con doña Aldonza Coronel, tu matrimonio con doña Blanca de Borbon y hasta el que contrajiste despues con doña Juana de Castro, todo, todo lo olvido, Pedro. Mi amor hácia tí no ha reconocido límites. Sola y postergada muchas veces al amor de otra mujer, he llorado largas horas en el último rincon de mi retrete, sin que nadie se haya apercibido de mi llanto. Triste y desesperada, rogaba á Dios que alejase de tu mente la imágen de las mujeres que me hacian desgraciada: tú, sin embargo, me querias, porque tu amor hácia mí ha sido tambien muy verdadero; pero en medio de todo he sido feliz, amado Pedro; porque aun cuando las guerras que continuamente te has visto obligado

á sostener te apartaban de mi presencia, yo me consolaba en medio de mi afliccion colmando de besos á nuestros hijos. No me olvides, pues, Pedro querido; vela siempre por la educacion de los tiernos frutos de nuestros amores, y no olvides tampoco el último consejo que voy á darte, y que nunca hasta hoy has querido seguir.

La jóven estaba fatigada y se detuvo.

Su respiracion era lenta y dificultosa, y una tos seca y frecuente que hacia ya meses la atormentaba, le impedia hablar sin interrumpirse de vez en cuando.

La virtuosa hermana del maestro de Calatrava era presa de esa terrible enfermedad, tan comun por desgracia en nuestros dias, que reconociendo por origen mil causas diferentes, suele acabar con la vida de los individuos, sin que haya remedios humanos que basten para curarla.

Doña Maria de Padilla amaba con delirio al rey don Pedro, y los inmerecidos desdenes con que este la trataba, fueron acibarando poco á poco los dias de su existencia; y la esposa del rey, débil de constitucion y mas débil todavía de carácter, empezó á palpar las consecuencias de sus secretos sufrimientos, cayendo enferma y mostrándose cada vez mas abatida. Este mal fué agravándose poco á poco, hasta que llegó un dia en que le faltaron las fuerzas para sostenerse de pié, y se vió precisada á permanecer en el lecho. La enfermedad de la Padilla habia echado ya profundas raices, y todos afirmaban que no tenia cura; la tisis habia minado ya todo su organismo, y los médicos no se engañaban al predecir al rey la próxima muerte de su esposa.

—El consejo que voy á darte,—prosiguió la desdichada enferma despues de unos breves instantes de silencio—debes seguirlo, si no quieres verte un dia arrojado de tu trono. No debes hacer tantas justicias; no debes derramar tanta sangre inocente.

—El rey se mordió los labios y nada contestó.

—Me has comprendido, Pedro?—le interrogó la jóven.

—Te he comprendido:—contestó el rey.

—Y seguirás mi consejo?

—Lo seguiré.

Doña María de Padilla guardó silencio, y se quedó como aletargada.

Pocos instantes despues la voz de su hija Beatriz la hizo entreabrir los ojos, y llamándola con voz débil la dijo:

—Hija; obedece siempre á tu padre el rey, y acuérdate de tu madre.

La niña se acercó al lecho de su madre y la dió un beso en la frente.

—Te pondrás buena, María?—la preguntó con un acento lleno de ternura.

—Sí, hija;—contestó la Padilla:—pronto me curaré.

Dos horas despues era cadáver.

—Ira de Dios!—esclamaba el rey acercándose á su lecho y poniendo la mano sobre el corazon de su esposa como para convencerse de que habia dejado de existir.—Quién ha muerto á mi querida esposa? quién la ha asesinado? Oh!

—¿Cuernos de Satanás! y qué desgracia es ser rey de Cas-

tilla: ni un solo instante he gozado de sosiego; ni un solo rato de tranquilidad me han dejado los rebeldes. Y ahora, ahora que la guerra de Aragon no era tan sangrienta, y me permitia gozar algunos instantes del amor de mi Padilla, ahora viene la muerte y me la arranca de los brazos. Horror! horror! esto es insufrible; esto es insopor-
table!

Y destrozaba con las manos y los piés cuantos objetos se le ponian por delante.

—Ballesteros! ballesteros!—esclamaba despues lleno de furor moviendo la cabeza en todas direcciones.—Doña María de Padilla ha muerto, y es preciso que mueran tambien todos los rebeldes. Guerra á muerte á todos mis hermanos! Guerra á muerte al monarca de Aragon! Guerra á muerte á todos los traidores! Sangre! sangre! Es necesario derramar sangre hasta que se aneguen las calles de la ciudad. Ya estoy solo en el mundo; ya nadie vela por mí; ya no existe la persona en quien yo cifraba todo mi cariño. Guerra, pues, al mundo entero! y hagámonos señores del universo. Muerta Doña María, ya no me queda otro recurso que conquistar, degollar, incendiar y demoler, para olvidar todos mis pesares. Ayudadme, pues, y luego sereis hombres poderosos; pero antes es preciso matar á todos mis hermanos; antes es preciso quemar vivos y cocer en calderas á todos los rebeldes. Guerra á muerte al conde de Trastamara! Guerra á muerte á todos los traidores!

—Guerra!—contestaron á una voz todos sus ballesteros.

Y el rey abrazaba con frenético delirio el cadáver de la Padilla.

—Está loco,—murmuraba Men Rodriguez por lo bajo

lento de tristeza :—está loco ; ha perdido la razón , y Dios sabe á dónde le llevarán sus extravíos.

Y el noble asturiano se enjugó dos gruesas lágrimas, que en aquel instante se habían desprendido de sus ojos. Era la primera vez que lloraba Men Rodríguez.

CAPÍTULO XXXI

Loco y desesperado estaba en efecto el tray desde la muerte de la Padilla. Si colérico y arrebatado era en vida de su adorada esposa, arrebatado y colérico fué en muerte de doña María. Su vista estroviada, crecida de espesura, y si alguna vez se fijaba en los individuos que le rodeaban, era de una manera vaga y superficial, y como si sospechase ya de todos sus servidores. Hasta del noble y pundonoroso caballero Men Rodríguez, llegó á dudar en determinadas ocasiones. Men Rodríguez de Sanabria le servía, no obstante, con lealtad, y el rey no tenía motivo alguno para dudar del asturiano : acaso fué este el único caballero, que después de ser despedido, y no haciendo caso de promesas, le sirvió con lealtad hasta la hora de su muerte.

CAPITULO XXXI.

Que don Pedro continuaba haciendo crueldades, y que en esta ocasion hizo el papel de víctima el rey moro de Granada.

Loco y desesperado estaba en efecto el rey desde la muerte de la Padilla.

Si colérico y arrebatado era en vida de su adorada esposa, arrebatado y colérico fué en muerte de doña María.

Su vista estraviada carecia de espresion, y si alguna vez se fijaba en los individuos que le rodeaban, era de una manera vaga y superficial, y como si sospechase ya de todos sus servidores. Hasta del noble y pundonoroso caballero Men Rodriguez, llegó á dudar en determinadas ocasiones.

Men Rodriguez de Sanabria le servia, no obstante, con lealtad, y el rey no tenia motivo alguno para dudar del asturiano: acaso fué este el único caballero, que despreciando dádivas y no haciendo caso de promesas, le sirvió con lealtad hasta la hora de su muerte.

La guerra de Aragon, que no obstante los laudables esfuerzos del cardenal Guido de Bolonia por restablecer la paz, continuaba cada vez más cruel y sangrienta, cesó sin embargo al poco tiempo de la muerte de la Padilla, para dar lugar á otra guerra tan terrible como la primera, que el rey don Pedro emprendió con los moros de Granada. Ismael Abú-Said, conocido por el nombre del rey Bermejo, que habia usurpado el trono á Mohammed, se vió aborrecido y desamparado de todos los granadinos á consecuencia de su tiránico gobierno, y hasta sus más decididos parciales huían de su alcázar. Viéndose, pues, en tan crítica situacion, asaltóle la funesta idea de echarse en brazos del rey don Pedro, é implorando su proteccion y amparo, se encaminó á Sevilla con gran séquito de caballeros moros, llevando consigo cuantas alhajas, joyas, armas, caballos y lujosos arreos tenia en su alcázar, con una considerable suma de plata y oro, creyendo que con esto iba á granjearse el afecto y voluntad del soberano de Castilla.

El rey don Pedro, que gustaba tambien de hacer alarde de sus riquezas, le recibió con grande ostentacion, mandando á sus ministros que obsequiándole y agasajándole como á rey que era, saliesen á recibirle; aquellas pruebas de fingida amistad duraron, no obstante, muy poco, y el rey Bermejo tuvo ocasion de ver desvanecidas muy pronto sus ilusiones.

Don Pedro de Castilla, á quien las inmensas riquezas del destronado Emir, le causaron segun parece no poca impresion, determinó apoderarse de ellas echando mano para ello de un medio tan poco noble como justo, é indigno por lo tanto de un rey de Castilla, y mucho más cuando

el moro se habia acogido bajo su proteccion con toda confianza.

El maestré de Calatrava don Diego García de Padilla, que en uno de los encuentros que los tercios castellanos habian tenido con el moro granadino, cayó prisionero bajo el poder del rey Bermejo cuando este se hallaba en guerra con don Pedro de Castilla; convidó á cenar á Abu-Said agradecido como se hallaba á la gran merced que éste le habia hecho, poniéndole en libertad.

Cenando se hallaban en la mayor armonía el hermano de la Padilla, el rey Bermejo y sus magnates granadinos, cuando al servir los pages los últimos platos de la mesa, entró en la estancia el repostero mayor del rey don Martin Gomez de Córdoba, al frente de una compañía de ballesteros, y Abu-Said y los cincuenta moros que con él asistian al espléndido banquete, fueron conducidos á las Atarazanas en calidad de prisioneros.

Innoble é injustificable fué la conducta que don Pedro observó en esta ocasion con un rey desvalido, que lleno de confianza se habia acogido bajo su amparo.

Dos dias despues el rey Bermejo, montado como por burla en un asno blanco y asqueroso, vestido con un sayo de escarlata, y seguido de treinta y siete caballeros moros, salió de su prision y fué afrentosamente paseado por las calles de Sevilla, conduciéndosele despues al campo de Tablada. El mismo rey de Castilla dirigiéndose á él con imperioso tono, le clayó la lanza en el pecho, y le dijo:

—Toma esto por quanto por seguir contigo la guerra, me hiciste hacer mala pleitesia con el rey de Aragon en perder el castillo de Ariza.

—Oh Pedro!—contestó el tan traidoramente alanceado moro;—qué torpe triunfo alcanzas hoy de mí! qué ruin calbaldaga hiciste con el de quien de tí se fiaba.

—Matadle!—esclamó el rey don Pedro con voz ronca y atronadora, dirigiéndose á sus ballesteros... Matadle; y con él á todos los que le acompañan.

Juan Diente empuñó su maza con ambas manos, y dejándola caer sobre la cabeza del rey Bermejo se la partió en dos pedazos, derribándole del asno en que cabalgaba.

—Matadlos!—decía el rey dirigiéndose á su escogida compañía de ballesteros.—Matadlos! y haced una pila con sus cabezas, á fin de que se divise desde las almenas de mi alcázar.

Los demás sayones se arrojaron entonces sobre los treinta y siete musulmanes, y las cabezas de aquellos desgraciados rodaron por el suelo horribles y despedazadas.

El caballo del rey posaba los piés sobre una alfombra de sangre, y salpicaba de cuando en cuando los rostros de los ballesteros.

Don Diego García de Padilla contemplaba lleno de horror el semblante de su cuñado el rey, y no acertaba á murmurar una palabra.

Men Rodríguez se aproximó entonces á don Pedro, y hablandole al oído le repitió por quinta vez estas palabras:

—Señor, señor, no corteis tantas cabezas, que ya están rojas vuestras vestiduras; no mandeis hacer tantas justicias, que está nadando en sangre vuestro trono!

Men Rodríguez no fué mas afortunado esta vez que las anteriores.

El rey don Pedro no le oía, gozándose en contemplar aquel horrible espectáculo.

Terminada esta ejecucion; el rey formó Córtes en Sevilla y declaró en ellas pública y solemnemente que doña Blanca de Borbon no habia sido su legítima esposa, por quanto que antes se habia desposado ya con doña María de Padilla, citando por testigos al maestre de Calatrava, hermano de la difunta, á don Juan Fernandez de Hínestrosa, tío de la misma, á don Juan Alfonso de Mayorga, canciller del sello de la Puridad, y á don Juan Perez de Orduña, su capellan mayor y Abad de Santander.

Consecuencia de esta estraña declaracion fue, que los nobles y vasallos de don Pedro, se obligaron en adelante á llamar reina á la Padilla, y á reconocer á sus hijos como legítimos herederos del trono.

Despues de este incidente, ansioso ya de volver á su vida agitada y belicosa; hizo alianza con el rey de Navarra Carlos el Malo, decidido á romper la tregua con el monarca de Aragon.

Varias fueron las alternativas de esta lucha por demás sangrienta y azarosa; primeramente ganó á Calatayud, y entró en dicha ciudad en 29 de agosto de 1362: todos creyeron que el rey continuaria avanzando por el corazon del reino; pero con gran sorpresa de todos sus vasallos, volvió á Sevilla, donde al poco tiempo de llegar tuvo la desgracia de ver morir á su hijo don Alfonso, á quien ya apellidaban el infante, á consecuencia de haber sido jurado heredero del reino el 8 de octubre del mismo año.

Temiendo el rey por la suerte futura de sus tres hijas, doña Constanza, doña Beatriz y doña Isabel, otorgó testamento (1) el 18 de noviembre, instituyéndolas herederas de su trono en el orden de primogenitura; don Pedro de Castilla presagiaba las muchas adversidades que habia de traer consigo el porvenir, y se mostraba afanoso por afianzar los derechos de aquellas tres niñas á quienes amaba con delirio.

La guerra de Aragon continuó no obstante sangrienta y encarnizada, sufriendo de cuando en cuando interrupciones de algunos meses, en las que unas veces se reparaba el Castellano de las pérdidas que le causaba el Aragonés, y otras el Aragonés procuraba reparar las que le causaba el Castellano.

(1) Véase al fin de la novela.

Temiendo el rey por la suerte futura de sus tres hijas, doña Constanza, doña Beatriz y doña Isabel, otorgó testamento (1) el 18 de noviembre, instituyéndolas herederas de su trono en el orden de primogenitura; don Pedro de Castilla prescribía las muchas adversidades que había de traer consigo el porvenir, y se mostraba ansioso por afirmar los derechos de aquellas tres niñas á quienes amaba con delirio.

CAPITULO ULTIMO.

La guerra de Aragón continúa no obstante sangrienta y encarnizada, suscitándose de cuando en cuando interrupciones de algunos meses, en las que unas veces se reparaba el Castellano de las pérdidas que le causaba el Aragón, y en el que el autor da fin á su novela, refiriendo la desgraciada muerte del rey don Pedro.

Llegados los primeros meses del año 1366, y el conde de Trastamara al frente de una hueste terrible y numerosa, compuesta de sus dos hermanos don Tello y don Sancho con todos los castellanos que habían servido bajo las banderas de Aragón, y de una falange improvisada de franceses, bretones, ingleses y gascones capitaneados por Bertrand Duguesclin, el guerrero mas famoso de aquella época y el hombre mas terrible y formidable de aquel tiempo, entró en Castilla espada en mano, degollando, incendiando y saqueando cuantas gentes y pueblos se le pusieron por delante.

Calahorra fué la primera ciudad de Castilla donde gritando llenos de furor Real! Real! por el rey don Enrique penetraron los hijos bastardos de Alfonso XI y de doña

Leonor de Guzman, obligando á sus habitantes á que le reconociesen por rey, rindiéndole pleito homenaje. Avanzó despues hasta Navarrete y Bribiesca, y en esta última villa tuvo que sostener una ligera lucha á fin de vencer la escasa aunque atrevida resistencia que le oponian.

El rey don Pedro que á la sazón se hallaba en Burgos, empezó á temer por su futura suerte, y aquel guerrero brioso y esforzado, aquel hombre intrépido y valiente, aquel monarca terrible y belicoso, se tornó pálido como un cadáver al escuchar el nombre de don Enrique, y sobreco-gido por una especie de terror invencible que le embar-gaba el ánimo y las fuerzas, temblaba al oír que las *compañias blancas* habian entrado por Castilla.

Sus mas fieles servidores empezaron á temer por su vida, y muchos de ellos le abandonaban pasándose á las filas de don Enrique.

El rey don Pedro, al ver el mal giro que iban tomando los asuntos de la guerra, salió fugitivo de Burgos, camino de Toledo, no sin mandar antes á todos los caballeros que se hallaban en las fronteras de Valencia y Aragon, que fuesen á incorporársele á Sevilla.

Don Enrique de Trastamara empezó á obrar como rey, y entrando en Burgos al siguiente dia de la fuga de don Pedro en dicha ciudad, se hizo coronar solemnemente en el monasterio de Las Huelgas como rey de Castilla y de Leon; tantos fueron los caballeros y procuradores de las ciudades que acudiendo á su llamamiento le rindieron pleito homenaje, que el conde de Trastamara viéndose dueño ya de casi todo el reino de Castilla, empezó á dar pruebas de generosidad con todos los que bien le habian servido, y

repartió varios dones y mercedés del siguiente modo: á A. Bertrand Duguesclin le trasfirió el condado de Trastamara, concediéndole además el señorío de Molina; al inglés Hugh de Calverley le hizo conde de Carrion; á don Sancho su hermano, de confirió el señorío y condado de Alburquerque con el de Ledesma; á su otro hermano don Tello, los de Vizcaya, Lara y Castañeda; á don Juan Alfonso de Guzman, el de Niebla, y por este estilo fué repartiendo castillos, villas y lugares entre los ricos hombres y caballeros que mas se habian distinguido en su defensa. Así prosiguieron los asuntos de la guerra por espacio de algun tiempo; el conde de Trastamara, ganando ciudades y conquistándose el afecto de todos los castellanos, y el rey don Pedro perdiendo poco á poco las escasas villas que le quedaban, hasta que viéndose ya casi perdido y abandonado de todos sus caballeros, se decidió á acabar de una vez aquella lucha encarnizada, y se dirigió á Montiel con las pocas fuerzas que tenia.

El maestre de Calatrava don Diego Garcia de Padilla, estaba incluido tambien en el número de los que se habian pasado á las filas de don Enrique; dando con esto una prueba bastante triste de la debilidad de su carácter, y un testimonio claro, como dice un historiador moderno, de cuán fácilmente vuelven los hombres la espalda á aquel á quien se la vuelve tambien la fortuna.

Esta fué una bajeza abominable, é indigna por mil conceptos de un hombre á quien tantos vínculos ligaban con el rey.

Solo Men Rodriguez de Sanabria era el que se mostraba fiel á don Pedro de Castilla; solo este noble asturiano

era el que estaba dispuesto á no abandonar nunca su bandera.

Llegó, como hemos dicho, á Montiel el rey don Pedro, y allí se trabó una lucha desigual y encarnizada entre las huestes de los dos hermanos: desordenadas y algun tanto azarasas andaban las gentes de don Pedro de Castilla; colocadas al frente de los tercios de don Enrique, de su hermano don Sancho y de Duguesclin, empezaron á temblar en medio del campo de batalla, y muchas de ellas emprendieron la fuga por no dejar en el campo sus cabezas.

Don Pedro de Castilla, combatía no obstante con una intrepidez y arrojo que no tenían rival en aquellos tiempos, y manejando el hacha en todas direcciones, daba tan terribles golpes, que nadie osaba acercarse al sitio donde se hallaba.

Muchas fueron las cabezas de rebeldes que el rey hizo rodar por el campo en aquel día; pero muertos varios de los que le acompañaban, heridos los mas, y fugitivos los restantes, al rey don Pedro no le quedaba otro recurso que emprender la retirada, fortaleciéndose en el castillo de Montiel.

Don Enrique de Trastámara le mandó poner una cerca de piedras, y tan perfectamente hecha estaba, que según la crónica que nos ha servido de guía al escribir nuestro libro, ni un pájaro hubiera podido salir del castillo sin ser visto.

Triste era, pues, la situación á que el rey don Pedro había quedado reducido. Conservando no obstante su serenidad y grandeza de ánimo, aun se hallaba con fuerzas suficientes para combatir, y ansiaba vivamente hallarse

—374— LAS GLORIAS ESPAÑOLAS.
frente á frente de su hermano, á quien no habia podido di-
visar en medio del furor de la pelea, para acabar de una
vez con toda su bandería cortándole la cabeza.

El rey don Pedro estaba, sin embargo, cercado por don
Enrique, y de poco ó de nada le servia su resolución en
aquellas críticas circunstancias.

Convencido por fin, de que su situacion era por demás
desventajosa, y que nada conseguiria ya, encerrado como
se hallaba entre los gruesos muros de aquella fortaleza,
gritaba y se enfurecía, y llamando á voces á sus es-
cuderos los volvía á despedir, sin saber que los habia
llamado.

—Señor, señor!—dijo Men Rodriguez entrando en su es-
tancia presuroso.

El rey se quedó como asombrado, y fijando una mi-
rada de estraneza en el rostro del caballero;

—Qué? qué pasa?—le preguntó lleno de sobresalto.—Han
venido en nuestro auxilio mis caballeros? han derrotado á
los tercios de don Enrique? se han disuelto ya las grandes
compañías de Duguesclin?

—Nada de eso, señor;—contestó Men Rodríguez agitado
y tembloroso.

—Pues qué pasa?—volvió á preguntarle el destronado
rey.—Habla, habla, Men Rodríguez.

—No os incomodeis, señor, y os diré lo que sucede.

—Concluye;—repuso don Pedro con ansiedad.

—Sucede, señor, que he tratado con Bertrand Dugues-
clin acerca de vuestra libertad.

—De mi libertad!—esclamó el rey acalorado.

—De vuestra libertad, sí;—contestó Sanabria.

—La he perdido, por ventura, para que te espreses de ese modo?

—Sabed, señor, que don Enrique trataba de entrar en el castillo, con objeto de vengar la muerte de sus hermanos.

—Entrar en el castillo! y no hay acaso ballesteros en nuestra compañía? No tenemos espada, por ventura, para defendernos contra los ataques de ese traidor?

—Pero tened en cuenta que el conde tiene ya muchos partidarios, y que nosotros somos muy pocos contra él. Sobre todo, don Pedro, somos prisioneros: acercaos y tended la vista por esa cerca de piedra que don Enrique ha mandado fabricar.

Ante lo incontestable de este argumento, don Pedro calló, mordiéndose los labios de corage.

—Somos prisioneros de vuestro hermano,—añadió Sanabria—y yo he tratado de ponerlos en libertad.

El rey abrió los ojos en señal de asombro.

—Ya sabeis que Duguesclin me rescató cuando fui hecho prisionero, y que le conozco personalmente desde entonces. Bertrand Duguesclin, aunque nuestro enemigo, no podemos menos de confesar que es un hombre muy valiente, y que á no ser por él y por sus compañías, nosotros no estaríamos prisioneros, ni el conde de Trastámara vivo tal vez, á no ser por ese intrepido capitán.

El rey estaba como impaciente, y en su gesto daba á entender que no le agradaba escuchar aquel elogio.

—Tratando, pues, de ponerlos en libertad,—continuó Men Rodriguez,—me he dirigido á Duguesclin pidiéndole permiso para salir de la cerca y hablarle, y hemos quedado convenidos.

—Pero en qué?—repuso el rey lleno de cólera.

—En poneros en libertad y salvar vuestro trono.

—Ah! mi trono?—dijo el rey sonriendo maliciosamente.—
Bien, bien; y qué?

—No os incomodeis, señor;—volvió á repetir Men Rodríguez.—Como vuestra vida vale mucho mas que vuestro trono, y vuestro trono vale mucho, me he determinado á hacerle varias proposiciones, que creo aceptaréis.

—Acaba:—dijo el rey.

—Le he prometido que si os pone en libertad, le dareis los señoríos de Soria, de Almazan y otras villas para sí y sus descendientes, con mas doscientas mil doblas de oro castellanas.

—Nada mas?—le preguntó el rey.

—Nada mas, señor;—contestó el asturiano.

—Pues bien; todo lo apruebo, y por ello te doy las gracias, Men Rodríguez: veo que eres todo un caballero y que hasta el último momento te esfuerzas por complacerme; pero dime: quién fia en la palabra de Duguesclin?

—Señor, Bertrand Duguesclin es todo un caballero, y una vez empeñada su palabra...

—Tú estás seguro..?

—Le conozco demasiado, señor; cuando estuve prisionero tuve ocasion de estudiar bien á fondo su carácter é inclinaciones.

—Es decir que tú tienes confianza en su palabra?

—Es fama, señor, que nunca haya faltado á ella.

—Y cómo vamos á verificar la fuga?

—Hemos quedado en que esta misma noche iremos vos

y yo á su tienda, para desde allí, acompañados por él, emprender nuestra marcha hacia Sevilla.

—Nadie más ha de acompañarnos?

—Sus compañías, que desde este instante quedan á vuestro servicio, con la condicion, puesta por Duguesclin, de que vos las mantengais.

—Hablas en serio, Men Rodriguez?

—Dudais todavía, señor...

—Las gentes que acompañan al conde, son muy traidoras...

—Pero temen á Duguesclin, y le respetan.

—Iremos, pues, á su tienda:—contestó el rey.

—Está en salvo!—murmuró Men Rodriguez.

Pero Men Rodriguez se engañaba.

Bertrand Duguesclin, que indudablemente era un caballero, y que á no ser por esta accion hubiera pasado á la posteridad sin ningun borron en la historia de su vida, comunicó á sus compañeros y amigos las proposiciones que Men Rodriguez le hacia de parte del rey, y todos le aconsejaron que de ningun modo debia aceptarlas.

—Y presumís acaso, —les dijo Duguesclin, —que yo pienso aceptarlas? Tengo mas dignidad que todos vosotros juntos, para vender á mi señor por doscientas mil doblas castellanas. Lo que haré, si os parece, puesto que aun no he contestado afirmativamente al escudero del rey, es dar parte á don Enrique, para que se entere de lo ocurrido y obre en su consecuencia.

Todos aplaudieron el pensamiento de Duguesclin, y este entró en la cámara de don Enrique y le dió parte del suceso.

—Todo lo que mi hermano te promete,—contestó Trastamara,—lo tienes concedido; pero es preciso que me sirvas en la ocasion presente.

—Mandad, señor conde;—dijo Duguesclin.

—Es preciso que digas á Men Rodriguez que aceptas sus proposiciones, y que esta misma noche, aprovechándose de la oscuridad, puede pasar á tu tienda, donde le esperarás con todos los preparativos para la fuga.

Dudó un poco Duguesclin, porque Duguesclin hasta entonces habia sido caballero, y no se determinaba, ni á aceptar, ni á rechazar de hecho la proposicion del conde.

—Qué dices?—le interrogó este.

—Que bien;—repuso Duguesclin.—Que sois mi señor y trato de serviros.

Duguesclin entonces contestó á Men Rodriguez afirmativamente, y este, que ignoraba por completo que hubiese tenido lugar dicha conferencia entre Trastamara y el capitán, dió al rey todas cuantas seguridades le pedia con respecto á la caballeridad de Duguesclin.

Don Pedro se decidió por fin á salir del castillo, y á cosa de la media noche montó en un caballo, y acompañado de Men Rodriguez, de don Fernando de Castro y don Diego Gonzalez de Oviedo, se dirigió á la tienda del capitán de las grandes compañías.

La noche estaba serena, y los rayos de la luna se dilataban sobre la tierra, iluminándola débilmente con su pálida claridad.

El rey don Pedro marchaba silencioso y como preocupado por un triste pensamiento. Su mirada era vaga y re-

celosa, y se fijaba de cuando en cuando en el rostro de Men Rodríguez.

Llegó por fin á la tienda del capitán francés, y apeándose del caballo entró en ella silencioso, guiado por Bertrand Duguesclin.

Los que le acompañaban se quedaron á la puerta en señal de respeto.

Si los pálidos rayos de la luna hubiesen podido penetrar en la tienda de Bertrand, el rey hubiese reparado en un bulto negro que se movía en uno de los rincones; pero la tienda estaba á oscuras, y nada pudo distinguir.

—Esperad un poco, señor, que aun no es hora;—dijo Duguesclin en tono misterioso.

—No es hora, no;—dijo entonces una voz ronca y atronadora saliendo del fondo de la estancia.—Es tarde ya, y no es hora de fugarse.

El rey se sintió entonces asido por una mano de hierro que le oprimía, y quiso defenderse; pero al ir á buscar el puñal que llevaba á la cintura, notó que ya se lo habían arrebatado.

—Traidor!—esclamó entonces el rey sin saber quién era el que de un modo tan vil le atacaba.

Pero en aquel mismo instante la mano que antes le oprimía le hirió en el rostro con un puñal.

—Yo soy el conde de Trastámara;—repuso el que combatía con el rey;—y el puñal con que te he herido es el puñal que llevabas á la cintura, el puñal que Men Rodríguez me arrebató en los alrededores del puerto del Pico; pero este puñal estaba destinado para tí, y con él tengo que asesinarte.

El rey don Pedro luchaba á brazo partido con su hermano; este se defendia con un valor á toda prueba, pero su pecho estaba agitado y parecia que iban agotándosele las fuerzas. El rey de Castilla hizo entonces un poderoso esfuerzo, y exclamando lleno de cólera y de desesperación; ¡eres un villano! echó por tierra á don Enrique, cayendo sobre él como una torre que se desploma.

—Traidor! cobardel—volvió á exclamar lleno de rabia con un acento feroz é imposible de describir.—Vas á pagar tu rebeldía, conde de Trastamara!

Y le daba fuertes golpes con el puño cerrado sobre el pecho y la cabeza, mientras que con la otra mano pugnaba por arrancarle el puñal.

Bertrand Duguesclin se acercó entonces á los dos hermanos, y protegiendo á don Enrique le ayudó á colocarse encima de don Pedro, desplegando todas sus fuerzas para conseguirlo.

—Traidor!—esclamó entonces el rey luchando por revolverse contra su hermano el conde.

—*Ni quito ni pongo rey, pero ayudo á mi señor*;—repuso Duguesclin retirándose al fondo de la estancia.

El conde de Trastamara clavó entonces el puñal en el pecho de su hermano, y volviéndolo á sepultar en la misma herida otras tres veces, se levantó del suelo bañado en la sangre de don Pedro!

—*Contra la daga del rey, el puñal de Trastamara*: dijo leyendo la inscripcion grabada en el arma fratricida.

Después sacó la espada, y cogiendo de los cabellos la cabeza del rey, la separó de su tronco al tercer golpe.

—Rey don Pedro! rey don Pedro!—esclamó entonces con

frenético delirio levantando la cabeza asida por los cabellos y mirándola de frente;—tú fuiste el asesino de mi madre doña Leonor; tú el asesino de mi hermano don Fadrique; tú el asesino de mis otros dos hermanos, y tú el asesino de la nobleza de Castilla; pero ya llegó tu hora; ya llegó la hora de mi venganza. Rey don Pedro! ya no volverás á amenazarme! Rey don Pedro! ya no tendrás el placer de verter sangre inocente y de cortar cabezas de traidores; de traidores, como tú decias; de traidores, como llamabas á todos los que peleaban bajo mis banderas; pero el gefe de los traidores te ha cortado la cabeza y sepultado su puñal dentro de tu pecho. Rey don Pedro! ya no volverás á hacer justicias; ya llegó la hora de mi venganza!

Y el conde de Trastamara salió de la tienda de Duguesclin mostrando á sus gentes la cabeza de su hermano, horrible y desfigurada.

Men Rodriguez de Sanabria, don Diego Gonzalez de Oviedo y don Fernando de Castro, fueron hechos prisioneros por los escuderos de don Enrique, y la hermana de don Fernando de Castro, doña Juana, que desde que don Pedro la abandonó vivia en Dueñas apellidándose reina de Castilla, huyó tambien del furor del conde, muriendo á los pocos meses en un pueblo de la frontera de Portugal.

Men Rodriguez de Sanabria, á quien la estraña conducta de Duguesclin habia dejado lleno de asombro, pensaba de dia y de noche en la desgraciada suerte de su señor y no cesaba de maldecir al conde de Trastamara.

Furioso y desesperado, y sin poder comprender el origen de una traicion tan encubierta, se arrancaba los cabellos lleno de furor, y llamaba al rey en medio de su

arrebato. Al verse encerrado en aquella prision lóbrega y fria, comenzó á entristecerse de tal manera, pensando siempre en la desgraciada muerte de don Pedro, que concluyó por volverse loco, y acostumbraba á repetir con frecuencia estas palabras:

—Señor! señor! no corteis tantas cabezas, que están rojas vuestras vestiduras; no mandeis hacer tantas justicias, que está nadando en sangre vuestro trono.

Y en efecto: el trono de Castilla estaba nadando en sangre, y el rey don Pedro tuvo por precision que ahogarse en ella.

FIN DE LA NOVELA.

DEL REY DON PEDRO DE CASTILLA,
fecho en Sevilla á diez y ocho dias del mes de no-
viembre, Era de mil é quatrocientos años, que fué
año de Christo de 1362 (1).

En el nombre de Dios, amen. Sepan quantos esta carta de Testamento vieren, como yo Don Pedro por la gracia de Dios Rey de Castilla, de Leon, de Toledo, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jahen, del Algarve, de Algesira, señor de Vizcaya é de Molina, seyendo sano del cuerpo, é en mi complida memoria, é temiendo la muert, de la cual ome del mundo non puede escapar; é cobdiciando por la mi alma en la mas llana carrera que pude fallar por la llegar á la merced de Dios: por ende otorgo este mio Testamento, é esta mi manda, en que ordeno fecho de mi cuerpo, é de mi alma, por mi alma salvar, é por facer heredero de mis Regnos. Estas son las mandas que yo mandó: Primerament mi alma á Dios, é á Sancta Maria, é á toda la Cort del Cielo. El quando fina-

(1) Hemos creído conveniente insertar á continuación de la novela el testamento del rey don Pedro, como un documento histórico curioso que leerán con gusto nuestros lectores.

miento de mi acaescier, mando que el mi cuerpo que sea traído á Sevilla, é que sea enterrado en la capiella nueva que agora mando facer; é que ponga la Reyna Doña María mi muger del un cabo á la mano derecha, é del otro cabo á la mano esquierda al Infant Don Alfonso mi fijo primero heredero; é que vistan el mi cuerpo del ábito de Sant Franco é lo entierren en él. E mando para reparar la torre de Sancta Maria de Sevilla tres mil doblas doro castellanás. E por quanto yo non hé fijo varon legitimo que herede los Regnos que yo hé, mando é ordeno, que acaesciendo mi finamiento sin aver fijo legitimo heredero, que herede todos los mis Regnos tan completamente como los yo hé la Infant Doña Beatris mi fija de la dicha Reyna Doña Maria mi muger. E mando que la dicha Infant Doña Beatris que case con el Infant Don Ferrando, fijo legitimo heredero del Rey Don Pedro de Portogal, é quel dicho Infant Don Ferrando, casando con la dicha Infant Doña Beatris mi fija, que sea Rey de los mis Regnos despues de mis dias en quanto la dicha Infant Doña Beatris fuer viva; é que él, é la dicha Infant Doña Beatris hayan los dichos Regnos, é sea Rey el dicho Infant Don Ferrando, é Reyna la dicha Infant Doña Beatris, seyendo casados de consuno como dicho es. E si el dicho Infant Don Ferrando non quisier casar con la dicha Infant Doña Beatris mi fija, mando que hereden los mis Regnos la dicha Infant Doña Beatris, é el que con ella casare, en la manera que dicho es de suso. E despues de finamiento de la dicha Infant Doña Beatris mi fija, mando que hereden los mis Regnos el fijo varon mayor primero legitimo heredero que della fincare; é si fijo varon della non fincare, que la fija mayor legítima

heredera que della fincare que herede mis Regnos. E non fincando della heredero fijo nin fija, como dicho es, mando que herede los mis Regnos la Infant Doña Costanza mi fija, é el que con ella casare, como dicho es: é despues della el fijo, ó fija que della fincare en la manera que dicho es. E acaesciendo muerte de la dicha infant Doña Costanza non fincando della fijo nin fija legítimo heredero, como dicho es, mando que herede los mis Regnos la infant Doña Isabel mi fija, é el que con ella casare: é despues de su muerte el fijo ó fija legítimo que oviere, segund dicho es. E mando á las dichas Infantes Doña Beatris, é Doña Costanza, é Doña Isabel mis fijas, que ninguna dellas non case con el infant Don Ferrando de Aragon, nin con el Conde Don Enrique á quienes yo di por traidores por grandes maldades é trayciones que fesieron; nin otrosi con Don Tello, nin con Don Sancho hermanos del dicho Conde; et si alguna dellas casare con alguno dellos, que haya la maldicion de Dios, é la mia, é que non pueda haber, nin heredar mis Regnos ella, nin ninguno destes sobre dichos, con quien les yo defiendo que non casen nin hayan ninguna otra cosa de quanto les yo mando por este mi testamento. E acaesciendo muert de las dichas infantas Doña Beatris, é Doña Costanza, é Doña Isabel é non fincando de alguna dellas fijo nin fija legítimo heredero como dicho es, mando que herede los mis Regnos Don Juan mi fijo é Doña Juana de Castro. E mando á todos los Perlados, é Maestres de las Ordenes, é á todos los Ricos omes, é Caballeros, é Escuderos, Fijos-Dalgo de mis Regnos, é á todos los Concejos de todas las Cibdades, é villas é lugares de mis Regnos, é á todos los mis Oficiales é á todos los Alcaldes de los mios

castiellos, é alcázares, é casas fuertes, é fortalezas, que hayan por Reyna é por Señora despues de mis días, non aviendo fijo varon legitimo heredero, á la dicha infant Doña Beatris de la manera que dicha es. E acaesciendo muert della sin aver fijo ó fija heredero, que hayan por Reyna é por Señora á la dicha infant Doña Costanza, é dende adelant al que lo ovier de aver de los que dichos son de suso en este mi Testamento, en la manera que dicha es de suso, é quel entreguen é apoderen, é le recudan con los dichos mis castiellos, é alcázares, é casas fuertes, é fortalezas, é quel fagan todos, é cada uno dallos pleito é omenage del Regnado, segund que lo á mi avien fecho, é cualquier, ó cualesquier que fueren ó pasaren contra alguna de las cosas que dichas son, é lo non quisieren comprir, que sean por ello traydores, como quien trae Castiello, é mata Señor. E otrosi mando que sea guardado á las dichas infantas mis hijas, é al dicho Don Juan mi fijo, todas las villas é logares, fortalezas é heredades que les yo di, é heredaron las dichas infantas de la dicha Reyna Doña María su madre, é todos los otros sus bienes, muebles é raíses que an, é los que yo di, é que ninguno, nin ningunos non les vayan, nin pasen contra ellos en ningun tiempo por ninguna manera. E mando que finado yo sin aver fijo varon legitimo heredero que heredase los mis Regnos, por que oviesen á fincar los dichos Regnos á la dicha infant Doña Beatris mi fija, como dicho es, que den á la dicha infant Doña Costanza mi fija cient mil doblas doro de las marroquis, é á la Infant Doña Isabel sesenta mil doblas marroquis, é á Don Juan mi fijo cient mil doblas castellanias; é estas doblas que las ayan de las doblas que yo tengo en Almodóbar,

que tien por mí Martin Lopez mi Camarero é mi Repostero mayor; pero mando que tenga el dicho Martin Lopez en guarda estas dichas doblas, é que ge las non de fasta que cada una de dichas Infantes mis fijas cumplan edat de trece años, é el dicho Don Juan mi fijo edat de disiseys años: é cumplida la dicha edat cada uno dellos, que les de á cada uno las dichas doblas que les mando como dicho es. E otrosi mando á la dicha Infant Doña Costanza mi fija la corona que fué del Rey mio padre, que Dios perdone, en que están los camafeos, é la corona de las águilas que fue de la Reyna de Aragon mi tia, é dos alhaytes de los que yo tengo, que son estos: el uno que es muy grande, que fice yo facer aqui en Sevilla, en que está un balax muy grande, que fué del rey Bermejo, é otros dos balaxes grandes mas menores, é otros dos balaxes mas menores, é tres granos de aljofar, mucho gruesos á maravilla; é otros veinte é quatro granos de aljofar gruesos, é cuatro alcorcis doro esmaltados, é dos piedras verdes en el cabo plamas: é el otro alhayte es el que compró Martin Yañez por mí mandado aqui en Sevilla, que traxo de Granada Jaime Emperial, en que ha cinco balex el uno bien grande, é los dos mas menores, é los otros dos mas menores, é disiocho granos de aljofar gruesos, los quatro mayores é muy redondos é blancos; é quatro alcorcis doro esmaltados, é dos maza-netas doro, é otras dos en el cabo del alhayte con alam-bar, é quatro piedras verdes plamas, é dos botones de aljofar menudo en el cabo de los cordones. E otrosi mando á la dicha Infant Doña Costanza mi fija la galea de plata que yo mandé facer aqui en Sevilla: é otrosi le mando una copa doro de las dos que yo tengo que son con aljofar, la

menor dellas: otrosi mando á la dicha Infant Doña Costanza mi hija dos guirlandas de las mejores que ovier en las que yo tengo. Otrosi mando á la Infant Doña Isabel mi hija la corona francesa, que fué de doña Blanca hija del duc de Borbon: otrosi le mando una guirlanda de las que yo tengo. E otrosi mando que los paños doro é de seda mios, é tapetes, é otras ropas destas tales, que las fagan ocho partes, é que aya las tres partes la dicha Infant Doña Beatris mi hija, é las otras tres la dicha Infant Doña Costanza mi hija, é la una la dicha Infant Doña Isabel, é la otra el dicho Don Juan mis hijos. E otrosi mando que el mueble é joyas que dexó la dicha Reyna doña Maria mi muger, que Dios perdone, que lo fagan seis partes: é por quanto la dicha Reyna ovo mas de las rentas é de los derechos de los logares de dicha Infant Doña Beatris, que de las otras, que aya las tres partes dello la dicha Infant Doña Beatris, é que aya las dos partes la dicha Infant Doña Costanza, é que aya la una parte la dicha Infant Doña Isabel, por que ovo la dicha Reyna lo menos de lo suyo; pero que tengo por bien, é mando que el alhayte que la dicha Reyna Doña Maria mi muger mandó á la dicha Infant Doña Beatris, que lo haya de mas de la dicha particion. Otrosi mando á la dicha Infant Doña Beatris mi hija la nao doro con piedras de aljofar que yo mandé labrar aqui en Sevilla. E mando que todas las guirlandas, é brochas, é aljofar, é piedras que dexo demás desto que dicho es, que den la meytad á la dicha Infant Doña Beatris, é de la otra meytad las dos partes á la dicha Infant Doña Costanza, é la una á la dicha Infant Doña Isabel. E otrosi mando á la dicha Infant Doña Beatris la una copa doro con aljofar

de las dos que tengo, la mayor dellas. E otrosi mando á la dicha Infant Doña Beatris, demás de lo que dicho es, dos alhaytes, que son estos: el uno que fice yo facer aquí en Sevilla en que está un balax muy grande de los que fueron del rey Bermejo, é otros dos mas meyores, é otros dos mas menores é cinco granos de aljofar muy gruesos, é veintedos granos de aljofar menos gruesos un poco, é dos piedras esmeraldas en los cabos con dos sortijuelas doro: é el otro alhayte que fice yo facer otrosi aquí en Sevilla, en que ha una piedra balax grande, é otras dos balaxes mas menores é otras dos mas menores, é otras dos mas menores, é ha en él quarenta é un granos de aljofar muy gruesos é muy blancos, é en el cabo del, dos cabos de plata esmaltados. E otrosi mando que toda la plata que yo dexo, demas desta que dicha es, que fagan della ocho partes, é que aya las tres partes la dicha Infant Doña Beatris, é las otras tres la dicha Infant Doña Costanza, é la otra parte la dicha Infant Doña Isabel, é la otra parte Don Juan mi fijo. Otrosi mando al dicho Don Juan mio fijo, diez espadas guarnidas de plata de las castellanas, las mejores que yo ovier, é cuatro espadas ginetas doro, la una la que yo fiz con piedras é aljofar: é otrosi le mando la siella gineta, é freno, é bacinet desta labor: é otrosi mando al dicho Don Juan mi fijo, la mi espada castellana que fis facer aquí en Sevilla con piedras é aljofar, é la siella castellana con aljofar, que es de tapete pabonado: otrosi le mando al dicho Don Juan la siella mular que es de tapete pabonado con estriveras de plata, é el freno de esta siella que es de plata. Otrosi porque Don John Ferrandez de Henestrosa me dió la loriga de Santoyo con condicion de que la heredase

mi fijo, é de la Reyna Doña Maria mi mujer; é pues mal pecado non fincó y fijo de mí, é de la dicha Reyna, mando que la herede el dicho Don Juan. E otrosi mando la mi capiella é la que fué de los Reyes onde yo vengo, é cualesquier otros ornamentos de Iglesia que yo tenga, que lo den á la capiella que yo agora fago facer aquí en Sevilla, dó he de estar enterrado yo, é la dicha Reyna mi mujer, é el dicho Infant mio fijo, que sea todo para la dicha capiella, é quél den dos pares de tablas que están y unas que fueron de las capiellas de los Reyes, que son grandes, é otras que son mas pequeñas, en que está el Lignum Domini: é mando que den tres alombras de las mejores que tengo, que pongan por suelo en la dicha capiella do he de estar enterrado. E que den á Sant Salvador, cerca de Navamorcuende, doscientas doblas doro para facer la Iglesia. E mando que den de comer á cuantos pobres ovier en la villa el dia de mi enterramiento, é de vestir á dos mil pobres sendas sayas de blanqueta, é á otros diez mil sendas sayas de sayal blanco. E mando para la obra del Monesterio de los Frailes Predicadores de Sant Pablo de Sevilla, quinientas doblas; é para la obra del monesterio de Sant Francisco de Sevilla quinientas doblas: é para la obra del monesterio de la Trinidad doscientas doblas: é á la obra del monesterio de Sant Agostin doscientas doblas: é á la obra del monesterio de Sancta Maria de la Merced cient doblas: é mando para la obra de Sancta Maria de Guadalupe mil doblas. E otrosi mando que pongan doce capellanes que canten continuadamente misas por mi alma é por las almas de dicha Reyna Doña Maria mi mujer, é del dicho Infant Don Alfonso mi fijo, en la dicha Iglesia de Sancta Maria,

en la dicha capiella, que yo fago facer, dó han de estar enterrados el mi cuerpo, é los de la dicha Reina é Infant: é que las canten, é lo cumplan todo, así misas, como anniversarios que han de decir los clérigos é las órdenes, é las otras cosas, segund se contienen en el ordenamiento que yo en esta razón fis, de lo qual di mi carta sellada con mi sello de plomó, é escrito mi nombre: é mando que se guarde é cumpla todo como en la dicha carta se contiene, é que ayen los dichos clérigos, é los otros que la dicha carta se contiene, para que esto se pueda complir, la renta de la huerta de Sevilla, que dicen del Rey, é la renta del pescado de dicha cibdat, é que lo arrienden ellos, é les recudan con las rentas sobre dichas; é si mas montaren, sea para libros é las otras cosas que fuer menester en la dicha capiella, segunt lo yo deyo ordenado. E otrosi mando que den las mis Albaceas cien mill doblas doro marroquis por mi alma, en esta guisa: que saquen mill captivos cristianos de tierra de moros por mi alma, é de la dicha Reina Doña María mi mujer, é lo que sobrase que lo den en aquellos logares de mios Regnos do ellos vieren que yo só mas temudo de facer enmienda: é estas doblas que las den á mis Albaceas de las que tien por mi Martin Yañez, mio tesorero mayor. E mando á María Ortis, hermana de John de Sant John, dos mil doblas, é que sean de las doblas castellanas de á treinta é cinco mrs. que yo mandé labrar, é que sea tenuta de entrar en órden; si non, que ge las non den. E mando á Mari Alfon de Fermosiella mil doblas doro, é que sea tenuta de entrar en órden; si non, que non ge las den. E mando á Johna García de Sotomayor otras mil doblas, é que sea tenuta de entrar en órden; si non, que

non ge las den. E otrosi mando á Urraca Alfon Carriello otras mil doblas, é que sea tenuta de entrar en órden; si non, que non ge las den. E mando que los mis Albaceas tomen del mi que deço en oro é en plata, de que cumplan este mi testamento. E cumplido todo esto que dicho es, mando que todo lo al que fincare de lo mio que lo herede la dicha Infant Doña Beatris mi fija, en la manera que dicha es de suso. E mando que si las dichas Infantes Doña Costanza, é Doña Isabel é Don Juan mis fijos, ó cualquiera dellos fináre sin fijo ó fija legítimos herederos, que todo esto que les yo mando que lo herede la dicha Infant Doña Beatris mi fija. E mando que si alguno ó algunos de los sobredichos que han á heredar los mis Regnos en la manera que dicha es, fuer ó pasar, ó consintier ir ó pasar contra todo lo que sobre dicho es, ó contra parte dello, que aya la ira de Dios é la mi maldicion. E otrosi mando á la dicha Infant Doña Beatris, é al dicho Infant Don Fernando de Portogal, é á otro cualquier que casare con la dicha Infant Doña Beatris, é á las dichas Infantes Doña Costanza, é Doña Isabel, é Don Juan mis fijos, é á cualquier que ovier de heredar los mis Regnos, como dicho es, sopeña de mi maldicion, que guarden á Don Diego Garcia Maestre de Calatrava su Maestrazgo, é los oficios, é lo al que de mi tien, é su estado, é su onra. E otrosi que guarden al maestre Don Garci Alvarez eso mesmo su maestrazgo; é los oficios, é lo al que de mi tien, é su estado, é su onra. E otrosi que guarden á Don Frey Garci Gomez Prior de Sant John eso mismo su Priorazgo, é los oficios, é lo al que de mi tien, é su onra, é su estado. E al Maestre de Alcántara Don Suer Martinez eso mesmo

su Maestrazgo, é sus oficios, é lo al que de mi tien, é su onra, é su estado. E otrosi que guarden á Martin Lopez mi Camarero, é mio Repostero mayor, é á Martin Yañez mi Tesorero mayor, é á Mateos Ferrandez mi Chanciller del sello de la Poridat, é á Ruiz Gonzalez, de la mi Cámara, mi Caballerizo Mayor, é á Sorsó mi vasallo Tenedor de las mis Tarazanas de Sevilla; é á cada uno dellos é todos sus bienes, é en sus oficios, é en sus onras é en sus estados: é esto mando por muchos, é altos, é granados servicios que cada uno dellos me fiso é fase de cada dia. E otrosi mando que guarden á todos los mis oficiales, é mis criados que agora viven conmigo, á cada uno dellos é en su estado, é en su onra, en manera que sean defendidos é amparados. E otrosi, por que entre los de los mis Regnos non haya departimiento nin contienda sobre la tutoria de qualquier de los sobre dichos que ovier á heredar los mis Regnos, por que vivan en paz é en sosiego, dexo por Tutor de qualquier de los sobredichos que ovier á heredar el Regno, fasta que sea de edad, al dicho Maestre Don Garci Alvarez: é mando á todos los Perlados, é Maestres de las órdenes, é ricos omes, é Caballeros, é Escuderos, Fijos-Dalgo de los mis Regnos, é á los concellos de las Cibdades é Villas é logares de mis Regnos, que lo ayan por Tutor de qualquier de los sobre dichos que heredare los mis Regnos, é le obedezcan, é usen con el en la tutoria segunt fué usado á los Tutores que fueron de los Reyes onde yo vengo. E si el dicho Maestre murier, que sea Tutor el dicho Prior Don Frey Garci Gomez. E qualquier que contra esto venga á los embargar la dicha Tutoria que sea por ello traidor, como quien trae Castiello, é mata

Señor. E otrosi mando que las casas é palacios de la Morada de Otordesiellas, que las fagan Monesterio Sancta Clara, é que aya y treinta monjas, é que ayan para su mantenimiento las rentas, é pechos, é derechos del dicho lugar de Otordesiellas, é de su término: é mando, só pena de la mi maldicion, á la dicha Infant Doña Beatris mi fija, cuyo es el dicho lugar de Otordesiellas, que faga facer el dicho Monesterio, é consienta en esto. E para comprir é pagar este mi testamento, segunt dicho es, fago mis testamentarios al dicho Maestre Don Garci Alvarez, é á Don Gomez Manrique, Arzobispo de Toledo Primado de las Españas, mio notario mayor de Castiella, é á Don Fray Alfonso Arzobispo de Sevilla, é á Martin Lopez mi Camarero é mi Repostero mayor, é á Martin Yañez, mio Tesorero mayor, é á Fray John de Ballas, é á todos en uno, é á cada uno dellos por su cabo, á los cuales mando que cumplan este mi Testamento; é si alguno dellos finare, que lo cumplan el que fincare vivo: é mando que tomen tantos de mis bienes porque lo cumplan é paguen como dicho es. E revoco todos los otros testamentos, é mandas, é codicilos que yo haya fecho por escrito, ó por palabra, ó en otra manera qualquier fasta el dia de hoy, que todos sean ningunos, é casos, é que non valan, nin fagan fé en ningun tiempo, nin por ninguna manera, en juicio, nin fuera de juicio. E mando que este mi Testamento que yo agora fago, que sea firme é valedero en todo para siempre, segunt en él se contiene. E porque en este mi Testamento se contien, que si finare qualquier de las dichas Infantes Doña Costanza é Doña Isabel mis fijas, en el dicho Don Juan mi fijo, é non fincare dellos fijo nin fija legítimos hered-

ros que hereden sus bienes, que todo esto que les mando, que lo herede la dicha Infant Doña Beatris: tengo por bien que lo herede si fuere viva ó el fijo ó fija legítimo que della fincare; pero si non fuer viva, nin dejare fijo nin fija legítimos herederos, que lo herede cualquier de las dichas mis hijas que ovier el Regno, ó el fijo ó fija legítimo que della fincar: é eso mismo el dicho Don Juan, heredando el Regno por muerte de las dichas Infantes mis hijas, non dejando qualquiera dellas fijo ó fija legítimo que heredase el Regno. E otrosi mando que todo lo que mando al dicho Don Juan mi fijo en este mi testamento, que sea entregado al dicho Martin Lopez mi Camarero, que lo tenga en el Castiello de Almodóvar, en que tenga todo esto que dicho es, é quel non sea tirado fasta que sea cumplido este mi testamento como dicho es: é yo le quito algund pleito é omenage si ovier fecho ó ficier en contrario desto, é mando que non sea tenuto de lo entregar sea cumplido como dicho es. E por que esto sea firme é non venga en dubda otorgué este testamento ante los testigos que en él pusieron sus nombres, é ante Mateos Ferrandez mi Escribano é mio Notario público en la mi corte é en todos los mis Regnos, é puse en él mi nombre, é mandelo sellar con mio sello de plomo colgado, é mandé al dicho Mateos Ferrandez que lo signase con su signo. Testigos, Martin Lopez, Camarero del Rey, é su Repostero mayor: Garci Diaz, Camarero del Rey: Sorso, Tenedor de las Tarazanas de Sevilla: Rui Gonzalez, de la Cámara del Rey, é su caballero mayor: John Alфон, Escribano del Rey, su Contador mayor: Ferranz Martinez de la Cámara: Juan Lopez de la Cámara. Fecho en la muy noble cibdad de Sevilla, á diesocho dias del mes

de Noviembre, Era de mil é quatrocientos años. YO EL REY DON PEDRO.—Rui Gonzalez.—Martin Lopez.—M. Yañez.—John Alfon.—Garci Diaz.—Fernan Martinez.—Juan Lopez.

E yo Mateos Ferrandez, Escribano sobredicho, fuí presente á todo esto que dicho es, por mandado é otorgamiento de dicho señor Rey fiz aquí este mi signo á tal ✠ en testimonio.

EPÍLOGO.

EN EL QUE EL AUTOR TRATA DE PROBAR QUE NO HAY EXAJERACION EN NADA DE CUANTO HA DICHO ACERCA DEL REY DON PEDRO EN SU NOVELA, Y CREE HABERLO CONSEGUIDO.

Después de escrita y publicada nuestra novela, hemos recibido infinito número de cartas, en muchas de las cuales se nos tacha de exagerados al reseñar el carácter sanguinario del rey don Pedro, y en otras se nos dice: que hemos dado un colorido tal á los hechos referentes á dicho monarca, que no es posible que haya existido semejante rey, tal y como á nosotros nos ha parecido prudente retratarle. El autor de esta novela, en vista de una tan inesperada, cuanto esplicita correspondencia, se ve precisado á declarar, siquiera sea en descargo de su conciencia histórico-literaria, que lejos de exagerar en ninguno de cuantos sucesos ha referido en la primera y segunda parte de su obra, no ha hecho otra cosa que seguir paso á paso la marcha emprendida por otros historiadores mas sábios y concien-

zudos críticos que él, al hacer el exámen del reinado de un príncipe tan sanguinario como don Pedro de Castilla. Pedro Lopez de Ayala, don Pedro de Aragon, Mateo Villani, Juan Froissart, don Pedro Gomez Alvarez de Albornoz, Gutierre Diaz de Gamez, y en nuestros dias, los distinguidos historiadores Lafuente y Ferrer del Rio, todos convienen con nosotros al hacer el retrato del rey, en que fué muy sanguinario; todos pintan á don Pedro tal como el autor de esta novela le ha pintado: y tanto es esto verdad, que antes de pasar á escribirla ha consultado muy detenidamente á dichos historiadores.

Don Pedro de Castilla, fué en efecto, un hombre muy cruel, un hombre sanguinario, é injusto, si se quiere en algunas ocasiones; pero coloquémonos siquiera por un momento en la posicion en que él se hallaba, y veremos si un hombre rodeado continuamente de traidores, vendido varias veces por aquellos á quienes su padre y él mismo habian colmado de beneficios, burlado en mas de una ocasion solemne por sus propios hermanos, y condenado, en fin, á no disfrutar ni un solo instante de sosiego, tenia ó no motivos muy sobrados, no ya para hacerse suspicaz y desconfiado de sus mas fieles servidores, sino hasta para ser cruel, injusto y sanguinario con todos los que le rodeaban. Don Pedro de Castilla fué, en efecto, muy cruel é hizo cosas que se resiste á creer la razon del hombre mas sensato y pensador; pero la historia nos dice que don Pedro cortó cabezas, que derramó sangre, que coció y asó vivos á los que él con mas ó menos razon suponía traidores, y de lo que todos los historiadores dicen, á nadie es lícito dudar. El monarca de Castilla, ha tenido no obstante, sus defen-

sores y nosotros, aunque no en todas, hemos procurado justificar en varias ocasiones sus actos de crueldad y de barbarie: cuando no hemos hallado medio hábil de defenderle, le hemos censurado, como todos los historiadores. Una advertencia tenemos que hacer, no obstante, antes de concluir este epílogo. Hemos tratado al rey don Pedro con menos severidad que todas las historias, y nadie que las haya leído pondrá en duda nuestras palabras.

En prueba de que no hemos exagerado en nada de cuanto hemos dicho en el curso de nuestra novela, á continuación ponemos algunos párrafos notables de varios historiadores al hablarnos del dicho rey.

LAFUENTE en su *Historia de España*, dice:

«Angústiase el alma, y se estremece la mano, y tiembla la pluma al haber de trazar el cuadro y hacer el análisis razonado y crítico del reinado de don Pedro de Castilla. y esto no solamente por la cadena casi no interrumpida de trágicas escenas y horribles suplicios, y sangrientas ejecuciones á que se dejó arrastrar este violento monarca, con razon y justicia unas veces, por venganza otras, otras por impetuosidad de carácter, y las mas por una especie de ferocidad orgánica: no solamente por las revueltas, las perturbaciones y las calamidades que affligieron la monarquía castellana en este periodo: sino porque entre todos los actores y personajes de este complicado drama de cerca de veinte años, de la misma manera que en el reinado de doña Urraca, al cual no sin meditacion le comparamos, no vemos sino ambiciones, y venganzas, y rebeldias, y traiciones, y veleidades, y flaquezas, y miserias, y crímenes. Al fin en aquel reposaba el espíritu y se consolaba cada

vez que se dirigia la vista á la bandera inocente y sin mancha del niño Alfonso que despues fué emperador: en este no se divisa una sola bandera legítima y pura, y para hallar descanso y alivio al espíritu atormentado con las impresiones de tanta catástrofe lamentable, hay que buscarle en la estéril virtud de la desgraciada doña Blanca, en el corazon compasivo de doña María de Padilla, reducida á la humilde condicion de manceba, mereciendo ser á tal cual destello de humanidad del mismo rey don Pedro, que se vislumbra como un rayo de débil luz por entre negras sombras, y á la generosidad caballeresca de un príncipe extranjero que acaba por arrepentirse de haber tendido una mano protectora á quien no era digno de ella. En este como en aquel reinado se ve palpable y sensiblemente la mano de la Providencia haciendo espíar á cada uno sus escesos y sus crímenes.

»Sin embargo, en el principio de su reinado no aparece todavía, ni sanguinario ni vicioso. Al contrario, se le ve perdonar mas de una vez á sus hermanos bastardos y á otros magnates rebeldes. Si el puñal de un verdugo se clavaba en las entrañas de doña María de Guzman, no es don Pedro el que ha armado el brazo del asesino de la dama de su padre; ha sido su madre la reina doña María la que ha ordenado al terrible ejecutor la muerte de su antigua rival, precisamente cuando habia dejado de serlo. En consentirlo ó no reprobarlo el hijo, creemos que hubo culpa, pero aun no descubrimos ferocidad. El fallecimiento casi simultáneo de los Laras y de don Fernando de Villena aparece muy sospechoso, pero nos complacemos en que no haya A

pruebas sobre que fundar capítulo de acusacion contra el rey. Garcilaso y don Alfonso Coronel habian sido rebeldes y merecian castigo. Cierto que el del primero fué ejecutado con circunstancias que hacen estremecer de horror, y revelan una saña feroz y repugnante, incompatible con todo sentimiento humano. Concedamos no obstante á los defensores de don Pedro que este acto de dura fiereza no emanára del rey, sino de su privado el ministro Alburquerque. Concedámoselo, por mas que sea difícil absolver la autoridad real del pecado de consentimiento, ya que la spongamos libre del de mandato.

Una observacion tenemos que hacer acerca del célebre ministro don Juan Alfonso de Alburquerque. Muchas veces hemos oido, y muchas hemos visto estampado que el valido portugués era el instigador de las malas pasiones de don Pedro, el despertador de sus instintos impetuosos, y el consejero de sus crueldades. Los que tal afirman no pueden haber leído bien la historia del reinado de don Pedro de Castilla. No somos ni podemos ser panegiristas de aquel privado. Sedito de dominacion y de influjo, como lo son en lo general los que una vez alcanzan la privanza de los reyes, no perdonaba medio el de Alburquerque para conservar su valimiento ó recobrarle: como todos los favoritos, suscitaba envidias, rivalidades, odios, y era vengativo con los magnates que aspiraban á precipitarle de la cumbre de su privanza. Tan lejos estamos de defender á Alburquerque, que le hacemos un cargo imperdonable de haber empleado un medio altamente inmoral para conservarse en la gracia de su regio pupilo, el de explotar sus voluptuosas pasiones y de especular con la honra de

una dama honesta y de grande entendimiento, suponiendo que se dejaría avasallar de su hermosura, como así se realizó, y que él medraría á la sombra de una amorosa relacion proporcionada por él, en lo cual le salieron fallidos sus cálculos.

«Cayó precisamente el valido cuando comenzaban los desvarios del monarca: soltó este el freno á sus antojos, segun que se fué emancipando de antiguas influencias y obrando por sí mismo: el primer escándalo (conyugal) señaló la caída definitiva de Alburquerque ya éste no era privado, sino enemigo, cuando el rey faltó á la mancha y á la esposa, y burló con achaque de matrimonio á la de Castro en Cuellar: cuando las matanzas de Toledo y del Toro, el de Alburquerque ya no existia: hácia el comedio del reinado, cuando se desataron en todo su furor las iras y las violencias, y las tropelías del monarca, ni memoria quedaba apenas del antiguo valido, y borrada casi del todo estaria en los últimos años cuando se consumaban los atentados mas horribles. Escusado es pues, invocar influencias para atenuar los crímenes y cohonestar los desmanes de este soberano! Por inclinación propia y por propio instinto fué lo que fué don Pedro de Castilla.

«Desde que don Pedro se precipitó desbocado por este sendero, comenzaron las defecciones, las revueltas y las turbaciones á tomar un carácter grave; y si de pronto no le abandonaron todos en medio del general disgusto del pueblo, fué, en primer lugar por respeto á la legitimidad, de que era el único representante, y en segundo, porque

divididos los magnates en bandos rivales y convenientes á los unos contar con el apoyo del monarca mientras acababan de derrocar á los otros. Pero ni aquellos le servían por afición, ni por lealtad, ni el rey se desviaba del camino de perdición y de escándalo. Así poco á poco fuéronse todos desertando, y llegó á formarse contra él aquella gran confederación é imponente liga, en que entraron los hermanos bastardos don Enrique, don Fadrique y don Tello, el de Alburquerque, los infantes de Aragon don Fernando y don Juan sus primos; la reina viuda de Aragon doña Leonor su tia, el magnate de Galicia don Fernando de Castro, como vengador de la honra de su escarnecida hermana doña Juana, y lo que es más, hasta su misma madre la reina doña Maria, con la flor de los caballeros castellanos, mientras se alzaban en el propio sentido las poblaciones de Toledo, de Talavera, de Córdoba, de Jaen, de Ubeda, de Baeza, y ayudaban á la liga por la parte de Cuenca los García de Albornóz con el bastardo don Sancho. Quiénes le quedaban al rey don Pedro? Los Padillas, y algun otro contado caballero como don Gutierre Fernández de Toledo que se le mantenía fiel.

La mayor parte de los suplicios ordenados ó ejecutados por don Pedro fueron resultado de muy anticipados y muy meditados planes. No eran movimientos indeliberados y momentáneos de aquellos á que se deja arrastrar un genio fácilmente irritable en que tiene poca parte la reflexion, y á cuya ejecucion suele seguir inmediatamente el arrepentimiento: no leemos que don Pedro se arrepintiera nunca de lo que hacia: obraban en él de acuerdo la cabeza y el

corazon: ó por lo menos eran unos acaloramientos los de don Pedro que le duraban muchos años y que le dejaban la cabeza despejada y fría para discurrir y combinar los medios de ejecucion.»

Así se explica Lafuente en el tomo VII de su obra. El sobrenombre de *Cruel* no cuadraba, no obstante, á este monarca arrebatado, y hé aquí lo que sobre el particular dice M. Prosper Merimee en su *Historia de don Pedro de Castilla*.

«A las desgracias de su situacion particular añadió grandes faltas D. Pedro: fué demasiado violento, demasiado inflexible en sus planes, cediendo siempre á la pasion del instante en vez de escuchar los consejos de la prudencia; debió tratar de dividir á sus enemigos, y los reunió, por el contrario, sin medir sus fuerzas; solo quería hacer frente á la nobleza, al clero y á las potencias vecinas. La empresa que intentó tal vez era imposible en la época en que osaba concebirla; pero preparó la elevacion del poder real en España; y cuando llegó el tiempo de librar para siempre al país de la tiranía de los grandes vasallos, se acordaron de D. Pedro y de su audacia. Los Reyes Católicos, que, mas afortunados, concluyeron la obra que él habia comenzado, apreciaron su valor y los obstáculos contra los cuales se estrelló; y protestando la reina Isabel contra el sobrenombre que ajaba su memoria, no quiso que se dijese *Pedro el Cruel*; sino que, de acuerdo con el pueblo, que jamás pierde el recuerdo de los príncipes que le han hecho algun bien, lo llamó *Pedro el Justiciero*.»

Creemos haber logrado lo que nos propusimos al redactar este pequeño epílogo. Demostrar que nada hemos exagerado al escribir nuestra novela.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS QUE CONTIENE LA NOVELA.

	Páginas.
PRÓLOGO	5
CAPÍTULO PRIMERO.—En el que dá principio la novela	29
—II.—De cómo el rey don Pedro emprendió su marcha hácia la frontera de Aragón.	53
—III.—En el que se incluyen algunos apuntes históricos necesarios para la continuacion de la novela.	69
—IV.—Que sirve de continuacion al anterior.	77
—V.—En el que se prueba que la virtud es mas poderosa que el vicio.	84
—VI.—De cómo el rey don Pedro no tuvo inconveniente alguno en comer al lado del cadáver humeante de su hermano don Fadrique.	98
—VII.—En el que el rey don Pedro procura desvanecer los terribles celos de la Padilla.	109
—VIII.—De cómo el rey don Pedro salió de aventuras del alcázar de Sevilla, y escaló el convento de Santa Clara.	115
—IX.—Del diálogo que tuvo Pero Carrillo con el privado del conde de Trastámara.	127
—X.—En el que doña María de Padilla anuncia á su hermano el maestre de Calatrava su próximo enlace con el rey don Pedro.	132
—XI.—De cómo una cédula real de donacion, merced á la astucia de un Pero Carrillo, se convirtió en una orden de libertad.	146
—XII.—En el que el lector puede convencerse de lo empalagosa que es una conversacion de dos amantes, cuando hablan de su amor.	163

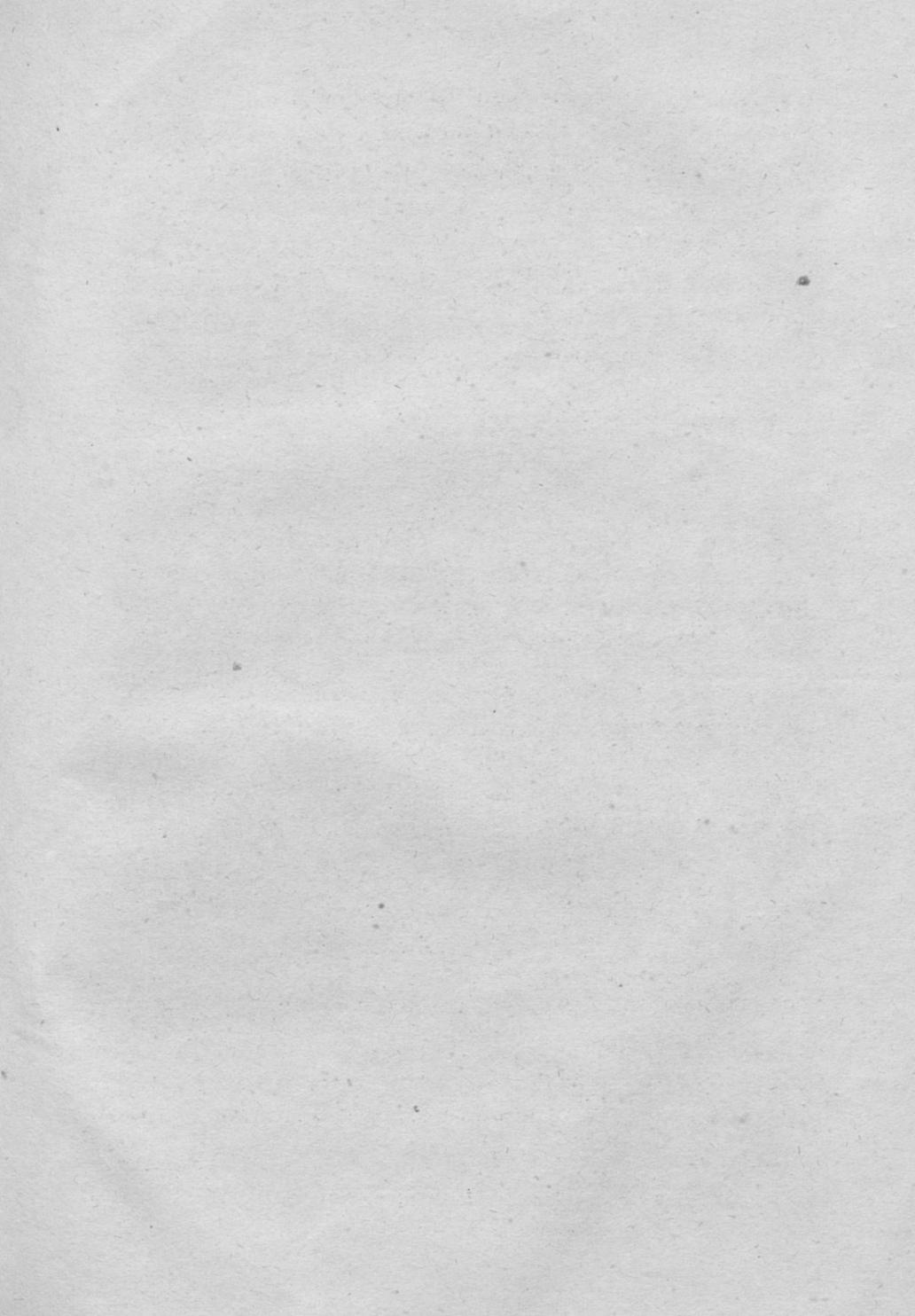
- XIII.—De cómo el rey don Pedro recibió una mala nueva en la cámara de su alcázar, y de cómo salió de Sevilla á la cabeza de sus gentes. 179
- XIV.—En el que el infante don Juan hizo cuanto pudo por lograr el señorío de Vizcaya, y de cómo el pájaro se le escapó de las manos. 185
- XV.—De cómo el infante don Juan de Aragon se encontró con la muerte en Bilbao, yendo en busca del señorío de Vizcaya. 195
- XVI.—Que no tiene epígrafe, por habersele estraviado al autor entre los algodones del tintero. 215
- XVII.—De cómo doña María de Padilla séguia llorando en su retrete, mientras el rey continuaba enamorado de doña Aldonza. 231
- XVIII.—Que no es otra cosa que la continuacion del XVII. 240
- XIX.—En el que se da cuenta de algunos sucesos necesarios para la inteligencia de esta novela. 251
- XX.—De la conversacion que tuvo doña María de Padilla con el rey, y de lo satisfechos que ambos quedaron despues de su conferencia. 262
- XXI.—De cómo el rey don Pedro continuaba haciendo justicias, sin respeto á sexos, edades ni personas. 267
- XXII.—En el que el rey don Pedro anuncia á la hermana del maestro su próxima marcha de Sevilla. 275
- XXIII.—De cómo el rey se embarcó con rumbo hácia Levante, y de qué naves se componia su armada. 284
- XXIV.—En que se trata de una batalla dada por el conde don Enrique, y del mal gesto que puso el rey al recibir la nueva. 292

- XXV.—En el que el lector verá otra nueva prueba del carácter sanguinario de don Pedro de Castilla. 301
- XXVI.—En el que el autor prosigue la relacion de los hechos precedentes, con ayuda de Dios y con permiso de sus lectoras. . . . 318
- XXVII.—De cómo el rey don Pedro, no contento ya con cortar cabezas, mandó cocer y asar vivos á varios personajes, entre ellos á un fraile de Santo Domingo de la Calzada. 326
- XXVIII.—En el que sucede lo que el lector menos esperaba. 332
- XXIX.—En el que el autor trata de las nuevas justicias ordenadas por el rey don Pedro á sus verdugos. 342
- XXX.—En el que se refiere un suceso triste por demás, y que hizo verter lágrimas á don Pedro de Castilla. 355
- XXXI.—Que don Pedro continuaba haciendo crueldades, y que en esta ocasion hizo el papel de víctima el rey moro de Granada. . . 364
- ÚLTIMO.—En el que el autor da fin á su novela, refiriendo la desgraciada muerte del rey don Pedro. 370

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

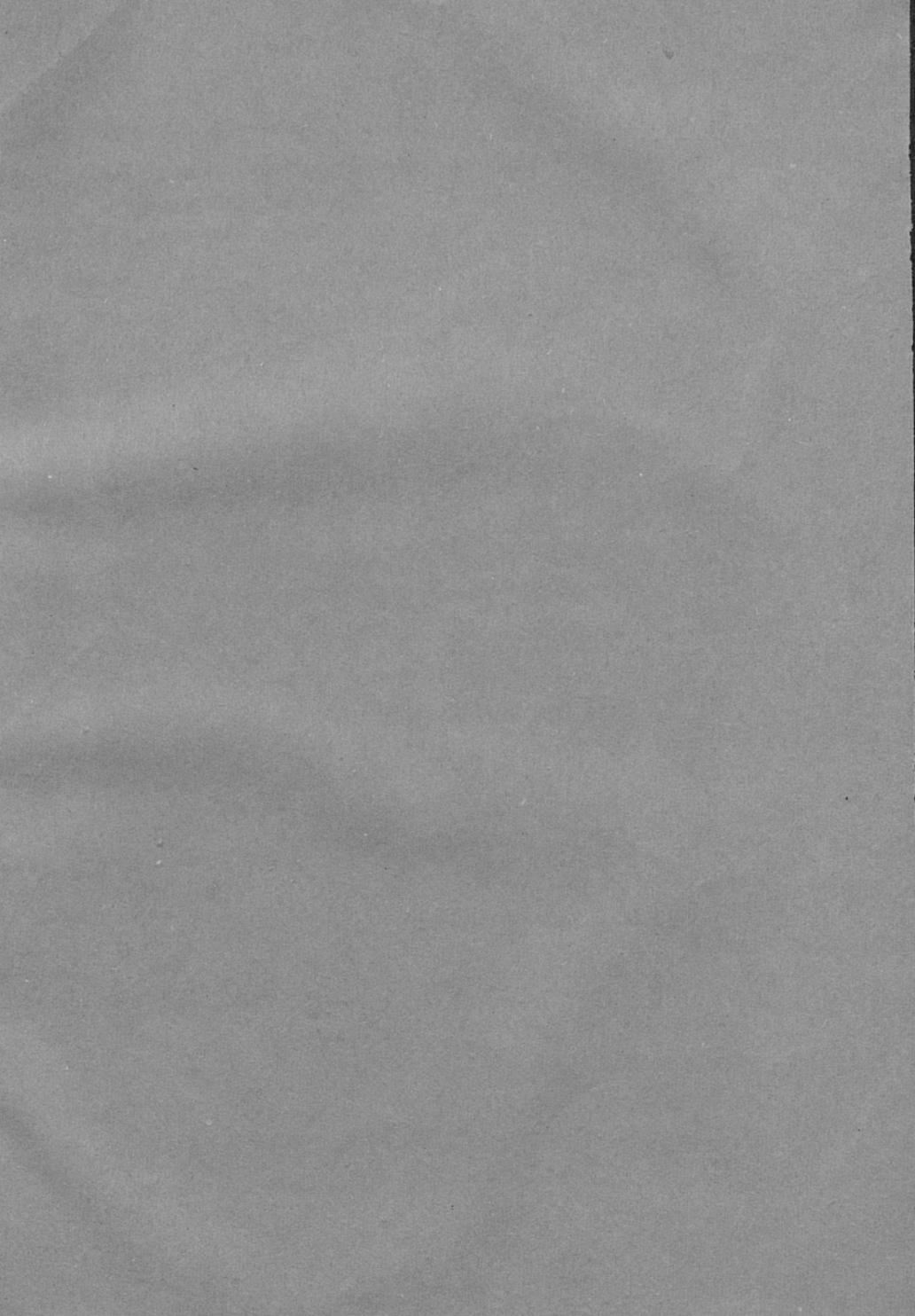
PORTADA.—Mirando á la página.	4
Le dirigió una estocada al costado izquierdo, que el asturiano detuvo.	45
El rey descendió con toda la agilidad que le permitía su ligera carga.	177
Y el profeta sucumbió abrasado.	330

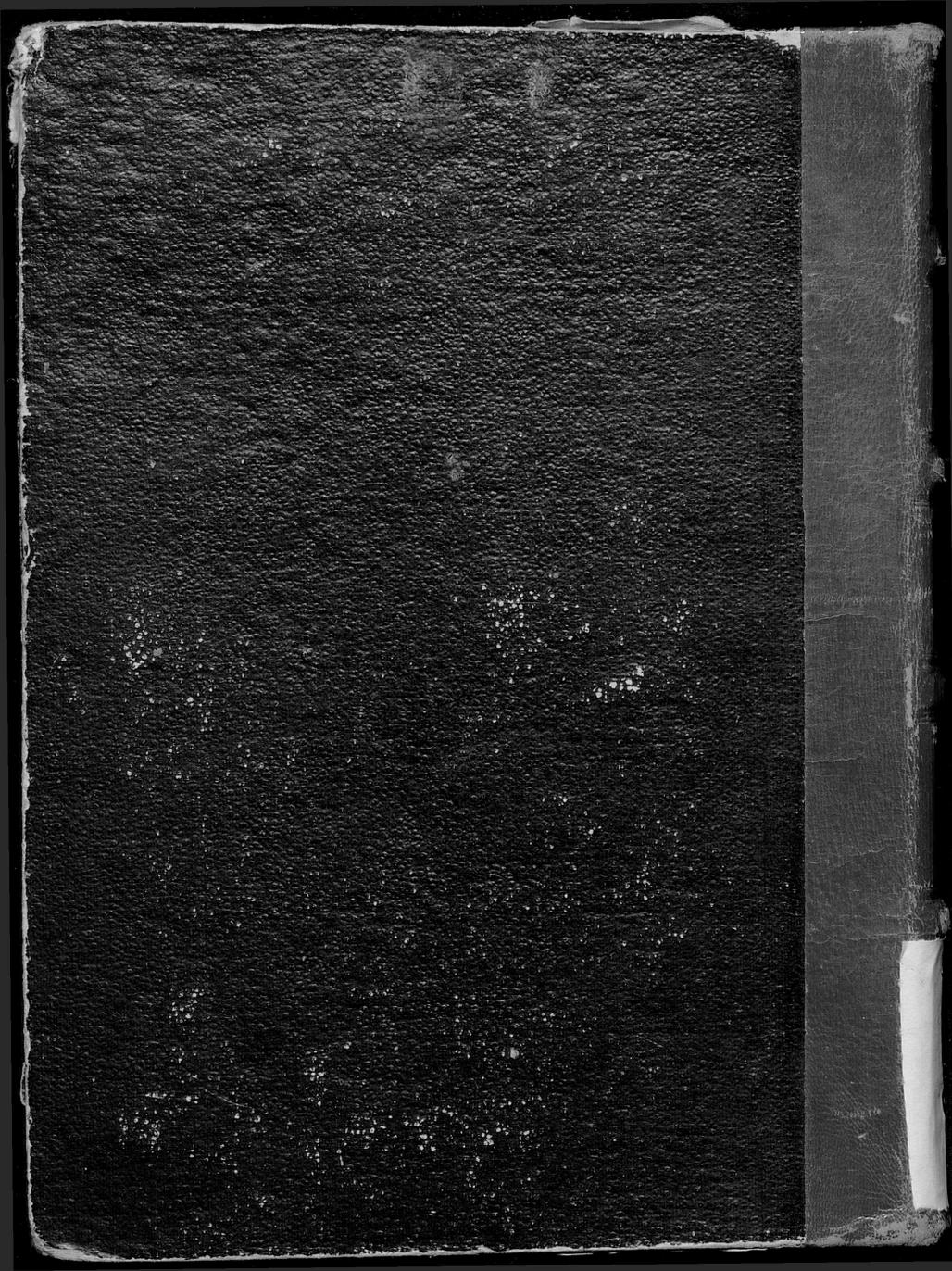


EL CANTILLA

PARTE DE LA HISTORIA DE LAS LAMAS

Primeros...
La obra...
El rey...





JUSTICIAS
DEL REY
D. PEDRO

G 43851